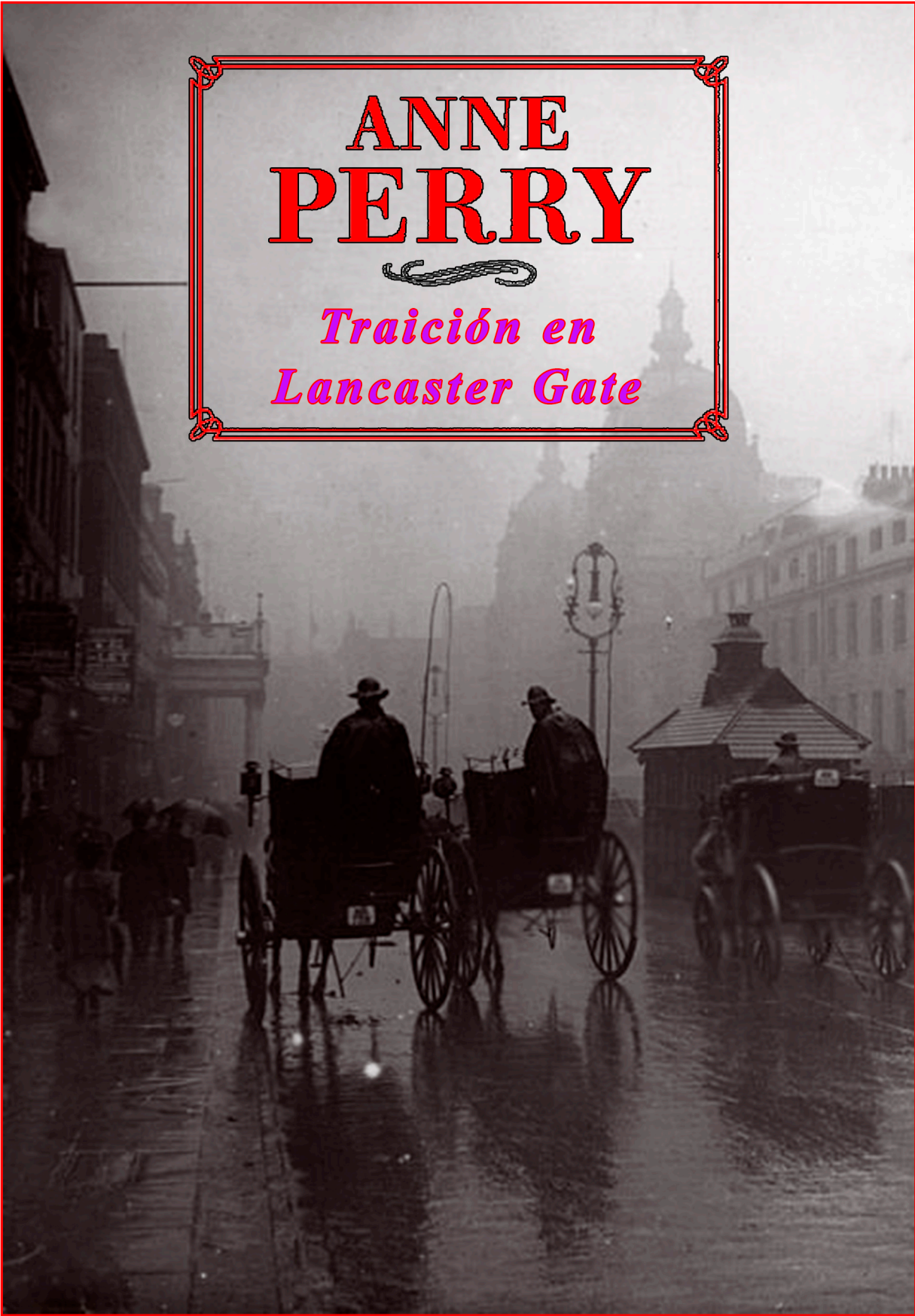
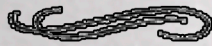




ANNE
PERRY



*Traición en
Lancaster Gate*

Una bomba estalla en Londres durante una redada policial secreta y se cobra varias vidas. Muchos creen que es un atentado perpetrado por anarquistas, pero el comandante Thomas Pitt, del Servicio de Seguridad del Estado, pronto descubre que se trata del encubrimiento de un asesinato. Las investigaciones de Pitt apuntan hacia un miembro del Parlamento en pos de un lucrativo negocio, un policía de alto rango con oscuros secretos, y un aristócrata sediento de venganza. A medida que sigue el hilo de la trama, Pitt se encuentra una y otra vez con las barreras que protegen a los ricos y poderosos. Barreras que, al derrumbarse, podrían sepultarlo vivo.

La última novela de intriga de Anne Perry, protagonizada por Thomas y Charlotte Pitt, arroja una mirada implacable sobre la corrupción en la sociedad victoriana a finales del siglo XIX. El mundo se prepara para profundos cambios sociales y políticos, pero Inglaterra lucha por aferrarse a sus tradiciones, estructura de clases y prejuicios.



Anne Perry

Traición en Lancaster Gate

Thomas Pitt - 31

ePub r1.0

NoTanMalo 13.04.18

Título original: *Treachery at Lancaster Gate*

Anne Perry, 2015

Traducción: Borja Folch

Editor digital: NoTanMalo

ePub base r1.2



A Flora Rees

Capítulo

1

Pitt estaba en medio de la calle, contemplando las ruinas abrasadas de la casa. La brigada contra incendios había regado a conciencia las llamas surgidas aquí y allí con sus mangueras, y el agua se encharcaba en el suelo y se acumulaba en los cráteres que había dejado la bomba al estallar cuarenta y cinco minutos antes. Era mediodía, pero el cielo todavía estaba nublado a causa del humo, cuyo hedor se extendía por todas partes.

Pitt se echó a un lado para abrir paso a los sanitarios que habían acomodado a un herido en una camilla para llevarlo a la ambulancia que los aguardaba. Los caballos piafaban impacientes, aunque obedientes como estaban enseñados a ser, porque reconocían el olor a incendio en el aire otoñal y cada estrépito de la madera al desplomarse los asustaba.

—Listos, señor —dijo a Pitt un agente muy pálido. Tal vez fuese que el humo le había enrojecido los ojos, pero era más probable que fuese la emoción. Todos los muertos y heridos graves eran policías; cinco en total—. Este es el último que se llevan.

—Gracias —respondió Pitt—. ¿Cuántos muertos?

—Hobbs y Newman, señor. No hemos tocado los cadáveres. —El agente tosió y carraspeó para aclararse la voz—. Ednam, Bossiney y Yarcombe están bastante malheridos... señor.

—Gracias —repitió Pitt. Tenía la cabeza llena de pensamientos y, sin embargo, no se le ocurría qué decir que pudiera ofrecer verdadero consuelo al agente. Pitt era el jefe de la Special Branch, esa discreta sección de los cuerpos de seguridad que se ocupaba de cualquier cosa que cupiera considerar una amenaza para la nación, como sabotajes, asesinatos, atentados con bomba, cualquier forma de terrorismo. Había presenciado destrucción y muertes violentas demasiadas veces. De hecho, antes de estar en la Special Branch había trabajado en la policía regular, igual que los agentes fallecidos, pero ocupándose principalmente de casos de homicidio.

Ahora bien, aquello era un ataque deliberado, dirigido específicamente contra la policía, colegas a quienes conocía por haber trabajado con ellos a lo largo de los años. Recordaba la boda de Newman, el primer ascenso de Hobbs. Ahora tenía que registrar los escombros en busca de lo que quedara de sus cuerpos. El hecho de haberlos conocido no debería suponer diferencia alguna. Todo el mundo tenía una vida que conservar o perder. Probablemente, todo el mundo tenía a alguien para quien su muerte sería devastadora. Y, en caso contrario, ¿no era todavía peor?

Dio media vuelta y comenzó a avanzar lentamente, eligiendo con tino su camino

para no alterar lo que quedaba de la escena del crimen; las pruebas, si es que había algo que pudiera llamarse así. Ya sabían que habían hecho explotar una bomba. Los transeúntes habían oído el estallido, habían visto volar cascotes y las llamas cuando la madera ardió. Había trozos de vidrio de las ventanas esparcidos por doquier. Dos personas habían estado lo bastante cerca para considerarlas testigos. Estaban sentadas en la trasera de una ambulancia con las puertas abiertas mientras uno de los conductores terminaba de vendar un corte profundo en un brazo y les hablaba en voz baja. Ambas estaban magulladas e impresionadas, pero Pitt tendría que hablar con ellas. Quizá habrían visto algo que pudiera tener su importancia, por más nimio que pareciera ahora. A veces se trataba de lo que alguien no vio, una ausencia que cobraba significado, aunque solo resultara evidente más tarde.

Pitt habló primero con el hombre. Aparentaba tener más de sesenta años, tenía el pelo cano y llevaba un abrigo formal, como si hubiese estado regresando de la iglesia a su casa. Presentaba cortes en el lado derecho del rostro y una quemadura en la mejilla, como si un trozo de madera en llamas lo hubiese alcanzado. Todo su costado derecho estaba manchado de polvo y había pequeñas quemaduras en la tela de su ropa.

Pitt se disculpó por molestarlo, le preguntó su nombre y su dirección.

—De vuelta a casa desde la iglesia, Dios nos asista —dijo el hombre, tembloroso—. ¿Quiénes son? ¿Qué clase de gente haría algo así? —Estaba asustado, e intentaba por todos los medios no demostrarlo delante de su esposa. Sin duda había ido caminando por el lado de la calzada, como haría cualquier hombre, y ella había estado más cerca de la explosión y sus heridas eran más graves. Era su brazo el que el sanitario estaba vendando, y la sangre ya empezaba a filtrarse a través de la venda mientras él añadía otra capa. La mirada que dirigió a Pitt le dijo que se diera prisa.

—¿Vio a alguien más en la calle? —preguntó Pitt—. ¿A cualquier persona? Cualquier testigo nos sería útil.

—No... no, no vi a nadie. Estábamos conversando entre nosotros —contestó el hombre—. ¿Quién haría esto? ¿Otra vez los anarquistas? ¿Qué demonios quieren?

—No lo sé, señor; pero lo descubriremos —prometió Pitt—. Si recuerda cualquier cosa, háganoslo saber.

Pitt le dio su tarjeta, expresó sus mejores deseos a la mujer y después, dirigiendo un gesto de asentimiento al conductor de la ambulancia, regresó hacia la casa. Había llegado la hora de entrar y ver los cadáveres, reunir cualquier indicio o prueba que hubiera. Bordeó un bloque de mampostería caída, abriéndose camino con cuidado. Notaba el sabor a quemado que flotaba en el aire, pero, sin embargo, hacía frío.

—¡Señor! —gritó un bombero—. ¡No puede entrar aquí! Es...

Pitt siguió caminando, haciendo crujir los vidrios rotos al pisarlos.

—Comandante Pitt —se presentó.

—Ah... bueno, mire bien dónde pisa, señor. Y vigile la cabeza. —Echó un vistazo hacia la viga que colgaba en un ángulo imposible, balanceándose un poco,

como si pudiera despegarse y caer en cualquier momento—. Aun así no debería estar aquí —agregó el bombero.

—¿Los fallecidos? —inquirió Pitt.

—Esto es peligroso —señaló el bombero—. No van a irse a ningún lado, señor. Mejor deje que los saquemos nosotros. La explosión los ha matado, señor. No le quepa duda.

A Pitt le habría gustado tener una excusa para no examinar los cadáveres, pero no había ninguna. Quizá no averiguaría nada útil, pero sería la manera de empezar a enfrentarse a la realidad y asumirla.

Estaba de pie ante el bombero pálido y tizado. Su uniforme estaba asqueroso y mojado. Cuando tuviera tiempo de pensar en ello, se daría cuenta de que además tenía frío.

—Por aquí, señor —dijo el bombero a regañadientes—. Pero vaya con cuidado. Más vale que no toque nada. Podría hacer que todo eso le cayera encima.

—No lo haré —contestó Pitt, iniciando el incómodo avance, procurando no tropezar. Si se caía, casi seguro que chocaría con un puntal que sobresaliera de una pared, un trozo de mueble destrozado o algo que colgara de donde antes solía estar el techo.

Las tablas del entarimado estaban medio levantadas, torcidas por la detonación. Tenía que haber sido una bomba grande y, a juzgar por el incendio y la inclinación de la madera rota, se encontraba prácticamente en el centro. ¿Qué demonios había ocurrido allí, en una tranquila casa de una agradable calle londinense cercana a Kensington Gardens? ¿Anarquistas? Londres estaba llena de ellos. La mitad de los revolucionarios de Europa habían vivido o pasado por allí. En aquel año de 1898 había habido menos actividad terrorista que en el pasado reciente, pero ahora, casi a punto de terminar el año, parecía ser que la sensación de alivio de la Special Branch había sido poco apropiada. ¿Se trataba del último golpe o del precursor de una nueva tormenta? En Europa los nihilistas habían asesinado al presidente Carnot de Francia, al zar Alejandro II de Rusia, al primer ministro español, Cánovas del Castillo, y, apenas meses atrás, a la emperatriz Isabel de Austria-Hungría. ¿Acaso la violencia estaba llegando también a Inglaterra?

Delante de Pitt había un cadáver, o lo que quedaba de él. De súbito no pudo tragar saliva y por un momento pensó que iba a vomitar. Una pierna había desaparecido por completo, la mitad del pecho estaba hundida bajo un trozo de viga del techo; pero, obligándose a mirar la mitad de cabeza que conservaba, con el rostro curiosamente intacto, Pitt reconoció a Newman.

Tendría que ir a ver a su viuda, transmitir las consabidas expresiones de pésame. De poco serviría, pero no hacerlo heriría sentimientos.

Miraba fijamente el cadáver. ¿Le decía algo, aparte de lo que ya le había dicho el bombero? No había rastro de humo en el rostro de Newman. Le faltaba el brazo izquierdo, pero cuando Pitt lo miró con más detenimiento vio que su mano derecha

estaba limpia. ¿Significaba que ya estaba dentro cuando la bomba había estallado? No había tenido que abrirse camino entre el humo y los escombros. ¿Por qué había entrado allí? ¿Una denuncia? ¿Un encuentro organizado previamente? ¿Una emboscada?

Se volvió y se alejó, un poco mareado. Respiró profundamente, se serenó y siguió avanzando.

El segundo cuerpo estaba medio oculto por un montón de escayola y madera, pero saltaba a la vista que estaba mucho menos lastimado. Había muy poco polvo y humo en el rostro de Hobbs y su cara pecosa se reconocía fácilmente. Pitt lo estudió tan impasible como pudo, tratando de averiguar algo por la manera en que lo rodeaban los cascotes. El forense sabría decirle más cosas, pero daba la impresión de que a Hobbs lo habían pillado por sorpresa, y mucho más lejos que Newman del lugar de la explosión.

Pitt todavía estaba escrutando el lugar cuando oyó pasos a sus espaldas. Se volvió y reconoció la figura de Samuel Tellman abriéndose camino entre la escayola, el agua y la madera chamuscada. Tellman había sido el sargento de Pitt cuando ambos estaban en Bow Street. Habían tardado mucho tiempo en estar a gusto el uno con el otro. Tellman siempre había desconfiado de cualquiera que, con un origen tan humilde como el de Pitt, hablara como un caballero. Encontraba que el acento de Pitt era afectado, como si se creyera superior. Pitt no vio motivo para explicar que su forma de hablar era fruto de haberse educado junto con el hijo de la casa solariega donde su padre había sido guardabosques hasta que lo deportaron a Australia por robo. Su madre había permanecido en la casa como lavandera, y *sir* Arthur Desmond había visto en el joven Pitt un compañero para su hijo y un acicate para que destacara en clase. Aquella historia era una herida que todavía le dolía por su padre, y Tellman no tenía por qué enterarse.

Años trabajando codo con codo les habían enseñado a tenerse mutuo respeto y lealtad.

Tellman se detuvo a su lado.

—Buenas tardes, señor.

—Buenas tardes, inspector —respondió Pitt.

Tellman bajó la vista hacia el cuerpo.

—Soy su enlace con la policía, señor.

Pitt había contado con que le asignaran un oficial de enlace, en parte porque pertenecía a la Special Brand, pero sobre todo porque las víctimas eran agentes de la propia policía. La lealtad dentro del cuerpo no era distinta a la de los soldados de un ejército en guerra. Un oficial que se enfrentara a un peligro debía tener confianza absoluta en quienes estaban a su lado o a sus espaldas. Eran su salvavidas.

Pitt asintió con la cabeza. Estaría bien trabajar de nuevo con Tellman, pero en cualquier otra cosa que no fuese aquella. Los sentimientos todavía estaban demasiado a flor de piel.

—Según parece estaban justo aquí cuando ha estallado —observó Pitt—. Newman debía de ser el que estaba más cerca.

—Sí. Lo he visto. ¿Qué clase de loco maniaco haría algo así? —Tellman tenía la voz tensa, como si le estuviera costando controlarla—. Quiero libertad para todo el mundo, y comida, y casas, y el derecho a ir y venir. Pero ¿de qué demonios sirve esto? ¡Estos hombres nunca les hicieron nada! Por cierto, ¿qué anarquistas lo han hecho? ¿Españoles? ¿Italianos? ¿Franceses? ¿Rusos? ¡Por Dios! ¿Por qué todos los malditos locos de Europa vienen a vivir a Londres? —Se volvió hacia Pitt—. ¿Por qué se lo permitimos? —Tenía el rostro blanco, dos manchas de color en sus enjutas mejillas, la ira brillaba en sus ojos—. ¿No sabe quiénes son? ¿No se supone que la Special Branch está para eso?

Pitt encorvó los hombros y hundió más las manos en los bolsillos.

—Yo no dicto la política, Tellman. Y sí, sé quiénes son muchos de ellos. La mayoría no hace más que hablar.

El disgusto y el dolor del semblante de Tellman eran más elocuentes que las palabras.

—Los encontraré y ahorcaré, al margen de lo que usted quiera hacer al respecto.

Fue un desafío.

Pitt no se molestó en contestar. Entendía el sentimiento que ocultaban las palabras. En aquellos momentos sentía prácticamente lo mismo. Quizá lo vería de otro modo cuando supiera quién era el responsable. Algunos hombres tachados de anarquistas no habían hecho más que protestar por un salario decente, suficiente para alimentar a sus familias. Unos cuantos habían sido encarcelados, torturados e incluso ejecutados, simplemente por protestar contra la injusticia. De haber estado en su lugar, quizá habría hecho lo mismo.

—¿Por qué estaban aquí estos agentes? —preguntó a Tellman—. ¿Cinco, en esta casa tan tranquila junto al parque? No cuadra que fuese una investigación. No hacen falta cinco hombres para eso. No hay nadie más herido o muerto, de modo que la casa tenía que estar vacía. ¿Qué estaban haciendo?

Tellman se puso tenso.

—Todavía no lo sé, pero tengo intención de averiguarlo. Si esto guarda alguna relación con los anarquistas, habrían informado a la Special Branch de lo que estaba ocurriendo, de modo que tiene que ser otra cosa.

Pitt no lo daba tan por sentado como Tellman, pero no era el momento de discutir.

—¿Se sabe algo sobre este domicilio? —preguntó, en cambio.

—Todavía no. —Tellman miró a su alrededor—. ¿Qué hay de la bomba? Las bombas son asunto suyo. ¿De qué estaba hecha? ¿Dónde la pusieron? ¿Cómo la hicieron estallar?

—Dinamita —le dijo Pitt—. Siempre es lo mismo. Es bastante sencillo detonarla con una mecha. Basta con que sea lo bastante larga para que no alcance la bomba antes de que puedas largarte.

—¿Así, sin más? ¿Eso es todo? —preguntó Tellman con amargura.

—Bueno, las hay más complicadas, pero no para este propósito.

—¿Como cuáles? —inquirió Tellman.

—Las bombas invertidas —dijo Pitt con paciencia mientras ambos daban media vuelta y salían con cautela hacia el aire libre. El hedor a madera y revoque quemados era agobiante, llenaba la cabeza, escocía en la nariz y la garganta—. Se hace una carcasa con dos mitades, cuidadosamente perforada. Si la mantienes en la posición correcta es segura. Le das la vuelta y explota.

—¿O sea que la llevas en la posición correcta y esperas que alguien le dé la vuelta?

—Se mete en un paquete. Atas el cordel en el otro lado, o el nombre del remitente, o cualquier otra cosa que quieras —contestó Pitt, pasando por encima de una viga caída—. Funciona muy bien.

—Pues me figuro que es un milagro que no nos hayan mandado a todos al infierno.

Tellman se desahogó dando una patada a un trozo de madera que salió volando por los aires y chocó contra una pared que aún se sostenía en pie.

Pitt entendía su violencia. Él también conocía a algunos de aquellos hombres, y a otros cientos iguales que ellos, que trabajaban duro en un empleo con frecuencia ingrato, mal pagado habida cuenta del peligro que tan a menudo conllevaba. Él mismo lo había hecho durante bastante tiempo.

—El uso de dinamita está restringido —dijo al salir a la acera. Habían cortado la calle y no había tráfico. Un coche de bomberos seguía de guardia. Las ambulancias se habían ido. El carromato de la morgue aguardaba junto al bordillo. Pitt saludó con una inclinación de cabeza al forense y a su asistente—. Dudo que pueda averiguar algo más —dijo en voz baja—. Páseme su informe cuando pueda.

—Sí, señor —respondió el forense, entendiendo que era la señal para que entrara en el edificio siniestrado.

—Restringido —dijo Tellman con sarcasmo—. ¿Por quién?

—No está a la venta —contestó Pitt, alejándose lentamente por la acera hacia las ruinas aún humeantes—. La usan en las canteras y, a veces, en demoliciones. O la robas de ahí, o se la compras a alguien que la haya robado.

—Como los anarquistas —dijo Tellman agriamente—. De vuelta a la casilla de salida.

—Probablemente —convino Pitt—. Pero tal como usted mismo ha señalado, no parece encajar con sus propósitos.

—A lo mejor odian a todo el mundo, o están tan locos que les trae sin cuidado. —Tellman dirigió la mirada hacia los árboles desnudos de Kensington Gardens, un calado negro recortado sobre el cielo—. Supongo que sabe lo que está haciendo, dejando que permanezcan en Gran Bretaña. —No lo pronunció como una pregunta, pero bien podría haberlo hecho—. En lo que a mí atañe, preferiría que regresaran a

sus países y atentaran en sus propias ciudades.

—Hable con los bomberos. —Pitt no se molestó en reaccionar al desafío—. Vea si pueden contarle algo útil. El cuerpo del pobre Newman indica aproximadamente dónde estalló la bomba, pero el patrón del incendio quizá la sitúe más cerca.

—¿Y de qué servirá saber eso?

—Seguramente, de nada, pero sabe tan bien como yo que no hay que prejuzgar las pruebas. Reúnalas todas. ¡Ya sabe qué buscar! Y descubra cuanto pueda sobre quiénes residen en esta casa, qué aspecto tienen, cuándo entran y salen, qué dicen qué hacen y, si es posible, qué hacen en realidad.

—No es preciso que me diga cómo se hace el trabajo policial —repuso Tellman, enojado. Dio la impresión de estar a punto de agregar algo más, pero se tragó sus palabras. Permaneció quieto, mirando a Pitt varios segundos antes de dar media vuelta. Su rostro era una máscara de dolor.

—Lo sé —dijo Pitt en voz baja—. Lo siento...

Recordó a Newman el día de su boda, el modo en que su joven novia lo miraba. Nadie debería terminar como él.

—Me voy al hospital —anunció con brusquedad—. Al menos uno de los agentes heridos podrá decirme por qué entraron en esa casa.

Caminó a paso vivo hacia Bayswater Road, donde encontraría un coche de punto enseguida. Necesitaba tener la sensación de estar haciendo algo con un propósito. El St. Mary de Paddington no quedaba lejos, un trayecto de pocos minutos Westbourne Terrace arriba hasta Praed Street y ya estaría allí.

Había un coche parado junto al bordillo, como si el conductor supiera que alguien iba a necesitarlo.

—Hospital St. Mary, Paddington —dijo Pitt al subir.

—Sí, señor —contestó el cochero gravemente—. Querrá que vaya deprisa, me figuro —agregó.

—Sí, por favor.

Pitt quería hablar con los agentes heridos, si todavía estaban conscientes y no en el quirófano o muertos. Nadie había sabido decirle lo graves que eran sus heridas.

El trayecto se le hizo interminable y, sin embargo, en otro sentido, demasiado corto.

Pitt se apeó, pagó al conductor y le dio las gracias.

—De nada, señor. ¡Atrape a esos rufianes! —le gritó el conductor a sus espaldas.

Pitt se volvió y levantó la mano en un breve gesto de reconocimiento. No podía prometer nada.

El médico de guardia le dijo que no podía ver a los pacientes. Todavía sufrían terribles dolores y les habían administrado fuertes dosis de morfina.

Pitt volvió a explicar quién era. Fue una de esas ocasiones en las que un uniforme lleno de botones y galones habría sido de gran ayuda.

—Special Branch —dijo una vez más—. Esto ha sido un atentado con bomba,

doctor Critchlow. En pleno centro de Londres. Tenemos que atrapar a los autores y detenerlos antes de que cometan otra atrocidad.

El rostro del médico palideció, y Critchlow se tragó su insistencia.

—Pues sea breve, señor Pitt. El estado de estos hombres es crítico.

—Ya lo sé —respondió Pitt con gravedad—. Acabo de ver a los muertos.

El médico hizo una mueca, pero no agregó nada más. En cambio, condujo a Pitt con brío por el pasillo hasta una sala muy pequeña cuyas cuatro camas las ocupaban hombres en distintas fases de tratamiento. Dos de ellos parecían estar inconscientes, aunque quizá solo estuvieran callados, inmóviles en su sufrimiento.

El agente herido más veterano era Ednam, y estaba despierto, observando a Pitt mientras este se acercaba a su cama. Tenía el rostro magullado y una quemadura rojo oscuro le atravesaba la mejilla izquierda. El brazo izquierdo lo llevaba vendado desde el hombro hasta la muñeca, y el abultado vendaje de la pierna, sostenida en alto, impedía ver el tratamiento que le habían administrado. Pitt supuso que estaba rota y, seguramente, también quemada. Cuando Pitt preguntó en voz baja a Ednam si este podía hablarle, le devolvió una mirada precavida, tardando un momento en reconocerlo. Entonces se relajó una pizca, un mero aflojar los músculos en torno a la boca.

—Supongo que sí —respondió Ednam, con la voz empañada. Estaba claro que le dolía la garganta, y probablemente el pecho, por haber inhalado el humo del incendio.

—Si puede, cuéntemelo todo —le pidió Pitt.

—¡Si hubiese sabido que había una puñetera bomba no habría entrado! —repuso Ednam amargamente.

—¿Por qué fue allí? —preguntó Pitt—. ¿Y con otros cuatro hombres? Eso es una unidad numerosa. ¿Qué esperaban encontrar?

—Drogas. Opio, para ser más exacto. Una gran compra, nos dijeron.

—¿Quién? ¿Encontraron alguna prueba?

—¡Apenas tuvimos tiempo de mirar!

Pitt mantuvo un tono de voz suave.

—¿Había alguien más?

—¿Aparte de nosotros? No, que yo sepa —contestó Ednam—. Pero la información venía de una buena fuente. Al menos... una fuente en la que habíamos confiado antes. —Su voz era ahora poco más que un susurro. El esfuerzo de hablar le estaba costando lo suyo—. Newman y Hobbs han muerto, ¿verdad?

—Sí.

Ednam maldijo para sus adentros hasta que ya no pudo aguantarse la respiración.

—Necesito saber quién es esa fuente —instó Pitt, inclinándose un poco hacia delante—. O les tendió una trampa, o alguien se la tendió a él. A lo mejor puede identificarlos.

—No sé cómo se llama. Se hace llamar Anno Domini.

—¿Qué?

—Anno Domini —repitió Ednam—. No sé si es un religioso o qué. Pero hasta ahora nos había pasado buenos soplos.

—¿Cómo? ¿Habla con él? ¿Recibe cartas? ¿Qué?

—Cartas, solo una línea o dos. Entregadas en mano.

—¿Dirigidas a usted?

—Sí.

—¿A su nombre?

—Sí.

—¿Diciéndole qué?

—Dónde se llevará a cabo una venta o dónde está escondido un alijo.

—¿Cuántos arrestos ha hecho gracias a esa información?

Los ojos de Ednam no se apartaron de los de Pitt.

—Dos. Y encontramos opio por valor de unas doscientas libras.

Más que suficiente para un fondo fiduciario; en realidad, suficiente para recabar los fondos necesarios para construir una casa pequeña. Pitt no podía culpar a Ednam de que hubiera seguido la pista. Él mismo lo habría hecho.

—¿Cree que le tendió la trampa a usted? —preguntó—. ¿O más bien que alguien lo utilizó?

Ednam reflexionó unos instantes, frunciendo el ceño al concentrarse.

—Creo que lo utilizó un tercero —dijo, por fin—. Pero solo es una suposición. Averigüe quién está detrás de esto. Quiero verlo ahorcado.

—Lo intentaré —prometió Pitt. Fue uno de esos raros momentos en los que estaba de acuerdo con la pena capital. Normalmente la horca le parecía una idea repulsiva, con independencia del crimen. Era un acto de venganza que rebajaba la ley al mismo nivel de barbarie de quienes la habían quebrantado.

Fue hasta la cama de enfrente y encontró a Bossiney. Fue la enfermera quien dijo a Pitt cómo se llamaba. Pitt solo habló con él un momento. Sus quemaduras eran horribles y debía estar sufriendo atrocemente, perdiendo y recobrando la conciencia.

Pitt fue en busca de la enfermera, que lo recibió con una sonrisa forzada, negándose a confirmar o negar nada. Tenía esperanzas de que sobreviviera, pero no se comprometió a decir más. El agotamiento emocional que conllevaba ser testigo de tanto sufrimiento era patente en su rostro.

Después Pitt fue hasta la cama más cercana a la ventana, donde Yarcombe estaba tendido con la mirada fija en el techo y el semblante inexpresivo. Un primer vistazo dijo a Pitt que le faltaba el brazo derecho a partir del codo. Buscó algo que decir y no encontró nada que fuese remotamente adecuado. Cerró su propia mano derecha en un puño hasta que las uñas se le clavaron en la carne de la palma de la mano, un dulce recordatorio de que estaba allí, real y viva.

—Lo siento —dijo con torpeza—. Los atraparemos.

Yarcombe volvió un poquito la cabeza hasta que sus ojos enfocaron a Pitt.

—Hágalo —contestó en un susurro—. ¡Nos tendieron una trampa!

Agregó algo más, pero fue ininteligible.

Pitt se marchó con dolor de cabeza y una ligera molestia en el estómago. No preguntó al médico de guardia qué posibilidades de recuperarse tenían los hombres. Le constaba que solo podían hacer suposiciones.

Al llegar a las oficinas de la Special Branch en Lisson Grove encontró un mensaje aguardándolo; debía informar al inspector general Bradshaw de la Policía Metropolitana. No se sorprendió. Bradshaw estaría sumamente disgustado por el atentado y sería negligente en sus deberes si no se pusiera en contacto con el jefe de la Special Branch. Pitt había querido regresar a Lisson Grove con el único propósito de ver si había novedades que pudiera transmitir a Bradshaw.

Stoker llamó a la puerta de su despacho casi en cuanto Pitt la acababa de cerrar y miraba los papeles que tenía encima del escritorio.

—¿Señor? —dijo Stoker, una vez dentro. Era un hombre de pocas palabras, pero aquello era breve, incluso tratándose de él.

—Nada nuevo —respondió Pitt—. Heridas muy graves. Yarcombe ha perdido un brazo. Nadie sabe si saldrán con vida o no. Ednam da la impresión de no estar tan mal, pero es imposible saber cómo está por dentro. O cuán malas serán las consecuencias del *shock*. Dice que fueron a esa casa siguiendo un soplo de que iba a tener lugar una importante venta de opio. Contaban con encontrar resistencia, y no querían que alguien se escapara con las pruebas.

—¿Había alguna?

—No.

—¿Alguna idea sobre quién les tendió la trampa?

—Un hombre que se hace llamar Anno Domini.

—¿Qué? —Stoker se quedó perplejo.

—Anno Domini —repitió Pitt—. No me pregunte por qué. Pero Ednam asegura que hasta ahora había sido una fuente fiable.

—Les tendieron una trampa ex profeso —dijo Stoker enseguida.

—Eso parece. Tellman es nuestro enlace con la policía. Más vale que compruebe la coartada de todos los terroristas potenciales que conocemos.

—Ya hemos empezado, señor. De momento, nada interesante. Pero supongo que si fuese alguien a quien conocemos nos habrían llegado rumores con antelación. —Hizo una mueca de lástima—. ¡Al menos espero que así habría sido! Tenemos a un montón de infiltrados en sus grupos. Ya he hablado con Patchett y con Wells. No saben nada. Pero la dinamita es bastante fácil de conseguir, si tienes los contactos adecuados.

Pitt no discutió. Lamentablemente era cierto, por más que intentaran impedirlo.

—Me voy a ver a Bradshaw —dijo.

—Sí, señor.

Acompañaron a Pitt al despacho de Bradshaw de inmediato. Esta vez no fingió estar atareado con otros asuntos más importantes, tal como había ocurrido en otras ocasiones. Bradshaw era un hombre apuesto de cincuenta y pocos años. Su abundante mata de pelo apenas tenía canas y aún no había generado un excedente de peso corporal. Como siempre, iba bien vestido, pero unas arrugas de tensión estropeaban la tersura de su semblante.

—¿Cómo están los hombres, Pitt? —comenzó, sin más ceremonia, en cuanto Pitt hubo entrado y cerrado la puerta. Indicó con un ademán una de las elegantes butacas, pero no se molestó en invitarlo a tomar asiento.

—Dos fallecidos, señor —contestó Pitt, dirigiéndose hacia el escritorio, sus pasos silenciosos sobre la gruesa alfombra turca—. Newman y Hobbs. Ednam, Bossiney y Yarcombe, heridos. Yarcombe ha perdido un brazo. Aún es pronto para saber si se recobrarán.

Bradshaw hizo una mueca de dolor.

—Han matado a dos policías —dijo con aspereza—. Es un caso de la policía.

—Sí, señor.

—¿Sabe de qué iba?

—Una venta de opio importante.

El rostro de Bradshaw palideció, los músculos de su mandíbula se tensaron.

—Opio —dijo en voz baja—. ¿Tiene... tiene idea de quién está implicado?

—Todavía no...

—¿Por qué se ocupa del caso la Special Branch? —Su voz fue contundente, retadora—. ¿Qué pruebas tiene de que sea un acto terrorista? ¿Sabe quién está detrás de esto? ¿Lo sabía con antelación?

—No, señor. No nos consultaron hasta después de que la bomba estallara esta mañana. Uno de sus soplones los atrajo al lugar de los hechos, y con información que hizo que acudieran cinco hombres en vez de la pareja habitual.

—¿Tenían un soplón? ¿Cómo lo sabe?

—Me lo ha dicho Ednam cuando he ido a verlo al hospital.

—Pobre diablo —dijo Bradshaw en voz baja—. ¿Quién es el soplón?

—Siempre se comunica por carta. Se hace llamar Anno Domini.

Bradshaw se mostró sorprendido.

—¿Un hombre culto?

—Posiblemente. Dio a entender que se trataba de una venta de droga muy importante. La adicción al opio no respeta edad, clase ni condición.

El rostro de Bradshaw estaba tenso y un poco pálido.

—Eso ya lo sé, Pitt. Me imagino que estarán buscando a ese hombre.

—Sí, señor. Y trabajamos con la policía.

—Pero ¿qué están haciendo? —insistió Bradshaw.

—Revisar todos nuestros contactos, preguntar a los soplones habituales...

—¿Sus anarquistas trafican con opio?

—Es posible. Pero desde luego trafican con dinamita.

Bradshaw suspiró.

—Sí, claro que lo hacen. Malditos sean. —Contempló a Pitt desolado, el rostro transido de dolor—. Me figuro que habrá heredado una red de espías de Victor Narraway. Seguro que tiene ideas. ¿O estoy desfasado?

Pitt tenía una réplica en la punta de la lengua, pero se la mordió.

—Haremos cuanto podamos, inspector jefe —dijo amablemente—. Y me ocuparé personalmente de que esté puntualmente informado de cualquier progreso que hagamos. En el día a día, estaré trabajando con el inspector Tellman.

Bradshaw asintió con la cabeza.

—Cualquier cosa en la que podamos ayudarlo... —dijo con gravedad—. Supongo que tiene a sus propios hombres.

No fue una pregunta. La Special Branch no era precisamente de su agrado y no deseaba prestar a sus agentes para que le hicieran el trabajo.

Lo primero que hizo Pitt fue visitar a las familias de los difuntos. Era el peor deber de todos los que conllevaba el trabajo en la Special Branch, y no cabía delegarlo en terceros.

Estaba agotado cuando finalmente regresó a Lisson Grove y escuchó de boca de Stoker los informes que iban llegando, las amenazas, ataques, rivalidades, cualquier cosa que pudiera darles un sitio por el que empezar. No había encontrado referencias de la dirección en Lancaster Gate, y menos aún a alguien que usara el apodo de Anno Domini.

Era tarde cuando Pitt llegó a su casa en Keppel Street, a un paso de Russell Square. Había escarcha donde la acera estaba húmeda. Las farolas tenían un halo de leve neblina que suavizaba los contornos de las casas, difuminando los lindes entre ellas.

Subió los peldaños hasta su puerta con una sensación de paz, como si pudiera dejar atrás la violencia y las pesadumbres de la jornada. Metió la llave en la cerradura y entró, haciendo un poco de ruido, deliberadamente, al cerrar la puerta. Quería que alguien supiera que ya estaba en casa aunque fuese tarde y Jemima, de diecisiete años, y Daniel, de catorce, habrían cenado y quizá incluso estuvieran acostados. Charlotte lo habría aguardado levantada. Siempre lo hacía.

La luz era cálida y acogedora en el recibidor.

La puerta de la sala se abrió y apareció Charlotte, la luz de la lámpara arrancaba destellos a su pelo de color caoba. Fue al encuentro de Pitt con cara de preocupación.

Pitt se quitó el sombrero y el abrigo y los colgó para que secaran, luego se volvió y la besó con ternura.

—Tienes frío —dijo Charlotte, acariciándole la mejilla—. ¿Has cenado algo? ¿Te

apetece un emparedado de rosbif y una taza de té?

De pronto Pitt se dio cuenta de que tenía hambre y, percibiendo su respuesta antes de que respondiera en voz alta, Charlotte dio media vuelta y se dirigió hacia la cocina. De todos modos, era la habitación favorita de su marido. Olía a madera fregada, a ropa planchada colgada en el tendedero del techo con un cabestrante, a veces a pan recién horneado. En medio había una amplia mesa de madera, y un aparador galés con la vajilla blanca y azul bien ordenada y unas cuantas jarras. Las cacerolas de cobre resplandecían en sus ganchos sobre la pared.

Durante años había sido el corazón de la casa. Todo tipo de personas se había sentado allí hasta entrada la noche, haciendo planes, aliviando fracasos, ayudándose mutuamente a creer en la victoria. Gracie había entrado a servir cuando era niña. Ahora estaba casada con Tellman, pero había momentos en los que Pitt la echaba en falta, como si pudiera oír su voz en la antecocina o en el recibidor. Su lugar lo había ocupado Minnie Maude, pero no poseía la lengua afilada de Gracie ni su testaruda valentía, todavía no.

Pitt retiró una silla y se sentó mientras Charlotte ponía el hervidor en la parte más caliente del fogón y empezaba a cortar carne.

—Sin rábano picante —le recordó Pitt. Era parte del ritual. Nunca tomaba rábano picante. Le gustaban más los pepinillos.

Charlotte asintió ligeramente con la cabeza.

—Ha salido en los periódicos. No daban nombres. ¿Los conocías?

Pitt vaciló, pero solo un momento.

—Sí. Newman era uno de ellos. He ido... a decírselo a su esposa.

Charlotte se quedó inmóvil un instante, los ojos se le arrasaron en lágrimas.

—¡Oh, Thomas, cuánto lo siento! La recuerdo el día de su boda... ¡Estaba tan contenta! Esto es terrible. —Tragó saliva, tratando de dominar su emoción—. ¿Y los demás?

—Los he visto, pero Newman era el único a quien realmente conocía.

—¿Se pondrán bien los heridos?

—Es demasiado pronto para decirlo. Uno ha perdido un brazo.

Charlotte ni siquiera intentó decir algo reconfortante, y Pitt se alegró de ello. Cortó el pan, untó la mantequilla, puso varias lonchas de carne y añadió pepinillos. El agua hervía. Calentó la tetera, echó tres cucharadas de té, agregó agua y lo llevó todo a la mesa.

—¿Qué dicen los periódicos? —preguntó Pitt mientras cogía el emparedado y le daba un mordisco. Estaba muy sabroso.

—Anarquistas —contestó Charlotte—. Están asustados. Hay mucha incertidumbre. Es como si la violencia flotara en el aire y nunca supieras del todo de dónde procederá el próximo atentado. —Sirvió el té a Pitt y también una taza para ella—. Supongo que eso es lo que pretenden, ¿no? Sembrar ese miedo que paraliza a la gente y la lleva a cometer estupideces.

No fue una pregunta. Era lo que ella creía. Lo dijo en voz alta porque quería que Pitt supiera que lo entendía.

Pitt tragó su bocado y tomó otro.

—Dentro de trece meses estaremos en el siglo xx. —Charlotte bebió un sorbo de té—. Mucha gente piensa que las cosas serán diferentes, realmente diferentes. Más oscuras y violentas. ¿Por qué deberían cambiar? Solo es una fecha en el calendario. ¿O se trata de una profecía que acarrea su propio cumplimiento? ¿Haremos que ocurra si pensamos mucho en ello?

Pitt estaba demasiado cansado para discutirlo, pero reparó en el miedo que traslucía la voz de Charlotte. Deseaba una respuesta, no un paliativo.

—Las cosas están cambiando —convino a media voz—. Pero siempre lo hacen.

—Cosas pequeñas. —Charlotte negó con la cabeza—. No grandes como los cambios que la gente quiere en Europa. América todavía no ha firmado un tratado de paz con España, y se avecinan más problemas en Sudáfrica. No deberíamos estar combatiendo allí, Thomas. No tenemos derecho.

—Lo sé.

—Hay asesinatos, atentados con bomba —prosiguió Charlotte—. Antes no ocurría esto, al menos no en todas partes. La gente está inquieta por la pobreza y la injusticia. Quieren un cambio, pero lo emprenden de maneras equivocadas.

—Eso también lo sé. Hacemos lo que podemos. Esto tiene pinta de haber sido una venta de opio que salió mal.

—¡Dos policías muertos y tres malheridos! —protestó Charlotte—. ¡No les dispararon, el edificio entero explotó y se incendió!

Entonces vio el rostro de Pitt. Había hecho cuanto había podido para quitarse la ceniza y el hollín del pelo, pero no había tenido ocasión de ponerse una camisa limpia. En los puños no había solo hollín, sino marcas de tizne, y debía de oler a madera chamuscada.

—Perdona —susurró—. Supongo que estoy tan asustada como todos los demás, solo que también temo por ti.

—¿Temes que no los atrape? —preguntó Pitt, y en el acto deseó no haberlo hecho. ¿Qué podía decir para deshacerlo?

—Eso también —respondió Charlotte con franqueza—. Pero lo que más temo es que te hieran.

—Llevo en la policía desde antes de que nos conociéramos y todavía no me han herido de gravedad. —Sonrió—. Me he cagado de miedo un par de veces. Y, mal que bien, hemos resuelto casi todos los casos importantes.

Charlotte asintió con la cabeza y sonrió a su vez, sin apartar los ojos de los suyos.

Sin embargo, Pitt estaba preocupado. Tenía a varios hombres infiltrados en todos los grupos anarquistas importantes que conocía, y no había habido siquiera un murmullo de una atrocidad como la de la bomba en Lancaster Gate. Nada en absoluto. Los había pillado por sorpresa. ¿Lo habría visto venir Victor Narraway? A

Pitt lo habían ascendido por recomendación de Narraway cuando lo despidieron. ¿Acaso Narraway lo había sobrestimado?

Alargó el brazo por encima de la mesa y apoyó la mano sobre la de Charlotte, pero no dijo palabra. Ella se la estrechó enroscando los dedos en los suyos.

Capítulo 2

Por la mañana Pitt se vistió con ropa vieja y adquirió una apariencia aún más informal de lo acostumbrado. Puso cuidado en no afeitarse. Salió temprano, mientras Charlotte todavía estaba ocupada arriba, a fin de que no lo viera y adivinara lo que se proponía hacer. Carecía de sentido preocuparla innecesariamente.

Más tarde averiguaría cómo se encontraban los agentes heridos, resolvió mientras cerraba la puerta principal y echaba a andar por la acera helada hacia Tottenham Court Road. En las calles ya había vendedores de periódicos y todos los titulares eran sobre el atentado en Lancaster Gate. Algunos clamaban justicia, muchos otros, venganza. Las informaciones estaban teñidas de miedo.

Cruzó hasta Windmill Street. Corría un riesgo al ir en persona al Autonomy Club. Normalmente hacía que agentes de aspecto menos llamativo frecuentaran el lugar, se forjaran una identidad y pasaran desapercibidos. Ahora tenía la impresión de que no disponía de tiempo para tales medidas de precaución.

Llegó a la puerta y entró. Había un bar y un restaurante que servía buena comida a precios módicos. Podría desayunar mientras pasaba un rato allí, observando y escuchando.

Pasó al restaurante sin suscitar más que un vistazo de la media docena aproximada de hombres que miraban fijamente sus cafés o sus cervezas. Algunos charlaban en voz baja, otros comían en silencio. Dos estaban leyendo panfletos. Como de costumbre, casi todas las conversaciones eran en francés. Parecía ser el idioma de la pasión y la reforma internacionales. A instancias de Narraway, se había esforzado en aprender lo suficiente para entender casi todo lo que se decía, y de vez en cuando incluso intervenía. Curiosamente, se encontraba gesticulando con las manos como nunca lo hacía al hablar en inglés. Parecía que así rellenara los huecos cuando no daba con la palabra que buscaba.

El propietario del lugar, que vivía allí con su familia, fue a la mesa del rincón donde estaba Pitt y le dio los buenos días en francés.

Pitt correspondió y pidió café y cualquier tipo de pan que hubiera en la casa. El café no le gustaba, pero haber pedido té lo habría señalado indeleblemente como inglés, un desconocido que llamaba la atención. No quería que lo recordaran. Tan solo era un desaliñado, desposeído y enojado hombre más que no lograba encontrar su lugar en la sociedad normal y corriente.

Entraron dos personas más, un hombre y una mujer que hablaban en italiano, idioma que Pitt no entendía. El hombre tenía una expresión adusta y se santiguó dos o tres veces en señal de piedad y resignación.

Se les unió un tercer hombre, que tenía una barba muy poblada y los pómulos altos. Habló en un idioma que Pitt no identificó, y luego todos pasaron al francés. De pronto entendió todo lo que decían, a pesar de que no levantarán la voz.

Mencionaron la explosión y las muertes varias veces, y negaron con la cabeza perplejos. Parecían desconocer quiénes eran los responsables.

Llegó el café de Pitt, que lo pagó tras rebuscar unos peniques en un bolsillo.

Se quedó una hora más mientras el local se iba llenando. Finalmente entró un hombre menudo y de tez morena, echó un vistazo a la concurrencia y entonces vio a Pitt. Después de hablar de manera informal con media docena de personas, tanto hombres como mujeres, se dejó caer en el asiento de enfrente de Pitt, pidiendo permiso en francés con marcado acento.

—Mal asunto —dijo, negando con la cabeza. Hablaba deprisa, atento al propietario que se acercaba a tomar nota de lo que quería tomar—. Menuda sorpresa, ¿eh? ¿No le parece, *monsieur*?

—A mí me sorprendió —admitió Pitt.

—Una verdadera lástima —se compadeció el hombre—. Pensar que sorprendió a todo el mundo.

—Es curioso. —Pitt bebió un sorbo de café. Le desagradaba el sabor y, además, ya no estaba caliente—. Se diría que alguien tenía que saberlo.

El dueño se cernió sobre ellos y el compañero de Pitt miró en derredor, intercambió unas pocas palabras como si se conocieran desde hacía tiempo y pidió sus consumiciones. Lo hizo con tanta labia y soltura como si comiera allí a diario. Cuando el dueño se hubo marchado, se volvió hacia Pitt, pero bajó la vista a la superficie llena de marcas de la mesa.

—Se diría, ¿verdad? —convino, como si nadie hubiese interrumpido su conversación.

Permanecieron callados varios minutos, como lo harían dos desconocidos mientras tomaban sus respectivos cafés. Ambos escuchaban con atención el murmullo de voces que los rodeaba.

—No tengo nada que contarle —dijo el hombre finalmente—, pero si alguna vez lo tengo, lo haré.

—Ventas —masculló Pitt. Se refería a dinamita, y su compañero lo sabía.

—Menudencias —dijo—. Aquí y allí. Insuficientes para eso, que yo sepa. Investigaré.

Pitt se levantó.

—Tenga cuidado —advirtió Pitt.

El hombre se encogió de hombros y no contestó. Se levantó el cuello de la chaqueta y se dirigió hacia la puerta arrastrando los pies.

Pitt aguardó unos minutos, después se levantó y pasó entre las mesas sin apartar la vista del frente. Salió a la calle donde hacía un poco menos de frío y empezaba a llover. Dobló la esquina de Charlotte Street y fue hasta una tienda de comestibles

llamada Le Bel Épicerie. Era otro establecimiento predilecto de los anarquistas, dirigido por un apasionado y generoso simpatizante.

Aguardó en la cola, escuchando y charlando con los parroquianos. Se mencionó el atentado en Lancaster Gate, pero fue recibido con indignación por un hombre corpulento y barbudo con migas de pan en el abrigo.

—¡Maldito idiota! —dijo, enojado.

Un hombre mucho más bajo que estaba a su lado se ofendió.

—No critique —replicó—. ¡Al menos está haciendo algo, que es más de lo que usted puede decir!

—Una estupidez —repuso el barbudo—. ¡Nadie sabe quién es! Podría haber sido una explosión de las cañerías del gas, por lo que han hecho público. ¡Idiota!

—Solo lo dice porque no sabe quién fue —dijo el bajito con desdén.

—¿Y me figuro que usted sí? —intervino un tercer hombre.

—¡Todavía no! Pero me enteraré —dijo el bajito, como si estuviera muy seguro—. Nos lo dirá... cuando esté listo. Quizá después de hacer volar por los aires a unos cuantos malditos polis más.

Pitt mantuvo la calma y una expresión serena, como si aquel hombre estuviera hablando de demoler un edificio ruinoso, no de matar a seres humanos, hombres a los que conocía y con quienes había trabajado.

—Llama la atención —murmuró.

El barbudo lo fulminó con la mirada.

—Quiere atención, ¿eh? ¿Eso es lo que quiere? ¡Usted, el del abrigo bueno!

Pitt le sostuvo la mirada.

—¡Quiero cambios! —dijo con idéntica agresividad—. ¿Piensa que vendrán de otra manera?

El hombre bajito le sonrió, mostrando sus dientes rotos. Un cliente terminó su compra y se fue con una bolsa de papel en las manos. La cola avanzó un poco.

Pitt siguió adelante y acudió a citas a las que en circunstancias más usuales habría atendido Stoker. Tenía que hacerlo en persona. Lo obsesionaba no haber detectado advertencia alguna del atentado. Habían atraído a cinco policías a un sitio concreto, creyendo que seguían la pista de una importante transacción de opio. Su fuente había demostrado ser de fiar hasta hacía muy poco tiempo y ningún indicio había hecho prever una violencia tan repentina y atroz. ¿Qué clase de persona haría algo semejante? Si no había sido una protesta anarquista, ¿qué podía ser? ¿Qué propósito cabía concebir en la matanza de esos policías?

Pitt tenía a varios hombres infiltrados en distintos grupos de disidentes, anarquistas y nihilistas por consejo de Narraway, y también por su propia experiencia. Como decía el viejo refrán: «mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos, todavía más».

—Nada —dijo Jimmy, cuando se sentaron ante una enésima jarra de cerveza en una taberna del puerto. Era pequeña y estaba abarrotada, con serrín en el suelo y vapor emanando de los abrigos mojados de lluvia. El olor a cerveza y lana húmeda cargaba el ambiente. Jimmy era un soplón veterano, un hombre enjuto, casi elegante si no fuese por una mano ligeramente atrofiada que siempre llevaba en un ángulo raro.

—No te creo, Jimmy —dijo Pitt en voz baja—. Fue ayer por la mañana. Alguien habrá dicho algo. Quiero saber el qué.

Hacía años que conocía a Jimmy, y había que sonsacarle la información con sacacorchos, pero al final el esfuerzo normalmente merecía la pena.

—Nada interesante —contestó Jimmy, escrutando el semblante de Pitt con sus ojos negros.

Pitt se sabía el juego de memoria. También sabía que Jimmy quería decirle algo, y se quedaría allí hasta que lo hiciera.

—¿Quién lo dice? —preguntó.

—Bah... La gente habla más de la cuenta.

—¿Quién dice que no es interesante? —insistió Pitt—. Tarde o temprano atraparemos a quien te lo dijo.

—¡Ni hablar! —exclamó Jimmy alarmado.

—¿Por qué no? ¿No es de fiar?

—¡Ni lo intente! —advirtió Jimmy, negando con la cabeza—. Está hundido, señor Pitt. Esto de la Special Branch no le hace bien. ¡Antes era un caballero!

Fue una acusación hecha con sumo pesar.

Pitt no se conmovió.

—Jimmy, ¿de qué te has enterado? Dos policías han muerto y hay otros que quizá acaben igual. Esta información podría ser importante, y puedo prometerte que si no encuentro a quien hizo esto, voy a seguir investigando, y voy a ponerme desagradable.

Jimmy se sintió insultado.

—No hace falta que se lo tome así, señor Pitt.

—Desembucha.

—No le gustará —advirtió Jimmy. Entonces volvió a mirar el rostro de Pitt—. ¡De acuerdo! No va a encontrar mucha ayuda porque corre el rumor de que esos policías eran corruptos, que aceptaban sobornos, vaya.

—Nadie pone una bomba para liquidar a policías corruptos —dijo Pitt con cuidado, observando los ojos de Jimmy—. Buscas pruebas y las entregas. A no ser, claro está, que tengan algo que usar contra ti.

—Entregarlas, ¿verdad? ¿A quién? —preguntó Jimmy, indignado—. ¿Ha perdido el juicio con el que nació, señor Pitt? La corrupción llega hasta lo más alto, o al menos tan arriba como puede llegar.

Pitt notó que se le encogía el pecho y de pronto el olor a cerveza fue amargo.

—¿Un atentado por venganza? —dijo, sin dar crédito.

La voz de Jimmy estaba cargada de repugnancia.

—Claro que no. ¿Es que no me escucha? No sé por qué lo hicieron. Pero nadie va a derramar muchas lágrimas porque un puñado de polis haya volado por los aires. Tampoco es que fueran a hacerlo si fuesen carniceros, panaderos o conductores de coche de punto. Nadie se arriesgará a averiguarlo para usted.

Pitt frunció el ceño.

—No tiene mucho sentido, Jimmy. Informas a la policía sobre una venta de opio, alguien irá, pero no puedes saber quién con antelación. La venganza es algo personal. Si matas a quien no corresponde, los que se hayan librado irán a por ti. Has enseñado tus cartas, Jimmy.

Jimmy se encogió de hombros.

—Esto no va a gustarle, señor Pitt. Algunos polis están podridos hasta los huesos. Se lo estoy diciendo.

—Tendrás que hacer algo más que decírmelo, tendrás que demostrarlo.

—¡Yo me quedo al margen! —dijo Jimmy con fervor, y levantó su jarra, evitando la mirada de Pitt.

Pitt pagó la cuenta y salió a la calle lluviosa.

Cuando llegó de nuevo a Lisson Grove, un par de infructuosas horas más tarde, Stoker no tardó más de quince minutos en hacer lo propio, hartó y con frío, pálido de cansancio.

—¿Nada? —Adivinó Pitt mientras Stoker cerraba la puerta.

—Nada que me guste —contestó Stoker, dirigiéndose a la silla enfrentada al escritorio de Pitt para sentarse—. Tenemos una probabilidad razonable de seguir el rastro de la dinamita, si quien la adquirió lo hizo a través de una célula anarquista. Puede llevar tiempo, o sea que si vino desde el continente, ya podría estar de regreso para entonces. Aunque podría estarlo dentro de un día, de todos modos.

—¿Algo que sugiera que es un anarquista extranjero?

—No. La verdad, señor, diría que más bien huele a paisano resentido.

Stoker observó la expresión de Pitt con detenimiento mientras lo decía, atento a su reacción.

—Entonces será mejor que investigue más a fondo a los anarquistas que conocemos —concedió Pitt—. Algo ha cambiado y lo hemos pasado por alto. ¿Alguna idea?

Stoker inhaló profundamente y soltó el aire despacio.

—No, señor. Francamente, ninguna. Tenemos hombres en todas las células de las que tenemos conocimiento, y no se han enterado de nada que no sean las usuales quejas por los salarios, las condiciones de trabajo, el derecho de voto, la policía, los trenes, lo de siempre. Todo el mundo odia al gobierno y piensa que ellos podrían hacerlo mejor que los políticos. La mayoría odia a la gente que tiene más dinero que ellos, hasta que consiguen más dinero. Entonces odian los impuestos.

—Algo diferente, cualquier cosa —dijo Pitt en voz baja—. Cualquier cambio de pauta, alguien nuevo, un veterano que se haya ido...

Saltaba a la vista que Stoker estaba exhausto. Profundas arrugas surcaban su rostro huesudo.

—Estoy en ello, señor. Tengo a todos los hombres buscando, pero si hacen demasiadas preguntas despertarán sospechas, señor. Entonces no sacaremos nada, excepto que quizá maten a más hombres buenos.

—Lo sé. ¡Y asegúrese de no ser uno de ellos!

Stoker sonrió un tanto incómodo. Sabía a qué se estaba refiriendo Pitt. Casi dos años atrás, en un caso anterior, había conocido a una mujer que se llamaba Kitty Ryder. Mientras la buscaba se quedó fascinado, y cuando por fin la conoció se enamoró. Ahora se había armado de coraje para pedirle que se casara con él, y la fecha de la boda estaba fijada. Ella sabía cómo se ganaba la vida y que los peligros eran considerables. Lo comprendió y no se quejó. Sin embargo, Pitt estaba resuelto a que Stoker acudiera a su boda sano y salvo, y puntual.

—No, señor —convino Stoker—. Descuide, que no meteré prisa.

Pitt llegó tarde a casa y apenas había terminado de cenar cuando sonó el timbre y Charlotte fue a abrir. No regresó sola a la cocina, como esperaba Pitt, sino con una mujer de apariencia despampanante un par de pasos detrás de ella. Tenía cincuenta y tantos, diez años menos que Charlotte, pero su serena hermosura parecía aumentar cuanto más tiempo la contemplabas.

Pitt se puso de pie.

—Perdone —dijo la visitante—. Me consta que es una hora sumamente inconveniente, pero no hubiese venido de haber pensado que podría encontrarlo en otro momento.

En boca de otra mujer el comentario habría resultado extraño, pero Isadora Cornwallis era la esposa del antiguo inspector general adjunto que había sido el superior de Pitt cuando estuvo en Bow Street. Cornwallis y Pitt habían sido algo más que meros colegas; había entre ellos una confianza resultado de arduas y trabajosas batallas. Se habían enfrentado codo a codo con enemigos implacables. Uno de los peores había sido el hermano de Isadora, que había compartido su aflicción con Cornwallis y Pitt y encontrado un profundo amor en Cornwallis. Aunque al principio había parecido imposible porque estaba casada, su marido, el trágico obispo Underwood, falleció poco tiempo después.

—Me temo que lleva razón —convino Pitt—. ¿Le apetece una taza de té? —Echó un vistazo al reloj del aparador—. ¿O una copa de jerez? —Acto seguido se preguntó si siquiera tenían jerez. No solían tomarlo salvo cuando tenían visitas, cosa poco frecuente—. Si es que tenemos —agregó.

—Un té sería estupendo —aceptó Isadora.

Charlotte negó con la cabeza a Pitt, como si le sorprendiera que no lo hubiese dado por sentado.

—Se lo serviré en la sala —dijo enseguida.

A Pitt le constaba que Isadora no se habría presentado sin un buen motivo. Escrutó su semblante un momento en busca de indicios de sufrimiento o dolor, mas no los halló. Si Cornwallis hubiese estado enfermo, lo llevaría escrito en su porte, por más que intentara disimularlo.

En la sala de estar las cortinas estaban corridas para resguardarse de la noche invernal. El fuego hacía rato que se había convertido en un montón de brasas calientes en la chimenea, caldeando la habitación.

Isadora se sentó en el sillón enfrente al de Pitt, que ocupó el suyo.

—He venido a darle una información que lamento profundamente tener que transmitirle, pero es posible que guarde relación con el atentado en Lancaster Gate. Se la doy en confianza y con el convencimiento de que usted la tratará como tal, y que solo obrará en consecuencia si se demuestra que significa lo que temo.

—Por supuesto.

Pitt no atinaba a ver qué podía saber Isadora que pudiera guardar relación con la bomba. De haber sido algo de carácter policial, sería Cornwallis quien estaría al tanto. ¿Acaso iba a contarle algo indiscreto, incluso secreto? Le resultaba inconcebible que pudiera traicionar la confianza de su marido.

Isadora comenzó como si el asunto en cuestión le causara una gran aflicción. Tenía la voz tensa y las manos rígidas en el regazo, su gracia natural estaba por completo ausente.

—¿Me figuro que hasta ahora han descubierto muy poca cosa?

Fue una pregunta tentativa. Saltaba a la vista que no sabía cuánto podía preguntar sin que Pitt le dijera, aunque cortésmente, que era información confidencial de la Special Branch.

—Nada en cuanto a la autoría del crimen —contestó Pitt con franqueza—. La única vía de investigación que tenemos es averiguar cómo se obtuvo la dinamita. Probablemente fue a través de uno de los canales habituales que usan los anarquistas.

—¿Está seguro de que hay un anarquista detrás de esto? —preguntó Isadora muy seria.

Fue como si la temperatura de la estancia cayera en picado. El frío se adueñó de Pitt. Isadora iba a contarle algo concreto, doloroso, no especulaciones con intención de ser útil porque tal vez Cornwallis supiera algo que de pronto ella se hubiese dado cuenta de que podría ser relevante. Por supuesto que no. Eso lo habría sabido. Si se tratara de información de Cornwallis, él mismo habría ido a transmitírsela.

—No —contestó Pitt—. No veo que matar agentes de policía encaje con los propósitos de los anarquistas. Los toleramos porque están donde podemos vigilarlos. Mantenemos relaciones relativamente buenas con los países de donde proceden. Querrían que extraditáramos a muchos de ellos, pero entonces los ejecutarían o los condenarían a cadena perpetua. Nuestros propios anarquistas son más problemáticos, pero hasta la fecha los atentados con bomba no son su estilo. Los sabotajes, las

insurrecciones y las huelgas les resultan más útiles. ¿Por qué lo pregunta?

Lo dijo con cierta impaciencia. No había sido su intención, pero estaba cansado y las penas de la jornada todavía le pesaban.

Isadora medía sus palabras con sumo cuidado.

—Por supuesto es probable que los anarquistas proporcionaran la bomba o, como mínimo, el material para construirla —dijo—. Pero parece posible que el motivo no fuese político, en el sentido de buscar un cambio radical en el sistema de gobierno...

—Supongo que carece de pruebas concretas, dado que de lo contrario no vacilaría en exponerlas. —Pitt se inclinó un poco hacia delante—. Pero cuénteme lo que sospecha. Lo tomaré como una observación, una mera sugerencia.

Isadora inhaló profundamente y soltó el aire muy despacio, dándose tiempo.

—Hay un joven a cuya familia conozco moderadamente bien. Gozan de una elevada posición social...

Pitt se obligó, con dificultad, a no interrumpirla para instarla a ir al grano. Sin darse cuenta, cerró los puños.

—Hace unos cuatro años —prosiguió Isadora—. No recuerdo la fecha exacta, sufrió un terrible accidente montando a caballo. Se lesionó la espalda y tardó bastante tiempo en restablecerse.

¿Iba a ser tan circunspecta que al final la información que le diera carecería de sentido?

—La herida todavía le causa un dolor considerable —continuó Isadora—. Pero pienso que el legado más grave del suceso fue una adicción al opio que le administraron en el hospital durante los peores momentos.

Era evidente que le estaba costando decírselo, no por falta de comprensión ni de palabras para describirlo, sino porque en cierto sentido estaba traicionando lo que cabía percibir como una confidencia o, en el mejor de los casos, información obtenida gracias a una confianza tácita.

—¿Sigue tomando opio? —preguntó Pitt, tratando de facilitarle el relato.

—Creo que sí. No lo menciona, pero lo he visto en estados de ánimo muy diferentes, y con la ansiedad y la constante desazón de cuando uno sabe que es... adicto...

—Si es para el dolor, me figuro que se lo receta su médico.

—Por supuesto. Pero no estoy segura de que este siga siendo el caso, y si lo es, lo hace en las cantidades que él desea.

Pitt fue incómodamente consciente de que el relato de Isadora, igual que los policías atraídos a la casa de Lancaster Gate, parecía girar en torno al opio.

—¿Y tiene miedo de que esté comprando opio por su cuenta? —concluyó Pitt. No habían hecho público que la redada tuviera el objetivo de capturar a unos camellos de droga. ¿Isadora se había enterado? ¿A través de Cornwallis? Podría habérselo dicho, si lo supiera. Ya no era inspector. Quizá consideraba que no se trataba de información privilegiada; al menos no para ella, en cualquier caso—. ¿Su marido sabe que ha

venido a verme? —preguntó.

Isadora hizo una mueca de vergüenza.

—No. No está al corriente de la... debilidad de Alexander Duncannon. Prefiero que siga así. No tengo obligación de actuar en lo que concierne al opio. Puedo suponer que se lo recetan legalmente y no investigar. Mi marido quizá pensaría lo contrario.

Pitt estaba desconcertado.

—Sin embargo, ha venido a contármelo. No lo entiendo.

Isadora contestó de inmediato.

—Ustedes incautan opio —dijo—. ¿El atentado guarda relación con el opio?

—¿No ha mencionado a Duncannon y su adicción por ese motivo?

Isadora esbozó media sonrisa.

—No juegue conmigo, señor Pitt. Estoy más que acostumbrada a ello con mi hermano y con mi primer marido. En realidad se me da bastante bien, por absurdo y ofensivo que parezca. He recurrido a usted, aunque me resulte difícil, porque Alexander es adicto al opio. Es un joven encantador pero un tanto inestable, muy inteligente y culto, que siente un odio apasionado por la policía. Viene a ser una obsesión, una cruzada contra ella. No lo lleva en secreto, pero me parece que muchas personas suponen que es una mera faceta de su más bien excéntrico estilo de vida, tal vez un intento de ser aceptado por según qué compañías que ha elegido, incluso es posible que se trate de una forma bastante desesperada de rebelarse contra su padre, un hombre formidable y adinerado que había depositado altas expectativas en su único hijo.

—¿Quiere decir que es una pose más que una verdadera adicción?

—Hay quien lo cree.

—¿Y usted?

—Creo que es una adicción —dijo Isadora en voz muy baja—. Le tengo aprecio. He pasado ratos en su compañía, de vez en cuando, en conciertos, conferencias e incluso en recepciones en las que tanto a él como a mí nos aburrían por igual las conversaciones triviales.

—¿Y dice que odia a la policía? ¿Es porque tiene simpatías con grupos anarquistas?

No era raro que jóvenes ricos y privilegiados tuvieran simpatías por los pobres y aspirasen a presenciar cambios políticos. Lo consideraban una causa justa por la que rebelarse.

—No —contestó Isadora simplemente—. Cree que muchos policías son corruptos y que los encubren otros policías, por razones que ellos sabrán, tal vez porque también sean corruptos, acepten sobornos o tengan miedo. O simplemente porque sean uno de tantos de los que prefieren no ver lo que los incomoda, o les haría cambiar de actitud si lo reconocieran. Tomar medidas podría resultarles muy caro, incluso peligroso.

Tal vez después de sus interrogatorios y de los rumores que había oído, Pitt no tendría que haberse sorprendido, y, sin embargo, lo estaba. Todavía era más asombroso que Isadora Cornwallis, ni más ni menos, estuviera tan interesada para ir a verlo a él, sin confiarse a su marido porque antes había sido inspector general adjunto de la misma policía de la que estaban hablando.

—¿Usted le cree? —preguntó.

Isadora no había esperado una pregunta tan directa. Quedó claro en la manera en que de súbito abrió los ojos.

—Creo que es lo que él piensa —contestó—. Un buen amigo suyo fue condenado y ahorcado hace un par de años. Alexander hizo cuanto pudo para salvar a su amigo, convencido de que era inocente. No lo consiguió, y Dylan Lezant murió en la horca. Lo cierto es que Alexander nunca lo ha superado.

Pitt rememoró el caso. Lo recordó con un escalofrío al pensar que aquel también estaba relacionado con un arresto por drogas que terminó mal. Arrestaron a Lezant poco después de que disparase contra un hombre absolutamente inocente que simplemente dio la casualidad de que pasaba por allí.

—Recuerdo el caso. —Pitt asintió con la cabeza—. Trágico. ¿Alexander se creyó la versión de Lezant? Me figuro que es bastante normal, si eran amigos. ¿Lezant también era adicto?

—Sí, pero aun así Alexander estaba convencido de que era inocente.

—¿Y quién disparó al transeúnte?

—Alexander creía en la versión de Lezant de que lo había hecho la propia policía. Pitt se quedó atónito.

—¡Por Dios! ¿Por qué iban a hacer algo semejante?

—Descuido... pánico... —respondió Isadora—. Y además tenían que culpar a un tercero porque, en cualquier caso, no debían ir armados. Sé lo que estará pensando: un joven leal a su amigo, quizá la única persona que entendía su adicción y no lo culpaba. Creía lo que tenía que creer a fin de conservar sus valores y posiblemente incluso para justificar la batalla que libró para salvar a Lezant de la soga, sin éxito. ¿Quién sabe todas las razones por las que hacemos las cosas? Quizá quienes menos lo sepamos seamos nosotros mismos.

Pitt no podía discutirlo.

—De modo que piensa que Alexander pudo haber puesto la bomba que estalló en la casa de Lancaster Gate, matando a dos policías e hiriendo de gravedad a otros tres. ¿No es un poco... extremado?

—Sí, lo es —convino Isadora—. Y espero con toda mi alma estar equivocada. Créame, he considerado largamente y a fondo si debía contárselo siquiera a usted. Me siento desleal con mis amigos. Quizá sea peor que eso. No estoy segura de que John lo aprobara. —Tenía el rostro transido por un doloroso recuerdo—. Pero me consta que personas a quienes has amado, a quienes has conocido toda la vida, pueden ser muy diferentes de lo que tú habías supuesto. ¿Cómo iba a ocurrírsete pensar que en

realidad son desconocidas, que tienen pasiones que no te imaginarías ni en sueños?

Pitt sabía que Isadora estaba aludiendo a su hermano, que había estado dispuesto a que la culparan de un crimen que no había cometido. Ella nunca sabría si habría llegado a dejar que la ahorcaran, sin hablar para salvarla diciendo la verdad.

La sombra de aquella época se cernía sobre la habitación. ¿Qué recuerdos conservaría Isadora? Habían transcurrido años. Fue Pitt quien la salvó. Pitt quien había causado la perdición de su hermano, y su muerte, en otro caso posterior. Cuánto sufrimiento. Y, sin embargo, Isadora había ido a referirle aquello, eligiendo no mirar hacia otro lado, eligiendo incluso no confiárselo a Cornwallis. ¿Lo hacía para no herir los sentimientos del hombre que amaba, más que para evitarle tener que desentrañar una verdad tan vil?

¿O porque confiaba en que Pitt se enfrentaría a ello, costase lo que costara?

—Hablaré con el señor Duncannon mañana mismo —prometió Pitt—. ¿Dónde puedo encontrarlo?

Eso era precisamente lo que Isadora quería que hiciera Pitt; era el motivo por el que había ido a verlo. Y, no obstante, ahora también parecía estar acongojada. La suerte estaba echada. Era demasiado tarde para cambiar de opinión.

Con dedos rígidos abrió su bolso y le entregó un trozo de papel. Llevaba escrita la dirección del apartamento donde residía Alexander Duncannon. Pertenecía a la clase social cuyos ingresos no le exigían ocupación alguna, excepto aquellas con las que decidiera pasar el rato.

—¿Cuándo puedo encontrarlo allí? —preguntó Pitt.

—Yo probaría hacia las diez de la mañana —contestó Isadora—. Dudo que sea muy madrugador. Más tarde, quizá haya salido. Tiene amigos.

—Gracias. Buscaré algún otro pretexto para hablar con él —prometió Pitt—. Por descontado, no mencionaré su nombre.

Isadora titubeó un momento, sin saber qué decir. Entonces esbozó una sonrisa y dejó que Pitt la acompañara a la puerta, y a la calle donde aguardaba su carruaje.

Pitt encontró a Alexander Duncannon no en su apartamento, sino en una exposición de arte a tres manzanas del Autonomy Club. El portero le indicó quién era. Por lo visto, iba a menudo. Un joven esbelto y moreno. Aparentaba unos veinticinco años. Estaba solo delante de un cuadro grande que representaba una escena campestre. Los campesinos iban guadaña en mano. El sol de agosto brillaba en un cielo azul celeste sobre el maizal dorado. Unas cuantas amapolas escarlata resplandecían en los márgenes.

Pitt se había criado en el campo. Aquella imagen tan idílica se le antojaba irreal. Sin duda poseía su belleza, pero no plasmaba el olor de la tierra, el calor implacable del sol, el dolor de las espaldas demasiado tiempo inclinadas.

—¿Le gusta? —preguntó Pitt.

La afabilidad de la juventud se reflejaba en sus mejillas cuando se volvió, pero tenía profundas ojeras. Saltaba a la vista que estaba familiarizado con el sufrimiento.

Sonrió súbita y encantadoramente. Se le iluminó el semblante.

—No —dijo con franqueza—. ¿Y a usted? ¿O no lo ha mirado el tiempo suficiente?

Pitt correspondió a su sonrisa.

—¿Cuánto tiempo tengo que mirarlo para que me guste? —preguntó.

Alexander se estaba divirtiendo.

—No lo sé, pero más que yo. ¿Qué es lo que no le gusta del cuadro? Es bastante bonito... ¿no?

Pitt decidió en ese instante entablar una conversación sincera con él.

—¿Eso es lo que piensa que debería ser, bonito? —preguntó.

—¿No le gustan los cuadros bonitos? —Alexander aceptó el envite en el acto y, a juzgar por la cortesía de su actitud y la repentina vivacidad de su mirada, con gusto.

Pitt lo consideró.

—No, me parece que no. Al menos no si es a expensas de lo real. El artificio tiene su propia fealdad.

Ahora Alexander estaba entusiasmado, con los ojos brillantes.

—¿Conoce ese lugar?

—No es reconocible.

Alexander se rio.

—*Touché* —dijo jovialmente—. Pero ¿está familiarizado con lo que se supone que es? ¿Con lo que era antes de que se convirtiera en una imagen sentimental?

—Lo cierto es que sí —admitió Pitt, atrapado por un instante en un recuerdo tan repentino que fue casi físico.

—Qué curioso. Yo no. —Alexander se encogió de hombros—. Y, sin embargo, sé que algo falla. Tal vez uno desarrolla un desagrado por lo artificioso, ¿no le parece?

—Sí, estoy de acuerdo. —Tiempo atrás, antes de pasar al departamento de homicidios, Pitt había trabajado en casos de robo, sobre todo de obras de arte. Había aprendido mucho más de lo que había esperado, y descubrió que le proporcionaba un inmenso placer. No era preciso que revelara su identidad a aquel joven. La Special Branch no era la policía. Tal revelación no era de obligado cumplimiento—. Es una mentira emocional —agregó.

Ahora contaba con la plena atención de Alexander.

—Qué perspicaz, señor...

—Pitt. —Era imposible no decir su nombre después de haber sido tan franco con él—. Thomas Pitt.

—Alexander Duncannon.

Le ofreció la mano y Pitt se la estrechó.

—Seguro que aquí hay algo mejor, ¿no cree? —preguntó Pitt—. ¿A usted qué le gusta?

—¡Ah! Permítame mostrarle algo encantador —respondió Alexander—. Es muy pequeño pero bastante bonito.

Dio media vuelta y empezó a caminar un tanto erráticamente hacia la sala siguiente.

Pitt fue tras él, interesado en saber qué gustaría al joven.

Alexander se detuvo delante de un pequeño dibujo a lápiz de unas hierbas representadas con exquisito detalle. Cada brizna estaba perfectamente dibujada. En el centro había una madriguera de ratones de campo. Miró atentamente a Pitt, aguardando su veredicto.

Pitt contempló el cuadro unos minutos. Estaba incómodo. Alexander le había mostrado algo que era verdaderamente bonito. Su manera de apreciarlo revelaba una parte de su ser. No iba a romper el silencio. Aguardaría hasta que Pitt le diera una respuesta igual de sincera.

—Esto es real —dijo Pitt con franqueza—. Casi espero que se muevan. Huelo la tierra seca y oigo el susurro del viento en la hierba.

Alexander no disimuló su placer. Permanecieron unos instantes mirando el dibujo codo a codo. Después Pitt apartó la atención de las minúsculas vidas atrapadas por el lápiz y el corazón de un hombre y pensó de nuevo en bombas, incendios y policías muertos.

—Es maravilloso —dijo en voz baja— que un hombre pueda captar algo tan pequeño y convertirlo en eterno. Le agradezco que me lo haya mostrado.

—Merece la pena, ¿verdad? —respondió Alexander con cierta excitación—. Venir aquí, aunque solo sea para ver esto. La vida está llena de pequeñas cosas que importan apasionadamente. Absurdo; un hombre que no lo hace y unos ratones que sí.

—Lo dice como si tuviera a alguien en mente —apuntó Pitt. De súbito el rostro de Alexander volvió a reflejar sufrimiento y una sorprendente amargura—. A demasiados —contestó—. Personas que están muertas y no deberían estarlo. Personas vivas que solo hacen daño.

Pitt recordó lo que Isadora le había referido sobre el amigo de Alexander, ahorcado por un homicidio que Alexander estaba seguro que no había cometido. Se sintió un poco embustero al abordar el tema, pero tal vez aquel joven no tuviera nada que ver con el atentado con bomba en Lancaster Gate. Le complacería mucho que resultara así.

—Desde luego —dijo Pitt en voz baja, mirando el cuadro siguiente, una naturaleza muerta con flores bastante sosa—. Los anarquistas, por ejemplo. Lo destruyen todo y no crean nada.

Alexander tardó un rato en contestar.

Pitt estaba a punto de hablar otra vez.

—A veces solo nos fijamos en los destructores —contestó Alexander justo entonces—. Todo el mundo recuerda a quien asesina a un presidente que oprime a su pueblo y lleva a la muerte a cientos de pobres porque se atreven a protestar. ¿Quién va a acordarse de quien dibujó los ratones? ¿Usted?

Pitt se avergonzó. Había quedado tan cautivado por el dibujo que no había buscado el nombre del artista.

—No —reconoció—. ¿Quién fue el pintor?

Alexander sonrió con una expresión tan radiante como efímera, y enseguida volvió a ensombrecérsele el semblante.

—Fíjese. Ha dicho «el pintor». Es lo normal, me figuro, pero en realidad era una mujer. Mary Ann Church.

—¿Y los anarquistas? —preguntó Pitt.

Alexander adoptó un aire un tanto huraño y tensó el cuerpo, visiblemente, bajo su chaqueta de corte impecable.

—No se lo diría aunque lo supiera.

Pitt no disimuló su sorpresa.

Alexander se encogió de hombros.

—Bueno, tal vez si lo supiera, y atraparan a la gente equivocada y fueran a ahorcarlos, lo haría —se corrigió—. La justicia es muy importante, en cierto modo fea y hermosa a la vez. ¡Como aquel tigre de ahí! —señaló vagamente.

Pitt repasó los cuadros de la pared de enfrente.

—No veo ningún tigre.

—A eso me refería —respondió Alexander—. Hay bastantes más cosas buenas aquí, si mira con atención. Debo marcharme.

Dio media vuelta y se alejó, y mientras Pitt lo observaba reparó en una considerable cojera, como si Alexander sufriera un dolor constante que solo muy raramente podía olvidar.

Pitt fue a mirar otra vez el cuadro de los ratones, minúsculos, palpitantes de vida y ahora inmortales al menos en la mente.

Tellman llegó tarde al despacho de Pitt, justo cuando este estaba pensando en irse a casa. El cansancio de Tellman era evidente y su semblante traslucía descontento. Se quedó firme ante el escritorio de Pitt. No se sentaría hasta que le hubieran dado permiso. Era como si quisiera dejar claro que no estaba a gusto. Llevaba abrigo, pero no guantes, y Pitt se fijó en que tenía las manos enrojecidas por el aire frío de la calle.

—¿Té? —ofreció Pitt. Desde que ocupaba aquel cargo, disponía de alguien que lo preparara y se lo llevase.

—Tengo poco de lo que informar —contestó Tellman—. No me quedará el tiempo suficiente para tomar el té. Pero gracias... señor.

—Sí que se quedará —le dijo Pitt, tirando del cordón de la campanilla para que acudiera alguien. En cuanto apareció, pidió té para dos y también galletas.

A regañadientes, Tellman se quitó el abrigo, lo colgó del perchero que había junto a la puerta y después se sentó.

—No tengo nada muy útil, señor —repitió—. He hablado con todos nuestros

soplones habituales y según parece nadie sabe nada. Lo siento, pero se diría que tiene a un anarquista nuevo y de muy mala calaña en la ciudad. Quizá consiguió la dinamita en una de las canteras de tierra adentro. Bessemer and Sons echa en falta una cantidad considerable. Una docena de cartuchos o más. Lo denunciaron de mala gana. No quieren quedar como los incompetentes que parecen ser. Rodará alguna cabeza. Seguramente la del capataz.

—¿Alguna idea sobre quién la robó? —preguntó Pitt. Podría ser una pista, y por el momento era la única dirección segura en la que investigar.

—Estamos trabajando en ello —respondió Tellman.

Llegó el té, con las galletas, y Pitt dio las gracias al agente que se lo llevó.

Tellman le echó un vistazo a su pesar, pero no pudo resistir el fragante vapor y la promesa de entrar en calor. Cogió una galleta, le dio un mordisco y acto seguido fue obvio que sintió un repentino apetito.

—¿Ha descubierto algo? —preguntó, con la boca llena.

—No estoy seguro —contestó Pitt. Miró el rostro cansado y descontento de Tellman y se dio cuenta de que todavía estaba muy afectado por la violencia del atentado con bomba. Por descontado, de vez en cuando había policías que morían en acto de servicio, y también accidentes de tráfico e incluso de ferrocarril, en los que el número de víctimas era atroz. Ardían edificios, se hundían puentes, en ocasiones las inundaciones causaban daños terribles. Pero aquello era deliberado, creado por una imaginación y una intención humanas, y dirigido específicamente contra la policía, hombres a los que Tellman conocía.

—¿No está seguro? —dijo Tellman, sorprendido. Dejó su tazón en la mesa, como si ya no quisiera seguir calentándose las manos con él—. ¿Qué quiere decir?

—Isadora Cornwallis vino a verme, en privado, de modo que esto es confidencial —le dijo Pitt—. Si decide o no contárselo a su marido es asunto suyo. No quiero que llegue a sus oídos a través de rumores policiales. Le estoy diciendo que fue ella para que sepa que lo que voy a decirle no me lo refirió a la ligera y que tampoco puedo permitirme ignorarlo.

Observó la expresión de Tellman para asegurarse de que lo entendía.

Tellman frunció los labios con un aire dudoso.

—¿Qué sabrá ella sobre anarquía?

—Algunos anarquistas proceden de ambientes privilegiados —le dijo Pitt—. No todos son campesinos u obreros con salarios de miseria.

Tellman lo miraba fijamente, aguardando.

—Conoce a un joven de muy buena familia que guarda un profundo rencor a la policía, a la que considera corrupta —prosiguió Pitt—. También es posible que tenga contactos entre los anarquistas. Por ahora solo es algo filosófico, que sepamos, pero sin duda sabría dónde ir a comprar dinamita, posiblemente robada de una cantera como Bessemer and Sons, donde actualmente echan de menos una docena de cartuchos.

Tellman volvió a rodear su tazón con las manos.

—¿En qué consiste su queja sobre la policía? ¿Quizá solo estábamos manteniendo el orden y ese muchacho creyó que estaba por encima de tener que aceptarlo y comportarse como es debido?

—Piensa que se trata de algo mucho más grave.

—¿Como qué? —dijo Tellman bruscamente.

—Como que un agente disparase sin querer contra un transeúnte y después echara la culpa a un hombre inocente, Dylan Lezant, y se asegurase de que lo ahorcaran por ello.

—No me diga —dijo Tellman con desdén—. ¿Y quién dice que era inocente? ¿Su amigo el simpatizante de los anarquistas?

Pitt dejó el té sobre el escritorio.

—Tellman, lo que realmente ocurriera es lo de menos. Si este joven piensa que fue así, obrará en consecuencia.

—Eso es lo que él dice —arguyó Tellman—. ¿Tiene algún motivo para pensar que no es un terrorista cualquiera que cree que puede aterrorizarnos para que hagamos la locura política que persigue?

Había un dejo de desafío en su voz, como si Pitt hubiese sugerido adrede que existía alguna justificación, algún punto flaco o error por parte de los policías asesinados.

Pitt midió su respuesta con sumo cuidado, pero sintió cómo crecía su enojo aun a pesar de que entendía la profunda lealtad de Tellman y la sinceridad de su aflicción. Había visto los cuerpos destrozados con sus propios ojos.

—No lo sé —reconoció—. No sé si tuvo algo que ver. Tan solo le estoy diciendo que no podemos descartarlo como posibilidad.

—¿Cómo se llama? —preguntó Tellman.

—De momento, me encargaré yo personalmente.

Tellman se quedó inmóvil y las mejillas se le pusieron coloradas.

—¿No confía en que trate con delicadeza a ese joven caballero suyo? —preguntó con voz forzada, la mandíbula prieta—. Soy inspector, comandante Pitt. Soy tan capaz y estoy tan acostumbrado a hablar con las clases altas como usted, aunque no me haya criado en una casa solariega ni me haya casado con una dama. Y quizá yo aprecie un poco más que usted a los policías corrientes, como los que están en el hospital o en la morgue. —Dejó el tazón y se puso de pie—. En última instancia respondo ante el inspector jefe de la policía, no a sus señorías en el Parlamento. Encontraré al hombre que puso esa bomba, sea hijo de quien sea.

Pitt se quedó desconcertado un momento. Le había faltado sensibilidad para percibir lo mucho que Tellman estaba dolido por lo sucedido; o, a decir verdad, por lo profunda que era su lealtad con las fuerzas del orden que le habían dado una meta en la vida y conformado su identidad. Había una parte de verdad en que Pitt cambiara su sentido de la identidad cuando abandonó la policía y se unió a la Special Branch. No

había tenido elección, si quería tener éxito en su nuevo puesto. El cambio no había sido por decisión propia. Lo habían obligado a dejar la policía por haber resuelto un crimen encontrando una respuesta impopular que ofendió a quienes tenían poder para arruinar su carrera.

Ingresó en la Special Branch porque era el único otro departamento que podía servirse de su destreza y permitirse desafiar a los poderes que le querían ver en la ruina.

Pitt permaneció sentado.

—No puedes defenderte contra unos cargos si no sabes que existen —señaló—. Quizá usted prefiera que no lo informe de ahora en adelante, por si surgiera algo más. Si es así, tendré que acudir directamente a Bradshaw. Pero preferiría no hacerlo. No conocía personalmente a los agentes fallecidos; usted, sí.

Tellman estaba confuso. En cierta medida, se había puesto en ridículo, ahora se daba cuenta de ello, pero no estaba dispuesto a retractarse.

—Supongo que será mejor que me informe a mí —dijo de mala gana—. Alguien tiene que luchar por esos hombres. Dios sabe que dos han muerto y que podrán seguirlos otros. —Miró desafiante a Pitt a los ojos, retándolo con la mirada—. No voy a permitir que los asesinen, los hagan pedazos, los dejen quemados y lisiados cuando no pueden hablar por sí mismos y encima les echan la culpa.

Pitt vaciló solo un instante. Si dejaba que Tellman se saliera con la suya, algo se perdería para siempre entre ellos.

—¿Es lo que insinúa que haré, inspector Tellman? —preguntó en voz baja.

Largos y tensos segundos de silencio flotaron en la habitación hasta que Tellman contestó.

—Esa posibilidad no surgirá... señor —respondió. Se puso de pie, saludó con una seca inclinación de cabeza y salió del despacho.

Pitt se recostó en su sillón sintiéndose sumamente desdichado. No había tenido más opción que informar a Tellman sobre las acusaciones contra Alexander Duncannon porque podrían ser parte del caso. En realidad, en aquel momento era la única pista que tenían. Pero no había manejado bien la situación.

Su última visita de la jornada fue del todo inesperada, y no se presentó en las oficinas de la Special Branch en Lisson Grove, sino que estaba aguardando a Pitt cuando finalmente llegó a su casa en Keppel Street. Apenas había cruzado la puerta principal y colgado el abrigo húmedo en el perchero cuando Charlotte salió de la sala de estar. En cuanto le vio la cara supo que algo la inquietaba.

Charlotte sonrió, pero había una advertencia en su mirada. Se acercó y lo besó con ternura, tan solo un momento de dulzura al que le habría encantado aferrarse, pero enseguida se apartó.

—Jack ha venido a verte —dijo casi entre dientes—. Está muy preocupado. Os

dejo a solas en la sala para que habléis. El fuego está encendido y hay jerez, por si quieres servirle una copa. Estaré en la cocina.

Y tras mirarlo un instante a los ojos otra vez, dio media vuelta y enfiló el pasillo hacia la cocina.

Pitt abrió la puerta del salón y se dejó envolver por la cálida atmósfera de la habitación. Era acogedora, llena de retratos de familia, adornos que habían coleccionado a lo largo de los años. El cuadro de encima de la chimenea era una buena reproducción de un óleo de Vermeer de un puerto tranquilo con barcos de vela y edificios típicamente holandeses en los muelles bajo un cielo amable.

Las cortinas de las cristaleras que daban al jardín estaban cerradas, manteniendo fuera el invierno.

Jack Radley estaba de pie junto a la repisa de la chimenea, guapo y bien vestido como siempre. Tanto si estaba a gusto como si no, siempre se las arreglaba para dar la impresión de que sí. Tenía elegancia natural. Se irguió cuando Pitt entró y cerró la puerta.

—Perdona que haya venido sin avisar —dijo Jack. Su sonrisa fue breve, y preocupada.

Pitt fue hasta la licorera que había sobre la mesa auxiliar y sin preguntar sirvió dos copas de jerez. No le gustaba especialmente, y puso menos en la suya, pero le dio tiempo para poner en orden sus ideas. Jack Radley era el segundo marido de Emily, la hermana menor de Charlotte. Había comenzado como un notablemente atractivo y encantador joven de mundo, de buena cuna y sin un céntimo. La fortuna era de Emily, heredada de su primer marido, lord Ashworth.

Pero Jack se había tomado muy en serio sus oportunidades. Había trabajado duro para llegar a ser miembro del Parlamento, luchando hasta conseguir un escaño por méritos propios en lugar de aceptar otro más seguro que le permitiera estar ocioso. Se había ganado a pulso su puesto actual en el Foreign Office. De hecho, había sido desafortunado en extremo que no alcanzara un puesto más alto. Un error de juicio, una lealtad traicionada le había privado de un puesto que su diligencia justificaba.

Bebió un sorbo de jerez.

—Gracias. Hace una noche de perros. Se diría que ya estamos en enero. Lamento molestarte. Debes andar de cráneo con este espantoso atentado con bomba.

Sonó como un comentario casual, pero Pitt sabía que no lo era. Jack se estaba convirtiendo en un político consumado. Detrás de su encanto, rara vez hablaba por hablar.

—En efecto —dijo Pitt, asintiendo con la cabeza—. Me imagino que preferirías estar en casa con Emily. Así pues, ¿qué te trae por aquí?

Jack sonrió sinceramente esta vez.

—Contigo no puedo perder el tiempo con juegos diplomáticos, ¿verdad, Thomas? Muy bien. Vayamos al grano. Creo que has ido a entrevistarte con Alexander Duncannon. Tanto si tiene algo que ver con el atentado en Lancaster Gate como si no,

la gente dará por sentado que sí. Ahora mismo debe ocupar todo tu tiempo y atención.

—Por supuesto. Sí, fui a ver a Duncannon. ¿Por qué te inquieta?

—¿Estás enterado de quién es su padre?

—No. Y tampoco es que me importe.

—Pues debería importarte.

La sonrisa de Jack se había esfumado y su rostro reflejaba gran preocupación. Tenía unas arrugas en torno a los ojos y la boca en las que Pitt no había reparado hasta entonces.

—¿Por qué? —preguntó Pitt sin alterarse—. Si Alexander Duncannon está implicado en el asesinato y las lesiones de cinco policías, me trae sin cuidado quién sea su familia, presentaré cargos contra él.

Jack mantuvo la compostura con dificultad.

—Thomas, no te hagas el ingenuo. Llevas el tiempo suficiente en un alto cargo para saber que las cosas casi nunca son tan simples. ¿No perdiste suficiente posición cuando te echaron de Bow Street, mayormente por ineptitud política, por resolver un crimen con una respuesta que, aunque cierta, era inaceptable para quienes tienen el poder? No te estoy pidiendo que mientas, que dejes en libertad a un hombre culpable ni que arrestes a un inocente; solo que aguardes unos días, una semana, quizá...

—¿Aguardar qué? —preguntó Pitt.

—Hasta que cierto tratado de importancia capital se haya negociado —contestó Jack—. Me es imposible exagerar la importancia que tiene. Es con un gobierno provincial chino, relativo a la apertura de un puerto franco en el mar de China. El empuje al comercio será incommensurable. En Gran Bretaña miles de personas se beneficiarán. El trabajo que promoverá las hará más ricas y seguras una vez que el tratado se haya firmado. Esto es todo lo que puedo contarte, así que, por favor, no me presiones para que te cuente más.

—¿Por qué demonios debería entorpecer la investigación de un atentado debido a un tratado? —preguntó Pitt con curiosidad—. No veo relación alguna.

—Godfrey Duncannon es el único hombre que tiene la habilidad y los contactos necesarios para negociarla con éxito. Si su hijo está siendo investigado, o incluso si circula el más ligero rumor al respecto, le perjudicará lo suficiente para hacer peligrar toda la operación. Los chinos no confían en nosotros fácilmente, ¡y después de las guerras del opio tampoco es de extrañar! Yo no me fiaría de nosotros.

—Sustituidlo por otro —dijo Pitt—. Dejad que os aconseje desde un lugar poco visible. Podéis mantenerlo informado y que él contribuya con sus conocimientos sin que nadie lo sepa.

A Jack se le agotó la paciencia.

—¡Por Dios, Thomas! ¡Lo que importa es su posición, su reputación, su encanto! Por supuesto que tenemos a otros que podrían aprender a decir y hacer lo correcto. Yo mismo podría, con un poco de orientación. Pero no tengo los contactos personales de Godfrey. Se ha pasado la vida haciendo amigos, tejiendo una red de obligaciones y

deudas de honor y gratitud dentro de China. Ese tipo de cosas lleva tiempo, y no lo tenemos si hay que volver a la casilla de salida.

Pitt titubeó.

—Necesitamos a Duncannon —insistió Jack—. No sé si su hijo tiene algo que ver con el caso o no. Es posible que se haya visto envuelto de refilón. Resuélvelo sin su ayuda. O deja que transcurran un par de semana hasta que el tratado se haya firmado. ¡Por favor!

—No estoy seguro de poder hacerlo —dijo Pitt lentamente, buscando las palabras sobre la marcha—. Si el resto de la investigación nos devuelve hacia él, no puedo asegurar que la policía no lo interrogue.

El rostro de Jack se puso tenso, su tono de voz fue más áspero.

—¿Qué puede decirnos? ¿Que alguien con quien habló fanfarroneó de saber dónde conseguir dinamita? Eso os lo puede decir otra fuente. No me digas que solo investigáis a un hombre, un fragmento de conversación oído por casualidad. Seguro que tienes agentes en todas las células anarquistas por las que merezca la pena molestarse. Incluso yo conozco el Autonomy Club. Sin duda conoces otra docena de lugares semejantes. Alexander Duncannon quizá sea la fuente más fácil de interrogar, y la más segura. Salta a la vista que es un joven deteriorado al que puedes encontrar sin buscarlo. Sufrió un accidente grave y sigue siendo vulnerable. Déjalo en paz, Thomas. Consigue la misma información en otra parte.

Pitt se fijó en la ansiedad del semblante de Jack y tuvo claro que había mucho más que no le podía decir. Ahora bien, ¿no podía dar detalles sobre el tratado o acaso sobre sus propios intereses en el asunto? Jack había cometido demasiados y muy graves errores de juicio a lo largo de los últimos años. No había hecho más que lo que haría cualquier otro hombre en su lugar, pero las consecuencias lo habían llevado al borde de la catástrofe. Hubo traición y asesinato de por medio. Jack era diplomático, no miembro de la Special Branch. Había confiado en personas que todos los demás también habían considerado que estaban por encima de cualquier sospecha, y se equivocó, pero había estado unido a esos hombres; había trabajado en estrecha colaboración con ellos. Era Pitt quien había descubierto la verdad y juntado las piezas que formaban una imagen muy diferente.

Tal como estaban las cosas, Jack sería visto, al menos por algunos, como un sujeto fácil de engañar, con poco criterio y no demasiado fiable para ascenderlo a un alto cargo. ¿Era eso lo que le preocupaba esta vez? No podía permitirse estar estrechamente aliado con otro hombre mancillado por un escándalo, y mucho menos por una masacre, ¡y la anarquía rayaba en la traición!

—No me ha pasado información —dijo Pitt—. Posiblemente sea sospechoso...

—¿De poner una bomba en la casa de Lancaster Gate? —preguntó Jack, incrédulo—. ¡No seas ridículo! —Pero mientras lo decía, la voz le vaciló casi imperceptiblemente—. ¿Por qué demonios iba a hacer semejante cosa? Tiene amistades inapropiadas, eso es todo. Es joven. Veintitrés o veinticuatro. Yo tuve unos

cuantos amigos inapropiados a esa edad. ¿Tú no? No, supongo que no. Probablemente patrullabas las calles de algún suburbio y ayudabas a las ancianas a cruzar la calzada.

Ahora había enojo en su voz. ¿O era miedo?

—Probablemente —convino Pitt—. Mientras tú estabas ayudando a las jóvenes.

Jack se sonrojó ligeramente. Había pasado de una casa solariega a otra como alegre, guapo y sumamente entretenido invitado. Nunca había tenido intención de casarse con alguna de las jóvenes damas casaderas. No habría resultado aceptable para sus familias porque no tenía dinero para mantenerlas. Sin embargo, a todo el mundo le encantaba tenerlo como invitado. Vestía muy bien y montaba a caballo con gracia y destreza. Era lo suficientemente sensato para no beber más de la cuenta y tenía el sentido común de no acostarse con la esposa de alguien importante. De hecho, era lo bastante discreto para no mancillar la reputación de nadie. Eran aptitudes que no todo el mundo poseía.

—Tal vez merezca ese comentario. —Miró compungido a Pitt—. Por favor, Thomas, soy yo quien te lo está pidiendo.

—Lo intentaré —concedió Pitt—. Y desde luego tendré la máxima discreción si interrogamos a Duncannon. Más no puedo decir.

—Gracias.

Jack asintió con la cabeza y por fin esbozó una leve sonrisa. Cogió su jerez e hizo girar lentamente la copa, dejando que la luz de las llamas centelleara en el cristal tallado.

Pitt también levantó la suya, pero fue un gesto, un acuerdo.

Capítulo

3

Tellman estaba sentado junto al fuego en su casa, el lugar donde más le gustaba estar. Era una casa pequeña, que se podía permitir sin preocupaciones, pero en una cuidada hilera de casas a lo largo de una calle tranquila. No conocía bien a los vecinos, pero su esposa, Gracie, sí, y le caían bien. Varios eran también mujeres jóvenes, igual que ella, con hijos pequeños. Todos eran respetables. Gracie había deseado una casa como aquella, con su propio marido y sus propios hijos, desde que tenía memoria de poder soñar cualquier cosa.

Había nacido en el East End, en la miseria y sin educación. Había comenzado a trabajar a los trece años como sirvienta de Charlotte y Pitt, poco después de que se casaran. Seguía midiendo un metro sesenta escaso de estatura pero poseía espíritu suficiente para dos personas que doblaran su tamaño. Charlotte le había enseñado a leer y escribir, así como a cocinar y a llevar una casa.

Tellman ocupaba la mecedora del rincón más cálido de la cocina y observaba mientras Gracie alimentaba a su hija. Era una visión que le complacía en grado sumo. Nada en el mundo importaría jamás tanto como aquello.

La pequeña Christina lo miró un par de veces, desconcertada porque no la había cogido en brazos como de costumbre. Estaba muy resfriado y no quería contagiarla. Seguramente extrañaba el contacto de su rostro más de lo que ella lo extrañaba a él. Tellman sonrió a su hija, incluso a pesar de no tener ganas de hacerlo.

El atentado con bomba lo había horrorizado, sobre todo porque las víctimas eran compañeros del cuerpo a los que habían atacado mientras estaban de servicio. Pero su trabajo lo había llevado a ver muchos actos violentos y tragedias a lo largo de los años. Lo que más perturbaba su ánimo era que se estuviera hablando de corrupción. Por supuesto que las personas cometían errores, a cualquiera le ocurría, y a veces las consecuencias eran graves. No le cabía la menor duda de que en ocasiones la gente mentía, fuera para protegerse a sí misma o a un tercero. Era de sobra sabido que algunos agentes se embolsaban unas cuantas monedas, tal vez incluso una guinea, casi el salario de una semana.

A Tellman le repugnaban esas prácticas, y se habría enfrentado al culpable. Ya lo había hecho, de vez en cuando. No atacabas a un hombre por la espalda; le dabas la oportunidad de enmendarse.

Pero había dos hombres muertos y otros tres lisiados, y todavía era posible que murieran. Tellman había ido al hospital a verlos, no para interrogarlos, sino por respeto. Tenían un aspecto espantoso. Bossiney seguramente sobreviviría, pero sufría un dolor indecible en las quemaduras que le habían destrozado media cara. Yarcombe

guardaba silencio, anonadado por la pérdida de su brazo, incapaz de entender que ya no existiera.

A Ednam lo había encontrado más consumido por la ira ante el ataque contra sus hombres que por su propio padecimiento. Al menos eso era lo que parecía. Había fulminado a Tellman con la mirada y le había exigido que jurase que encontraría a los autores del atentado y que se ocuparía de que los ahorcaran.

Tellman le había contestado que lo haría sin tener en cuenta juramentos, presiones o amenazas, y lo había dicho en serio. Le había costado lo suyo perdonar a Ednam que se lo hubiese pedido.

Ahora Pitt decía que la pista más sólida que tenían, una pista que no podían pasar por alto, era que toda aquella atrocidad era una venganza contra una corrupción policial tan vil que había terminado en el ahorcamiento deliberado de un hombre inocente.

Era una estupidez, por supuesto. Quien hiciera semejante acusación tenía que estar loco. En otras circunstancias Tellman lo habría compadecido, pues estaba claro que algo le había trastornado la mente. Al parecer el hombre ahorcado era un amigo íntimo.

Si alguien hubiese hecho un daño tan terrible a quienes Tellman amaba, ¿habría perdido el equilibrio, el juicio, quizá incluso su moralidad? No soportaba siquiera pensarlo.

Se levantó y fue junto a Gracie.

—Perdona —dijo en voz baja—. Yo la subiré a la cama.

Sonrió a Christina, que dejó caer la cabeza hacia un lado y correspondió lentamente a su sonrisa. De pronto lo embargó la emoción. La cogió en brazos y la estrechó contra su pecho, oliendo su dulzura, el jabón, la calidez de la lana, un ligero olor lechoso.

—Vamos, angelito —dijo con cierta aspereza—. Es hora de irse a dormir.

Subió la escalera y entró en el dormitorio de la niña, que estaba al lado del suyo y donde, con las puertas abiertas, podían oírla si lloraba. Le quitó la manta que la envolvía y se maravilló una vez más al ver el bordado de su camisón, de florecitas de color rosa. Recordó a Gracie bordándolo, tan solo unos meses atrás. Qué deprisa crecían los bebés. Cada día era valiosísimo.

La arropó en la cama y le dio un beso.

—Buenas noches —susurró.

—Noches —contestó ella, cerrando los ojos. Seguramente se quedó dormida antes de que llegara a la puerta.

Una vez abajo su mente volvió al asunto de la corrupción.

Para Tellman, que se había criado en la pobreza, hijo canijo de un proletario, ser policía era un trabajo honorable. Un empleo con el que ganabas respetabilidad y la estima de la comunidad. Personas que nunca se habían fijado en él cuando era niño ahora acudían a él en busca de ayuda. Y él se la brindaba con gusto.

Fue Thomas Pitt, años atrás, cuando trabajaban juntos en Bow Street, quien le había hecho darse cuenta del buen trabajo que era, de la valentía y el honor que traía aparejados. Eran hombres que dedicaban sus días, y a veces también sus noches, a buscar la verdad, los condujera donde los condujese, luchando para que se hiciera justicia y evitar que sus conciudadanos sufrieran daños, pérdidas, miedos por culpa de personas contra las que no podían luchar solos.

Por eso encontraba tan dolorosa la actitud que ahora tenía Pitt. Esto no podía decírselo. Por supuesto entendía que el trabajo de Pitt había cambiado y que no podía permitirse ser más leal a la policía que a la Special Branch. Pero aun así le parecía una negación de lo que antes solía importarle, los hombres que habían trabajado a su lado en el pasado, no hacía tanto tiempo.

Tellman estaba cansado y le dolía la cabeza. El té caliente le había aliviado un poco la irritación de la garganta, pero la cara le dolía hasta los huesos de las mejillas. Le esperaba un buen resfriado.

Gracie lo miró con una sonrisa atribulada.

—Deberías pasar un día en cama —le dijo—. Dormir todo lo que puedas. No se te pasará, pero te encontrarás mejor.

—No puedo —contestó Tellman, tajante, mayormente para convencerse a sí mismo. Nada sonaba mejor que la cama, en aquel momento—. Tengo que descubrir todo lo que pueda sobre este atentado.

—¿Qué vas a descubrir si es cosa de los anarquistas? —preguntó Gracie, no sin razón. Se sentó de lado en una de las sillas de respaldo duro de la cocina. La habitación le recordaba un poco a Tellman la cocina de Pitt. La porcelana era del mismo color aunque el dibujo fuese diferente. Seguía siendo blanca y azul. Y había un cazo con el fondo de cobre colgado de su mango en la pared. Gracie apenas lo usaba, pero le gustaba el bonito y resplandeciente color del metal. La había visto sacarle brillo infinidad de veces. El hecho de que fuera suyo siempre la hacía sonreír.

En el aparador donde la mayoría de la gente habría tenido sus mejores fuentes, había un burrito de porcelana marrón. Tellman se lo había comprado un día en un mercado y a ella le encantó. Dijo que le recordaba un burro de verdad que había conocido, y le puso de nombre Charlie. Tellman lo miró y sonrió. Aquel era su hogar, y anhelaba poder quedarse allí hasta que el resfriado mejorase. Casi seguro que el día siguiente sería lluvioso, y el filo del viento del este penetraría a través de los mejores abrigo y bufandas de lana.

—Si han sido anarquistas significa que no han sido policías deshonestos —contestó—. Daría el salario de una semana, el de un mes, con tal de averiguarlo.

—¿Piensas que podría ser? —preguntó Gracie. Nunca eludía un problema; en el peor de los casos lo rodeaba con sigilo y lo abordaba desde otro ángulo. Era la persona más valiente y testaruda que Tellman conocía. Quizá no era muy alta, pero tenía más ánimos para luchar que una comadreja.

Gracie pasó un trapo de tela suave a su marido, que se sonó la nariz con fuerza.

—Eso significa que piensas que podría ser —dijo en voz baja.

—Eso significa que no sé cómo demostrar que no lo es —replicó Tellman—. Cometemos errores, pero no somos corruptos. Gracie... ¡si los hubieses visto, querrías clavar un espetón a quien lo hizo y asarlo a fuego a lento!

—Los conocías, ¿verdad, Samuel? —dijo ella, mordiéndose el labio.

—Podría haber sido yo quien encabezara la incursión en la casa.

La miró a los ojos y vio la pena que reflejaban al imaginar cómo debían sentirse las esposas de aquellos agentes.

—Pero no fue así —dijo Gracie rotundamente. Se sorbió la nariz—. ¿Sabes de qué iba el asunto?

—No. Parece ser que era una venta de opio.

—¡No es vuestro terreno, el opio!

—¿Y qué más da? —inquirió Tellman. ¿Por qué discutía Gracie?—. ¿Y si hubiesen sido joyas o cuadros? ¡Entonces podría haber sido yo! —dijo bruscamente.

Gracie permaneció absolutamente inmóvil, con el rostro transido de dolor.

—Ya lo sé. ¿Estás asustado por la próxima vez que te manden a alguna parte? —Alargó el brazo para tocarle la mano, pero de pronto se contuvo—. Me parecería normal.

—No, me parece que no es eso —contestó con bastante franqueza—. Creo que me siento culpable porque ellos están en la morgue, hechos pedazos, o en el hospital, quemados o lisiados, mientras yo estoy aquí, en la acogedora cocina de mi casa, quejándome porque estoy resfriado. ¿Qué me hace diferente, Gracie? ¿Cómo es posible que yo esté vivo y ellos muertos? ¡O agonizando! Yarcombe ha perdido un brazo.

—No lo sé —admitió Gracie—. Pero es lo que pasa siempre. La señora Willetts del veintitrés murió al dar a luz a su hijo. Y yo estoy más sana que una pera. Nadie sabe los motivos, Samuel. Al menos por ahora. Quizá algún día. Yo tengo un motivo...

—¿Cuál? —dijo Tellman al cabo de un momento. En realidad no quería saberlo, pero le pareció que ella esperaba que se lo preguntara.

—Vamos a tener otro hijo...

De repente lo embargó una ola de emoción, como si tuviera un fuego dentro que lo llenara a rebosar. El resto de la cocina se deshizo en sombras y lo único que podía ver era a Gracie sentada de lado en la silla, la luz de lámpara en su rostro, un poco sonrojada, los ojos brillantes.

Aquello era su hogar, su familia, más valiosos que cualquier otra cosa del mundo. Era todo lo que necesitaba para ser feliz. Debía cuidar de ellos, mantenerlos a salvo, procurar que siempre estuvieran alimentados, protegidos, contentos. Cualquier trabajo que tuviera que hacer, tenía que hacerlo bien. Aquella era su mayor vocación en la vida. Cuidar siempre de ellos.

—¡Di algo! —le urgió Gracie—. ¿Estás contento?

Las lágrimas lo atragantaban.

—Claro que estoy contento —dijo Tellman, alcanzando otra vez el trapo y volviendo a sonarse—. Soy... soy más feliz de lo que tiene derecho a serlo cualquier hombre.

—Pues entonces sube a la cama y duerme —le ordenó Gracie—. Y mañana duerme también todo el día.

Dio un breve abrazo a su marido, al que él correspondió enseguida, estrechándola, pero aun así discutió.

—No puedo. Tengo que ir a trabajar. ¡Necesito demostrar a Pitt que esto es cosa de los anarquistas y que la policía no tiene nada que ver!

Tellman se sentía embotado y tenía la garganta irritada cuando se despertó, pero fingió que se encontraba mejor. No obstante, sus primeras palabras a Gracie estuvieron puntuadas por una tos seca, de modo que su absoluta incredulidad fue más que entendible.

—Vuelve a la cama —le dijo con amabilidad—. Te subiré una bebida caliente y una buena tostada crujiente. Tengo un poco de mermelada amarga que está muy rica.

Tellman titubeó un instante. Oía el repiqueteo de la lluvia contra la ventana de la cocina, aunque el interior estaba caldeado y resultaba acogedor.

—Sí —dijo con voz ronca—, pero lo tomaré aquí. Tengo que ir a averiguar más cosas sobre los agentes heridos. —Le constaba que debía investigar qué tenían en común. ¿El terrorista había ido contra ellos en concreto? ¿O contra la policía en general? ¿Cualquier policía valía para pagar por el que consideraba corrupto? Se sentó a la mesa de la cocina. Comprobó en el reloj del aparador que ya iba con retraso, pero aún podía permitirse diez o quince minutos más. Tal vez la lluvia amainaría.

Gracie abrió la puerta del fogón lleno de carbón caliente y pinchó una rebanada de pan con el tenedor de tostar. Mientras aguardaba, Tellman se sirvió un tazón grande de té.

Gracie le llevó la tostada, crujiente y perfecta. Él le dio las gracias y alcanzó la mantequilla. Después la untó de mermelada y la mordió. Estaba deliciosa y lo bastante sazónada para saborearla, aun embotado como estaba y totalmente desprovisto del sentido del olfato.

—¿Qué quieres buscar? —insistió Gracie. Nunca se daba por vencida.

—Muchas cosas, quizá —contestó Tellman, después de tragarse el primer bocado.

—¿Como qué?

—Si fue contra esos hombres en concreto —dijo para empezar—. ¿Suelen trabajar juntos o fue por un caso especial?

—¿Por qué?

—Para que sepamos si el ataque se debió al caso o si el terrorista iba a por ellos

—explicó.

—¿Por qué iba a importarle quiénes eran a un anarquista? —preguntó Gracie, sacando una segunda tostada del tenedor y dándole la vuelta para que el otro lado quedara de cara a las brasas.

—No le importaría —contestó Tellman con la boca llena.

Gracie se levantó y le llevó la tostada. Eran rebanadas grandes, gruesas y crujientes.

—¿Qué estás diciendo, Samuel? ¿Que no fueron anarquistas? ¿Quién, pues? ¿Qué está pasando?

Lo miró fijamente a los ojos.

Tellman no quería enfrentarse a la alternativa. A veces deseaba que Gracie no fuese tan lista. A veces lo conocía mejor que él mismo; muchas veces, en realidad.

—¿Quieres decir que iban contra esos policías en concreto? —concluyó Gracie.

—Tengo que asegurarme de que no fue así —contestó Tellman, eludiendo responder a la pregunta.

—¿Y qué harás entonces? ¿Devolverle el caso al señor Pitt?

Gracie no iba a dejarlo correr.

—Si fueron anarquistas, supongo que sí. Es su trabajo.

Tellman se dio cuenta de que no estaba seguro de querer hacer eso. Había algo que lo incomodaba en un rincón de su mente, una necesidad de defender a sus propios hombres de la mancha de la corrupción que se había insinuado. Pero, además, las víctimas eran policías. Merecían justicia, que se cerrara el caso con personas acusadas y juzgadas, y si resultaban ser culpables, también ahorcadas. Se trataba de un crimen monstruoso.

—Solo que no quiero hacerlo —prosiguió Tellman—. Quiero seguir el asunto de cerca hasta el final. —La miró y vio la inquietud que reflejaba su rostro menudo y de facciones angulosas. Aunque ya había cumplido veintitantos y estaba embarazada por segunda vez, en muchos aspectos seguía siendo igual que la muchacha lista, valiente y beligerante que había conocido años atrás, cuando él era el sargento de Pitt y ella su testaruda joven criada. Gracie había desafiado a Tellman, le había llevado la contraria, y las más de las veces con toda la razón. Tellman había intentado por todos los medios no enamorarse de ella, y fracasó estrepitosamente. Le había costado años atraer su atención, por no hablar de su respeto. Al menos así lo veía él.

Gracie lo miró con ternura, del mismo modo en que miraba a su hija.

Tellman se sintió totalmente abrumado de emoción, y se concentró en su tostada como si esta fuese una complicada obra maestra.

—Son policías y están muertos, o algo peor —dijo finalmente—. Yo estoy vivo. Son mi gente, Gracie. Tengo que descubrir lo que les ocurrió y quién lo hizo. Tengo que demostrar al mundo que los policías son hombres buenos que hacen un trabajo que no debería llevarlos a la muerte. Se lo debo... a los que se han ido y a todos lo que todavía están aquí y siguen patrullando las calles.

—Ten cuidado —le advirtió Gracie—. Alguien lo hizo. No van a querer que los descubras. No dejes que también te maten a ti, Samuel.

Gracie estaba haciendo todo lo que podía para disimular su miedo, pero Tellman lo percibió. No quería verla asustada, lastimada en ningún sentido, pero si no hubiese temido por él, le habría caído encima una especie de oscuridad, una soledad que no había sentido desde el día en que le había dicho que se casaría con él. Si le sucedía algo malo, ¿podría llegar a echarlo de menos tanto como él a ella?

¿Tal vez perder una pierna, un brazo, ser incapaz de cuidar de ella, sería peor que estar muerto?

—Tendré cuidado —dijo Tellman con firmeza, y antes de que tuviera ocasión de replicar o de ponerse más sentimental, siguió comiendo la tostada con una mano al tiempo que se servía más té con la otra.

Lo primero que hizo Tellman fue ir a ver a Whicker, el superior inmediato de Ednam. Si hacía las preguntas adecuadas quizá sería capaz de acallar aquel rumor antes de que se difundiera más. Mientras bajaba del ómnibus y recorría la serpenteante calle fue formulando las preguntas mentalmente. Si se tratara de errores menores, una pequeña falta de honestidad ocasional, ¿lo denunciaría? Su propio sentido de la justicia le decía que aquellos hombres ya sufrían más que suficiente. Además, aunque se recuperasen quizá no estarían en condiciones de regresar al cuerpo. A un hombre abatido no se le da una patada.

¿Guardaba relación con el caso del que hablaba Pitt? ¿Estaban los cinco agentes implicados? Era un sitio por el que empezar.

Y si en efecto trabajaron juntos, ¿cómo iba a saberlo alguien ajeno al cuerpo?

Era preciso que tuviera un tacto exquisito con este asunto, eludiendo el motivo de sus pesquisas. Odiaba investigar a sus propios hombres, como si creyera que los muertos o heridos eran en cierto grado culpables del desastre que les había caído encima. Y todos los demás también le odiarían.

Dobló la esquina, saltó un par de charcos hondos y entró en la comisaría. Se dirigió al mostrador y se presentó al sargento de guardia. El lugar parecía desnudo e incluso más desalentador que de costumbre, como si el dolor por la muerte de los compañeros pudiera sentirse en la madera, el linóleo y las cerraduras de hierro de las puertas.

Pidió ver a quien estuviera al mando.

El sargento asintió con la cabeza y envió a un agente con un mensaje. Cinco minutos después Tellman estaba en el despacho del inspector jefe Whicker, sentado en la mejor silla enfrentada al escritorio. Whicker tendría unos cincuenta y cinco años, macizo, canoso en las sienes y con un bigote irregular.

—Pues claro que trabajaban juntos de vez en cuando —dijo con aspereza cuando Tellman preguntó—. ¿Acaso no se coopera en su comisaría, este... Tellman?

—Claro que sí, por supuesto, señor. Y cuando se hace lo sé —agregó.

—¿Qué está imaginando? —Whicker frunció el ceño—. Ya sabe que fueron en grupo porque esperaban una gran compra de opio. Podía haber media docena de camellos y compradores. Quienes comercian con ese tipo de sustancia cuentan con que surjan problemas. Van preparados y pueden ser violentos.

—Pero no ponen bombas y las hacen estallar —señaló Tellman—. Es malo para el negocio, matarse uno mismo, por no hablar de tus clientes. ¡Les tendieron una trampa! —agregó entre dientes, con la voz casi ahogada por la ira, la culpa y el miedo a la muerte—. Tengo que saber si el atentado iba dirigido contra esos hombres, todos ellos o solo una parte...

—¡Por Dios, hombre! —replicó Whicker violentamente, poniéndose colorado—. ¡Les trae sin cuidado la identidad de sus víctimas! Son anarquistas. ¡Solo quieren sembrar el caos, terror, pánico! ¡Nunca los atraparé si busca sus razones!

Sus ojos reflejaban dolor. Había perdido a cinco agentes.

Tellman permaneció quieto, esforzándose para no perder el dominio de sí mismo.

—Eso no lo sabemos, señor. Corre el rumor de que iban a por esos hombres en concreto. Quiero acallarlo tan pronto como pueda. Si fue una venganza, quiero estar en condiciones de demostrarle a cualquiera que fue injusta y que ninguno de nosotros hizo algo fuera de lugar. —Se inclinó hacia delante—. Quiero atrapar a esos cabrones, y saber por qué lo hicieron es la única oportunidad que tengo de descubrir quiénes son. Quiero que vayan a juicio y después los quiero al final de una soga. ¿Usted no?

Whicker se había puesto pálido. La mano que tenía apoyada en el escritorio sosteniendo un lápiz parecía estar a punto de partirlo en dos.

—Por supuesto que sí. ¡Eran mis hombres, maldita sea! Me consta que cometían alguna pequeña falta de vez en cuando, pero eran buenos hombres, buenos policías. ¿Qué se figura? Le mostraré todos los informes que quiera. Verá que todos eran tan buenos como sus hombres. Se lo demostraré a usted y se lo demostraré a los malditos periódicos que andan buscando a quién culpar. ¡Y se lo demostraré a la maldita Special Branch! ¡Tendrían que haberlo visto venir e impedirlo!

Tellman se encontró respondiendo sin haberse detenido a considerar si era sensato.

—Por más duro que trabajemos, señor, o por más listos que seamos, no podemos impedir todos los delitos, y la Special Branch tampoco. Lo que podemos hacer es atrapar a los delincuentes después. Y si me permite ver esos informes, le quedará muy agradecido.

Le llevaron los informes y dedicó una larga y deprimente jornada a revisarlos. Tardó un rato en encontrar el caso Lezant que Pitt le había mencionado. Vio de inmediato que los cinco hombres heridos en el atentado habían estado implicados.

Un agente llevó a Tellman una taza de té muy cargado, pero estaba tan absorto que se olvidó de beberla antes de que enfriara. El caso se centraba en otra venta de

opio, según la información provista por un soplón considerado fiable pero que solo constaba como Joe, con lo cual podía ser cualquiera. La detención había ido fatal. Los dos jóvenes, ambos adictos, que presuntamente eran los compradores, aparecieron en el lugar convenido, pero no así el vendedor, y al parecer tampoco lo encontraron después.

El desastre fue que uno de los jóvenes había ido armado y estaba en extremo tenso y nervioso. En opinión de Ednam, necesitaba su droga y estaba casi enloquecido por el síndrome de abstinencia. Un transeúnte había elegido aquel callejón como atajo para ir a su casa. El joven estaba tan histérico que perdió los estribos y disparó al transeúnte, matándolo en el acto. En cuanto se dio cuenta de lo que había hecho, dio media vuelta para huir.

Entonces la policía ya podía intervenir para atrapar a los dos jóvenes. Pillaron al que había disparado, pero el otro escapó. Tellman buscó una descripción de él, pero era tan vaga que de nada servía. De estatura media, posiblemente delgado. A la tenue luz de la farola parecía moreno de pelo.

Dylan Lezant fue acusado de homicidio.

Tellman leyó el informe otra vez, despacio e incluso con más atención. Los cinco agentes habían declarado exactamente lo mismo, coincidiendo en los detalles. Aunque bien era cierto que eran tan pocos y tan generales que no había mucho en lo que discrepar. No era una historia complicada en la que cupiera contar con que surgieran desacuerdos.

Era una simple tragedia, correctamente manejada.

Siguió leyendo, mirando a ver si surgía alguna otra cuestión relevante más adelante, pero no encontró ninguna. El vendedor de opio no fue descubierto, aunque al leer la noticia del tiroteo en los periódicos del día siguiente, lo más normal era que hubiese cambiado el lugar donde hacer negocios.

Tellman paró un momento y se restregó los ojos, cansado de leer escritura a mano, por más relativamente pulcra que fuese. Agradeció una segunda taza de té con un par de galletas.

Después comenzó con otros informes que incluían libros de contabilidad. Siempre se le había dado bien la aritmética. Tenía una especie de lógica que le gustaba. Había lo correcto y lo incorrecto. Se equilibraba por sí misma. Estaba repasando cuentas de dinero procedentes de robos, arrestos, recibos de bienes robados. Revisó la suma y descubrió un error. La repasó otra vez y se dio cuenta de que alguien había confundido un cinco con un ocho. Era fácil que ocurriera, sobre todo si estabas cansado y seguramente llevabas todo el día trabajando. Era de entender que alguien tuviera demasiada prisa por regresar a su casa, donde le aguardaban su familia, la chimenea encendida y una cena decente, y que no repasara sus sumas. No todo el mundo encontraba fáciles los números.

Siguió trabajando y encontró otro error, un siete confundido por un uno; treses, cincos y ochos escritos con descuido y malinterpretados.

Volvió a comprobar todas las sumas y averiguó que en todos los casos el error reducía la suma final. La diferencia solo ascendía a un par de libras, pero una libra era mucho dinero. Pocos años antes, había sido el salario semanal de un agente de policía.

Cerró el libro de contabilidad y se apoyó en el respaldo. Había reparado en otra cosa, por más que no deseara hacerlo: todos los errores se habían producido estando de guardia el sargento Tienney.

¿Qué había sido del dinero? ¿Se lo había embolsado él? ¿Un tercero con quien estuviera en deuda? ¿Sobornos? Tellman detestaba la idea, pero tarde o temprano tendría que dar seguimiento a aquel asunto, tanto si guardaba relación con el atentado en Lancaster Gate como si no. ¿Quién estaba pagando a quién? ¿Y por qué?

Se quedó con un regusto amargo, como si algo limpio y amado desde hacía tiempo hubiese sido mancillado. ¿Lo llevaba más cerca de descubrir quién había puesto la bomba? Posiblemente. Aunque era más probable que no.

Dos días después todavía no habían dado con algo valioso, y Tellman seguía estando muy resfriado. Había pasado la jornada con Pitt, repasando una y otra vez las pruebas materiales. La construcción de la bomba era bastante sencilla. Pese a los escasos restos que quedaban, era fácil deducir que se trataba de una carcasa llena de dinamita, robada de Bessemer and Sons, y que la habían detonado con una mecha que había quedado destruida en el incendio que había provocado la explosión. Sin duda ese era exactamente el efecto deseado.

Tellman recorrió a pie el kilómetro escaso que mediaba entre la parada del autobús y su casa, a través de una niebla que se iba espesando. El tráfico se reducía a un coche de punto que pasaba de vez en cuando por el adoquinado. Podía oír el chacoloteo de los caballos y el silbido de las ruedas en el agua antes de ver sus faroles. Hacía una noche en la que cualquier hombre en su sano juicio estaba en su casa junto a la chimenea, no en la calle dando vueltas y más vueltas en la cabeza a mentiras y estupideces, e intentando encontrar excusas que le constaba que nada valían.

Vio las luces de la taberna The Dog and Duck, amarillas y cálidas. Alguien abrió las puertas y salió, riendo y saludando con la mano. Tellman sucumbió a la tentación y entró. Aún no estaba preparado para irse a casa. Por más que intentara fingir que todo iba bien, Gracie se daría cuenta. Sabría que había descubierto algo feo. Solo eran menudencias, pero igual que una brizna en el ojo, eran dolorosas e imposibles de olvidar. Y, como un ojo irritado, no paraba de frotárselo.

¿Los errores en las cuentas tenían relación con los atentados? No había encontrado conexión alguna de estos con los cinco hombres heridos. El caso Lezant era triste; la muerte del transeúnte había sido un infortunio. Lo habían investigado a fondo y era totalmente inocente.

Estaba persiguiendo errores, hurtos menores repetitivos. Sí, corrupción policial, pero a muy pequeña escala.

Tomó asiento en un taburete de la barra y pidió una jarra de cerveza. Dentro hacía calor, y el ambiente estaba cargado de la humedad que emanaban los abrigos al calor de la gran chimenea de la otra punta de la sala; de demasiados cuerpos calientes; y de vez en cuando se derramaba cerveza en el suelo cubierto de paja. Normalmente no le gustaban estos lugares, pero aquella noche le hacía bien estar allí, tal vez precisamente por lo normal que era.

La camarera sirvió la cerveza a Tellman y charló un rato con él, pero reparó en su estado de ánimo y no buscó conversación. Tellman se alegró de encontrar una mesita apartada desde donde poder observar a los demás mientras permanecía esencialmente solo.

Estaba preocupado, temía lo que aquellos pequeños errores podían significar. Si alguien analizara el trabajo de Tellman, ¿encontraría tantas cosas sin explicación? Confío en que no.

¿Eso lo convertía en mejor policía? ¿Importaban los detalles? ¿O se estaba perdiendo en ellos porque se le daba bien, y en ocasiones era una manera de huir del panorama de violencia y falta de honradez imperantes?

¿Acaso todo aquello podía guardar relación con la bomba de Lancaster Gate? Difícilmente. No había una pauta que permitiera establecerlo así. No eran más que monedas de penique y seis peniques. Jamás lo habría detectado si no hubiese estado buscando concienzudamente alguna relación entre las víctimas del atentado que pudiera conducirlo a quien los había engañado deliberadamente para que fueran a la casa de Lancaster Gate, para luego detonar una bomba que los mataría o mutilaría a todos. Costaba creer que por unos cuantos peniques de vez en cuando. Sería motivo de burla ante un tribunal, y merecidamente.

¿Por qué era importante, entonces?

Apuró su jarra de cerveza y fue a la barra a pedir otra. La camarera era una mujer rolliza y simpática, su mata de pelo se desprendía de las horquillas en su esfuerzo por servir a todos los parroquianos. No era el tipo de mujer que encontraba atractivo. Pero aquella noche su amabilidad era bien recibida, su alegre cháchara insustancial, una buena distracción.

Tellman debía averiguar más cosas acerca de Tienney y los errores contables, aunque tenía la firme sospecha de que cualquier pequeño descuido que hubiese cometido sería trivial. Dishonesto, por supuesto, pero sin importancia. No podía tener nada que ver con la bomba. Solo era una serie de hurtos que quizá nunca se habrían descubierto si él no estuviera buscando indicios de corrupción.

¿Y si no refería esas anomalías contables a Pitt? ¿Y si decía que no había encontrado nada? O mejor aún, ¿y si lo sustituía un tercero, alguien que no diera por sentado que un policía era mejor hombre que cualquier otro, sin tentaciones de ninguna clase? Alguien a quien le importara menos el resultado. Quizá alguien con un poco menos de ingenuo idealismo, que no pensara en los policías como guardianes de la ley, de los vulnerables, fueran quienes fuesen, caballeros o indigentes.

Ahora bien, eso quizá también significaría que no le importaría proteger a los propios policías. Los policías solo podían sobrevivir si podían confiar en su mutua lealtad. Si estabas persiguiendo a un ladrón por un callejón oscuro, sin más que una porra para defenderte, dependías por completo no solo de la valentía del hombre que iba a tu lado, sino también de su lealtad absoluta. Así como la del hombre de la calle, que veía tu uniforme como una insignia de honor, como el traje de campaña de un soldado. Era una declaración del lado de quien estabas siempre, costara lo que costase.

¿Cuándo había comenzado aquello? Pensó en cuando era niño, solo un momento. Había demasiados aspectos de su niñez que prefería olvidar. Ya no era aquella persona. Ya no estaba hambriento, asustado, con la nariz llena de mocos y las rodillas llenas de costras, sintiéndose marginado. Era un adulto con una meta en la vida. Llevaba años siéndolo, desde que había entrado en la policía, integrándose en un ejército para siempre, alguien que estaba a gusto en su piel.

Había sentido ese propósito más profundamente cuando comenzó a trabajar con Pitt. Pitt era alto, fuerte, de origen bastante corriente. Pero Pitt sabía lo que quería ser y creía en sí mismo. Tellman lo había tomado como modelo a seguir.

Había dado buen resultado. Ahora era inspector, rango que jamás habría soñado alcanzar, ni siquiera unos pocos años antes. Tenía el deber de proteger a la policía de ataques desde dentro o desde fuera. Sin lealtad perdían su mejor escudo y su mejor arma. Y no podías esperar lealtad de unos hombres a quienes no les dabas la tuya. Cuando costaba era cuando contaba.

Y se lo debía a Gracie y a su hija. Y al nuevo bebé que estaba en camino. ¡A lo mejor sería un varón! Alguien que querría seguir sus pasos, ser como él.

Se levantó, dejando parte de la cerveza, pagó su consumición y salió a la niebla cada vez más densa.

Gracie era más consciente de la gravedad de la situación que Tellman. La mañana siguiente, una vez que Tellman se hubo ido a trabajar, dejó a su hijita durmiendo tranquila al sol invernal, a cargo de la mujer que iba a hacerle la limpieza general. La mimaría, y lo haría encantada, además era madre de varios hijos y sabía exactamente qué había que hacer y qué no. El semblante se le iluminó ante tal perspectiva. Jugar con un bebé feliz, apenas capaz de hablar, era mucho más agradable que fregar el suelo, aunque este fuese pequeño y además estuviera bastante limpio.

Gracie tomó el ómnibus hasta Russell Square y después continuó a pie por Keppel Street. Naturalmente, no sabía si Charlotte estaba en casa, pero solo había una manera de averiguarlo. A tan temprana hora era bastante probable que sí. Necesitaba consejo, y nadie podía ser más juiciosa, o más generosa, al darlo.

Tuvo suerte. Charlotte todavía estaba en casa. Había planeado salir, pero cambió de opinión.

—Mi recado no tiene la menor importancia —aseguró a Gracie—. Me viene de perlas tener una excusa para eludirlo. Pase y tomemos una taza de té.

—Es demasiado pronto para un tentempié —dijo Gracie con poca elegancia. Aquella no era una visita social. Su razón para estar allí era importante y urgente. El té era una cortesía que no venía al caso.

Charlotte la miró con más gravedad.

—Algo va mal. ¿Qué puedo hacer?

En lugar de dirigirse a la cocina donde Gracie había trabajado de los trece a bien entrados los veinte años, Charlotte la condujo a la sala de estar y cerró la puerta a sus espaldas.

—Siéntese y cuénteme —ordenó, y se sentó en el sillón que solía ocupar Pitt, ofreciendo a Gracie el suyo.

Gracie había estado preocupada por la manera en que explicarse durante todo el trayecto en ómnibus, pero de súbito le resultó fácil. Los años se desvanecieron y fue como si volvieran a estar en los viejos tiempos, cuando se habían enfrentado a todo tipo de casos y Gracie había sido parte de la familia, libre de dar su opinión como cualquier otro. Incluso lord Narraway y *lady* Vespasia la habían escuchado... a veces.

—Samuel ha investigado a los policías que fueron heridos en el atentado —dijo Gracie con seriedad—. No me cuenta gran cosa, pero lo conozco bien. Ha encontrado cosas malas. Lo sé porque no dice nada. Si todo estuviera en orden, lo diría. —Bajó la vista a sus manos, que eran muy pequeñas pero muy fuertes—. En el fondo es un soñador, ¿sabe? Piensa que todos son tan rectos como él, pero no lo son. Me consta.

—También me consta a mí —convino Charlotte—. Pero si lo aceptara quizá no sería tan leal como es, y eso es lo que le hace especial, y capaz de seguir adelante incluso en los casos más difíciles.

Gracie guardó silencio. De pronto ya no era tan fácil hablar. No había ido allí para que la reconfortaran; necesitaba tener algún tipo de plan, algo práctico, por si todo se torcía.

Miró a Charlotte.

—¿Y si les pusieron la bomba porque eran corruptos? ¿Quién sabe si se dejaban sobornar?

Charlotte recordaba con toda claridad lo que Pitt había dicho acerca del atentado, de qué manera tan concreta habían hecho caer a aquellos policías en la trampa de la casa de Lancaster Gate. Era un pensamiento penoso pero que no podía descartar. Quizá tendrían que afrontarlo.

—Me parece muy extremado —dijo despacio—. Si alguien tuviera pruebas de que se ha robado o mentido, ¿no intentaría denunciarlo a instancias superiores de la policía para que se tomaran las medidas necesarias? Se puede hacer sin perjuicio alguno para uno mismo. Si es preciso puedes escribir una carta anónima, caso que temas represalias.

—Ya he pensado en eso —contestó Gracie—. Tiene que haber alguien de arriba

protegiéndolos. —Negó con la cabeza—. Samuel cree que los policías son una especie de héroes. Como príncipes azules que nos protegen a todos. Que, como el rey Arturo, han jurado proteger al inocente. Sabe que no es así, por supuesto. —Suspiró—. Pero tienes que creer en algo para seguir volviendo una y otra vez y luchar contra el miedo, la duda... y no rendirte. Todos tenemos nuestros cuentos de hadas. Pero ojalá pueda impedirle descubrir que los malos pensamientos son lo bastante malos para haber sido el motivo de todo esto.

Miró a Charlotte, estudiando su rostro, deseosa de ver en él la confianza con la que Charlotte iba a demostrarle que sus temores eran infundados. Pero si Charlotte no lo entendía, o también estaba dispuesta a negarlo, sería incluso peor.

¿Significaba que Gracie lo creía?

¡No! ¿Sí? No... significaba que sabía que la posibilidad existía y que había que hacerle frente.

Transcurrieron unos instantes antes de que Charlotte contestara.

—Si hay corrupción, tienen que descubrirla —dijo, mordiéndose el labio—. Y entonces descubrirán dónde residen las lealtades más profundas. Elegir entre lo bueno y lo malo es fácil. Las situaciones en las que tienes que decidir entre dos cosas buenas o dos cosas malas son las que más duelen, y quizá nunca sepas cuál habría sido la mejor.

—La policía va a decir que deberías ser leal con tus compañeros del cuerpo —dijo Gracie—. Los que han velado por ti cuando estabas cansado o poco despierto, cuando te has equivocado o te podrían haber acuchillado si no hubieran estado ellos allí. Si no sabes de qué parte están tus compañeros, nadie va a luchar. Samuel dice que si te metes en un callejón oscuro y no sabes lo que tienes delante, más vale que estés seguro de lo que tienes detrás.

Charlotte no discutió. Gracie acertó a ver el conflicto que traslucía su rostro y la impotencia para dar con una salida.

—Es verdad —convino Charlotte—. Y, sin embargo, si la policía no hace honor a la verdad, sino que decide proteger a los que mienten o trastocan pruebas, hurtan pequeñas cantidades de vez en cuando, aceptan sobornos para hacer la vista gorda, ¿qué pasa con el resto de nosotros? —Se estremeció—. Es como un edificio que tiene carcoma en las vigas. Un agujero de carcoma no es nada; si son diez mil, todo el tejado se te cae encima.

—Bien, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Gracie, diciendo por fin lo inevitable.

Por un instante brilló una chispa de humor negro en los ojos de Charlotte ante su inclusión automática, pero enseguida se extinguió. Aquello era demasiado serio para cualquier tipo de risa.

—Creo que en realidad usted no puede hacer nada —contestó Charlotte—. Y si puede, no acierto a ver el qué.

Una fugaz sorpresa cruzó el semblante de Gracie, como si nunca hubiese considerado que Pitt era vulnerable en el mismo sentido. Acto seguido pasó a lo

práctico.

—¿Qué vamos a hacer? —repitió.

Charlotte se deshizo del último vestigio de duda.

—Usted va a cuidar de su familia. Yo iré a visitar a mi hermana, que conoce a toda clase de gente, y le pediré que averigüe cuanto pueda. ¿Quién sabe cuán arriba puede llegar este asunto?

Gracie se mordió el labio.

—¿Y si es así?

—No estoy segura, pero tener una idea de la verdad es el único modo de comenzar.

Gracie sonrió torciendo un poco el gesto.

—Gracias.

Capítulo

4

Emily Radley estaba sentada junto al fuego en su *boudoir*, la sala de estar donde recibía cómodamente a sus amigas más íntimas. Había té en una bandeja sobre la mesa tallada de cerezo, y delicados emparedados de pan blanco con rodajas finísimas de pepino procedente del invernadero. Miraba fijamente a su hermana Charlotte.

—Ay, querida —dijo Emily a media voz—. Sí, claro que conozco a Cecily Duncannon, aunque no muy bien.

—Pues haz por conocerla mejor, por favor —respondió Charlotte muy seria—. Este asunto es tremendamente grave. Necesito saberlo por el bien de Tellman, e incluso más por el de Thomas.

Los pensamientos se agolpaban en la mente de Emily. Años atrás, cuando Pitt era policía regular antes de incorporarse a la Special Branch, donde tantas cosas eran secretas, ella y Charlotte se habían inmiscuido en sus casos. A veces habían participado de pleno en su resolución. Por supuesto también había sido peligroso, de vez en cuando, y habían cometido equivocaciones. Pero aun así echaba en falta el apasionamiento y el compromiso. Imprimían emoción a la vida. De hecho, eran más importantes que las sutilezas sociales a las que ahora dedicaba tanto tiempo, las reglas superficiales que ocultaban profundas corrientes de intriga y sentimientos que podía adivinar pero rara vez ver.

¿Era posible que Cecily Duncannon estuviera guardando un secreto angustioso, si bien no se atrevía a reconocerlo por miedo a lo que podía conllevar?

—Me cae bien —dijo en voz baja—. No me apetece hacer esto...

—¡Pues entonces deja que Thomas te explique cómo quedaron sus cuerpos! —repuso Charlotte—. O cómo están los heridos...

—¡No he dicho que no vaya a hacerlo! —contestó Emily enseguida—. Es solo... ¡Es solo que no me gusta! ¿Cómo se las arregla Thomas para hacerlo cada día?

—Optar por no ver las cosas no hace que desaparezcan —le dijo Charlotte—. Por favor... solo te pido que averigües lo que puedas. A lo mejor Alexander es inocente. ¿No valdría la pena demostrarlo?

Una parte de Emily no quería saber nada de aquello, pero había otra parte que anhelaba estar implicada otra vez, investigar y desentrañar la verdad, vivir en una realidad que era a un mismo tiempo bella y dolorosa, pero desprovista del trivial fingimiento que proporcionaba tanta comodidad aparente.

—Por supuesto que os ayudaré —dijo con firmeza—. ¿Cómo se te ha ocurrido pensar que no lo haría? ¿Crees que me he vuelto una desalmada?

Charlotte sonrió, pronta a disculparse.

—Por supuesto que no, de lo contrario no habría venido. —Cogió otro emparedado—. Gracias.

Emily cogió un emparedado a su vez.

—¿Cómo está Gracie?

—Esperando otro bebé, y desesperada por proteger a Samuel.

—¿De la desilusión?

Emily correspondió a la sonrisa y sintió una repentina punzada de miedo. Su marido, pese a su desenvoltura y confianza aparentes también era sumamente vulnerable. Si Alexander Duncannon fuese culpable, su padre también estaría en peligro y, con él negociando el tratado, también lo estaría la carrera de Jack. Jack no podía permitirse otro fracaso diplomático, por más que no fuese culpa suya en modo alguno. Un juicio equivocado podía arruinar su reputación, aun siendo inocente, y no sería el primero.

—Sí —contestó Charlotte a la pregunta acerca de Tellman. Pero también lo era a propósito de Jack y ambas lo sabían.

—Empezaré esta misma noche —prometió Emily—. Tengo la ocasión perfecta.

Pocas horas después Emily estaba sentada ante el espejo de su tocador y se contemplaba con espíritu crítico. Era la hermana menor de Charlotte, delicadamente rubia, y los rizos naturales del cabello le enmarcaban el rostro. Tenía el cutis de porcelana, siempre lo había tenido así, pero se fijó en las arrugas minúsculas que le rodeaban los ojos y la boca a medida que se acercaba rápidamente a los cuarenta. El carácter y el ingenio duraban mucho más que la belleza. En el último par de años se había visto obligada a aceptarlo. Hacerlo con gracia era la única actitud que tenía sentido y Emily siempre había sido la pragmática. Nunca había sido la idealista y soñadora que era Charlotte. Aquella noche pensó en el pasado y en las aventuras que habían vivido juntas, y resolvió que haría cuanto pudiera por ayudar, sirviéndose del coraje, el ingenio y el criterio que solía tener.

Llevaba un traje de fiesta de uno de sus tonos de verde claro favoritos, color que siempre la favorecía. Lucía pendientes de esmeraldas y perlas con el collar a juego en torno a su cuello esbelto.

Jack estaba detrás de ella, mirándola a los ojos en el espejo. Por un momento chispearon de admiración, justo el tiempo suficiente para que ella se diera cuenta y se sintiera satisfecha. A principios de año había pasado unos meses sombríos cuando temió que hubiera desaparecido. Jack se había mostrado distante, incluso un poco aburrido. Emily se había dado cuenta de que había dado por sentada la admiración de su marido.

Tuvo que aprender de lo mucho que le dolió el golpe y asegurarse de no volver a ser tan displicente con él. En aras de la comodidad, aceptar la dulzura como si fuese suya por derecho propio no solo era arrogante, incluso aburrido a la larga, sino

también peligroso.

Le sonrió en el espejo.

—¿Estás listo? —preguntó Emily. No se refería a su apariencia. Como siempre, iba vestido inmaculadamente. Se refería a si estaba preparado para una reunión en la que su posición como parlamentario y subsecretario del Foreign Office iba a ser puesta a prueba en relación con aquel tratado del que dependían tantas fortunas. Y si Charlotte llevaba razón, Emily estaba enterada de un peligro que él desconocía.

Jack tragó saliva antes de contestar. Emily lo conocía lo suficiente para ver los leves signos de tensión en los que otros no habrían reparado.

—Sí. —Jack siempre hablaba en positivo. Era un hábito adquirido tiempo atrás, cuando todo dependía del azar y la incertidumbre, y poner buena cara era parte de su armadura. El encanto era una mezcla de muchas cosas, pero siempre incluía una sutil mezcla de modestia y confianza, un aire de creer en lo bueno—. Tenemos una buena baza —agregó—. Godfrey Duncannon es el hombre perfecto para llevar esto a buen puerto.

—¿Quién está en contra?

Dio media vuelta en el asiento acolchado y lo miró muy seria.

—Sir Donald Parsons —contestó Jack—. Me gustaría saber por qué.

Emily se sorprendió.

—¿Acaso no lo dice?

—Sí, claro. —Jack sonrió y encogió ligeramente los hombros—. Suelta tal retahíla de razones que me lleva a preguntarme cuál de ellas es la verdadera, o si alguna de ellas lo es. Podría ser algo en lo que aún no se nos ha ocurrido pensar.

Emily entendió en el acto por qué aquello era un obstáculo. Llevaba en sociedad el tiempo suficiente para saber que a fin de presentar batalla a alguien y tener alguna oportunidad de ganar, tenía que saber lo que realmente quería el adversario, no solo lo que decía.

—Entiendo. ¿Qué puedo hacer para ayudar?

En algunas situaciones Emily era la mejor aliada que tenía Jack, y recientemente había tenido la gentileza de reconocerlo.

—Me gustaría saber qué quiere Parsons en realidad, aunque también me gustaría entender mucho mejor a Godfrey Duncannon —contestó Jack—. No es que dude del convenio, que es semejante a un tratado de comercio por una inmensa cantidad de dinero, solo que mucho más fácil de negociar. Lo he investigado por mi cuenta. —Sonrió atribulado—. Soy menos confiado que antes —agregó, aludiendo a errores pasados que le habían salido muy caros.

Emily no respondió. Era un tema delicado. Jack se estaba refiriendo a ocasiones en las que había servido con más lealtad que buen juicio. Pitt había tenido que resolver asuntos violentos y desagradables demasiado rayanos en la traición para que alguien pudiera escapar fácilmente, incluso si era tan inocente como lo había sido Jack. Nadie lo había dicho en voz alta, y menos que nadie Emily, pero la ambición de

Jack por alcanzar el éxito, sin ayuda de los contactos de Emily o de su dinero, había tenido una parte considerable que ver en todo ello.

—El tratado es bueno —dijo Jack otra vez—, pero dependo en exceso de cómo lo negocie Duncannon. Hace tiempo que conoce a las otras partes, que solo se avienen a tratar con él. Confían plenamente en él. Me interesaría saber por qué. He investigado, y no encuentro un argumento convincente para explicarlo.

Emily frunció el ceño.

—¿No basta con su historial? Ha sido un triunfador en los negocios, y sin la más leve sombra sobre su nombre.

—Ya he pensado en esto —dijo Jack en voz baja.

Emily se levantó y rodeó la banqueta para ponerse delante de él. Le alisó la solapa con las yemas de los dedos, aunque estaba perfectamente lisa.

—No es un político, como bien sabes. No tienes por qué ser tan precavido.

—Al contrario —contestó Jack—. Esto podría valer millones de libras en total, el sustento de miles de personas. Y no puedo permitirme otra equivocación, por más que en realidad la culpa no sea mía. —Pese a su intento por ser optimista, había una nota de urgencia en su voz—. Mi nombre se relacionará con esto. La gente lo sabrá. No se molestarán en preguntar de qué manera. Es como si los estuviera oyendo. «¿En serio? ¿No estaba implicado en ese tratado con China? Más vale prescindir de él. No es muy sensato. Elijamos a otro».

Emily reparó en su ensombrecida mirada. Jack hablaba a la ligera, incluso sonreía, pero en el fondo estaba siendo muy serio. Le conocía lo suficiente para estar segura de que además tenía miedo. Emily respondió con la misma seriedad.

—Haré cuanto esté en mi mano, te lo prometo.

Pensó en Charlotte, en Thomas y en Samuel Tellman, pero no los mencionó. Jack ya tenía suficientes cosas de las que preocuparse.

Jack le dio un beso en la mejilla.

—Gracias.

La fiesta se celebraba en una magnífica casa muy cercana a Park Lane. Parecía que hubiera lacayos de librea por doquier. La noche era fría pero seca, y las lámparas resplandecían como lunas de cuento de hadas, reflejándose en los jaeces dorados de los caballos que tiraban del carruaje que se detuvo detrás de ellos. Al apearse la mujer que iba dentro, los diamantes de su tiara centellearon y el pálido satén de sus faldas relució.

Jack y Emily subieron la escalinata y entraron por la amplia puerta principal de madera labrada. Una vez dentro, el frufrú del tafetán se oía más que el murmullo de voces corteses, y de vez en cuando el mayordomo levantaba la voz para anunciar la llegada de tal o cual personaje importante.

Durante su primer matrimonio, Emily había sido *lady* Ashworth. Ahora estaba

más que contenta de ser la señora de Jack Radley, sobre todo cuando su nombre iba seguido de su cargo como miembro del Parlamento.

Se detuvieron un momento en lo alto de la escalera y después bajaron los tres peldaños para sumarse a la ya considerable multitud. Habían calculado la hora a la perfección: lo bastante pronto para ser educados, lo bastante tarde para despertar interés.

Dos de las primeras personas que le presentaron a Emily fueron *sir* Donald Parsons y su esposa. Emily se alegró de que Jack la hubiera advertido en el carruaje de camino a la fiesta. Parsons era un hombre imponente, no de estatura superior a la media, pero con una mata de pelo negro y enormes cejas que daban un aire de fiereza a su aspecto que no acababa de casar con sus facciones.

Lady Parsons parecía un tanto intimidada por él, pero Emily creyó ver un toque de diversión en sus ojos azul claro que le interesó mucho más.

—¿Cómo está usted, *lady* Parsons? —dijo con una dulce sonrisa cuando las presentaron. Podía ser tan dócil como la que más, si lo consideraba diplomático—. Encantada de conocerla —agregó—. He oído decir maravillas de usted.

Lady Parsons se quedó perpleja un instante, igual que su marido. Ella fue la primera en reaccionar. Ambas mujeres se miraron de hito en hito y supieron con toda exactitud dónde residía el poder.

—La gente es muy amable —murmuró *lady* Parsons, y la diversión reapareció en sus ojos; solo una luz momentánea que enseguida desapareció.

No había respuesta posible a tal comentario, y Emily lo sabía. Debía tomar nota de ello para más tarde. Nunca subestimar a semejante mujer, o imaginar por un momento que no se fijaba en todo.

Parsons hizo una observación inocua y Jack contestó. Emily siguió sonriendo, aparentando escuchar con atención, hasta que se les unió su anfitrión y la conversación devino general.

Los hombres se alejaron, debatiendo sobre comercio y finanzas internacionales.

Lady Parsons miró a Emily, manteniendo una expresión de cortés imparcialidad.

—¿Conoce a alguien de los presentes? —inquirió—. ¿Me permite presentarle a quien le apetezca conocer?

Fue una delicada manera de dar a entender que Emily era una extraña en los círculos de la buena sociedad, y que tal vez necesitara apoyo.

Emily empezó a sentir el cosquilleo del enojo. ¿Cómo se atrevía aquella mujer a sugerir que Emily era una advenediza? Acentuó la dulzura de su sonrisa.

—Qué amable de su parte —dijo inocentemente—. Seguro que hay muchas —vaciló con delicadeza— damas más familiarizadas que yo con el mundo diplomático y que serán amigas tuyas desde hace años. Quedo muy agradecida de su generosidad.

Lady Parsons sonrió abiertamente, pero de pronto se paralizó al caer en la cuenta de la alusión velada a su considerable diferencia de edad. Quizá tuviera diez o doce años más que Emily, no los veinte que esta había dado a entender.

Emily seguía sonriendo expectante.

Lady Parsons no se amedrentó.

—Estamos en bandos opuestos en el asunto de este tratado —dijo con notable serenidad—. Pero creo que nos vamos a llevar bien. Usted es mucho más profunda de lo que aparenta, y más rápida, ¿me equivoco?

Sus ojos volvían a brillar divertidos, ahora con bastante franqueza. Era un ofrecimiento de amistad con una púa dentro.

—No es conveniente parecer demasiado inteligente —contestó Emily—. La gente se pone en guardia.

—Estoy tentada de decir que no está en peligro —dijo *lady Parsons* con dureza—, pero me parece innecesario. Más bien revela una necesidad de ganar, ¿no cree? Quienes siempre han de tener la última palabra acaban siendo bastante pesados.

—Estoy de acuerdo —dijo Emily—. Ser pesada es el peor defecto en el carácter de una mujer.

Lady Parsons rio abiertamente.

—¡Oh, querida! ¿Eso lo dijo Oscar Wilde?

—Que yo sepa, no —contestó Emily, enarcando las cejas sorprendida—. Lo he percibido por mí misma en interminables fiestas con políticos.

—Lástima que sea demasiado distinguida para el teatro —observó *lady Parsons*—. Sería una gran actriz.

—Nunca recordaría las frases de los demás actores —respondió Emily.

—Venga conmigo. Le presentaré a algunas personas que conozco. —*Lady Parsons* sujetó del brazo a Emily con tanta gentileza como insistencia—. Disfrutaré viendo qué impresión les causa usted.

De nada serviría discutir, y Emily pensó que quizá sería provechoso conocer a las esposas de la «oposición» al tratado. Después podría comentarlo con Jack.

Caminaba junto a *lady Parsons*, saludando a diversos conocidos, cuando entrevió a Godfrey Duncannon a unos siete metros de ellas. Conversaba con una mujer que era a un tiempo guapa y delicada. Aparentaba tener más de cuarenta años, pero con la inocencia de alguien mucho más joven. Prestaba plena atención a Duncannon como si no se atreviera a perderse una sola palabra de lo que este le decía. A su vez, él se inclinaba ligeramente hacia ella, dedicándole toda su atención. Y, sin embargo, su postura no era en absoluto romántica; parecía más bien que reconociera su fragilidad y su dependencia del cuidado de él.

La luz destelló un instante en los diamantes de su esbelta garganta, y relució en la seda albaricoque de su vestido. Después ella bajó la mirada, y Duncannon sonrió y se alejó.

Emily cayó en la cuenta de que se había equivocado, pues a aquel hombre solo lo había visto de perfil. No era Godfrey Duncannon en absoluto, tan solo alguien que guardaba cierto parecido en cuanto a constitución y la estructura ósea de la cabeza. Ni siquiera tenía el pelo del mismo color. Además, el desconocido era no menos de dos

décadas más joven.

Negó con la cabeza para sus adentros. ¡Debía poner cuidado en dirigirse a alguien equivocándose de nombre! O todavía peor, ¡suponer que conocía a alguien que en realidad no conociera!

Acompañó durante otros veinte minutos a *lady* Parsons, que le presentó a varias personas interesantes, y después se separó de ella con la promesa de volver a encontrarse al cabo de unos días. Aparte de su utilidad, era una amistad con la que disfrutaría. La diferencia de opinión siempre ha sido más interesante que el estar de acuerdo constantemente, sea sincero o no.

Se encaminó hacia Cecily Duncannon con mucha más determinación. Habían coincidido varias veces y la simpatía entre ambas era bastante espontánea. Cecily debía de tener unos diez años más que Emily y seguía siendo una mujer guapa. De hecho, la mediana edad le favorecía más que la juventud. Su cabello oscuro tenía unos dramáticos mechones plateados, y si en su juventud había sido una pizca huesuda, ahora sus anchos hombros eran menos evidentes, y había aprendido a conducirse con una elegancia poco común.

Vio a Emily y sonrió sin la menor afectación. Se excusó ante las dos señoras de edad indefinida con las que había estado conversando y fue al encuentro de Emily.

—He visto que entablaba conversación con la señora Forbush y su hermana —dijo, sonriendo—. ¡Hay fiestas que parecen durar días!

Emily sabía exactamente a qué se refería. Demasiadas conversaciones daban la impresión de terminar allí donde habían comenzado.

—¿Supongo que el tiempo en realidad no se detiene? —respondió Emily, sin esperar que la pregunta fuese contestada.

—Antes me ponía muy nerviosa en este tipo de eventos —le confió Cecily con una discreta mueca de tribulación—. Godfrey siempre está a gusto.

Echó un vistazo a su izquierda, hacia donde Godfrey Duncannon charlaba de pie con varios hombres de mediana edad, entrados en carnes y con distintas clases de condecoraciones. Hablaban animadamente, a menudo dos a la vez, y todos asentían con la cabeza para mostrar que estaban de acuerdo. Godfrey, con su pelo gris acerado e inmaculadamente vestido, o estaba completamente a gusto, o era un actor de primera. El parecido con el hombre de antes era una ilusión. Uno de ellos contaba una historia, sonriendo y gesticulando al hacerlo.

Godfrey rio como si le deleitara. Todos parecían estar la mar de satisfechos.

—A las mujeres nos permiten chismorrear, incluso se espera que lo hagamos —dijo Emily un tanto compungida—. ¡Pero se supone que no debemos contar chistes! ¡Ni siquiera escucharlos!

—Es una lástima —contestó Cecily—. Los chistes inventados te permiten reír, y eso es maravilloso. Son los absurdos y las ridiculeces de la vida real los que duelen. Y no puedes evitar verlos.

Emily percibió una nota de tristeza en su voz, tal vez incluso de miedo. La miró

un momento a la cara. Si realmente era tristeza o miedo lo que Emily había detectado, no quería que Cecily supiera que se había dado cuenta. Había cosas de las que una no hablaba para nunca tener que desmentirlas, aunque fuese más amable hacerlo.

Emily cambió de tema deliberadamente. Optó por una charla intrascendente, un modo de manifestar que eran amigas sin decir cosas demasiado explícitas y torpes.

—Acabo de conocer a *lady* Parsons —dijo a la ligera—. En otras circunstancias creo que me llevaría bien con ella. No es ni mucho menos tan insulsa como aparenta.

—Espero que no muchas de nosotras seamos como aparentamos ser —dijo Cecily, mirando al otro extremo de la sala—. Me horrorizaría pensar que soy transparente a primera vista. ¡Sería como la pesadilla de haber salido sin querer a la calle en ropa interior!

Emily se rio a propósito, como si creyera que Cecily lo había dicho medio en broma. Pero ¿era posible que no fuese tanto una tontería como un miedo subyacente a que le leyeran tan fácilmente un pensamiento en concreto?

—Sobre todo con este tiempo —respondió—. Me pregunto si nevará por Navidad.

—¿Pasa la Navidad en el campo? —preguntó Cecily—. Es algo tan familiar..., es muy bonito. La ciudad queda muy sucia cuando la nieve se derrite.

Emily miró el rostro de Cecily, las facciones marcadas, el cutis de marfil, las curvas negras de las cejas. El maquillaje no había logrado ocultar las leves ojeras en torno a sus ojos oscuros. ¿Le preocupaba el tratado que su marido estaba negociando y que al parecer era tan importante? ¿O se trataba de algo mucho más personal?

—Me temo que con tantos pies y tantas ruedas la nieve siempre acaba siendo fangosa en la ciudad —contestó—. Me encanta Ashworth Hall en pleno invierno, con todas las chimeneas encendidas y el campo cubierto por un manto de nieve. Pero me temo que este año es casi seguro que nos quedaremos en casa. El tratado... El comercio internacional no hace vacaciones.

Cecily seguía mirando a su marido, que estaba en la otra punta del salón.

—No —convino—. No podemos permitirnos dar por hecho que ganaremos. Para Godfrey es de suma importancia... igual que para el resto de nosotros, me figuro.

Incluyó a todo el mundo, pero Emily comprendió que se refería a Jack. ¿La carrera de Godfrey dependía realmente de aquel tratado en la misma medida que la de Jack? Godfrey Duncannon había amasado una fortuna. Todo lo que había tocado había prosperado. Emily sabía de oídas que al principio el dinero de Cecily, heredado de su padre, había asentado los cimientos de su riqueza, pero Godfrey lo había multiplicado muchas veces, ascendiendo a un pináculo de respetabilidad en el que quizá ni siquiera había soñado de joven. ¿Cabía que aquel asunto le importara tanto como importaba a Jack, quien todavía se estaba abriendo camino?

¡No quería ni pensar en lo que podría ser de su carrera si en las próximas elecciones perdía el escaño! Ese pensamiento siempre rondaba en los confines de su mente, pero le costaba trabajo mantenerlo a raya. No era una cuestión de dinero, sino

de fe en uno mismo. Emily se había percatado de sus dudas, de cuánto detestaba depender de ella.

—Sí —murmuró, respondiendo a la pregunta de Cecily. Deseaba saber más, pero había cosas que no se preguntaban.

Permaneció un rato más conversando con gusto sin abundar en el tema. Cuando se les unieron otras señoras, se excusó y dirigió sus pasos poco a poco hacia la mujer más hermosa del salón, su tía abuela Vespasia. Esta había sido *lady* Vespasia Cumming-Gould, título honorífico que había heredado porque su padre había sido conde. Ahora era *lady* Narraway, ya que recientemente se había casado con Victor Narraway, que había sido jefe de la Special Branch inmediatamente antes que Pitt. Un escándalo lo había desposeído del puesto. Pitt había redimido la reputación de Narraway, pero demasiado tarde para rehabilitarlo en el cargo. Lo habían marginado enviándolo a la Cámara de los Lores. No obstante, había reconocido el profundo amor que sentía por Vespasia y por fin halló el coraje de pedirle que se casara con él. La demora no se debió a que dudara de sus propios sentimientos; había tenido miedo de perder una amistad que valoraba por encima de todas las demás cuando le confesara su naturaleza, haciendo imposible conservar la vieja camaradería que los unía.

Ahora Emily y Vespasia estaban bastante cerca una de otra, momentáneamente sin conversar con otros invitados, y Emily aprovechó la ocasión. Vespasia no era tía suya por lazos de sangre, sino por su primer matrimonio con lord George Ashworth. Sin embargo, su cada vez más estrecha amistad a lo largo de los años, el haber compartido éxitos y desastres, había creado un vínculo más profundo que el del mero parentesco. A Emily le constaba que Vespasia tenía un vínculo aún más profundo con Charlotte y Thomas, pero hacía tiempo que eso había dejado de preocuparla.

El rostro de Vespasia se iluminó de placer cuando vio a Emily. En su juventud, Vespasia había sido celebrada en toda Europa por sus rasgos exquisitos y el vigor y la delicadeza de sus huesos, su piel inmaculada. Ahora eran el ingenio y la pasión que transmitían su rostro los que atraían la atención, el coraje y la elegancia de su porte.

—Estaba aguardando a que encontraras un hueco entre tus obligaciones —dijo con afecto—. ¿Qué tal estás, querida?

Le ofreció su fina mano, refulgente con un anillo de una sola esmeralda.

—Disfrutando de la velada —respondió Emily, estrechándosela momentáneamente con una sonrisa—. Al menos a ratos.

—Me horripilaría sospechar que eres insincera —repuso Vespasia secamente—. La conversación es aburridísima, pero tal vez parte de lo que no se dice sea interesante, ¿no te parece? He reparado en que hablabas con *lady* Parsons.

Emily se rio.

—Oigo lo que no estás diciendo —observó—. Es mucho más perspicaz de lo que pensaba. Su marido es el principal oponente a este tratado, ¿lo sabías?

Narraway se acercó a ellas y fue él quien contestó. Era un hombre esbelto, no

mucho más alto que Vespasia, delgado y nervudo, con los ojos tan oscuros que parecían casi negros. Su abundante cabello estaba salpicado de canas, y el tiempo había mejorado y refinado sus facciones en lugar de atenuarlas.

—Lo sabemos —afirmó—. Pero, en mi opinión, desconocemos sus motivos. Sería muy interesante averiguar cuáles son, y posiblemente útil.

—Jack quiere que me entere de cuanto pueda acerca de Godfrey Duncannon —respondió Emily. Tenía ganas de preguntar a Narraway si podía decirle si sabía algo, pero, aunque lo conocía desde hacía varios años, no se atrevió a abusar de la confianza. Narraway había sabido muchos de los secretos de los ricos y poderosos. Había sido su trabajo, tal como ahora el de Pitt. Aunque Pitt se mostraba mucho más abierto, abordable. ¿Acabaría siendo como Narraway, con el tiempo? ¿Vería los aspectos oscuros de la intimidad de todo tipo de personas y sonreiría y disimularía... hasta que le fuesen de utilidad?

Sin querer, se estremeció.

Fue Vespasia quien contestó.

—Pues entonces más vale que sigas disfrutando de tu amistad con Cecily Duncannon —aconsejó—. Aunque me parece que no te será fácil.

Narraway la miró sorprendido, enarcando las cejas.

Emily lo entendió. Vespasia no quería dar a entender que Cecily dejara de apreciar a Emily. Al contrario, su afecto perduraría e incluso aumentaría. Lo que quería decir era que enterarse del origen del sufrimiento de otra persona, comprender sus secretos porque confiaba en ti, en silencio si no abiertamente, te enfrentaba a dilemas para los que no había fácil solución.

—Lo sé —dijo Emily con delicadeza. Era una admisión que había eludido hacer ante sí misma. Resultaba mucho menos desafiante no saber, pasar por la vida, con relaciones de todo tipo, viendo solo lo que deseabas ver, nunca las capas bajo la superficie, donde residía la luz.

—¿Cecily Duncannon guarda secretos dolorosos? —preguntó Narraway en voz baja, aunque el mero hecho de que lo expresara con tanta exactitud dejaba claro que conocía la respuesta.

—Por supuesto —contestó Vespasia.

—¿Relacionados con Godfrey? —insistió Narraway.

—Eso no lo sé. Es posible.

—Duncannon tiene el futuro asegurado —terció Emily—. Y, que yo sepa, su reputación está por encima de toda crítica. Jack lo ha investigado con el mayor cuidado. No puede permitir que su reputación quede vinculada a otro desastre.

Lamentó la aspereza de sus palabras en cuanto las hubo pronunciado. Por descontado, tanto Vespasia como Narraway estaban al tanto de aquellos desastres del pasado. Narraway era probable que supiera más que la propia Emily. Aun así le sonó un poco a traición el recordárselos.

Vespasia se percató.

—Más bien pensaba en algo acerca de su vida personal —dijo—. Dudo que Godfrey siempre sea fácil de tratar.

—¿Una amante? —dijo Narraway, sonriendo como si le resultara divertido—. Me extrañaría. Es demasiado cuidadoso para eso. Una pasión inesperada puede dominar a la mayoría de las personas, pero apostarí un buen pico a que él no se cuenta entre ellas.

—¿Un buen pico? —preguntó Emily de inmediato—. ¿Un tratado que al parecer es de suma importancia para la fortuna de algunos y la supervivencia de muchos?

—Sí —contestó Narraway, casi sin titubear—. Jamás ha permitido que un sentimiento empañe su honor o su ambición.

Vespasia hizo una mueca tan ligera que solo Emily la percibió e interpretó correctamente. Había observado el rostro de Cecily, viéndolo ensombrecido. Quizá tuvieran menos en común de lo que Emily había pensado. Ella había amado a Jack desde el principio, al menos en parte, porque siempre había sido un buen amigo. Habían hablado sobre todo tipo de cosas en los primeros tiempos de su relación, porque entonces Jack no aspiraba a casarse con ella, ni siquiera se le ocurría pensar que tal cosa fuese posible. No habían pasado por la incomodidad de un noviazgo, las convenciones forzosas, las tensiones. Habían reído juntos, se habían hecho confidencias y habían sido abiertos acerca de sus pensamientos. Eso nunca había cambiado.

Por supuesto, habían surgido malentendidos, incluso distanciamientos de vez en cuando, pero habían ocurrido cuando la amistad estaba sometida a demasiada presión, la risa y el sosiego temporalmente desvanecidos.

¿Godfrey Duncannon alguna vez había ofrecido a Cecily un afecto semejante? ¿Tal vez carecía de ese cariño para dárselo a una mujer? A veces las diferencias percibidas eran demasiado grandes para tender puentes.

De ser así, ¿Emily tenía el derecho o el privilegio de comentarlo? No, salvo que guardase relación con el tratado. Algunas penas solo se soportaban porque nadie más las conocía.

Al cabo de nada se les unió Jack, que saludó formalmente a Vespasia y a Narraway, presentándoselos a Godfrey Duncannon, que lo acompañaba. La conversación tomó un cariz general en el acto: dónde iban a pasar la Navidad, en la ciudad o en el campo; qué obras de teatro y óperas había en cartel, y si las actuaciones eran tan buenas como otras con las que estaban familiarizados; y, por descontado, qué tiempo iba a hacer.

Emily escuchaba y observaba, manteniendo una expresión de recatado interés.

—Tendremos que sacar el mayor partido a la ciudad, este año —dijo Duncannon a Emily a propósito de la Navidad—. Podrían asistir a la misa del gallo en la abadía de Westminster o, por supuesto, en San Pablo, si ustedes prefieren. Ambas iglesias transmiten tal sensación de historia que hacen que uno se sienta parte de una gran unidad, pasada, presente y futura.

Le sonrió, y de pronto Emily fue consciente del encanto de Duncannon. El origen no era la cordialidad en el sentido habitual, sino más bien una aguda inteligencia, una apreciación de multitud de cosas, cada una de las cuales era hermosa para él.

Correspondió a su sonrisa.

—Me imagino que la abadía estará abarrotada.

—Llena hasta las mismísimas puertas —convino Duncannon—. La música será sublime, y todo el mundo cantará a voz en grito. No es solo el gran órgano o el coro, ni siquiera la numerosa concurrencia, es la alegría de la gente, la ola de fe. Si lo desean, estoy seguro de que puedo conseguirles buenos asientos.

Había una confianza absoluta en lo que decía; generosidad, sin duda, pero también orgullo. Le constaba que podía hacerlo y eso lo complacía, como cuando un jugador lanza un golpe certero en el golf y la pelota se mete en el hoyo, tal como él sabía que ocurriría.

A Emily le habría gustado tener el rango y la confianza en sí misma para rehusar, pero no los tenía y ambos lo sabían.

—Gracias —dijo gentilmente—. Seguro que será una experiencia que nunca olvidaré. —Tuvo la sensación de que debía decir algo más, de modo que agregó—: Muy amable de su parte.

Duncannon se quedó muy ufano. Inclino la cabeza aceptando su gratitud. En ningún momento miró a Cecily.

La conversación siguió por otros derroteros y Emily escuchó como correspondía. Hablaron de asuntos internacionales, de la vida de otras personas, noticias y especulaciones políticas.

En dos ocasiones Emily cruzó sin querer su mirada con la de Vespasia y supo exactamente lo que esta pensaba. Reprimió su sonrisa con cierta dificultad. Parecería frívola o, peor aún, burlona. Se aseguró de no volver a mirar a Vespasia a los ojos.

Finalmente Vespasia inclinó la cabeza cortésmente y se excusó, alegando que había visto a un conocido a quien no debía parecer que ignorase. Tomó a Emily del brazo.

—Ven conmigo, querida, seguro que *lady* Cartwright estará encantada de conocerte.

—Gracias —murmuró Emily en cuanto ya no podían oírlas—. ¿Quién es *lady* Cartwright?

—Ni idea —contestó Vespasia—. ¡Cielo santo, qué hombre tan frío! ¿Siempre es así?

—¿Duncannon? Creo que sí. Tal vez lo sea menos en su casa...

Dejó la insinuación en el aire.

—Te refieres al dormitorio —respondió Vespasia—. Si es así, quizá lo mejor sea dormir durante todo el acto.

Emily mantuvo la compostura con dificultad.

—Me parece que está nervioso por lo del tratado. Mucha gente habla más de la

cuenta cuando está nerviosa. Significa mucho para él. ¿O tal vez sea que te teme?

Vespasia sonrió.

—Eso espero. —De repente se puso muy seria—. Quizá lleves razón con lo de este tratado. Victor se niega a comentarlo conmigo, y estoy convencida de que sabe muchas cosas.

—¿Y está a favor?

Acto seguido Emily se preguntó si tal vez no tendría que haber preguntado. ¿Una disculpa lo empeoraría?

—Por completo —contestó Vespasia sin el menor titubeo—. Pero habrá quienes salgan perdiendo. O, por supuesto, quienes tengan objeciones políticas.

—Pero no éticas, ¿verdad?

—Me extrañaría mucho. Y esas son las que importan.

Emily la miró sorprendida, no porque pensara así, sino porque lo dijera. Resultaba ingenuo en boca de Vespasia.

Vespasia se rio.

—¡No estoy siendo gazmoña, querida! Está bien que los hombres luchen por una causa ética, y estas son las más difíciles de vencer, en parte porque uno nunca está seguro de lo que desea.

—¿Es un buen hombre Godfrey Duncannon?

—No lo sé —contestó Vespasia con franqueza—. Hay ocasiones en que sin duda es lo bastante tedioso para que una crea que quiere causar esa impresión. Pero no sé si sus exhaustivos conocimientos son fruto de la inteligencia o de un abrumador deseo de impresionar.

—O del deseo de dominar la conversación para que no se toquen asuntos personales —sugirió Emily.

—Ay —dijo Vespasia con picardía—, qué perspicaz. Desde luego, bien podría ser así. Estamos a punto de conocer a otro hombre agotadoramente honrado. —Sonrió con una gracia que disfranzó toda antipatía—. Me alegra verlo, señor Abercorn. Emily, permite que te presente al señor Josiah Abercorn. Mi sobrina, la señora de Jack Radley.

Abercorn era el hombre que Emily antes había tomado por Godfrey Duncannon. De cerca, su aspecto era poco común. Tenía los ojos grandes y muy azules. Tendrían que haber sido magníficos, pero los enturbiaban oscuras ojeras en torno a ellos, como si nunca durmiera lo suficiente. Sus rasgos eran marcados, acusados como los de Duncannon, y había un brillo de inteligencia similar en sus ojos, aunque los de Duncannon eran oscuros.

Saludó a Emily con cortesía y acentuado interés; sin duda porque era la esposa de Jack.

—Señora Radley —dijo amablemente—. Tal vez su marido no le haya hablado de mí. Es admirablemente discreto. Soy uno de los abogados que estamos redactando el borrador de este tratado que todos tenemos tantas ganas de firmar. Beneficiará a más

gente de la que la mayoría de nosotros puede imaginar.

—Es lo mismo que dice mi marido —contestó Emily con cortesía—. Aunque, por supuesto, no menciona los detalles.

—Por supuesto que no —respondió Abercorn—. Pero le aseguro que, si tiene conciencia y compasión por los menos afortunados, se alegrará mucho cuando se haga público en la medida de lo posible. Abrirá un sinfín de nuevas oportunidades, y tal vez enmiende algunas de las cosas terribles que hicimos contra el pueblo chino durante nuestras guerras del opio.

Emily solo podía adivinar a qué se refería, pero se las arregló para parecer debidamente impresionada.

—Considero un gran privilegio tomar parte en esto —prosiguió Abercorn—. Será la corona de mi ambición de servir a mi país.

Emily notó que Vespasia se ponía tensa a su lado, irguiendo casi imperceptiblemente su ya de por sí espalda recta.

—Una joya de la corona, señor Abercorn —intervino Vespasia—. Estoy segura de que habrá más.

Su tono fue imposible de descifrar.

—No veo más allá de esto, *lady* Vespasia —respondió Abercorn de manera insulsa—. «No pido ver el panorama distante, un paso basta para mí» —agregó, citando el famoso himno.

—Qué cauto por su parte —dijo Vespasia—. Y tal vez sensato. Los vaivenes de la política son tan rápidos que es mejor no jugar todas tus cartas a la vez.

—No pretendía... —comenzó Abercorn, pero cambió de opinión y se tragó lo que fuere que iba a decir.

—Por supuesto —murmuró Vespasia, como si lo hubiese entendido perfectamente.

Algo llamó la atención de Abercorn a pocos metros de donde estaban, y se volvió para mirar. Emily vio como cambiaba su expresión de benévolo y educado interés. Por un instante vio odio en su semblante, y también dolor. Era tan profundo que se quedó absorta. Instintivamente, se volvió para seguir su mirada. La única persona a quien reconoció fue a Godfrey Duncannon. Todos los demás parecían estar como mínimo de escorzo.

El momento pasó, Abercorn recobró la compostura y Emily quedó sumida en la duda. No tuvo tiempo de preguntar a Vespasia qué había observado ella porque se les unieron otros invitados y la conversación se generalizó en el acto.

Aquel nuevo grupo incluía a la mujer que Emily había visto mucho antes, hablando muy seria con Josiah Abercorn. Esta vez iba con su marido, el comisario Bradshaw. Su relación, según constató Emily al instante, era bastante diferente.

La señora Bradshaw era una mujer de una belleza perturbadora debido a la mirada ausente de sus grandes ojos oscuros. Emily estuvo segura *ipso facto* de que padecía algún sufrimiento emocional o físico que desplazaba al placer durante más que unos

momentos de vez en cuando. Tal vez se tratase de una dolencia de tal naturaleza que no tuviera perspectivas de recuperación. Escuchaba la conversación y se reía discretamente cuando tocaba, pero hablaba muy poco y permanecía bien arrimada a su marido.

Bradshaw también era muy consciente de su presencia y a cada tanto le tocaba el brazo, como para recordarle que estaba allí para cuidarla, incluso para protegerla. Sin embargo, no podía protegerla del sufrimiento que llevaba dentro, y esa impotencia aparecía en su semblante en los momentos de descuido, cuando alguien contaba un chiste o hacía un comentario especialmente perspicaz.

Emily se preguntó cuánto sufrimiento llevaban consigo otras personas, pasando inadvertido a todos excepto a los más cercanos observadores. Tal vez lo más amable sería fingir no haberse dado cuenta.

Emily se excusó en cuanto tuvo oportunidad y dirigió sus pasos hacia donde Cecily intentaba mostrar interés en las divagaciones de dos mujeres tan parecidas como si fuesen hermanas. Transcurrió casi un cuarto de hora antes de que pudieran librarse de ellas sin faltar a la cortesía.

—¡Menos mal! —dijo Cecily con sentimiento—. Si no estuviéramos en pleno invierno, saldría a dar un paseo por el jardín. Me parece que habría preferido caerme al estanque que oír más historias sobre Rose, Violet o comoquiera que se llame.

Emily la miró de soslayo.

—Se la ve agotada. Me imagino que tiene que asistir a demasiadas recepciones de este estilo. Al cabo de un rato todas me parecen la misma, y por mi vida que soy incapaz de recordar el motivo de cada una en concreto. Entiendo que haya quien llama a todo el mundo «querido» o incluso «su excelencia». ¿Cómo va nadie a recordar tantos nombres?

Cecily sonrió.

—Oh, hay trucos, pero no siempre dan resultado.

—Pues entonces vayamos a buscar la habitación donde está colgado el retrato de Gainsborough —sugirió Emily.

—¡No sabía que hubiera uno! —dijo Cecily sorprendida.

—Siendo así, quizá tardemos un poco en encontrarlo —respondió Emily.

Por primera vez en toda la velada Cecily se rio con ganas. Caminaron cogidas del brazo, hablando de nimiedades, hasta que estuvieron fuera del alcance del oído del grueso de la fiesta. Momentos después, también fuera de la vista.

—¿Solo está aburrida como una ostra? —preguntó Emily con gentileza—. ¿O está preocupada por el tratado? No he oído nada que indique que vayan a surgir problemas. Me consta que reviste una importancia extraordinaria para usted.

Cecily encogió ligeramente los hombros.

—No, creo que todo está en orden. Godfrey confía en que saldrá bien. Desde luego ha trabajado duro, y es muy meticuloso. No deja pormenores al azar, ni siquiera para que los comprueben otros.

—Pues creo que entonces no hay necesidad de preocuparse —dijo Emily. Procuró dar la impresión de que era un alivio, pero la inquietud no abandonó el semblante de Cecily—. No es por el contrato, ¿verdad? —agregó tras una breve pausa.

Cecily pestañeó, y Emily se dio cuenta, con una punzada de compasión, de que estaba a punto de llorar. La rodeó con el brazo sin apenas tocarla.

—Vayamos a sentarnos. Hay una especie de salita de estar justo ahí. La recuerdo de otra ocasión. Si piensan que no se encuentra bien, estarán encantados de que se siente un rato.

—En realidad no es nada —titubeó Cecily—. Lo siento. Debo de estar un poco... cansada.

—Tal vez está un poco resfriada —dijo Emily, no a modo de respuesta en serio, sino para llenar un silencio que parecía exigir una explicación. Tenía muchas ganas de saber qué era lo que traía tan preocupada a Cecily, pero sería una torpeza preguntarlo. Parecería más curiosidad que un gesto de amistad.

Entraron en la salita y Emily cerró la puerta. Era, tal como había dicho, una especie de sala de estar. Había tres butacas bastante juntas y una mesita con una jarra de agua y varios vasos. Emily sirvió dos y le dio uno a Cecily.

—Tiene hijos, ¿verdad? —dijo Cecily, más como confirmación que como pregunta.

—Sí, un hijo y una hija —respondió Emily—. Y usted tiene un hijo, Alexander. Alguna vez lo ha mencionado. ¿Qué tal está?

Tal vez eso fuese lo que Cecily estaba esperando, pero no levantó la vista hacia Emily al contestar.

—Sufrió un terrible accidente hace unos cuantos años. Le cayó el caballo encima. Le lesionó la columna...

Emily intentó imaginar cómo se sentiría si se tratara de Edward, y a duras penas pudo soportarlo.

—Lo siento mucho...

Qué respuesta tan pobre y trillada. Ahora bien, ¿qué podía asemejarse a ver a tu hijo atrocemente herido? ¡Cualquier madre hubiese preferido cambiarse por él!

—Se recuperó... bastante bien —prosiguió Cecily, levantando la vista por primera vez—. El médico pensó que la columna se había curado, aunque llevó bastante tiempo. Alex pudo volver a caminar, bastante bien, bastante deprisa. Incluso bailar. Pero no nos dimos cuenta de que sin el medicamento seguía sufriendo mucho dolor.

Emily asintió con la cabeza, pero no la interrumpió. ¿Qué cabía decir que resultara de alguna utilidad?

Cecily tomó aire entrecortadamente.

—Creía que se atenuaría, y así parecía ser. No supe ver que Alex me estaba poniendo a resguardo de buena parte de su sufrimiento.

—¿Y su padre? —preguntó Emily. Aunque Jack no era el padre de Edward,

amaba a Edward tan profundamente como a Evangeline, que era suya. La idea de que alguno de ellos se hiciera daño sería insoportable para él, exactamente igual que para Emily.

Cecily apartó la mirada.

—Alexander es... muy diferente de Godfrey. Perverso, dirán algunos. Godfrey es un buen hombre, extraordinariamente dotado y entregado a las causas para las que trabaja. Alexander es un soñador, creativo en su imaginación y en las artes. —Se volvió hacia Emily casi como si hubiese percibido una crítica en ella—. Y no estoy diciendo que sea perezoso o poco práctico, ni que no hace nada para dar forma a sus visiones. Tiene un don para la escultura. Ha hecho un retablo para una iglesia de aquí. Y también le hacen otros encargos. Pero...

Se interrumpió.

Emily supuso que la discordia con su padre era más profunda de lo que Cecily deseaba decir y, a decir verdad, era un asunto muy privado aunque en absoluto fuera de lo común. Jack había tenido que esforzarse para no pelearse con Edward de vez en cuando. Si hubiese sido su propio hijo, quizá no se habría refrenado tanto. Emily no siempre había estado del todo en paz con su madre, y Charlotte todavía menos. Su otra hermana, Sarah, fallecida tiempo atrás, había sido la única obediente.

—Alex vive de una manera diferente —comenzó Cecily de nuevo—. Yo no lo apruebo, pero aun así sigue siendo mi hijo. Tiene amigos que no me gustan, y estoy convencida de que pasa demasiado tiempo consintiéndose... gustos que me desagradan.

Lo dijo en voz tan baja que a Emily ni siquiera se le ocurrió preguntar en qué consistían. La tristeza de Cecily era lo único que le importaba. Tal vez les ocurriera a la mayoría de las madres. Edward era un poco joven para que ella se preocupara por que él tuviera ese tipo de problemas, pero su turno bien llegaría, y mucho más pronto de lo que ella pudiera imaginar.

—Tuvo... tuvo algunas amistades muy poco apropiadas —prosiguió Cecily, como si de pronto se hubiesen abierto las compuertas de la presa que lo había retenido todo y necesitara lidiar con todo ello a la vez.

—Todos las tenemos... —respondió Emily—. Hay algunas que han resultado ser buenas.

—No es el caso de Dylan Lezant —dijo Cecily en voz baja, con la voz tomada como si le costara controlarla.

—¿Dylan Lezant? —preguntó Emily.

—Un amigo que había estado muy unido a Abercorn. Era un joven apasionado y encantador, pero emocionalmente frágil. Demasiada imaginación, solía decir Godfrey. Alexander lo conoció cuando se estaba recuperando del accidente.

—Parece un buen amigo —observó Emily.

—Era...

—¿Era?

—Falleció. —Cecily tragó saliva y volvió un poco la cabeza—. Lo ahorcaron. Creo que Alexander nunca lo ha superado. —Las lágrimas le resbalaban por las mejillas—. ¡Parecía tan joven! Tan... ingenuo. Pero supongo que así es la ley, y no hubo escapatoria.

—¿La ley?

—Mató a un hombre... le disparó. —Cecily por fin miró a Emily a los ojos—. Estaban comprando opio... para el dolor. La policía los pilló, y mientras huían Dylan disparó a un hombre, un tal señor Tyndale, que regresaba a casa por un atajo. Alexander se negó a creer que fuese culpable, pero, por supuesto, lo era. —Tragó saliva de nuevo y se secó las lágrimas con un pañuelo que sacó del bolso—. Hoy todavía no se lo cree. Verá... Alex escapó. Pensaba que Dylan iba detrás de él... pero no era así. La policía lo detuvo con la pistola en la mano. El pobre Tyndale estaba muerto, la bala le había atravesado el corazón. Fue el peor momento de mi vida. Alexander hizo todo lo que pudo para demostrar que Dylan era inocente, pero por lo visto no lo era. Lo juzgaron y lo hallaron culpable. Recuerdo la cara de Alexander como si hubiese ocurrido hace días, no años. Me aterrorizaba que se quitara la vida, llevado por el pesar... y la culpa. Pensé que nunca pararía... que se lastimaría el corazón, bastante literalmente.

—¿Culpa? —dijo Emily despacio, costándole entender la idea. Anhelaba ayudar, pero ¿qué podía hacer nadie?

—¡Por estar vivo! —explicó Cecily—. Ambos huyeron, pero Dylan estaba más cerca y lo atraparon. Alexander hizo cuanto pudo, se desvivía día y noche hasta caer desmayado de agotamiento. Gastó todo su dinero. Pero no logró demostrar la inocencia de Dylan. Ni siquiera consiguió que le hicieran caso. Nunca ha dejado de lamentarlo.

—Si dijera que puedo imaginar cómo se siente, sería mentira —le dijo Emily—. Pero si hay algo que pueda hacer, cualquier cosa, permítamelo hacer, por favor.

Cecily guardó silencio unos momentos, como si buscara algo que pedirle, y después negó con la cabeza.

—Gracias...

Oyeron pasos fuera y ambas se levantaron, pues no deseaban que las sorprendieran en medio de una conversación tan íntima. Los chismosos podrían interpretarla de mil maneras.

Aun así, el tema surgió en otra conversación antes de transcurrida una hora, y Emily se decidió a sacarle partido. Estaba hablando con la señora Hill, una mujer a quien hacía algún tiempo que conocía, cuando se les unieron su hermano, el señor Cardon, y su esposa, una mujer de rasgos desdibujados que lucía tantos diamantes que atentaba contra el buen gusto. No obstante, poseía tal franqueza que a Emily le pareció un agradable contraste con el demasiado común deseo de complacer a quienes eran considerados importantes.

La primera alusión pilló a Emily totalmente por sorpresa.

—Lestrangle —corrigió la señora Cardon a su marido—. Lezant fue aquel pobre joven al que ahorcaron por disparar a un transeúnte en una venta de opio o heroína o lo que fuere.

Su marido enarcó tanto las cejas que se le arrugó la frente hasta donde el pelo empezaba a ralearle.

—No sé por qué demonios tienes que apiadarte de un tipo tan miserable. La verdad, deberías poner más cuidado en las palabras que eliges, querida. Estoy seguro de que no querías decir eso. Darás a la señora Radley una impresión muy equivocada de ti.

—Por favor, no se preocupe —dijo Emily enseguida—. No me formo impresiones tan deprisa.

Era mentira. Había olvidado el exceso de diamantes y aumentado su interés por Regina Cardon.

La señora Cardon no dio su brazo a torcer tan fácilmente.

—Lo he dicho en serio —le dijo a su marido—. Seguí el caso con detenimiento. —Miraba a Emily, no a su marido—. Herbert no aprueba que lea tales cosas, pero yo considero que si lo publica *The Times*, es apropiado que todo el mundo lo lea. ¿No está de acuerdo?

No había desafío en su voz, pero, no obstante, esa era su intención.

—Creo que debería leer lo que guste —contestó Emily con más sinceridad de la que había previsto—. Y estoy de acuerdo con sus gustos. No entiendo cómo me pasó por alto esa historia. No la recuerdo. Qué negligencia.

Lo dijo como si realmente estuviera interesada, cosa que en efecto era cierta.

—Muy cortés de su parte, señora Radley —dijo Cardon—, pero tal indulgencia no es necesaria en realidad.

Una sombra de arrogancia cruzó su semblante.

Emily tomó aire para replicar, pero cambió de opinión. La oportunidad de enterarse de más cosas se le estaba yendo de las manos.

—Solo sé algo del asunto por boca de otros, referencias ocasionales —dijo, dirigiendo sus palabras a Regina Cardon—. Me interesaría saber qué tuvo que decir *The Times* al respecto. Es sumamente probable que fuese exacto, al menos en lo que era irrefutable. Sin duda las opiniones varían. Y es lógico que sea así.

—No había duda alguna sobre la culpabilidad del joven —dijo Cardon con firmeza. Lanzó una mirada de advertencia a su esposa.

Emily siguió adelante, de todos modos. Atañía a Cecily, a quien apreciaba y cuyo pesar le inspiraba una profunda compasión. También cabía que terminara afectando a Jack, si Alexander Duncannon tenía sentimientos tan profundos como creía su madre. Si Lezant fuese inocente, había un grave error en alguna parte, y posiblemente incluso corrupción.

—¿Confesó? —preguntó Emily, tal vez con excesiva inocencia.

—No —contestó Regina Cardon en el acto—. Fue a la horca negando su

culpabilidad en todo excepto en la compra de opio para tratar sus dolores.

—Tendría que haberlo conseguido a través de un médico, no comprárselo ilegalmente a un camello callejero —le dijo su marido con aspereza—. Estaba oponiendo resistencia a su detención, y eso sigue siendo un asesinato porque se hizo mientras estaba cometiendo otro delito. Careces de argumentos, Regina. Lezant era un joven absolutamente indeseable.

—Si ahorcaran a cada joven que alguien que le triplica la edad considera indeseable, pocos llegaríamos a adultos, Herbert —respondió Regina fríamente.

Cardon la miró con mal disimuladas sorpresa y arrogancia.

—Aunque no dudo que tú lo habrías hecho —agregó Regina.

Emily se tapó la boca con la mano, como si estuviera horrorizada, aunque en realidad tenía miedo de echarse a reír. Cardon quizá no estuviera seguro de lo que quería decir su esposa, pero Emily lo sabía con toda exactitud y estaba de acuerdo. A regañadientes rescató la conversación, cambiando de tema, aunque se las arregló para sonreír con franqueza a Regina Cardon, para hacerle saber que contaba con su comprensión y su simpatía. A cambio recibió una mirada de gratitud.

Después se reunió con Jack, pero no tuvo ocasión de hablar a solas con él hasta cerca de las dos de la madrugada, cuando iban en su carruaje de regreso a casa, un trayecto relativamente corto.

Estaba cansada, pero lo que deseaba decir no debía posponerse. El debate sobre el tratado continuaba cada día. Solo si surgían dificultades se prolongaría hasta después de Navidad.

—Jack...

Jack tuvo que hacer un pequeño esfuerzo para despejarse y prestarle atención.

—Perdona —dijo Emily en voz baja—, pero creo que debo decirte que esta noche he tenido una larga conversación con Cecily Duncannon, buena parte en privado.

Jack pestañeó, y a la luz cambiante de los faroles de los carruajes con los que se cruzaban Emily vio que la expresión de relajó se desvanecía de su semblante.

—He visto que estaba preocupada. ¿Es por algo grave? ¿Está enferma? —preguntó Jack.

—Su hijo Alexander es el que está enfermo...

Jack se relajó.

—El pobre no ha vuelto a estar bien del todo desde que sufrió el accidente. Godfrey lo comenta de vez en cuando. Según parece se recupera muy despacio. —Apoyó la mano sobre la de Emily—. Es un muchacho difícil. Ha elegido un estilo de vida que no es probable que lo ayude. Godfrey ha hecho todo lo que ha podido para convencerlo de que debe cambiar, pero me temo que hasta la fecha no ha servido de nada. Hizo amistades desafortunadas tiempo atrás, supongo que a todos nos ha pasado, pero en este caso terminó en una tragedia absoluta, y Alexander se niega a pasar página.

—Sigue creyendo que Lezant era inocente —respondió Emily.

Jack se volvió hacia ella bruscamente.

—Emily, no cabía duda. El transeúnte murió de un disparo. Los policías estaban allí para arrestarlos a ellos y al traficante, y lo vieron todo. Alexander solo estaba unido al tal Lezant porque padecía igual que él la dependencia del opio para aliviar el dolor. Solo que Alexander sufría un dolor agudo y real y el tal Lezant solo era... ¡un adicto! Lo lamento por los dos, pero ya va siendo hora de que Alexander pase página y se concentre en recuperar la salud.

—¿Y eso es todo lo que hay? —preguntó Emily con una sensación de frío que su capa ribeteada de piel y la manta de viaje no consiguieron disipar—. ¿Eso es lo que Godfrey le dijo a Cecily?

—Me figuro que no fue tan terminante, pero, en esencia, sí.

Emily no contestó. No tenía hechos con los que discutir, no con Jack, en cualquier caso.

Capítulo 5

La mañana era gélida y Pitt estaba llegando a Lisson Grove más tarde de lo que había previsto. Un carro fuerte había patinado en el hielo en Marylebone Road, provocando un atasco tremendo. Había tenido ocasión de leer el periódico matutino en el coche de punto, no una experiencia precisamente agradable, pero sí necesaria.

Stoker lo estaba aguardando, tenía el rostro sonrosado por efecto del viento y una expresión sombría.

—La dinamita que echaron en falta en Bessemer —dijo en cuanto Pitt cruzó la puerta—. La robó el capataz, pero no es de mucha ayuda. O tiene pánico a quien se la vendió o realmente no sabe quién es. Sea como fuere, seguro que son anarquistas que la revenden para recabar fondos. Así es como se financian.

—¿Alguna idea de otras fuentes sobre quién la compró? —preguntó Pitt sin demasiada esperanza. Retiró su silla y se sentó, mirando el montón de notas que había sobre el escritorio.

—Un italiano que se llama Pollini, que se la vendió a alguien que no sabe cómo se llama y cuya descripción encajaría con la de la mitad de los anarquistas de Europa. La mayoría está en Londres, de todos modos. Los informes están encima de su mesa. Les he echado un vistazo y no encuentro nada útil... al menos no en relación con el asunto de Lancaster Gate. He sacado alguna pista buena sobre otros dos casos. Las aguas se han agitado un poco, y están saliendo cosas de todo tipo a la superficie. Deberíamos poder cerrar el caso Lansdowne.

—Bien —contestó Pitt con una breve sonrisa. Sacó el periódico del bolsillo donde lo había metido y lo tiró a la papelera.

—¿Ha leído los artículos de fondo? —preguntó Stoker con desánimo.

—Sí. Casi todas las exigencias están redactadas como si buscaran que se haga justicia, pero lo que en realidad persiguen es venganza contra los que atacaron a los policías —respondió Pitt—. He leído un artículo de Josiah Abercorn. Está en la cresta de la ola por su defensa de la policía, el hombre de la calle, la protección de la gente ante el incremento de crímenes y demás. Quizá debería comprobar qué sabemos acerca de él... Puedo entenderlo. La policía es nuestro símbolo de seguridad. A veces nos molesta que se entrometa en nuestras vidas. Los agentes pueden ser presuntuosos, autoritarios y engreídos, pero al final son la barrera contra la violencia, el peligro y la sinrazón. Atacarlos es atacarnos a todos.

—Eso es prácticamente lo que dicen todos los periódicos —convino Stoker—. Al menos los mejores. ¿Me imagino que esos también los ha leído?

—En realidad, no —contestó Pitt—. Me interesaban sobre todo las noticias del

extranjero. No creo que esto tenga mucho que ver con anarquistas, pero quería ver si había alguna novedad política importante, algo que haya ocurrido y que deberíamos saber.

—He leído los informes más relevantes, señor. Estoy casi seguro de que solo es fanfarronería, los mismos de siempre despotricando como siempre. De hecho, según dicen nuestros hombres, los anarquistas serios están disgustados con el atentado. Todo el mundo anda alborotado, y algunas personas que solían tolerarlos están resentidas. Han echado a unos cuantos de su alojamiento, incluso les han negado la entrada en lugares donde les gusta comer... cafeterías y casas de comidas. La gente está nerviosa.

—Interesante —dijo Pitt, pensativo—. Se diría que no hay acuerdo entre ellos, además. Pero aun así tenemos que estar tan seguros como podamos de que no existen grupos nuevos que hayamos pasado por alto. Necesito informes de todos los hombres que están infiltrados en los grupos que conocemos. Pongámoslo por escrito y veamos si podemos dar cuenta de todo.

Stoker lo miró con curiosidad e inquietud.

Pitt se puso tenso.

—¿Se le ocurre alguna otra manera de relacionarlo todo para que podamos ver una pauta? Tenemos que estar tan seguros como podamos de que no existe otra pauta que hayamos pasado por alto porque estamos acostumbrados a ver las que conocemos.

—Necesitaremos ayuda —dijo Stoker, cediendo a regañadientes—. ¿En quién confía lo suficiente, señor? Quienquiera que sea terminará sabiendo los nombres de todos los infiltrados. —Negó con la cabeza—. ¿Está seguro de que quiere eso? Basta con que se te escape un nombre al hablar con alguien que crees de confianza y antes de que cante un gallo la mitad de la Branch sabrá quién está dónde. Nadie es perfecto, señor. No podemos hablar con nuestras esposas ni con nuestras novias; tenemos que poder hablar entre nosotros, de vez en cuando.

Fue tan lejos como pudo sin decirle a Pitt que se equivocaba.

Pitt se tragó la réplica que le acudió a la mente. Stoker llevaba razón: no estaba sugiriendo que alguien soltara información porque fuese un traidor, sino debido al estrés, el agotamiento y la soledad que conllevaba no poder decir ni siquiera a los más íntimos lo que estabas haciendo, qué sabías que pudiera resultar espantoso, lamentable o incluso divertido. La presión del silencio puede provocar todo tipo de emociones.

Y, por supuesto, también estaba la injusticia de decir a la gente más de lo que necesitaba saber. Los secretos mal guardados podían costarle la vida a otro hombre. Bastante tenía cada uno con los secretos que guardaba para sí.

—Tiene razón —concedió—. Trabajaremos con lo que tenemos y luego haremos preguntas para llenar los espacios en blanco, si es que hay alguno. Envíe a Blake a por una tetera.

Tardaron todo el día en darse por satisfechos con que, en la medida en que era posible decirlo, no había incidentes que no encajaran en las pautas que ya conocían. No detectaron comportamientos nuevos ni sin explicación entre los grupos que ya se sabía que había en Londres. Nadie se había puesto repentinamente en contacto con muchas personas, no había reuniones inusuales, no más viajes de los acostumbrados.

La tarea no fue en balde, sin embargo, porque salieron varias cosas a la luz. Había información antigua que se podía descartar y unas cuantas ideas a las que dar seguimiento.

—El siguiente paso es investigar más a fondo a las víctimas —dijo Pitt, suspirando cansado cuando finalmente hubieron guardado bajo llave todos los informes y notas.

—Me parece que Ednam no va a salir de esta —dijo Stoker en voz baja—. Si necesita verlo otra vez, creo que es demasiado tarde. Ha entrado en coma. Quizá por dentro está peor de lo que saben. Bossiney aguanta el tipo, pero esas quemaduras no se van a curar bien. Le quedarán cicatrices para siempre, pobre diablo. Yarcombe no dice palabra, pero le ha bajado la fiebre y el muñón del brazo se le está curando.

Pitt no respondió. Había pensado que Ednam se recuperaría y que Yarcombe, quizá no. Ednam era mayor, y sus quemaduras habían sido más graves. Nunca le había caído especialmente bien, pero no tenía motivo alguno para desacreditarlo. Si moría volvería a haber protestas generalizadas contra el terrorista. Seguro que Abercorn y otros como él se subirían al tren para exigir que la policía actuara con más celeridad.

¿Era posible que un solo hombre hubiese planeado y llevado a cabo aquel atentado? Sí, si era cuidadoso e inteligente. Estaba empezando a parecer que no había conexión alguna con los grupos anarquistas de los que tenían conocimiento.

Eso planteaba la escabrosa pregunta en la que Pitt había pensado en las oscuras horas de la noche. ¿Existía una célula anarquista nueva que la Special Branch no hubiese detectado? ¿Tal vez un grupo inglés, o uno procedente de Escocia o de Gales? Estaba bastante seguro de que no sería un nuevo grupo irlandés. Para eso se había creado la Special Branch, para detener a los terroristas fenianos. Seguía dedicando a una buena sección de sus efectivos a este cometido concreto. Al mando estaba Fitzpatrick, un anglo-irlandés que Narraway conocía desde hacía treinta años y en quien confiaba por completo. Por el momento había demostrado llevar razón.

Pitt puso orden, leyó los últimos informes y, una hora más tarde, cerró el despacho con llave y salió a la lluvia y al viento. Hacía menos frío. El hielo había desaparecido de las aceras, que estaban inundadas por el aguacero. Si el viento se llevaba las nubes se congelarían al amanecer, letales como vidrio aceitado.

Las farolas se habían encendido hacía un buen rato y brillaban como lunas intermitentes siguiendo la curva de la calle. Pese al tiempo lluvioso y frío, tenían su particular belleza, como balizas luminosas que se perdían en distancias ignotas. Al pasar junto a cada una de ellas y dejarla atrás, la siguiente aparecía a lo lejos.

Deseó poder ver más allá en los entresijos del caso. ¿Tal vez no estaba investigando a las víctimas con el suficiente cuidado? ¿Eran tan solo policías en lo que atañía al terrorista? ¿Consideraba que todos los policías eran símbolos de un gobierno, de un orden que aborrecía? ¿O estaba más interesado en asesinar a personas que dieran más relevancia al atentado? ¿Cabía que toda aquella abominación fuese una maniobra de distracción para desviar la atención de la Special Branch de algún otro asunto? ¿Algo más duradero, más perjudicial para el país?

¿Se trataba de un ensayo para luego llevar a cabo un atentado de más calibre contra un edificio emblemático como el Parlamento, o incluso Buckingham Palace? ¿Whitehall? ¿O en otro país? Al día siguiente haría que Stoker se pusiera en contacto con todos los funcionarios de exteriores que conocían para ver si había algo que cuadrara con complots españoles o franceses.

Dobló la esquina pero siguió a pie. Estaba entumecido después de pasar todo el día revisando papeles. El aire frío le despejaba la mente, y la lluvia había amainado.

Chapoteó en otro charco que había junto al bordillo cuando cruzó la calle, dando vueltas en la cabeza a las preguntas sin respuesta.

¿Realmente se trataba de un atentado terrorista, o solo era un asesinato especialmente horrible? ¿Acaso uno de los agentes era la víctima perseguida y las demás muertes meros efectos colaterales, que servían para ocultar el verdadero motivo del crimen?

¿Qué clase de loco hace explotar una bomba contra cinco hombres para asegurarse de herir a uno? Pitt se preguntó si no estaba evitando investigar esa posibilidad por miedo a lo que pudiera descubrir. ¿Tal vez era alguien nuevo, como algunos hombres profundamente malvados que había encontrado en departamentos de policía en el pasado? Nombres, rostros acudieron a su mente.

Pero, para empezar, incluso los más malignos solo habían cometido asesinatos individuales, y lo habían hecho para ganar poder, no simplemente para causar destrucción.

¿Había habido indicios del atentado, antes de que tuviera lugar, que no hubieran detectado? ¿Que él, en concreto, no hubiese reconocido? Quizá careciese de la perspicacia, la visión general y la experiencia que Narraway había tenido. Ese había sido su mayor temor a lo largo de toda la jornada, que su trabajo le viniese grande. Era policía, un detective que había resuelto asesinatos complejos y espantosos. Pero no era un político, un jefe de espionaje, un hombre que instintivamente advirtiera la traición, tal como lo había sido Narraway.

¿Acaso alguien se había infiltrado lenta y cuidadosamente en la Special Branch a fin de inducir a error a Pitt, cegado por lo que él creía que era su propia visión? Deseó poder creer que era imposible.

Cuando por fin paró un coche de punto y pidió al conductor que lo llevara a Keppel

Street, estaba tan cansado que temió quedarse dormido durante el trayecto y que tuvieran que despertarlo. Montó y se recostó agradecido, pero su mente se negó a dejar de dar vueltas al tema.

Llegó a casa, se quitó el abrigo y las botas mojados y enseguida estuvo sentado junto al fuego con una porción de tarta de huevos y panceta y una segunda taza de té. Todavía no había logrado deshacer los nudos que le agarrotaban los hombros, como tampoco apartar de su mente la necesidad de seguir intentando desentrañar embrollos.

Aquel caso podía comentarlo con Charlotte porque era por completo público. Se hablaba de él en todos los grupos que se formaban en las esquinas donde expresaban su opinión desde recaderos hasta lavanderas, y probablemente detrás de las tapias de todos los jardines, así como entre vasos de *whisky* en todos los clubs de caballeros.

Fue Charlotte quien abordó el tema.

—Gracie ha venido a verme —comentó Charlotte—. Va a tener otro hijo.

Pitt sonrió. Era la primera buena noticia que oía desde el atentado con bomba.

—¡Estupendo! ¿Puedo felicitar a Tellman o se supone que no lo sé?

—Preferiría que no le dijeras nada, al menos por ahora —respondió Charlotte muy seria—. No ha venido por esa razón.

—Vaya... ¿Qué la ha traído por aquí?

El calor que empezaba a sentir desapareció.

—Tiene miedo por Samuel. Es tan idealista que cree que va a dolerle mucho si descubre que realmente hay corrupción en la policía —contestó Charlotte. Las lámparas de gas proyectaban una luz cálida sobre su rostro, suavizándolo, pero no ocultaba la inquietud de sus ojos. No precisó decir en voz alta que necesitaba una respuesta, como tampoco que unas palabras de consuelo serían una negación, no una ayuda.

—Lo entiendo —admitió Pitt—, pero lo único que podemos hacer es investigar más a fondo. Hemos agotado todas las vías que podemos tomar sobre los anarquistas que conocemos. Si existe un grupo desconocido eso es lo que es: desconocido para nosotros, invisible. Hemos juntado hasta el último fragmento de información que tenemos. —No le hablaría de las fuentes, los informadores, nacionales o extranjeros, ni de los hombres que hacía tiempo que estaban infiltrados en células anarquistas—. Y eso ya es mucho. No hay incidentes inconexos, nada que sugiera un movimiento del que no estemos enterados.

Dijo esto último con cierto grado de confianza. Pero ella lo conocía demasiado bien.

—De modo que si son anarquistas, hay un movimiento que se las ha arreglado para permanecer invisible. —Manifestó en voz alta su temor—: ¿Y piensas que Victor lo habría detectado? —Charlotte había aprendido a tener más tacto con los años, pero todavía era capaz de cortar con precisión quirúrgica cuando quería. Lo miró fijamente a los ojos—. ¿Te has quitado de encima a todos los hombres que él tenía en la Special Branch? ¿No queda nadie en quien puedas confiar por completo?

¿Realmente pensaba eso de él?

—¡No! ¡Claro que no! —dijo Pitt, un poco bruscamente—. No me he librado de ninguno de ellos. Dos se marcharon, uno porque resultó herido, el otro porque se jubiló. ¡Tenía casi setenta años! Un hombre muy sensato, y lamenté perderlo.

Charlotte sonrió enseguida.

—Entonces ¿por qué de pronto iban a pasar por alto algo tan importante como un nuevo movimiento entre los anarquistas, los nihilistas o los que desean cambios sociales en general?

—No lo harían —convino Pitt, moviéndose en la butaca para relajar los músculos entumecidos—. Por supuesto que no lo harían.

No quería que Charlotte se diera cuenta de lo irracional que había sido, de lo mucho que había permitido que la inquietud hiciera mella en él, de modo que no reconoció cuánto había necesitado aquel toque de atención para recobrar la cordura.

El tacto de Charlotte se reafirmó. Sonrió atribulada.

—Pues tienes que plantearte que el atentado en verdad iba dirigido contra la policía. Tellman estará muy preocupado, pero no puedes defender a alguien con eficacia si te niegas a reconocer dónde es vulnerable.

—Has estado reflexionando, ¿verdad? —observó Pitt, incorporándose un poco—. ¿Qué te ha dicho Gracie?

—Solo que es un idealista y que no le gusta lo que está encontrando.

Pitt se preguntó si esa era toda la verdad o si Charlotte estaba guardando un secreto. Podía adivinar fácilmente de qué se trataba. Había trabajado con Tellman el tiempo suficiente cuando ambos eran policías para saber que creía en la ley y en que la policía era la línea de frente contra quienes la quebrantaban. Su opinión sobre los abogados era mucho menos generosa. Cambiaban de bando con demasiada facilidad, y su lealtad había que comprarla. Luchaban por los inocentes y también por los culpables. Pero su corazón estaba con la policía, siempre.

La corrupción policial era un triste pensamiento en la calidez de aquella sala de estar en la que había conocido tanta felicidad, pero no lo descartaría.

—¿Thomas? —instó Charlotte.

Pitt volvió a prestarle toda su atención.

—Es posible. Espero que sea un solo hombre que guarde un rencor personal por algún agravio, real o imaginado.

—¿Detonando una bomba, hiriendo a tres policías y matando a dos? —dijo dubitativa—. Tiene que haber sido un agravio muy importante.

—Podrían ser tres —corrigió Pitt—. Ednam no está evolucionando bien. Creen que no sobrevivirá.

—Oh... Lo siento.

—Pero tienes razón, es una manera muy violenta de protestar. Podría haberlos matado a los cinco.

—¿Será parte de algo más grande? —preguntó Charlotte—. Si descubres

cualquier corrupción policial, los periódicos seguro que exagerarán la importancia del asunto. Los políticos discutirán, echarán la culpa a quien quieran. —Se inclinó hacia delante—. ¿Crees que este podría ser el verdadero móvil? ¿Es posible que realmente sea un caso para la Special Branch? Me refiero a una potencia extranjera que intente debilitarnos, distraernos de algún otro ataque. Hacernos investigar esto tan a fondo que pasemos por alto alguna otra cosa. Thomas, ten mucho cuidado con lo que hagas al respecto, en la manera de manejar el asunto. El gobierno se pondrá nervioso. Es posible que te presionen para que ocultes los detalles, y después, cuando un periodista realmente persistente descubra lo que hayas ocultado, los periódicos le darán mucha más importancia de la que tenga. Te culparán por ocultarlo, darán a entender que eres un mentiroso y preguntarán qué más estás ocultando. ¿Cuán mala es la realidad?

Llevaba razón y Pitt carecía de argumentos para rebatirla.

—En la vida pública no son los actos equivocados de las personas los que las destruyen, son las mentiras que cuentan para disimularlos —prosiguió Charlotte con gravedad—. ¿No te has dado cuenta? En política sucede una y otra vez. ¡No entiendo cómo alguien pudo pasar esto por alto! Una admisión y una disculpa pueden perdonarse. Lo mismo ocurre en sociedad. Lo que mata es la mentira.

—¡Ojalá supiera cuál es la verdad! —dijo Pitt—. Y quiera Dios que sea una que pueda exponer, no un asunto que haya que ocultar porque traicionaría secretos diplomáticos del gobierno que no podemos permitirnos desvelar.

Charlotte notó algo en su voz.

—Thomas...

—El hombre que está al frente de la negociación del tratado con los chinos... Su hijo es Alexander Duncannon. Sufrió una mala caída montando a caballo y se lesionó la espalda. —Contestó las preguntas no formuladas—. Tomaba opio para el dolor. Todavía lo hace. Como muchos jóvenes, desea que se produzcan cambios sociales, y algunos de ellos centrados en la policía. Espero que sea moderado con el opio, al menos hasta que el tratado esté firmado. Jack me pidió que no involucrase a Alexander en una investigación, al menos hasta entonces.

—¿Y estuviste de acuerdo?

—No pude. Pero Alexander no me fue de ayuda, excepto para sugerir sin querer dónde podría buscar incompetencia policial y tal vez equivocaciones.

—¿Y lo investigarás?

—Creo que debo investigar con mucho más detenimiento a los cinco agentes que estaban en Lancaster Gate. Preferiría no hacerlo, pero no puedo proteger lo que desconozco.

—¿Lo harás público?

—No sé si descubriré algo. Si solo es un error, no, no lo haré. Necesitamos creer en nuestra policía. En su mayoría la componen hombres buenos, valientes y honestos que hacen un trabajo difícil, bastante a menudo peligroso, por un salario muy ajustado. Les debemos nuestra lealtad. Es lo menos que podemos darles si seguimos

contando con que nos ayuden cuando tenemos problemas, que mantengan el orden para que podamos dormir tranquilos en nuestras camas y al día siguiente dedicarnos a nuestros asuntos sin mayores percances. Todos dependemos de ella. El respeto a la ley, y a quienes velan por su cumplimiento, es el fundamento de toda sociedad civilizada.

Charlotte se inclinó hacia delante en su butaca y puso la mano encima de la que Pitt tenía apoyada en su rodilla.

—Ya lo sé, y he estado orgullosa de lo que haces desde el día en que me casé contigo...

—¿No antes? —repuso Pitt irónicamente, en parte para disimular una emoción que habría dominado mejor si ella no hubiese sido tan delicada. Recordó las discusiones que habían tenido antes, cuando ella seguía siendo una jovencita de la pequeña nobleza que estaba resentida con la policía, a la que consideraba entrometida y tan mal recibida socialmente como el aguacil o el exterminador de ratas.

—Antes de estar casada contigo, querido, no tenía derecho a compartir el mérito de lo que hacías —respondió Charlotte.

—Ni de inmiscuirte —agregó Pitt—. Pero eso no te impidió hacerlo.

Charlotte encogió un poco los hombros.

—Cierto. Y ahora también voy a inmiscuirme. Quizá seas capaz de pensar en todo, pero, por si acaso, ¿te has preguntado si se trata de un grupo nuevo y diferente de personas que quiere desacreditar en público a la policía? Si yo tuviera que planificar una revolución, comenzaría por destruir la fe de la gente en la policía. Si la policía no te protege, tienes que protegerte por tu cuenta. Tienes que promulgar tu propia justicia, y para eso se necesitan armas, cooperación, un nuevo cuerpo que sustituya al antiguo, que has demostrado que no hace bien su trabajo.

—Charlotte... —protestó Pitt, pero el argumento murió antes de que encontrara palabras para formularlo. Lo que ella estaba sugiriendo era extremo, pero quebrantar la confianza en el gobierno era el principio de la anarquía. Y no sería la primera vez que ocurría.

—Asusta a la gente, hazla enojar —prosiguió Charlotte—, y podrás convencerlos para que hagan todo tipo de cosas. Si yo estuviera en peligro y la policía no me protegiera, ¿no lo harías tú mismo?

—No hace falta que abundes en esto. Lo entiendo —dijo Pitt con un poco de aspereza. Aquella era la idea que había intentado descartar razonando. Era extrema—. Lo único que tenemos por ahora es un acto violento atroz. Es bastante concreto. El pánico es lo último que queremos...

—Quiero que estés en lo cierto —insistió Charlotte—. ¡Siempre en lo cierto! Quiero que hayas pensado en todo. Tienes que hacerlo. Basta con un loco con una visión y suficiente cerebro para llevarla a cabo, y tenemos que batallar el doble que si lo hubiésemos visto venir y actuado a tiempo.

A Pitt le constaba que lo decía en serio. Era protectora de esa manera temeraria y

sin reservas que solo las mujeres pueden ser. Puso una mano encima de la suya y se la estrechó con ternura.

—Tendré en cuenta esta posibilidad tan peligrosa —prometió Pitt—. Es una de las muchas cosas que tenemos que vigilar. Tal como dices, si quieres arruinar una nación, empieza por arruinar su confianza en la ley. Entonces cada hombre se la tomará por su mano y tendrás anarquía. Ahora me voy a la cama. —Se puso de pie y tiró con cuidado de ella—. Y tú también —agregó.

Pitt no lograba apartar de su mente las palabras de Charlotte. Él y Stoker habían leído todos y cada uno de los informes del último semestre, catalogados para que cada hilo fuese fácil de seguir. Las listas de afiliados a los distintos grupos se actualizaban constantemente, incluyendo informes y solicitudes de gobiernos extranjeros. No vieron ninguna fisura en las pautas que conocían desde hacía más de una década.

Mencionó a Stoker la posibilidad de una maniobra de distracción por parte de algún grupo extranjero, pero con ayuda británica.

—Si existen, son puñeteramente listos —dijo Stoker descontento, mirando fijamente los últimos informes que había encima del escritorio de Pitt.

—¿Podría ser alguien de quien fuese muy poco probable que sospechásemos? —sugirió Pitt—. ¿Por eso lo pasamos por alto?

—¿Como quién? —preguntó Stoker—. ¿Un parlamentario? ¿O alguien de la judicatura?

—Sí. O uno de nosotros —contestó Pitt en voz más baja, como si incluso allí pudieran oírlos.

El rostro huesudo de Stoker se puso aún más pálido.

—Sí, supongo que podría ser. Eso significaría que no podemos fiarnos de nuestros propios informes. Y si es uno de nosotros, hasta que descubramos quién es, ningún informe es fiable. Hace años que conozco a estos hombres, señor. No me lo creo.

—Lo entiendo —respondió Pitt—. Y Tellman no cree que sea un policía. Es normal. ¿Tal vez el verdadero daño sea la propia sospecha?

Stoker se estremeció.

—Una vez que empecemos a ponernos unos en contra de otros, realmente estaremos en el principio del fin.

—No vamos a contemplar ese supuesto —dijo Pitt rotundamente—. Pero estaba pensando, mientras venía hacia aquí esta mañana, que si alguien realmente tuviese intención de sembrar el caos, para luego asumir el poder, necesitaría una fuerza importante que lo respaldara. No se puede hacer algo así con media docena de hombres aquí y allí.

—¿La policía? —Stoker enarcó las cejas—. No. Quizá haya alguno corrupto, pero son buenos hombres y nunca se meterían en algo parecido. Son parte del pueblo.

Se equivoca. ¡Demonios! ¡Usted fue uno de ellos!

Ahora estaba enojado.

—No sospechaba de la policía —corrigió Pitt—. Además, la policía por lo general no lleva más arma que una porra. Más bien estaba pensando en algo en la línea de un grupo desafecto del ejército. Ednam era militar, hace quince años. —Reparó en que Stoker se ponía tenso—. Rememorando uno o dos incidentes de los que tenemos informes... ¿Qué me dice de cierta actitud desagradable con el general Breward? Es joven, para ser general, solo tendrá unos cuarenta y cinco años, pero es muy obstinado, muy admirado por sus compañeros más empecinados. Se cree muy importante.

Stoker había sido marinero de mercantes antes de unirse a la Special Branch. Estaba acostumbrado a la autoridad, pero despreciaba a los jefes que ponían en peligro a sus hombres innecesariamente. Como la mayoría de los marineros, sentía un inmenso respeto por el mar. Nadie se lo tomaba a la ligera y salía indemne. Sentía el mismo respeto por el terreno en el que se iba a librar una batalla, y por los hombres que combatían a su lado.

—Lo investigaré, señor. Desde luego es un arrogante, y estúpido, a su manera. Se las da de listo y no tiene ni pizca de sensatez.

—Gracias —dijo Pitt—. Yo voy a investigar a las víctimas una vez más. Por si acaso...

—Sí, señor.

—Buenos hombres, todos ellos —dijo el comisario jefe Cotton una hora después, cuando Pitt estaba sentado en su despacho. Era el superior de Whicker, cuya responsabilidad se restringía al nivel local. Ahora Pitt necesitaba a alguien con más autoridad.

Cotton inclinó su silla un poco hacia atrás y miró fijamente a Pitt. Era más o menos de la misma edad que Pitt, con las mejillas hundidas, los ojos negros y unas cejas muy pobladas.

—¿Por qué demonios lo pregunta?

—Para limpiar sus nombres —dijo Pitt un tanto sorprendido, como si la respuesta hubiese tenido que ser evidente—. Sin duda estará al tanto de lo que insinúan los periódicos, aunque no los haya leído.

La sonrisa de Cotton no alteró la firmeza de su mirada, imposible de descifrar debido a la sombra de sus cejas.

—¿Piensa que los eligieron deliberadamente?

—Es posible. Tengo que explorarlo. Refutarlo, si puedo.

—¿Por qué? ¿Porque usted estuvo en la policía?

—Porque quiero descubrir al hombre que ha hecho esto —le dijo Pitt—. Y para eso necesito saber por qué. No es ninguno de los anarquistas y alborotadores que

conocemos.

—¿Está seguro de eso?

Cotton enderezó la silla antes de que escapara a su control.

—Sí.

Cotton suspiró.

—Mal asunto. —Por primera vez miró a Pitt con cierto respeto—. Esos cinco hombres habían trabajado juntos de vez en cuando durante varios años. Ni mejor ni peor que la mayoría. Ednam, pobre diablo, era un poco engreído, mandón, no había modo de decirle lo que tenía que hacer si pensaba de otra manera. Experiencia militar, me figuro. Pero no solía equivocarse. Y sus hombres lo admiraban. Era leal con ellos, para bien o para mal. Era apreciado.

—¿Para bien o para mal?

—Hizo la vista gorda ante unos cuantos errores, o incluso ante algunas cosas hechas adrede.

—¿Qué tipo de cosas? —presionó Pitt.

—¡Por Dios, hombre! —dijo Cotton con violencia, poniendo la silla de golpe sobre las cuatro patas—. ¡El tipo de cosa habitual! Un pequeño exceso de bebida... una pelea de tanto en tanto... emprenderla a golpes con un sospechoso para convencerlo de que deje de mentir... uno o dos arrestos más bruscos de lo necesario. Encuéntrame a un policía que no se haya pasado de la raya en alguna ocasión y le mostraré a un jefe que no conoce a sus hombres.

—¿Eran disciplinados? —preguntó Pitt, procurando mantener un tono neutral, aunque no sin esfuerzo.

Cotton enarcó sus cejas negras.

—Ni idea. No pregunté, y tampoco usted lo hará, si tiene dos dedos de frente.

Pitt todavía no podía dejarlo correr.

—¿Qué me dice de perder pruebas? ¿Aceptar un regalo ocasional para mirar hacia otra parte?

Cotton lo miraba de hito en hito.

—¿O tender una trampa a alguien por un crimen que cometieron pero del que por algún motivo no conseguimos pruebas? —prosiguió Pitt—. ¿O llevarse algún indicio, como una botella de *whisky* o una caja de cigarros? Hurtos insignificantes de los que el público nada sabría o le traerían sin cuidado. Ser golpeado para que des falso testimonio, o quedar lisiado en un arresto violento es otro asunto. Y que te endilguen un crimen que no has cometido es totalmente otro asunto. ¿Es de eso de lo que estamos hablando?

—¡No! —contestó Cotton enojado—. No conmigo al mando, y no que yo sepa. ¿Lo sabe usted?

Pitt se quedó perplejo.

—¡No, no lo sé!

—¿Lo juraría por todos sus hombres? ¿Tellman, por ejemplo?

—Lo juraría por su honestidad, sí —contestó Pitt sin titubeos—. O por cualquiera de mis hombres en la Special Branch.

—¿Por su honestidad? Interesante —observó Cotton—. Siendo así, ¿por qué no lo juraría?

Pitt tuvo que pensar un momento. Cotton recordaría cada palabra que dijera y le haría la zancadilla si pudiera. Lo repetiría donde creyera que servía a su propósito. Si Pitt negaba cualquier defecto se señalaría como un hombre absurdo e incompetente, o un mentiroso de remate.

—Es un idealista —dijo, escogiendo sus palabras—. Y leal. Quizá vea lo que esperaba ver y sea ciego ante algo más feo. No sé si forzosamente informaría del error de un agente, si creyera que lo es de verdad. Quien no demuestra lealtad no puede contar con recibirla. La confianza va en ambas direcciones. Si te aprovechas del error de un compañero, él se aprovechará del tuyo, y ninguno de nosotros puede permitirse eso.

—¿Ingenuo? ¿Así es como lo definiría? —Cotton sonrió, enseñando los dientes—. ¿Una lealtad que lo inclina a mirar hacia otra parte? Peligroso, ¿no le parece? ¿Es así como opera, Pitt? ¿Comandante Pitt de la Special Branch? ¿Ese es quien tiene la seguridad de nuestro país en sus manos? ¿Un hombre que pone la protección de sus hombres cuando cometen errores por delante de atrapar a terroristas que hundirían nuestro país bajo una ola de violencia y caos?

Cotton había ido demasiado lejos, y lo supo en cuanto vio cómo cambiaba el semblante de Pitt.

—Mis oficiales subalternos cometen errores —contestó Pitt—. Si no aprenden a no cometerlos, no ascienden. ¿Qué me dice de los suyos? Ednam era un bravucón leal. ¿Qué me dice de Yarcombe o Bossiney? ¿De los demás?

—No hablo mal de los muertos.

Cotton corrió su silla hacia delante y miró a Pitt directamente a los ojos por encima del escritorio. No estaba acostumbrado a que lo cuestionaran, por más que Pitt tuviera un rango superior.

—Nunca ha investigado un homicidio, ¿verdad? —respondió Pitt.

—¿Eso es lo que son? ¿Tres homicidios? —preguntó Cotton.

—¿Acaso no? ¿Y dos intentos?

—Eso parece. De acuerdo, le daré todo lo que sé sobre esos cinco hombres. ¡Y más vale que me traiga a alguien que responda por ellos, maldita sea!

Pitt se levantó.

—Gracias.

Le constaba que en cierto sentido había aceptado un desafío.

Volvió a reunirse con Tellman al día siguiente para enterarse de lo que había descubierto. Resumió los informes que Cotton le había dado, tanto los buenos como los malos.

El rostro de Tellman se fue poniendo tenso y los colores le subieron a las mejillas.

—¿Dijo eso acerca de sus hombres? —preguntó cuando Pitt hubo terminado. La indignación de su voz era palpable, y también un hondo sentimiento, como si de pronto se enfrentara a una realidad que hacía tiempo que temía.

Pitt lo entendió, al menos en parte. Conocía las flaquezas de sus hombres. De lo contrario, flaco favor les haría. Conocía sus aptitudes e incapacidades. También tenía una clara sensación de dónde residían sus temores y qué les exigía más valentía, cuáles eran sus puntos débiles y quién trabajaba bien con quién. Estaba al tanto de algunas de sus tentaciones. Pero nunca habría referido esos defectos a otra persona. La confianza y la discreción tenían que ser mutuas, igual que toda lealtad.

—Le presioné —dijo a modo de excusa para Cotton—. Tenemos que saber exactamente quién es corrupto y en qué medida.

—¡Yo lo sé! —replicó Tellman al instante. Fue una bravuconada y Pitt fue bastante consciente de ello. De hecho, era predecible tratándose de Tellman.

—No, no lo sabe —lo contradijo Pitt—. ¡Al menos espero por Dios que no lo sepa! Si sabía eso de sus hombres y no actuó en consecuencia, significa que está implicado.

Mientras lo decía, sabía que la reacción de Tellman sería una defensa inmediata.

El cuerpo de Tellman estaba tenso, su rostro blanco salvo por las manchas de color que ardían en sus mejillas.

—¡No estoy implicado en nada, puñeta! —gritó—. Nunca he cogido algo que no fuese mío. Nunca he arrestado a alguien con más violencia de la necesaria y, desde luego, nunca he pegado a un hombre que estuviera reducido o esposado. ¡Y si usted no sabe esto, es que es un idiota! Y no debería estar a cargo ni de un puesto de periódicos, por no hablar ya de un cuerpo de agentes que arriesgan su vida para cumplir sus órdenes. Es un idiota... ¡y un amargado!

Las palabras le salieron broncas, como si su paso por la garganta le hiciera daño.

Pitt tragó saliva con dificultad. Estaba desconcertado por la ira de Tellman, aunque tal vez debería haberla previsto.

—Conozco a mis hombres y confío en ellos —respondió con tanta ecuanimidad como pudo, aunque oyó la aspereza de su tono de voz—. Ellos lo saben. También saben que conozco sus puntos débiles, tal como me atrevería a decir que conocen los míos. La diferencia es que es mi responsabilidad no ponerlos en el camino de cosas que no puedan manejar. Entiendo el miedo, la confusión, la compasión, la torpeza de vez en cuando. Pero no consiento las mentiras ni los robos, como tampoco que alguien pierda los estribos hasta el punto de golpear a alguien. No consiento que se den o acepten sobornos. Es una traición a todos los demás, y cualquier hombre pillado en tales cosas... si es posible, cumple una condena.

Tomó aire y miró a Tellman a los ojos sin pestañear.

—Hacer la vista gorda porque no quieres saber algo no es compasión, es cobardía, y una traición a los hombres rectos. No es a ellos a quien proteges, son tus propios sentimientos, porque no quieres enfrentarte a la realidad.

—¿Y eso es lo que piensa que estoy haciendo?

La voz de Tellman fue aguda y tensa, los ojos le centelleaban.

—Espero que no. Pero más vale que me cuente...

—¿Para qué? ¿Para que me meta en prisión? —replicó, preso de la ira.

El comentario picó en lo más vivo a Pitt.

—¡Quizá pueda salvarle de morir por una maldita bomba! —gritó a su vez—. ¿O no se le ha ocurrido pensar en eso?

Tellman guardó silencio. Pitt percibió en su semblante el dolor de una realidad que hacía tiempo que se había negado a ver, negándose a creer que era algo más que las mentiras de quienes guardaban rencor a la policía o la temían con razón.

—Los está encasillando a todos por culpa de unos pocos, uno entre cien, que están corrompidos —dijo con amargura—. ¡Condena a los buenos con los malos!

Pitt intentó retomar el control de la situación. No deseaba aquella pelea.

—Tenemos que descubrir a los malos antes de que nos hundan a todos —dijo a Tellman, bajando la voz—. Ninguno de nosotros quiere pensar que las personas que trabajan a nuestro lado son corruptas, pero mirar hacia otro lado nos condena a todos. Por el amor de Dios, Tellman, elegir no ver algo porque es feo, o porque altera nuestra tranquilidad, es permitirlo deliberadamente. Es complicidad por consentimiento. Y lo sabe tan bien como yo. No podemos interponer una acción judicial contra un testigo que se niega a testificar, que pasa por la acera de enfrente, poniendo cuidado en no mirar. ¡Pero lo despreciamos, y requerimos algo mejor los unos de los otros!

—¡Cabrón presuntuoso! —dijo Tellman enfurecido—. Se cree que lo sabe todo... ¡y no sabe nada! Nada de lo que un hombre piensa o cree... ¡nada realmente importante!

Y atragantándose en su propio pesar, dio media vuelta y salió del despacho.

Pitt no lo llamó. Aquello no iba a curarse con facilidad. No tenía nada que ver con él, lo sabía, aunque Tellman no olvidaría que Pitt había visto la herida de desilusión en él, y eso no sería capaz de perdonárselo fácilmente.

Capítulo 6

Emily iba vestida de crema y dorado, colores que no solía ponerse, pero aquel traje era el *summum* de la sofisticación, fino, vistoso y al último grito en cuanto a estilo, sobre todo en los hombros. Sabía que la favorecía antes de salir de su vestidor, pero la admiración de un buen número de hombres, y la ardiente curiosidad de las mujeres, se lo reafirmó ahora que ella y Jack estaban en una fiesta más en la que la política y los vastos imperios comerciales se relacionaban.

Una vez más, por supuesto, habían acudido Parsons, Abercorn, Godfrey Duncannon y muchos otros. Se había negociado con éxito una cláusula más del contrato, y estaban allí tanto para celebrarlo como para preparar el paso siguiente. Estaba empezando a parecer posible que completaran pronto buena parte de él, de modo que pudieran tomarse una pausa en las negociaciones, quizá incluso ir al campo a tiempo para el Año Nuevo.

Emily apenas escuchaba la conversación. Sus ojos estaban posados en Godfrey Duncannon, elegante, cortés, siempre aparentando estar interesado. Se preguntó cómo lo conseguía. Sin duda estaba aburrido hasta el sopor, y, sin embargo, sonreía a todo el mundo, asintiendo con la cabeza de vez en cuando como dando su aprobación.

¿Dónde estaba Cecily? Seguro que escuchando a alguien como era debido. Emily barrió el salón con la mirada, tratando de recordar de qué color iba vestida Cecily. Vio una figura con un traje bronce y negro, llamativo, casi invernal, pero muy bonito. Tenía la cabeza inclinada, la luz de la araña arrancaba destellos a las joyas que adornaban su peinado.

Se enderezó, y Emily se dio cuenta de que era Cecily. Al dar la espalda a las personas con las que estaba, Emily vio la tensión que reflejaba su rostro. Entonces ella le devolvió la mirada, su breve retirada controlada de nuevo, disimulada.

¿Eran figuraciones de Emily o Cecily estaba aún más afligida que antes? ¿Por qué? ¿Por algo relacionado con su hijo o su marido? Aunque quizá se tratara de algo por completo distinto.

Emily se vio arrastrada por la conversación de quienes la rodeaban.

—Qué interesante —mintió con mucha labia. No tenía ni idea de qué estaban hablando, pero ese parecía un comentario suficientemente inocuo. Todo el mundo quería que lo considerasen interesante.

Aun así, echaba un vistazo a Cecily en cuanto tenía ocasión. Una vez la vio hablando con Josiah Abercorn, y los observó discretamente un ratito. Abercorn iba de punta en blanco, casi demasiado acicalado, tal como cada vez que lo había visto. Le faltaba desenvoltura. Emily carecía de razones para desacreditarlo y, sin embargo,

entendía a la perfección por qué Cecily se mantenía tan alejada de él como podía sin resultar descortés, y había cierta rigidez en su porte, como si él la incomodara. ¿Acaso también había reparado en la ligera inhibición que mostraba Abercorn? ¿Se había dado cuenta él? Sonreía mientras hablaba con ella, pero Emily estaba demasiado lejos para tener la más remota idea del tema de su conversación.

Siendo Abercorn decisivo en el borrador legal del contrato, Emily pensó que tal vez debería tratar de saber un poco más acerca de él, por el bien de Jack. Cecily asintió con la cabeza y se apartó un paso de Abercorn.

Él se encogió de hombros con un ademán de modestia y un leve movimiento de la mano, y dio medio paso al frente, manteniendo la distancia que había mediado entre ellos.

Por un momento Emily pensó que Cecily iba a retroceder otra vez, incluso a excusarse y marcharse. ¿Giraba en torno al contrato, la conversación? ¿Algo que ella temía que fuese perjudicial para Godfrey? Emily ya sabía que la reputación de Godfrey y posiblemente parte de su futuro podían salir malparados si el contrato fracasaba ahora que se había implicado en él de una manera tan pública. Había preguntado a Jack, y dedujo más de su negativa a hablar de ello de lo que quizá hubiera sacado en claro de una respuesta.

¿Era eso lo que preocupaba a Cecily? Abercorn conocía los detalles del contrato; quizá la estaba advirtiendo y ella deseaba estar a solas para meditar qué podía significar para su marido. Aunque sin duda Abercorn estaba a favor del contrato. ¿O acaso su gran apoyo tenía un precio? ¿Un precio que Godfrey no estuviera dispuesto a pagar?

Emily debía enterarse de más cosas acerca de Abercorn. Jack decía que tenía ambiciones políticas y que disponía de muy considerables medios. Emily notaba, sin embargo, que carecía de la gracia de quien ha nacido privilegiado, y su arrogancia era la propia del logro, no la de nacimiento.

Se preguntó si debía preguntar a Jack o actuar por su cuenta. Lo segundo, definitivamente lo segundo. Parecía una pizca desleal, pero la auténtica lealtad sería descubrir la verdad. Tendría que ser discreta.

Igual que Cecily, la propia Emily no había tenido que preocuparse por el dinero durante mucho tiempo. Pero las restringidas circunstancias actuales —incluso mudarse a una casa más pequeña, conservar a menos criados, recibir menos a menudo— eran mucho menos perjudiciales para la felicidad que la sensación de ser un fracasado. Recordaba con dolorosa claridad cómo había sufrido Jack cuando sus antiguas esperanzas se habían hecho añicos. Él sabía que se trataba de un error de juicio, al menos en parte. Casi todos los intentos de Emily para disuadirlo solo sirvieron para empeorar las cosas. Era el hecho de perder lo que importaba, no siempre la medida de lo perdido.

¿Era eso lo que preocupaba a Cecily? No la realidad del fracaso, sino el daño que hacía a la mente. Emily veía a Duncannon, ahora un hombre público, grueso, el pelo

gris plomo salpicado de canas plateadas reluciente al inclinar la cabeza hacia una mujer con una tiara de diamantes. Se le veía sumamente confiado.

Ahora bien, Cecily conocía a su marido en privado, al hombre que quizá pasaba a solas la mitad de la noche con una licorera de *whisky*, para luego acostarse solo y lamentarse por la imagen rota de lo que había soñado ser.

Emily miró en derredor, preguntándose a quién debía preguntar acerca de Abercorn. A alguien que fuese discreto pero que, sin embargo, le contara al menos parte de lo que necesitaba saber, y con exactitud. Tales personas eran pocas.

¿Cómo explicaría su deseo de saber? Debía ser totalmente creíble.

La idea se le ocurrió enseguida: Jack tenía en mente invitarlo a ocupar un cargo de funcionario. Sería uno importante. No se tenía conocimiento de incidentes desafortunados en la carrera de Abercorn, pero nunca se podía ser demasiado cuidadoso. No estaba casado, de modo que se planteaba la pregunta de si lo había estado alguna vez. ¿Cuál era su... conducta? No se precisaban detalles, solo garantías.

Había oído hacer tales indagaciones. Conocía las preguntas y sabía cómo formularlas.

Ahora bien, ¿por qué estaba haciendo esto ella y no el propio Jack?

La respuesta a esta pregunta también se le ocurrió sin mayor tardanza... ¡Entre mujeres, querida! Somos mucho más perspicaces, ¿no te parece?

Y era mucho más probable enterarse de chismes que quizá, al desenvolverlos, estaban muy cerca de la verdad.

¿A quién elegir? ¿Quién era seguro que no fuese a transmitir sus indagaciones directamente al propio Abercorn o, ya puestos, indirectamente?

¡Por supuesto! *Lady Parsons*. Emily pensó que pocas cosas escaparían a su mirada sagaz, incluso si no salía de sus labios cuidadosamente sellados.

Mientras fingía escuchar los preparativos de boda de alguien, miró en torno a la habitación y al cabo de unos minutos vio a *lady Parsons* a cierta distancia, con un vestido gris perla que no la favorecía en lo más mínimo. Le habría sentado mucho mejor un color más cálido.

En cuanto pudo hacerlo sin ofender, Emily se excusó y, evitando cruzar la mirada de otros invitados, se dirigió hacia *lady Parsons*. Iba a ser absolutamente sincera con ella. Cualquier otra actitud se percibiría de inmediato y perdería no solo la atención de la señora, sino también su respeto.

Mientras cruzaba la estancia, evitando mirar a los ojos de cualquiera a quien conociera demasiado bien para pasar de largo, consideró cuán franca ser con *lady Parsons*. El juicio debía ser exacto. No tenía que alabar su traje. Si *lady Parsons* tenía idea de su aspecto, Emily podría ser sospechosa de sarcasmo.

En cuanto sus miradas se encontraron, Emily optó por el candor más absoluto.

—Buenas noches, señora Radley —dijo *lady Parsons* con una chispa de humor en sus ojos azul celeste—. Da la impresión de tener asuntos pendientes que resolver.

Fingir ahora sería absurdo.

—Buenas noches, *lady* Parsons —respondió Emily—. Estoy empezando a tener la sensación de que siempre hay asuntos que atender. En cuanto creo que los he despachado todos y que soy libre para pasarlo bien, surge otra cosa.

—¿En serio? —Ahora *lady* Parsons estaba bastante divertida—. Si su deber consiste en intentar convencerme de las virtudes de este famoso contrato, de modo que influya sobre las objeciones que pueda tener su marido al respecto, no tendré la descortesía de desalentarla. Ahora bien, querida, ocuparíamos mucho mejor el tiempo hablando de algo interesante. Sé lo que va a decirme, y me parece que sabe lo que voy a responder. ¿Podemos darlo por zanjado y pasar a otro tema?

Emily correspondió a su sonrisa sin la más mínima necesidad de fingir.

—Ya me había tomado esa libertad —contestó—. He venido con un propósito completamente distinto.

—Qué sensata. ¿De qué se trata? —inquirió *lady* Parsons.

—Un poco de información...

—¿De mí?

—Creo que usted adornará menos la verdad que la mayoría de la gente. Y que se habrá ocupado de saberla... al menos en la medida en que esté disponible —explicó Emily, preguntándose si se estaba precipitando demasiado y si Jack se pondría furioso con ella. Aunque, por otra parte, no tenía intención de contárselo, al menos hasta que fuese necesario.

—Me tiene intrigada —admitió *lady* Parsons—. ¿Qué puedo saber yo que no sepa usted?

Carecía de sentido andarse con evasivas.

—Mi marido está en posición de ofrecer un ascenso a Josiah Abercorn. Me preocupa que su juicio pueda ser en exceso generoso, aunque probablemente sean mis prejuicios los que hablan por mí. Me veo incapaz de hacer averiguaciones sobre la vida del señor Abercorn. Solo oigo alabanzas por su sagacidad profesional y sus obras benéficas.

—¿Y desea saber más?

—¿Usted no querría? ¿Si fuese la reputación de su marido la que está en juego?

Lady Parsons abrió mucho los ojos.

—Claro que querría. Y necesitaría respuestas precisas... que yo no puedo darle. Me desagrada profundamente porque le desagrada mi marido e intenta desacreditarlo, debido a que estamos en bandos opuestos del contrato con los chinos. Es para establecer un puerto franco en el mar de China. Supongo que ya lo sabe... ¡No, ya veo que no!

—No en detalle —dijo Emily, saliendo por la tangente.

Lady Parsons se rio.

—¡Ay, querida! Una respuesta no muy buena. Sus ojos la delatan. Aun así, la información: Josiah Abercorn tiene unos orígenes poco claros. Su madre se quedó

viuda y lo crio sola. Mujer de incuestionable virtud, se las arregló para encontrar los medios suficientes para darle una buena educación. Después le concedieron una beca. No cabe duda de que es brillante en algunos campos.

—Pero hecho a sí mismo —señaló Emily. Aquello era digno de encomio y, sin embargo, para el criterio de muchas personas también traía aparejado cierto estigma, una implicación de torpeza, una falta de cultura. ¿Podría ser eso lo que a veces volvía indeciso a Abercorn? El recuerdo de la exclusión en la infancia, el chico de la beca, el chico sin padre, casi sin patrimonio.

De pronto la ligera irritación de Emily devino compasión y cierto grado de respeto. Ella había nacido en un hogar de la alta burguesía y se había criado en un entorno aristocrático. Si se desenvolvió bien en sociedad fue solo gracias a su extrema belleza natural y su vivo ingenio para aprender a utilizar el encanto y la inteligencia. Pero, claro, la confianza hace fáciles las cosas.

Lady Parsons la contemplaba con interés, aguardando la siguiente pregunta y ansiosa por saber cuál sería.

—Es digno de respeto —dijo Emily—. Me han dicho que no se ha casado. ¿Es verdad?

—Eso creo. —*Lady Parsons* torció ligeramente los labios en una sonrisa irónica, no desprovista de lástima—. Me atrevería a decir que los padres de la joven que tenía en mente no lo consideraban suficientemente bueno para su hija. Todo un dilema...

Dejó la frase inacabada, dejando que Emily la concluyera como quisiera.

—Todavía está a tiempo —observó Emily—. Aparenta unos treinta y tantos años. Una edad bastante apropiada para que un hombre se case. Tal vez no tenga deseos de hacerlo.

Imaginó sus recuerdos de infancia, y tal vez una sensación de pérdida que todavía no estaba preparado para correr el riesgo de enfrentarla otra vez. Hay heridas que tardan mucho en cicatrizar.

—Existen muchas posibilidades —convino *lady Parsons*—. Ese hombre me trae sin cuidado. Hay algo en él que encuentro... cerrado. Pero de haberme visto en sus circunstancias, tal vez sería mucho menos optimista. ¿Le he servido de ayuda?

Emily le sonrió de oreja a oreja.

—Me ha explicado muchas cosas, y además sin rebajarse al cotilleo. Gracias.

—Un placer —respondió *lady Parsons* secamente—. ¿Tal vez cuando este interminable contrato se haya firmado podríamos salir un día a almorzar juntas? ¿O quizá visitar una galería, o algo por el estilo?

—Sin la menor duda —convino Emily, y desvió la conversación a otros asuntos bastante más triviales.

Emily alcanzó a Cecily en torno a un cuarto de hora más tarde.

—Quizá lo terminen antes de Navidad, ¿no cree? —dijo Emily con tanto afecto como pudo.

Cecily se volvió hacia ella con la mirada perdida.

—Al menos la parte principal —agregó Emily—. Dejando solo cuatro cabos sueltos. Entonces podríamos tomarnos un largo fin de semana...

Reparó en que Cecily se esforzaba en centrar la atención, y se dio cuenta de que no era el contrato lo que la perturbaba. Si lo fuese, la habría entendido de inmediato.

—Ah... sí —dijo Cecily con una sonrisa forzada—. Eso sería estupendo. Ustedes tienen una casa en el campo, ¿verdad?

—Sí. Aunque solo sea una escapada de unos días...

Emily no supo cómo terminar. No había tenido intención de ser patosa, pero ahora que lo había sido, buscó una manera de salvar la situación.

—Nosotros también —respondió Cecily, evitando los ojos de Emily—. Pero no estoy segura de querer ir. Parece que aquí... hay mucho que hacer...

Se calló.

—¿Puedo hacer algo por usted? —preguntó Emily gentilmente—. La veo muy preocupada. Primero pensé que se debía al contrato, pero no se trata de eso, ¿verdad?

Cecily se quedó perpleja.

—¿Tan obvia soy? Perdona. No, nadie puede hacer nada. Pero gracias de todos modos...

Pareció que iba a continuar, pero cambió de parecer.

—Es por su hijo... —empezó Emily, y al ver el dolor en el semblante de Cecily y lo tensos que se le ponían los hombros, deseó no haberlo hecho. Resultaba impertinente, pero ya era demasiado tarde para retirarlo.

—Sigue llorando la muerte de Dylan —explicó Cecily—. No dice nada sobre este atentado tan espantoso, pero veo cómo le cambia la expresión cuando alguien lo menciona. Odia a la policía porque dijeron que Dylan era culpable, y Alexander está convencido de que no lo era. Nada de lo que le diga Godfrey le hará cambiar de opinión. ¡Ni siquiera contempla la posibilidad, ni siquiera ahora!

Miró para sus adentros, con los ojos ciegos al color y el movimiento que la rodeaban, el remolino de vestidos y el resplandor de las joyas. Era como si no pudiera oír las risas.

Emily buscó algo que decir, y todo lo que se le ocurrió era banal y solo parecería que no la comprendiera en lo más mínimo.

—Godfrey y Alexander volvieron a discutir ayer —prosiguió Cecily, en voz tan baja que Emily tuvo que concentrarse para oírla—. Creo que Alexander no regresará a casa hasta dentro de un tiempo.

La expresión de pérdida de su rostro era sombría y absoluta.

Emily recordó que Cecily le había dicho que tenía su propio piso. Seguramente eso era normal a su edad. La decisión de independizarse formaba parte del proceso de crecer. Sin duda disponía de medios económicos, gracias a su madre si no a su padre. En caso necesario, ella vendería sus joyas para mantener a su hijo. Emily lo comprendía. Ella habría hecho lo mismo.

—A veces tienes que creer en tus amigos —dijo en voz alta—. Aunque nadie más

lo haga y todas las pruebas parezcan ir contra ellos. En realidad, cuando eres joven y tu lealtad es apasionada, más que nunca. Me parece que tendrá que dejar que acepte la realidad cuando esté preparado para hacerlo, y tal vez no hacer ningún comentario. Las amistades de la juventud pueden ser muy fuertes. Todo está entreverado con lo que creemos que es el honor. Lo siento.

—Tiene razón —dijo Cecily, esbozando una sonrisa—. Es una cuestión de lealtad. Siente que está vivo a expensas de Dylan. A veces me aterra que se quite la vida, como si no la mereciera.

Escrutó el rostro de Emily, tratando de ver si la entendía.

Emily apoyó levemente la mano en el brazo de Cecily, un contacto tan ligero que solo debió de sentir su calor.

—Todos nosotros cargaríamos con el dolor de quienes amamos, en especial el de nuestros hijos. Seguimos intentando hacerlo, incluso cuando sabemos perfectamente que no podemos. Desde el momento en que los sostuvimos en brazos por primera vez, creemos en ellos aunque nadie más lo haga, lloramos por ellos cuando se hacen daño. Lo trágico sería que no lo hiciéramos. Todo el mundo debería ser amado.

Cecily pestañeó, pero aun así las lágrimas le corrieron por las mejillas.

—Gracias —dijo con voz ronca—. Ahora me parece que será mejor que me excuse y me vaya a conversar con alguien a quien deteste lo suficiente para disimular todos mis sentimientos. Por favor, no se mortifique. Así me siento mucho menos sola.

Y sin añadir más, dio media vuelta y se alejó hacia un grupo de personas enfrascadas en una entusiasta discusión.

Hasta la tarde siguiente Emily no tuvo ocasión de comentar con Jack los acontecimientos de la fiesta. A la hora de cenar, cuando Edward y Evangeline ya se habían levantado de la mesa, el repentino silencio entre ellos requirió alguna observación para que no se volviera incómodo. No quería hablar del contrato ni de lo que se había enterado acerca de Abercorn, pero tal vez fuese necesario.

No estaba segura de en qué medida no solo la carrera de Jack, sino también su propio dinero podían depender de su éxito. Era renuente a preguntar si había invertido con antelación en alguna de las empresas que podrían resultar afectadas. Era más que deshonesto, era un delito.

Ahora bien, el dinero invertido con antelación, antes de que aparecieran problemas con el contrato, no habría sido retirado y reinvertido. Eso también podía ser una señal para quienes fuesen lo bastante listos para percatarse de las ventajas venideras.

Es más, su propia fortuna podía estar en juego. Tanto la casa de la ciudad como Ashworth Hall estaban vinculadas, y pasarían a su hijo Edward, que en realidad ostentaba el título de lord Ashworth desde la muerte de su padre. Pero ¿y el resto?

¿Cuánto no le estaba contando Jack, causándole la inquietud que veía en su

semblante cuando se sentaba al otro lado de la mesa? La había protegido en varias ocasiones de un tipo u otro de cosas dolorosas o desagradables. A ella le complacía permitírselo, no porque lo necesitara, sino porque era importante para mantener el equilibrio de su relación.

Cuando se conocieron ella era *lady* Ashworth, bella, con título y adinerada. Él era guapo y encantador, pero también el tercer hijo de una familia sin riquezas ni parientes en la aristocracia excepto del tipo más lejano. ¿Qué podía ofrecer a Emily? A ella no podía importarle menos; ya poseía tales cosas. Pero enseguida aprendió que para él era importante. Un par de errores por descuido le habían demostrado que las heridas a la fe en uno mismo eran profundas y no se curaban con facilidad. Igual que los huesos rotos que por fin se han soldado, un cambio de tiempo podía hacer que volvieran a doler otra vez como nuevas heridas.

—¿Sigues teniendo intención de recomendar a Abercorn para un puesto en el gobierno? —le preguntó.

—Sí. Pienso que es un hombre válido, y se postulará como candidato en cuanto se le presente la ocasión... Quiero decir que hay un puesto vacante, incluso antes de las próximas elecciones. ¿Por qué?

—¿Y qué hay de Godfrey Duncannon? No estará de acuerdo contigo, ¿verdad?

Una sombra cruzó el semblante de Jack.

—Trabajo con Duncannon en este proyecto en concreto; no tengo por qué estar de acuerdo en todo con él.

—Entonces ¿lo desaprueba? —dijo Emily enseguida—. Pero es más que eso, Jack. Anoche pillé una mirada de Abercorn y, por un instante, estaba cargada de odio. No me refiero solo a desagrado o a una diferencia de opinión. No estaban ni mucho menos cerca el uno del otro, y Abercorn miró a Godfrey con... con una expresión terrible en sus ojos.

Jack negó con la cabeza, apretando los labios.

—Seguramente son imaginaciones tuyas. Más bien diría que estaba más aburrido que una ostra con la conversación. ¿Y qué te hace estar tan segura de que miraba a Godfrey, si estaba tan lejos como dices? No se llevan bien. Eso me consta. Tienen orígenes sociales muy distintos. Godfrey procede de la aristocracia con sus privilegios por herencia, Abercorn de una relativa pobreza, y se está haciendo a sí mismo. Es normal que tengan diferencias. Por Dios, Godfrey está a favor de la clase dirigente y de mantener las cosas como están. Abercorn es partidario del cambio y de lo que considera la justicia social, o al menos algo que se le acerca bastante.

Emily quería discutir. Lo que había visto no eran diferencias políticas, era odio, pero no se le ocurrieron argumentos que Jack fuese a escuchar y creer.

—Están de acuerdo en el asunto del contrato —prosiguió Jack—. Ambos son expertos en China y en comercio marítimo, cada uno a su manera. Para trabajar con alguien, no es preciso que te caiga bien. ¡Estamos hablando de política, Emily, no de una asociación de por vida!

Emily tuvo el atino de no seguir discutiendo. Cambió de tema.

—¿Crees que deberíamos ir al campo por Navidad? —preguntó, procurando disimular sus sentimientos.

Jack titubeó, observándola, tratando de averiguar cuán importante era para ella.

Emily no quería ponerse en evidencia. La condescendencia podía asestar el tajo más profundo de todos, como una cuchilla afilada. Ni siquiera sabías lo profundo que era hasta que no podías cortar la hemorragia.

—Creo que sería bastante agradable celebrarla aquí, para variar —prosiguió Emily. Que no le hubiese contestado le había dicho más de lo que él imaginaba—. ¿Tal vez podríamos invitar a Charlotte y Thomas a cenar? Hace siglos que no lo hacemos. Si Thomas puede venir, claro está. Este atentado tan espantoso en Lancaster Gate le roba mucho tiempo.

—A condición de que no hablemos de eso —dijo Jack, sonriendo.

—¡Santo cielo! —exclamó Emily—. Ni siquiera se le pasaría por la cabeza. Me figuro que le desagrada mucho más que a ti. Aparte, no está autorizado a hablar de su trabajo. No es como cuando estaba en la policía.

Jack se recostó un poco en la silla.

—Lo sé. Y me parece una idea excelente. Francamente, preferiría no pasar el día viajando y perder contacto con las novedades relativas al contrato. Debo a Duncannon todo mi apoyo.

¿Sabía lo afligida que estaba Cecily? Mirándolo al otro lado de la mesa no lograba descifrar su rostro lo suficiente para decidir si no tenía ni idea, o si la estaba protegiendo adrede de una inquietud en la que ella nada podía hacer por ayudar. ¿Sabía Godfrey lo trastornado que estaba su hijo?

¿Debía Emily contárselo a Jack? ¿O era más amable, más adulto guardar silencio? No había modo de ayudar, y entrometerse quizá solo serviría para empeorar las cosas.

—Por supuesto —convino Emily—. Es todo un alivio, la verdad. Hará frío, e incluso es posible que nieve. Estará la mar de bien no tener que ir a ninguna parte. Se lo diré al servicio. Y mañana invitaré a Charlotte. Espero que no sea demasiado tarde. Parecerá un poco de última hora, ¿no?

—Sí —contestó Jack con una sonrisa.

Emily se levantó y rodeó la mesa hasta su silla. Apoyó ambas manos en sus hombros y lo besó con ternura en la mejilla.

—En fin, si no pueden venir, seremos solo nosotros. Así también estaría la mar de feliz.

Notó como se relajaba la tensión de los hombros de Jack. Este no dijo nada, y levantó una mano para cubrir la suya.

Emily fue a ver a Charlotte tal como había prometido. Normalmente ninguna de ellas haría una pausa a media tarde para tomar el té. En realidad nadie necesitaba tomar

aquella merienda, pero era una buena excusa para sentarse a charlar un rato. Charlotte había preparado tartaletas de frutas.

—Mi tentempié navideño favorito —dijo Emily al sentarse a la mesa de la cocina.

—¿Más que el ganso asado o el pudín de Navidad? —respondió Charlotte muy sorprendida.

Emily no se molestó en contestar. Pese a la cobertura de mantequilla de coñac y monedas plateadas, seguía sin batir a las tartaletas de frutas.

Había ensayado un puñado de veces lo que le iba a decir a Charlotte, pero no sonó en absoluto con arreglo a sus deseos. Bajo sus diferencias en gusto, posición social fruto de sus matrimonios y sus respectivos estilos de vida, se conocían demasiado bien.

—Jack habla muy poco sobre el contrato, pero me consta que es extremadamente importante... —comenzó Emily.

—¿Temes que no vayan a ratificarlo? ¿O que no sea lo que pretende ser? —preguntó Charlotte.

—¡No me dejas espacio para que lo aborde de refilón! —protestó Emily, esbozando una sonrisa.

—Se te va a enfriar el té...

Lo que Charlotte quería decir resultaba evidente, pero lo hizo con amabilidad, y empujó el plato de tartaletas hacia el lado de la mesa que ocupaba su hermana.

Emily cogió una y le dio un mordisco. Estaba exquisita, dulce y amarga, y la masa se deshacía en la boca.

—En realidad no sé de qué tengo miedo —confesó—. A pesar de todo, es infalible. Jack salió muy mal parado la última vez. Quiero decir...

—Sé a qué te refieres. Quizá no exista un solo político honesto, pero aun así hay grados. ¿Desconfías de Godfrey Duncannon o de la gente que tiene detrás?

—Me parece que son las circunstancias —respondió Emily, terminando su tartaleta—. Conozco a Cecily Duncannon. Me cae bien. El amigo más íntimo de su hijo era Dylan Lezant, un muchacho a quien ahorcaron por matar a un transeúnte cuando lo arrestaron durante un pase de droga. Alexander está convencido de que Dylan era inocente, y no puede o no quiere dejar correr el asunto. Cree que la policía es corrupta... Que dejaron escapar al verdadero asesino y pusieron pistas falsas para inculpar a Dylan.

Charlotte dejó su tartaleta a medio comer en el plato.

—Eso es muy grave. Supongo que Alexander no estará terriblemente afligido porque hayan matado a varios policías en un atentado con bomba. Espero con toda mi alma que no lo vaya diciendo por ahí. ¿No lo hará, verdad?

—No lo sé. Me figuro que es lo que a Cecily le da miedo. No terminé de exponérselo tan directamente.

—¿Acaso piensa que pudo haber participado de un modo u otro en provocar la explosión? —preguntó Charlotte, poniendo palabras al pensamiento que Emily estaba

intentado eludir.

—¡Santo cielo! Espero que no. ¡No, está enojado pero no loco!

—Si sigue padeciendo dolores y tomando opio, según tengo entendido por Thomas, ¿no es posible que esté un poco chalado?

Charlotte había ido demasiado lejos para no completar la idea.

—No lo sé... Quizá...

Permanecieron un momento en silencio. Emily cogió otra tartaleta de frutas.

Charlotte también cogió una.

—Es joven, Emily. —Siguió tirando del hilo hasta el final—. Si considera que se ha hecho una injusticia porque su amigo era inocente, si tiene una pizca de decencia tiene que haber intentado salvarlo. Ahora es demasiado tarde, pero ¿no limpiaría su nombre, al menos?

—Sí, Cecily dijo que lo ha intentado repetidas veces. ¡Pero poniendo una bomba en la casa de Lancaster Gate no lo conseguirá!

—Desde luego ha suscitado muchísima atención —señaló Charlotte—. La Special Branch tendrá que investigar su posible implicación si no encuentran a otro culpable. Tengo entendido que quienes saben de bombas pueden construirlas con suma facilidad, utilizando dinamita, que está estrechamente controlada, pero que se usa en canteras y demoliciones. De vez en cuando se producen robos.

—¿Crees que Alexander Duncannon habría entrado en el almacén de una cantera para robar dinamita? —dijo Emily incrédula.

—No, veo más probable que otro la robara para venderla. ¿Alexander vive en casa de sus padres en la ciudad o en el campo? ¿O tiene apartamento propio y vive de sus propios recursos, asistiendo a fiestas o lo que quiera que le divierta?

—Tiene su propia casa —confirmó Emily a media voz. Todo se estaba volviendo espantosamente claro como posibilidad. Ahora el miedo de Cecily era horriblemente real—. Y se relaciona con gente un poco rara.

—La mayoría de los caballeros ociosos lo hace —señaló Charlotte—. Cosa que sabes tan bien como yo. Algunos tienen ideas muy estrafalarias. Los hay agresivos, muchos más son idealistas, anhelan reformas, mayor igualdad, libertad... la entiendan como la entiendan.

—Pero su familia... —empezó Emily, pero se dio cuenta, antes de que Charlotte respondiera, de la tontería que iba a decir.

—¿Alguna vez has oído contar a tía Vespasia cómo se luchaba en las barricadas de las revoluciones que hubo en Europa entera en el 48? —preguntó Charlotte en serio—. Era una causa noble. Faltó poco para que ganaran... en algunos lugares.

—Sí, lo sé —dijo Emily en voz baja, mirando las migas que había en su plato—. Y después una drástica represión los aplastó como una tapa de hierro y, en todo caso, aún fue peor que antes.

—Necesitamos que los jóvenes crean que algún día tendrán éxito —dijo Charlotte con apremio—. Si no tienen sueños, ya podemos irnos dando por muertos. No

importa que sea la libertad política en toda Europa, o un salario más justo para quienes tienen trabajos duros o peligrosos, o los derechos de las mujeres a tener propiedades, o contra la enfermedad, la usura... las malas cañerías... o lo que quieras. Debemos tener cuidado. Alexander Duncannon no es malvado porque quiera luchar contra la corrupción policial, pero si es culpable del atentado en Lancaster Gate, las cosas cambian mucho. ¿Es esto lo que teme su madre?

—Sí, creo que sí —contestó Emily—. ¿Es imposible?

Charlotte tomó aire para contestar, pero luego lo soltó en silencio.

Emily aguardaba.

Por fin Charlotte sonrió, escogiendo sus palabras con cuidado y a su pesar.

—Me parece que Thomas teme que exista una corrupción bastante profunda, al menos en lo que atañe a esos hombres en concreto. No quiere investigarlo, pero va a tener que hacerlo. El problema es que en cuanto empiece quedará claro lo que estará haciendo y por qué. Suscitara enojo y, todavía peor, miedo. La sospecha puede llevar a la gente a hacer toda clase de estupideces.

—¿Qué tienes en mente? —Emily estaba insegura, su imaginación señalaba en varias direcciones—. ¿Mentiras? ¿Culpar a personas inocentes? Thomas no corre peligro, ¿verdad? No intentarían...

Vio el rostro de Charlotte y se calló, pero ya era demasiado tarde.

—Me figuro que no —dijo Charlotte lentamente—. Por supuesto es posible, sobre todo cuando las personas que son las víctimas también podrían estar implicadas en el crimen. Nadie quiere creerlo, pero cuando estamos asustados podemos actuar sin pensar. Arremetemos contra la gente que nos dice lo que no queremos saber.

Emily deseaba decir algo útil, pero no se le ocurrió el qué. Carecía de sentido insinuar que la corrupción quizá fuese a pequeña escala. Era el miedo que daba, la posibilidad de que existiera, lo que resultaba venenoso.

Pensó en Cecily Duncannon y su apasionado y protector amor por su hijo. ¿Pensaba que era culpable, o se trataba solo de un miedo que necesitaba nombrar a fin de disiparlo?

Con palabras muy bien escogidas, dijo a Charlotte, con tanta exactitud como pudo recordar, lo que le había dicho Cecily.

—¿Puedo contárselo a Thomas? —preguntó Charlotte seriamente cuando hubo terminado.

—Por descontado. No te lo contaría para luego obligarte a callar.

—Explicaría por qué no encuentran nada entre los anarquistas de los que tienen conocimiento. Y ninguna potencia extranjera nos atacaría de esta manera. Es... demasiado lento, y solo deja una nación deshecha que conquistar —dijo Charlotte lentamente—. Una bomba en venganza contra una fuerza que se cree que es corrupta parece una respuesta más probable.

Emily se mordió el labio.

—Igual que el ataque desde otro país —arguyó—. Debilitarnos y caeremos con

más facilidad. Mira el caos del que tenemos noticia en otros países donde la ley ha comenzado a venirse abajo. El veneno desde el interior hace que sea más fácil conquistar a cualquiera. Podríamos estar tan ocupados en mantener a la muchedumbre en alguna clase de orden que si la policía es corrupta y la ley ha perdido el respeto de la gente, empezamos a tomarnos la justicia por nuestra mano. Si vengamos los crímenes personalmente en lugar de juzgar a los acusados en los tribunales, supongo que también los ejecutamos.

Se estremeció.

Charlotte se irguió.

—Nos hemos alejado mucho de la realidad. Todavía estamos a tiempo de descubrir quién es el terrorista y ocuparnos de él. Incluso si es Alexander Duncannon. En realidad, parece más probable que alguien que no sea partidario de este contrato, por la razón que sea, seguramente económica, esté intentando que parezca que haya sido obra de Alexander, a fin de desacreditar a su padre. Según parece, el éxito de las negociaciones depende en gran medida de él.

—Es lo que dice Jack —convino Emily—. No solo tiene talento, también todos los contactos necesarios. Cae bien a la gente y confían en él, y la confianza es lo más importante. Que Alexander sea sospechoso, por no hablar de que lo acusen, podría afectar a la negociación negativamente.

—No tenemos una buena teoría alternativa sobre quién está detrás de la bomba —dijo Charlotte descontenta—, excepto la de una corrupción policial quién sabe de qué calado. Podrían ser pequeños hurtos y algún comportamiento deshonesto de vez en cuando. Pero podría ser mucho más: perjurio sobre pruebas falsas, violencia, chantaje. Samuel Tellman está tan dolido, tan temeroso de desilusionarse, que apenas puede soportarlo. Creo que incluso a Thomas va a resultarle mucho más doloroso de lo que espera. Lo he observado... Lo veo en su cara. Emily, yo también estoy asustada. Es la destrucción de cosas en las que hemos creído desde donde me alcanza la memoria.

Emily no discutió; no había nada que negar.

Capítulo

7

Tellman estaba sentado en su sala de estar. Tal vez sería más correcto haberla llamado salón, pero tenía una chimenea demasiado buena para que no la usaran tanto si tenían visitas como si no. Y, a decir verdad, con un niño pequeño y otro en camino, se sentían poco inclinados a recibir.

Tellman miró en torno a la habitación y le invadió su confort, como el calor de un fuego semejante al que ardía en la chimenea. El viento y la lluvia en el exterior no hacían más que aumentar la sensación de bienestar allí dentro. Era lo que había deseado desde donde le alcanzaba la memoria: una casa propia, limpia y caliente, llena de las cosas que valoraba. Encima de la chimenea había un cuadro de una escena campestre, con grandes árboles inclinados sobre un arroyo y un puente de madera con dos figuras apenas discernibles en las sombras. Siempre pensaba en ellos como amigos, incluso amantes. Había una librería arrimada a una pared y un montón de libros en ella, mayormente sus favoritos, pero también otros que leería algún día, cuando dispusiera de más tiempo.

Había una mesita junto a la butaca de enfrente, en la que Gracie estaba sentada con la cabeza gacha como si se hubiese quedado dormida, y la costura en el regazo. A su lado había una canasta con agujas, hilos y otros útiles de costura. Le gustaba contemplar a Gracie mientras cosía. Se la veía muy a gusto, aunque tenía que concentrarse mucho. La cocina, en cambio, se le daba muy bien de manera natural. Se dio cuenta con placer de lo muy enamorado que seguía estando de ella. Llevaban casados el tiempo suficiente para esperar un segundo hijo, pero la sorpresa y la alegría todavía no se les había pasado.

Ni siquiera su actual aflicción ensombrecía su felicidad más allá de la superficie. Detestaba pelearse con Pitt, y le constaba que se había comportado lamentablemente. No se lo contaría a Gracie. Solo conseguiría disgustarla y, si era sincero consigo mismo, ahora estaba avergonzado. Pitt tenía tan pocas ganas como él de encontrar corrupción en la policía. Quizá el resquemor sería menos agudo para Pitt, no obstante. Pitt tenía otros héroes a los que admirar, otros hombres y otras causas, por más que hubiese empezado en buena medida de la misma manera que Tellman. Él también había ingresado en la policía en cuanto tuvo la edad suficiente.

El padre de Tellman había nacido en la más absoluta pobreza, un hogar en el que se vivía de una comida a la siguiente y te acostabas hambriento cada noche. Había trabajado duro y murió joven en un accidente industrial. Otras víctimas del accidente habían sobrevivido, pero su cuerpo no era lo bastante fuerte para que se le soldaran los huesos rotos, y al final la septicemia lo mató.

El propio Tellman había sido delgado de niño, algunos dirían escuálido. Había sido demasiado inteligente para trabar amistad fácilmente con otros chicos que temían su inteligencia y arremetían contra él de la única manera que sabían, con puñetazos y patadas. Incluso sentado al fuego de su casa podía sentir el sudor del miedo en su cuerpo, y después el frío, al recordar cómo se enfrentaba a ellos en la calle, sabiendo lo que se avecinaba.

Hubo tres chicos en concreto que mantenían a raya su ineptitud haciéndole daño. Podía oír la risita aguda de uno de ellos incluso en sus pesadillas. Recordaba el dolor de una vez a la siguiente, como si durara antes de que ocurriera. Lo que más deseaba en el mundo era no tenerles miedo, pero eso no estaba a su alcance. Se cebaban en el miedo, en el acicate de aterrorizar al chico que sistemáticamente los aventajaba en el aula. Aunque se callara, aunque fingiera no saber las respuestas cuando en realidad las sabía, ellos se daban cuenta; había sucedido demasiadas veces. La necesidad de tener éxito en algo lo alentó. Tal vez el maestro también lo supiera, pero su intervención solo habría empeorado las cosas.

La ocasión que menos soportaba recordar era una que tuvo lugar en el patio del colegio, cerca de los cubos de basura, en la que tuvo tanto miedo que se meó encima. El chico gordo de la risa aguda se había desternillado hasta atragantarse y lo llamó gallina hasta que terminó el curso. Tellman todavía se sonrojaba al recordarlo. Había soñado despierto que lo hacía papilla.

Jamás había hablado de eso con nadie. Había intentado olvidarlo, negar su existencia. Con los años casi lo había conseguido.

¿Por qué le volvía ahora, aquella apacible noche delante del fuego, con Gracie sentada a menos de dos metros?

Porque las certidumbres que le daban fuerza se estaban desmoronando. Había visto en la policía a una fuerza para el bien, una protección del hombre o la mujer corriente victimizados, físicamente o por el robo o destrozo de sus pertenencias. Estaba acostumbrado a la pobreza y sabía que unos pocos chelines eran una fortuna para algunos, la diferencia entre comer y pasar hambre y frío. Un par de botas podía ser todo lo que poseyera un hombre. El robo era un delito grave para esas personas.

Y para un chico sin hermanos ni hermanas, pertenecer a un grupo revestía suma importancia. La amistad, la lealtad, la confianza tácita eran recompensas mayores que el dinero, aunque la paga llegaba regularmente en la policía, y eso significaba que podía alquilar una habitación, comer cada día, no pasar frío en invierno. Sobre todo, podía mirar su rostro enjuto en el espejo cuando se afeitaba y ver a un hombre a quien podía respetar, un hombre a quien otros recurrían en busca de ayuda que nunca dejaba de prestarles. Eso era la felicidad.

Thomas Pitt había sido su primer héroe. Era humano y desde luego falible, pero nunca deshonesto, e incluso cuando parecía derrotado, jamás se rendía. Arrugado, despeinado, con los bolsillos llenos, llamaba a la puerta, hablaba en voz baja e insistía en seguir adelante.

Tellman recordaba vívidamente la primera vez que se metió en medio de una pelea callejera para proteger a un hombre solo y asustado, y Pitt lo había elogiado. Se quedó de pie en la calle, con el uniforme sucio de barro, las botas empapadas de agua de la alcantarilla, henchido de orgullo.

Ahora se tenía mejor opinión de la policía, y Pitt era jefe de la Special Branch. Nadie lo trataba a la ligera; sabía demasiado acerca de todos.

Sin embargo, Pitt creía que había policías corruptos, tanto así que se habían buscado el terrible atentado con bomba en Lancaster Gate. Tellman todavía olía el humo y la carne chamuscada en sus sueños. Podía ver el rostro blanco de Ednam la última vez que lo visitó en el hospital antes de que falleciera.

¡Nadie merecía morir así!

Tampoco era que Pitt hubiese dicho que lo habían hecho, solo tenía miedo de que el atentado pudiera ser en venganza por alguna injusticia y no obra de un anarquista arremetiendo contra la clase dirigente. Él no los veía como al gobierno o la aristocracia, o los banqueros del distrito financiero, sino como hombres corrientes que había que proteger contra el crimen, y atrapar a los que explotaban a los demás.

Tellman aborrecía haber discutido con Pitt. Había sido una estupidez. Ambos estaban cansados y, más aún, asustados. El viejo orden se caía en pedazos y de repente tenían que enfrentarse a esa realidad.

Pitt llevaba razón, por más que hubiese sido torpe en la manera de explicarse. Y tal vez Tellman se había ofendido demasiado fácilmente, replicando sin pensar.

Gracie se despertó y le sonrió, retomando la costura de nuevo. La prenda en la que estaba trabajando ya estaba lista. Era una de sus camisas. Le estaba dando la vuelta al cuello. Tendía a deshilacharlos pasando el dedo por la parte interior cuando estaba preocupado. Le gustaba su primor al coser. Había aprendido con Charlotte, cuando Pitt todavía estaba al principio de su carrera.

—Así pues, ¿vas a contármelo —preguntó Gracie— o te pasarás la noche sentado ahí, dejando que me preocupe por ti?

—No ha ocurrido nada grave —mintió.

No quería decirle la verdad. No lo respetaría si supiera hasta qué punto dependía de su fe en los hombres con los que trabajaba. Si intentaba explicárselo, acabaría remontándose a los tiempos del patio del colegio, y eso no lo podía soportar. Gracie nunca debía enterarse de aquello.

—Me siento mal por lo del atentado en Lancaster Gate —prosiguió—. La verdad es que todavía no estamos llegando a ninguna parte. Al menos por ahora.

Gracie arrugó un poco el semblante. Le constaba que Tellman estaba evitando contestarle como era debido. Se sentía culpable, pero no tenía que contarle todas las cosas a las que daba vueltas en la cabeza. Su deber era protegerla de ellas. Le tocaba hacer un esfuerzo para cambiar de expresión y ocupar sus pensamientos en otra cosa. Sacó a colación un par de noticias que había leído en el periódico.

—No cambies de tema, Samuel —respondió Gracie—. Se nota a la legua. Hay

algo realmente grave, ¿verdad?

—Ednam ha muerto —contestó Tellman—. Pensábamos que se recuperaría. Era el agente más veterano. Tenemos que defender su reputación, ahora que no puede hacerlo él mismo.

—Y no será tarea fácil, ¿eh? —dijo Gracie.

Era demasiado lista. Le leía el pensamiento como si fuese un libro abierto. Hacía que se sintiera al descubierto. La opinión que tenía de él era mucho más importante que la de cualquier otra persona; de hecho, más que las de todas las demás juntas. Gracie tenía que creer que era lo bastante fuerte para cuidar de ella, sobre todo ahora que iba a tener otro hijo. ¿Cómo iba a hacerlo si pudiera imaginar siquiera al niño aterrorizado y humillado que había sido una vez? También era preciso que creyera en la policía. La ciudad entera estaba llena de millones de personas que necesitaban creer que la policía era honesta y valiente. Si esa creencia desaparecía, con el tiempo también desaparecería todo lo demás.

¿Cómo iba a manejar la situación, si Pitt llevaba razón y todo el cuerpo de policía tenía partes que se desmoronaban, hombres que eran corruptos, como madera podrida sosteniendo una casa? Si los trozos malos caían, combados, porque no podían soportar el peso, ¡los trozos buenos caían con ellos! Todo se venía abajo y no quedaba refugio alguno.

—¡Samuel! —dijo Gracie bruscamente, interrumpiendo sus pensamientos.

Tellman la miró y vio el miedo que asomaba a sus ojos.

—Hay algo muy malo que no me quieres contar —prosiguió Gracie—. ¿Cómo voy a ayudarte si no sé de qué va?

Tellman sonrió, embargado de emoción. Qué propio de Gracie, con su metro sesenta escaso y delgada como un conejito, pero dispuesta a pelear con cualquiera para proteger a los suyos. Estaba siendo egoísta al dejarla al margen, y por fin lo reconoció. Haciéndolo la dejaba asustada y sola, como si no la considerase capaz de ayudar o digna de confianza. Vio en sus ojos que los sentimientos heridos pesaban más que el miedo. No la protegía a ella, se estaba protegiendo a sí mismo.

Permaneció un momento en silencio, intentando hallar las palabras que la asustaran lo menos posible. Tenía todo el coraje del mundo, pero aun así seguía siendo muy vulnerable. Tenía un hijo que todavía no había cumplido los dos años de edad, y al cabo de seis meses tendría otro. ¿Cómo iba a cuidar de ella como era debido si él mismo se ponía en peligro?

Gracie aguardaba. Tellman veía claramente en su semblante que comenzaba a estar dolida porque no confiaba en ella. Había sido un egoísta. Tenía que enmendarse de inmediato.

Comenzó por la parte peor.

—Discutí con Pitt. —Percibió la renuencia de su propia voz, un tanto ronca—. Piensa que tenemos que descubrir si ciertas acusaciones contra la policía tienen fundamento...

—¿Por qué? —preguntó Gracie en el acto—. ¿Quién lo ha denunciado? ¿Cree que es verdad o intenta demostrar que no lo es? No podéis esconder la cabeza bajo el ala y fingir que todo va bien. No lo haríais si se tratara de cualquier otro. La gente tiene derecho a confiar en la policía.

—Ya lo sé. Pero el hecho de que lo investiguemos significa que podría ser verdad —explicó Tellman—. Y la policía lo sabe, igual que todos los demás. ¡Tiene que ser posible, pues de lo contrario no lo investigaríamos!

Era un argumento muy razonable, y, sin embargo, le dolía tan solo pensarlo.

—¿Qué piensas que han hecho? —preguntó Gracie, mirándolo con solemnidad, la labor de costura olvidada—. ¿Por qué no me lo dices a las claras? ¿No quieres investigar porque te da miedo lo que vayas a encontrar?

Tellman tomó aire para negarlo con vehemencia, pero entonces vio sus ojos y la negación se diluyó. Sabría que estaba mintiendo: siempre lo sabía. Gracie tenía dulzura y una paciencia infinita con su hijo, pero no había la menor ambigüedad en ella cuando se trataba de decir la verdad. Le había visto decir a la gente que se ocupara de sus asuntos, pero nunca la había oído recurrir a evasivas. Con las personas que amabas, una evasiva era lo mismo que una mentira.

—Supongo que sí —admitió Tellman. Hora que el tema estaba sobre la mesa, no resultaba tan difícil como había esperado. De hecho, era casi más fácil que seguir eludiéndolo—. Cuanto más investigamos el atentado, menos parece que sea obra de un anarquista loco y parece más probable que lo sea de alguien que quería matar a esos policías en concreto —concluyó.

—¿Cómo lo habéis deducido? —preguntó Gracie muy seria, como si fuese un detective más pidiendo pruebas. Tellman recordó con un sobresalto que probablemente era así como se veía a sí misma. Cuando todavía trabajaba para Charlotte y Pitt, había oído la mayoría de las largas conversaciones sobre casos abiertos que habían tenido lugar en torno a la mesa de la cocina. Nunca había temido hacer sus propias sugerencias. En una ocasión, Pitt incluso la había enviado a Buckingham Palace a trabajar como camarera encubierta. Rara vez aludía a aquella aventura, como por una especie de lealtad, pero los ojos le brillaban de orgullo cuando lo hacía.

—Por la manera en que les tendieron la trampa en Lancaster Gate —contestó Tellman—. Da la impresión de que alguien los hizo ir allí ex profeso. Envió una nota muy breve. Ya los había informado de ventas de opio con anterioridad y siempre había acertado, por eso confiaron en él.

—O sea que estaba todo planeado —dijo Gracie, convencida—. Quizá semanas antes de que lo hiciera.

Tellman no lo había mirado desde aquel punto de vista. Gracie estaba en lo cierto.

—Sí —convino—. Pero no sabemos por qué lo hizo porque no sabemos quién es.

—Entonces el señor Pitt lleva razón. Tenéis que investigar a los policías que mordieron el anzuelo para ir allí, y ver qué hay tan malo para que alguien haya

querido hacerlos saltar por los aires a todos. Y tienes que retroceder hasta antes de que quien fuere les empezara a pasar información sobre opio y demás. ¡Samuel, no puedes mirar hacia otro lado porque no te gusta pensar que fue una venganza lo que realmente ocurrió! ¡Quien lo hizo quizá sea malvado, o incluso está loco, pero eso no significa que no tuviera sus razones!

—Ya lo sé —la interrumpió Tellman—. Pero son buenos hombres, Gracie. Llevan años en la policía. Por supuesto que hay cosas que ocurren que no están bien. Aborrezco pensarlo. Pero hay quienes pierden los estribos cuando alguien pega a una mujer o a un niño, y le dan una buena paliza al agresor. —Respiró profundamente—. Y a veces perdemos pruebas, o no las recogemos como es debido, y después nos inventamos una mentira para que puedan seguir siendo válidas, cuando tenemos la puñetera certeza de que el delincuente es culpable. Y a veces dejamos libres a personas que no deberíamos soltar. Pero no haces estallar una bomba que mata a todo el mundo que está cerca por algo como eso. Como mucho, si una noche lo encuentras en un callejón oscuro, ¡le das una paliza!

Gracie lo miró con suma gravedad, sin una chispa de luz en su rostro menudo.

—Pues entonces tiene que ser algo peor. ¿Quizá tengas que buscar a alguien que haya muerto? —le dijo Gracie—. Alguien que muriera de una manera horrible y que otro alguien, aunque esté loco, pueda pensar que fue culpa de la policía. Poco importa que lo fuese o no, Samuel; alguien piensa que lo fue. Eso no se puede ignorar. Y no puedes permitirte fingir que no lo ves. Los ciegos caminan hacia el borde de los precipicios, y no quiero que eso te ocurra a ti... a nosotros.

La emoción brotó en el fuero interno de Tellman hasta que tuvo la garganta tensa y le escocieron los ojos.

—Ya lo sé. Investigaré, te lo prometo.

—Bien. ¡Y recuerda que es una promesa, Samuel Tellman! La vida no admite excusas. «No lo vi» de nada vale si lo que quieres decir es «¡tampoco miré!».

—Ya lo sé...

Gracie por fin sonrió.

—¿Quieres una taza de té? Tengo tarta.

Tellman asintió, tragándose los sentimientos que anidaban en él. Quería que Gracie se marchara a la cocina y lo dejara un momento a solas para recobrar la compostura. Todo aquello era muy importante. Se arriesgaba a perder lo que más valoraba del mundo.

Por la mañana Tellman comenzó de inmediato, regresando a la comisaría donde había trabajado Ednam. Detestaba hacerlo, pero una vez aceptada la necesidad, carecía de sentido posponerlo. Al contrario, cuanto más tardase, peor. Carecía de propósito y le haría sentir cobarde. Esa palabra lo perseguía como una rotura de hueso mal curada. En ocasiones, el miedo a ella lo había vuelto temerario, no valiente, sino insensato. Todo se remontaba de nuevo al patio del colegio, plantando cara a chavales mayores que tú para demostrarte que no tenías miedo.

¿Había motivo para tener miedo esta vez?

Se presentó al sargento del mostrador e insistió, al notar cierta renuencia, en que debía ver otra vez al inspector jefe Whicker. Tuvo que aguardar diez minutos antes de que lo acompañaran a su despacho.

Comenzó por expresar sus condolencias por la muerte de Ednam. Observó el rostro del inspector jefe Whicker y no supo descifrar su expresión. ¿Estaba ocultando su pesar delante de un relativo desconocido? ¿O su expresión era deliberadamente impasible porque sus sentimientos eran más complejos, tal vez ambiguos, hacia unos hombres que no habían sido de su agrado?

—Vamos a atrapar a quien lo hizo, señor —agregó Tellman con gravedad—. Según parece podrían ser anarquistas, pero por si acaso los mató alguien que les guardaba rencor, voy a revisar todos los casos antiguos que pueda. Necesitaré su ayuda, si puede prescindir de un agente, por favor, inspector jefe.

—Sí, Tellman. Le asignaré a quien pueda. Entenderá que andamos un poco escasos de efectivos, habiendo perdido a cinco hombres.

Se lo recordó a Tellman sin rodeos, y con un resentimiento manifiesto.

—Por supuesto, señor. Procuraré ir deprisa. —Tellman se arriesgó un poco más—. Habrá leído lo que algunos están diciendo en los periódicos. Tenemos que averiguar la verdad antes de que lo haga cualquier otro. Debemos proteger a los nuestros de acusaciones que sean resultado de viejos rencores o de miedos disparatados.

—Sí, inspector —convino Whicker.

Tellman lo miró con más detenimiento. Si albergaba algún sentimiento, lo estaba ocultando. ¿Por qué? Lo normal era expresar enojo, pena, incluso miedo a lo que pudiera ocurrir a continuación. ¿Qué había tan profundo dentro de Whicker para que no mostrara nada?

—¿Por dónde le gustaría empezar, inspector? —preguntó Whicker de manera cortante.

Tellman pensó en lo que le había dicho Gracie.

—Digamos que un mes aproximado antes del soplo que les dio ese tipo que se hace llamar Anno Domini —contestó.

Whicker se sorprendió.

—¿Antes?

—Sí, por favor. Veamos los casos en los que trabajaron Ednam, Newman, Yarcombe, Bossiney y Hobbs.

—No trabajaban juntos con tanta frecuencia, inspector.

—No, ya me lo figuro. Solo echaré un vistazo a los casos en general, a ver si encuentro algo que me dé una idea.

—¿La Special Branch lo ha incitado a hacer esto, inspector? —preguntó Whicker con las cejas enarcadas.

—En absoluto, señor. No saben que lo estoy haciendo —respondió Tellman,

haciendo honor a la verdad—. Si hay algo, me gustaría descubrirlo antes que ellos.

Observó el rostro de Whicker, aguardando su reacción.

Los ojos negros de Whicker eran indescifrables.

—Puede usar el mismo cuarto que la otra vez, y haré que el agente Drake le lleve los archivos, inspector.

—Empezando un mes antes del primer contacto con Anno Domini, por favor, señor. Y a partir de ahí en adelante, caso por caso —le dijo Tellman.

—Sí, inspector.

Whicker dio media vuelta y dejó a Tellman aguardando.

Iba a ser una tarea muy larga, y Tellman era perfectamente consciente de que la cooperación que recibiría sería deliberadamente escasa.

Drake era un joven cuyo pelo rubio y tez clara probablemente apenas requerían que se afeitara. Tellman pensó que parecía demasiado ingenuo para ser un policía eficaz, hasta que percibió una chispa de humor en sus ojos que le cambió por completo la expresión.

—Este es el mes anterior al soplo de Anno Domini, señor —dijo Drake, dejando un grueso montón de carpetas encima de la mesa, delante de Tellman—. Le traeré el siguiente montón, señor, en cuanto haya clasificado el resto de los informes.

Tellman miró el montón de carpetas sin el menor placer.

—Gracias. ¿Alguno de los agentes que trabajaron en estos casos están disponibles, si necesito hablar con ellos?

—Sí, señor. Pero mejor que primero los lea, señor —contestó Drake, mirando a Tellman a los ojos un instante para acto seguido marcharse sin pedir permiso.

Tellman trabajó toda la mañana. A la hora del almuerzo hizo una pausa para tomar un té y un bocadillo de jamón cocido, y luego reanudó la tarea. Resultaba tan aburrida que le costaba mantenerse despierto. Era exactamente el tipo de trabajo policial al que estaba acostumbrado. Las notas eran como las que él mismo había redactado un puñado de veces. Podría haber sido cualquiera de aquellos hombres. Sus frases eran como las suyas, probablemente sus vidas también lo fueran, así como muchas de sus ideas y recuerdos. La elección de palabras y la letra eran personales, pero de vez en cuando se repetían frases idénticas, como si se hubiesen puesto de acuerdo en lo que iban a escribir.

No empezó a ver una pauta hasta que se dio cuenta de que varios informes estaban desordenados y los reorganizó. Había un caso en concreto de un hombre que había resultado herido en una reyerta y que después dio información, lo acusaron de robo y fue hallado inocente. Era un caso de Yarcombe que después pasó a Bossiney.

Cuando Tellman puso aquellos informes en orden cronológico, la historia presentaba un aspecto muy diferente. Las fechas se habían cambiado con mucho esmero. Cosa que lo llevó a darse cuenta de que el caso había comenzado con Yarcombe, que luego pasó a Bossiney y que terminó siendo Ednam quien se ocupara de él. Los hechos habían ocurrido en un orden distinto. La reyerta había sido el

último, cuando dos de los participantes mencionados ya habían estado en prisión. La única conclusión era que alguien completamente distinto había dado una paliza a otro, y la información no tenía sentido.

Era el testigo quien había recibido la paliza, y quien se negó a testificar contra el acusado.

¿Era ese error el de un hombre cansado y confundido, que hubiese intentado poner los informes en solfa, sin conseguirlo? ¿Un malentendido? ¿O incluso un descuido? ¿Tal vez el hombre herido no estaba en condiciones de testificar o le preocupaba su familia? ¿Y el error lo habían tapado los colegas del agente por lealtad hacia él?

Tellman puso los informes a un lado y leyó los casos siguientes. Encontró más líos, historias que no se sostenían si se leían con detenimiento. Muchas notas eran meros garabatos, como si las hubiesen escrito hombres obligados a recordar detalles mucho después de los hechos, cometiendo equivocaciones sin querer. Eso era lo que quería pensar. Él también se había equivocado a veces. Era fácil que ocurriera. Empezabas a ver algo de otra manera y acababas teniendo toda la pauta mal. Tenías que encontrar la ocasión de retroceder y enmendarla.

Se obligó a estudiar los archivos hasta entrada la noche. Los errores sumaban en total a unas cuantas personas que no habían sido condenadas porque se habían perdido pruebas. Unas cuantas habían sufrido accidentes bastante convenientemente, y no habían podido testificar. Quien fuere que buscara pruebas era selectivamente descuidado. Algunas personas eran arrestadas bastante a menudo, pero al parecer nunca las condenaban. Tellman no pudo evitar ver una pauta.

Al día siguiente pidió otros informes, de casos en los que no hubiese participado Ednam. Los revisó buscando los mismos descuidos, y no los encontró. También comparó los índices de condena para ciertos delitos, y los encontró inferiores a los de Ednam, sobre todo cuando se trataba de robos.

Poco podía demostrar Tellman porque faltaban sistemáticamente algunos tipos de pruebas, pero hacia el final de la segunda jornada estaba seguro de que había mucho chanchullo bien disimulado, favores a ciertas personas, pruebas perdidas deliberadamente.

¿Pecaba Ednam de exceso de celo? ¿De tanto en tanto se tomaba la ley por su mano cuando estaba seguro de que alguien era culpable, pero no podía demostrarlo legalmente, y por eso recurría a hacerlo ilegalmente? ¿Estaba administrando su propia forma de justicia? ¿O lo movía la ambición? Dios quisiera que todo aquello no fuese en provecho propio.

¡No! Tellman se negaba a pensarlo siquiera.

¿Alguien había sentido una ira tan ciega como para poner aquella bomba en Lancaster Gate como venganza porque le habían imputado un delito que no había cometido?

Tellman se preguntó hasta qué punto los otros cuatro agentes habían colaborado

con Ednam y en qué medida habían transgredido la ley. ¿Habían condenado a un inocente a sabiendas, posiblemente sin que les importara, o tan solo obedecían órdenes? Cabía incluso pensar que temieran a Ednam, que era, al fin y al cabo, su superior.

Pensó en lo que había averiguado a partir de las notas de los distintos agentes. A Newman lo había conocido en persona y le caía bien. Era alegre, extrovertido, propenso a pensar lo mejor de la gente; más incluso que el propio Tellman. Eso era lo que a Tellman le había gustado de él.

De súbito volvió a dolerle en lo más hondo, al rememorar su cuerpo hecho pedazos en el suelo de la casa de Lancaster Gate. ¿Había confiado en Ednam cuando debía hacerlo o tenía miedo de reñir con sus camaradas? No había un solo indicio de culpa en sus notas.

Las notas de Yarcombe eran lacónicas, no decían más de lo que debían decir, igual que él mismo.

Bossiney escribía mucho. ¿Estaba ahogando la verdad en un exceso de palabras?

Las notas de Hobbes eran esmeradas, escritas con letra de escolar. Esa tarea le desagradaba.

Eran las palabras de Ednam las que lo envolvían todo, ocupándose de las omisiones.

Pero aun así, eso no justificaba el atroz atentado con bomba en Lancaster Gate, aunque bien podía haber sido su causa.

¿Acaso Drake, ese joven agente que habían asignado para que lo ayudara, había reordenado los informes intencionadamente? Tellman creía que sí. Pero cuando la segunda noche se marchó, nada en su rostro le llevó a estar seguro.

Todavía quedaban muchas cosas por averiguar. Y no lo había vinculado a algo relacionado con el informante, Anno Domini. Había encontrado la carta con la información, y el informe sobre las ventas de opio y las cantidades. En realidad, haber montado una acción policial exitosa no habría supuesto una gran victoria, simplemente la que no habrían logrado sin los detalles concretos. Y en la carta del soplón no había nada que permitiera sacar conclusiones.

Tellman decidió caminar un buen trecho antes de buscar un autobús que lo llevara el resto del viaje hasta su casa. El viento frío y cortante le mantenía despejada la mente, como si tuviera clavada dentro una hoja de cuchillo semejante a la que le cortaba la cara.

Tenía que ser sumamente ingenuo para haber mantenido su ignorancia sobre turbias conductas policiales durante tanto tiempo. Casi siempre trataba con los aspectos peores de la humanidad, de modo que nada de aquello debería sorprenderlo. ¡Y, sin embargo, lo hacía! ¡Y dolía!

Le constaba que los policías eran falibles porque todo el mundo lo era, pero había creído que eran honestos, leales a lo mejor de sí mismos. Se enfrentaban a lo que veían, la violencia y el sufrimiento, porque también sabían lo que era el bien.

¡Ednam había mancillado eso! Lo había distorsionado y tergiversado. Su traición era imperdonable.

Tellman hundió las manos en los bolsillos de su abrigo y dobló la esquina de una bocacalle para tomar un atajo. De repente se sintió destrozado. Dejó de inclinarse hacia el viento y permaneció erguido un momento, antes de reanudar la marcha.

Salió por el otro extremo del callejón y se enfrentó al viento de nuevo. Parecía soplar con más fuerza. Ednam había traicionado a sus hombres. Y también había traicionado a Tellman, porque en cierto modo se identificaba con todos los líderes en quienes los hombres habían confiado.

Sabía con toda exactitud lo que Gracie diría al respecto, y sonrió a su pesar. Llevaría razón. ¿Quería ser como había sido Ednam? Era una pregunta que no merecía siquiera formularse. Que Ednam hubiese seguido ese camino no significaba que él tuviera que hacer lo mismo.

Apretó el paso hacia la parada del ómnibus. Hacía demasiado frío para seguir caminando por las calles. Necesitaba con apremio llegar a su casa.

Contó a Pitt lo que había hecho cuando se encontraron en Lisson Grove a media mañana del día siguiente. Tellman estaba cansado y le dolía la cabeza de tanto leer a la luz de una lámpara. Pero al menos se le estaba empezando a pasar el resfriado. Se olvidaba de él varias horas seguidas. Tal vez simplemente estaba demasiado enojado con la falta de honradez y la violencia que había encontrado para preocuparse por una tos áspera y un pecho cargado.

Brevemente refirió a Pitt lo que había descubierto. No se disculpó por lo sucedido en su último encuentro. Pensaba que sus actos posteriores eran suficiente admisión. No quería recordárselo a Pitt, si este estaba dispuesto a olvidar.

Observó el rostro de Pitt y vio que estaba triste. Solo entonces se dio cuenta de que la desilusión era tan amarga para Pitt como para él, aunque estuviera menos sorprendido.

Quizá a Pitt se le habían abierto los ojos algún tiempo atrás. Tal vez cayó en la cuenta cuando sus superiores, muy por encima de Cornwallis, cedieron a las presiones en el asunto de Whitechapel y lo despidieron de la policía. La Special Branch había sido el único sitio que seguía abierto para él, a fin de ganarse la vida con la profesión que conocía. Daba la impresión de que aquello hubiese sucedido en un pasado remoto, pero las viejas heridas nunca dejan de doler. Siempre están bajo la superficie, listas para recordarte las heridas originales.

Pitt le habló de Alexander Duncannon y su creencia en que a su amigo Dylan Lezant lo habían acusado injustamente, que se había mentido acerca de las pruebas y lo habían ahorcado por un crimen que no había cometido.

Tellman lo miraba fijamente, captando poco a poco la enormidad de lo que acababa de decirle.

—¿Cree en lo que dice Duncannon? —preguntó con la voz un poco ronca. Deseaba que lo negara, aquello era mucho más que una deshonestidad menor, ¡era una especie de asesinato cometido por unos policías!—. ¿Lo cree? —insistió.

—Creo que Alexander está convencido. —Pitt eligió sus palabras con cuidado—. Tanto si lo desea porque no soporta pensar que su amigo fuese culpable o porque tiene que culpar a alguien por haber escapado mientras que su amigo no...

—¿Escapar? —interrumpió Tellman—. ¿Estaba en el lugar de los hechos?

Recordó que el informe sobre la detención de Lezant mencionaba a dos hombres, pero que el otro había escapado.

—Eso dice, pero dudo que siquiera recuerde cuánto tiempo. Sostiene que Lezant no iba armado, pero eso solo significa que no recuerda que llevara un arma o que no sabía que la llevara.

—¡O que ha preferido olvidarlo!

—Cierto. Aunque eso no importa, ahora...

—¡Cómo que no importa! —La voz de Tellman sonó aguda y fuerte—. ¿No importa que unos policías mintieran acerca de las pruebas para condenar a un inocente y se encargaran de que lo ahorcaran por un crimen que sabían de sobra que no había cometido? Si es así, por Dios, ¿qué es lo que importa?

La impotencia y la desesperación crecieron en su fuero interno hasta que apenas pudo respirar.

—Quería decir que no afecta a los actos de Alexander Duncannon que sea verdad o no —explicó Pitt—. Él cree que es verdad. Para él es un hecho aunque en realidad se equivoque.

Tellman se aguantó la respiración y tragó saliva con dificultad.

—¿Y si no se equivoca?

—No lo sé —reconoció Pitt—. Podría ser. Según lo que usted me ha contado sobre Ednam y sus secuaces, son capaces de tergiversar pruebas, malversar dinero, decir alguna mentira para conseguir lo que consideran una verdad mayor. Quizá hayan hecho bien en algunos casos y mal en otros. Tal vez alcanzaron un punto en el que la verdad estaba tan desdibujada que la perdieron de vista por completo. Creyeron lo que querían creer. —Su sonrisa fue amarga—. Igual que Alexander... quizá.

—¿Es posible que Lezant fuese inocente? —preguntó Tellman, costándole pronunciar la frase.

—No lo parece. Pero si lo era, significa que un policía era el culpable y que los demás lo encubrieron. O que allí había alguien más y todos mienten para encubrirlo.

—¿Y Duncannon puso la bomba en Lancaster Gate para llamarnos la atención? ¿Precisamente ahora? El caso Lezant fue hace más de dos años —señaló Tellman—. ¿Por qué no dijo algo en su momento?

—Asegura que lo hizo.

—No consta en los archivos de la comisaría.

Mientras lo dijo, Tellman se dio cuenta de que eso significaba poco, todo seguía siendo posible... o no. También supo antes de que Pitt volviera a hablar que iban a tener que investigar más a fondo, antes de que el caso de Lancaster Gate se resolviera y el caos, la desconfianza y la violencia se abatieran sobre todos ellos.

—Más informes perdidos —dijo Pitt con tristeza—. O ni siquiera redactados. Volveré a hablar con Alexander para que me dé tantos nombres y fechas como pueda. Usted siga con esto.

Cuando Tellman regresó a su comisaría encontró un mensaje que lo instaba a dar parte aquella misma tarde al inspector jefe Bradshaw. No era consciente de haber hecho algo malo y, sin embargo, se dio cuenta de que le sudaban las manos. ¿Qué había pasado por alto? ¿Acaso Bradshaw ya esperaba un resultado?

Era un despacho bonito, elegante, con muebles antiguos, suaves y cómodos tras ser utilizados por generaciones de hombres que ostentaron el mando. Bradshaw, con su pelo liso y su ropa bien cortada, que le caía como solo una chaqueta a medida puede caer, parecía estar situado por nacimiento y educación por encima de las inquietudes del hombre corriente. Ahora bien, ¿lo estaba?

—Buenas tardes, señor —saludó Tellman con cortesía.

—Siéntese, Tellman —respondió Bradshaw, indicando con un ademán una silla de patas esbeltas y con un delicado respaldo de caoba labrada. Su silla era más amplia, con el asiento tapizado en cuero.

Tellman obedeció. Aunque prefería quedarse de pie, uno no discutía con el inspector jefe de la policía.

—Una verdadera lástima, la muerte de Ednam —dijo Bradshaw con gravedad—. Ahora ni siquiera puede defenderse él mismo, pobre hombre. Tenemos que hacer algo con esos rumores que la prensa está empezando a suscitar. ¡Supongo que era inevitable que alguien intentara armar un lío! Whicker me ha dicho que estuvo en ello ayer y anteayer...

No lo había formulado como una pregunta, pero dejó la frase sin terminar, colgada en el aire. Arrugó el rostro con preocupación.

—Sí, señor —contestó Tellman—. Necesito estar en posición de decir que lo he investigado. Si no, tarde o temprano aprovecharán la oportunidad para cebarse. —Dio las gracias en silencio a Pitt por haberlo obligado a hacerlo—. Detesto hacerlo, señor. Es como si pensara que hay algo cierto en ello, pero los chismosos lo tergiversarán si no lo hago.

—Sí, sí, lo sé. —Bradshaw asintió con la cabeza—. Un asunto asqueroso, se mire por donde se mire. Pitt me ha dicho que la Special Branch no tiene pistas, ningún grupo anarquista que puedan señalar, excepto para saber quién vendió la dinamita, pero no acerca de lo que ocurrió después. Esa maldita cosa parece ser que está en venta para Dios sabe quién, una vez que un ladrón se adueña de ella.

—Sí, señor. He estado trabajando con el comandante Pitt. Al parecer la mayor parte de los anarquistas de los que tiene conocimiento tienen coartadas más o menos consistentes.

Bradshaw levantó la vista hacia él.

—¿Está insinuando que existen otros que desconoce? —Su tono de voz fue imposible de interpretar. ¿Esperaba que los hubiera, de modo que pudiera desviar la atención de que era objeto la policía? ¿O temía que los hubiera, y que todos ellos estuvieran expuestos a más violencia, y tal vez peor?

Tellman lo meditó un momento. La lealtad le decía que debía negarlo. ¿Lealtad a quién? ¿A Pitt, con quien había trabajado durante años? ¿O a su propio cuerpo, la policía? Pitt había estado dispuesto a culpar a la policía, y que Tellman supiera, ni siquiera había investigado la competencia y el honor de sus propios hombres.

No, eso era injusto. Tellman no tenía por qué saber si lo había hecho o no. ¿Podía haberlos machacado! Era Alexander Duncannon quien acusaba a la policía de la muerte de Lezant, no la Special Branch.

—Cabe la posibilidad, señor —contestó, todavía sentado muy erguido en la silla de respaldo labrado. Era más bonita que cómoda. Aunque nada le habría hecho estar cómodo en aquella entrevista—. Aunque me parece improbable, señor —agregó.

Bradshaw asintió lentamente, dándole vueltas en la cabeza. Se lo veía abatido, como si algo le preocupara tan profundamente que tuviera dificultad para concentrarse en Tellman.

Tellman comenzó a preocuparse por si existía alguna información que Bradshaw conociera y él no. ¿Podía ser acerca de Pitt? ¿O sobre la policía?

Tellman se fijó en un hueco de la librería, donde había una fotografía de una mujer, más de una década más joven que Bradshaw, quizá incluso dos décadas. ¿Una hija? ¿Su esposa? Seguramente era una foto antigua. El color era tenue, como si estuviera un poco desvaído por haber pasado tiempo expuesta a la luz. La mujer era guapa, de rasgos suaves, con mechones de pelo que se le habían soltado de las horquillas. Era un retrato informal, y estaba sonriendo. Su aire de inocencia resultaba atractivo al instante. Aquella mujer pertenecía a una clase social que él no conocía de primera mano; sin embargo, había algo en ella que despertaba su gentileza. Parecía joven, ajena a lo que podría hacerle daño.

Apartó la mirada. No debería estar mirándola. Era una fotografía muy personal. Un día le gustaría contratar a un fotógrafo realmente bueno para que hiciera un retrato de Gracie, mostrándola igual de contenta y natural. También lo tendría en su escritorio, o en algún otro sitio donde pudiera verlo continuamente.

Bradshaw había dicho algo, y se lo había perdido. Debía prestar atención.

—... Cualquier cosa que tenga sentido —agregó Bradshaw—. Tenemos que dar algo a los periódicos o se inventarán lo que sea. ¿Qué descubrió cuando revisó los informes de Ednam? ¿Quién es ese Anno Domini que me mencionó Pitt, el informante que condujo a los agentes a la casa de Lancaster Gate? ¿Qué fundamento

tenían para creerle? ¿Podemos decir por lo menos esto? ¿Es sospechoso, este informante? Tiene que serlo. ¿Por qué no lo han localizado todavía?

—Estamos investigando, señor, pero nadie del vecindario parece saber quién es.

—¿De modo que ese hombre podría ser cualquiera, posiblemente una grave amenaza política?

De pronto Bradshaw dejó entrever que estaba asustado, como si todo el asunto se hubiese inflado hasta convertirse en un crimen nuevo y mucho más grave.

—No, señor. Pero tampoco es un ladronzuelo o un timador. Y ahora no podemos interrogar a Ednam, pobre hombre. Y todos los otros soplos que este informante ha dado han demostrado ser auténticos.

—¿Para tender una trampa a Ednam? —preguntó Bradshaw con gravedad.

—Tal vez. Por otro lado, es posible que alguien enredara al informante. Señor...

Había conseguido que Bradshaw le prestara atención. Ahora debía continuar, acabar con aquello... o mentir.

—Señor, en la comisaría de Ednam encontré cierto grado de chapucerías, inexactitudes y mentiras para encubrir hurtos menores. —Elegió sus palabras con cuidado—. Bastante violencia innecesaria en las detenciones. Un par de personas empujadas a cambiar sus declaraciones cuando se celebró el juicio, o incluso a retirarlas.

Tomó aire para proseguir, pero cambió de opinión. Ya estaba hablando más de la cuenta. Se sentía torpe en aquella habitación silenciosa donde había una licorera en el aparador con una etiqueta plateada en torno al cuello, y un cenicero para los cigarros.

Bradshaw asintió con la cabeza, mirando a Tellman en todo momento.

—Entiendo. Gracias por la advertencia. Por ahora, inspector Tellman, guárdese para usted. Cuanto más indago en este asunto, peor lo veo. No redacte el informe correspondiente, de momento. Cuénteme lo que vaya descubriendo. Y haría bien en darse prisa. No me andaré con rodeos. Su trabajo depende de lo bien que se las arregle para acallar los rumores. No tendré más alternativa que sustituirlo, si usted no es capaz de hacerlo.

—Sí, señor.

Tellman se levantó y tuvo la impresión de que la habitación se balanceaba a su alrededor. ¡Su trabajo! ¿Cómo iba a ocultarle aquello a Gracie? Se preocuparía de mala manera, aunque hiciera todo lo que pudiera para ocultárselo a él. ¡Y lo haría!

Tenía que reaccionar mejor. Enderezó la espalda y bajó la vista hacia Bradshaw, sentado en su sillón tapizado.

—Tenemos un sospechoso, señor, pero tenemos que estar seguros de que no nos equivocamos de hombre antes de comunicarlo, porque causará bastante revuelo entre ciertas personas. Le daré parte directamente a usted, señor. ¿Me da la venia para retirarme?

—¿Quién es? —preguntó Bradshaw, a pesar de que Tellman hubiese dicho que no iban a divulgar el nombre.

—Tenemos que estar seguros, señor —respondió Tellman. Sostuvo la mirada de Bradshaw sin el menor titubeo.

Finalmente Bradshaw parpadeó y acto seguido sonrió a su pesar.

—Muy bien, espero tener noticias tuyas pronto. Puede retirarse.

—Gracias, señor.

Capítulo 8

Pitt volvió a centrar su atención en las pruebas materiales del atentado con bomba, esperando que la pausa le diera una nueva perspectiva. Se ciñó a lo que era incontrovertible y no admitía interpretaciones alternativas.

—Lo siento, señor —dijo Stoker cuando lo hubieron revisado todo, cada fragmento de edificio, bosquejos y fotografías de lo que quedaba de la casa de Lancaster Gate, y los planos y dibujos de cómo había sido la casa antes del estallido de la bomba.

Releyeron todos los informes de los policías que habían sobrevivido, así como el de los bomberos. Estudiaron por separado los informes médicos de los vivos y los de la autopsia de los fallecidos.

Comprobaron la información que había proporcionado el informante que se hacía llamar Anno Domini, y cotejaron todas las fechas para que no hubiera discrepancias. ¿Era Alexander Duncannon? ¿Intentando de otra manera llamar la atención de la policía? Así se lo parecía a Pitt.

Pudieron seguir el rastro de la dinamita desde la cantera donde la robaron hasta el ladrón y el primer hombre a quien este se la vendió. A partir de ahí desaparecía. «Un anarquista» fue la única descripción que sacaron en claro. Moreno, joven, podía aplicarse a las tres cuartas partes de los anarquistas, nihilistas y fugitivos de la ley rusa y europea de los que tenían conocimiento.

—No es ningún grupo anarquista que conozcamos —dijo Stoker cuando hubieron terminado—. Y estamos tan seguros como pueda estarse de que los conocemos a todos. Incluso he investigado los grupos miliares o paramilitares y a sus arrogantes jóvenes aspirantes a general. No podemos seguir ocultándolo, señor. Tenemos que investigar a Duncannon. Me trae sin cuidado quién es su padre.

Estaba de pie frente a Pitt, los enjutos hombros cuadrados, la mirada directa. Cada ángulo de su cuerpo decía que aquello le desagradaba tanto como a Pitt y, por consiguiente, prefería quitárselo de encima cuanto antes. Si abrigaba alguna esperanza de poder desmentirlo, no lo reflejaba en su semblante.

Ninguno de los dos lo dijo, pero ambos sabían que la ya de por sí delicada relación entre la Special Branch y la policía se vería sometida a demasiada tensión incluso ante la mera insinuación de que los agentes asesinados eran en cierto modo responsables de sus atroces muertes, o de las quemaduras que Bossiney llevaría el resto de su vida o del brazo amputado de Yarcombe. Cualquier investigación se consideraría una difamación contra los lisiados o los fallecidos, y un insulto a todos los agentes que trabajaban a diario para mantener la ley y servir al público.

¿Qué consecuencias tendría para la futura cooperación entre ambas fuerzas, cuando esta era tan importante para la Special Branch? La idea de una fuerza policial con autoridad para registrar el domicilio de un hombre, interrogar a sus criados e incluso a su familia, era relativamente nueva para el público en general y, para algunos, seguía siendo impopular.

Los patriotas, por su parte, aceptaban las actividades de la Special Branch siempre y cuando no molestaran demasiado a la gente y no se entrometieran en los asuntos privados de los ciudadanos. Existía consenso en que siempre había habido espías, reconocidos y tratados con suma discreción, desde los tiempos de la reina Elizabeth y su jefe de espionaje, Walsingham. Era un asunto al que nadie aludía, excepto en privado y con los amigos de mayor confianza. Mejor estar a buenas con quien estuviera al cargo, pues por lo general solía ser un caballero, más o menos.

A veces se entrometían en los asuntos de la policía regular, cuya cooperación necesitaban con mucha frecuencia.

Pitt estaba enojado, mayormente consigo mismo.

—Si investigamos esto, el cuerpo entero se pondrá contra nosotros —señaló, mirando fijamente los papeles esparcidos sobre el escritorio entre ambos.

—¿Piensa que Tellman está equivocado? —preguntó Stoker, enarcando las cejas.

—No —admitió Pitt—. Odia esto incluso más que nosotros.

—Yo no lo odio, señor —contradijo Stoker—. Cualquier policía que piense que es correcto falsificar pruebas, escoger qué mostrará y qué ocultará, mentir, alterar fechas e informes, aceptar dinero si cree que se saldrá con la suya o dar una paliza de muerte a unos cuantos testigos o villanos si está de mal humor es una deshonra para el cuerpo y debería ser expulsado, antes de que contagie a los demás. ¡Si no son mejores que los hombres a los que dan caza, estamos apañados! No me importa que se molesten. Si hubiesen erradicado estas prácticas por su cuenta, ¡ahora no tendríamos que hacerlo nosotros!

Pitt lo miró fríamente un prolongado momento.

—¿Quiere que vengan y nos hagan una inspección?

Stoker se sonrojó ligeramente.

—Esto no es del todo justo, señor. Si usted sorprendiera a cualquiera de nosotros haciendo algo semejante nos acusarían de traición y nos echarían de inmediato. Se trata de un servicio mucho más duro, y usted lo sabe.

—Sí, lo es —concedió Pitt—. Pero los policías tienen que seguir confiando unos en otros. Nadie quiere meterse en ningún tipo de pelea si no confía en el hombre que siempre estará a su lado, guardándole la espalda. —Miró a Stoker a la cara—. De acuerdo, es verdad: acabo de darle otro argumento. Pero aun así esto suscitará un montón de hostilidad. ¡La próxima vez que necesitemos ayuda policial, suerte tendremos de obtenerla!

Stoker abrió sus ojos azules.

—¡Quizá limpiemos su buen nombre, señor!

—¡No sea tan tonto! —le espetó Pitt, detestándose por la situación en la que se había metido, y a Stoker por su manera de percibirla. Incluso estaba molesto con Tellman por preocuparse tanto y aun así no haber perseguido a Ednam y sus hombres—. Tengo que saber más cosas, con pruebas fehacientes, antes de enfrentarlos a esto. Ojalá hubiera alguna escapatoria, pero no la hay.

Pitt necesitaba hablar de aquel asunto con alguien que entendiera los perjuicios que podía entrañar, tanto si hacía lo que Stoker sugería —y le constaba que debía hacerlo— como si no. Había aprendido tiempo atrás lo que una buena discusión sincera podía lograr. Como mínimo lo obligaría a defender su decisión, y a ver los errores antes de que fuese demasiado tarde.

En el pasado, en los casos de homicidios corrientes entre civiles, había comentado sus dudas con Charlotte, pero esto era diferente. Solo había una persona que lo entendería a la perfección y estaría dispuesta a contrarrestar su parecer con tanta razón como pasión, y esa persona era Victor Narraway. Era incluso posible que se hubiese enfrentado a una decisión similar, aunque Pitt había revisado los archivos de los años en que Narraway estuvo al mando y no encontró nada comparable.

Ahora bien, él mismo había evitado dejar notas escritas. No era un asunto que deseara tener en un papel. Tal vez Narraway había obrado de igual manera.

Vespasia estaba fuera cuando Pitt visitó su casa. Solo faltaban tres días para Navidad, pero aquel fue el primer recordatorio de la alegría de las fiestas en el que reparó. Había un árbol en el recibidor, decorado con bolas de colores y espumillón dorado. Delicados ángeles de hilos de vidrio colgaban de las ramas superiores, y sus sutiles alas parecían atrapar y retener la luz.

En la sala de estar, Narraway sirvió a Pitt una copita de coñac, ignorando sus protestas, y ambos se sentaron junto al fuego, oliendo la ligera fragancia que desprendía la madera de manzano al arder. Había una fuente de pastelillos de carne calientes sobre una mesa auxiliar.

Pitt explicó la situación y observó como el rostro de Narraway se iba poniendo más serio cada vez.

—¿Vas a empezar a escarbar en el juicio de Dylan Lezant mañana mismo? —preguntó Narraway finalmente—. ¿El momento es intencionado o simplemente inevitable?

—Me encantaría poder evitarlo —contestó Pitt, atribulado—. Pero no veo cómo hacerlo.

—¿Qué esperas de mí?

—Un análisis de las consecuencias políticas —respondió Pitt de inmediato—. Y cualquier consejo que puedas darme sobre cómo es mejor que lo aborde. ¿Qué

procedimiento utilizo si existen pruebas pero necesito retenerlas?

La luz del fuego acentuaba las sombras del rostro sombrío de Narraway, su expresión concentrada.

Narraway tardó varios minutos en responder. En la sala no había más sonido que el resoplido de las llamas en la chimenea. Desde algún lugar de la calle, más allá de la ventana y las cortinas, llegaban las voces de alguien que cantaba villancicos.

Pitt se fijó en que la sala había adquirido un aire mucho más masculino desde que Narraway se había mudado allí. Los cuadros de Vespasia seguían colgados en la pared, escenas de su juventud y de generaciones anteriores. Pero también había algunos de los carboncillos de árboles desnudos favoritos de Narraway. El contraste era absoluto, y, sin embargo, se realzaban mutuamente. Completaba la sensación de equilibrio que reinaba en la estancia, y a Pitt le gustó. Lo habría dicho en voz alta, pero no era momento para hacer tales comentarios.

Un tronco se asentó en el hogar, levantando una lluvia de chispas. Narraway se agachó y cogió otro que puso encima de los demás. Las llamas se avivaron enseguida para consumirlo.

—Si lo que dice Tellman es verdad —dijo por fin—, tendrás que empezar de inmediato. Y Tellman es un buen agente. Creo que no diría algo semejante si pudiera evitarlo. Supongo que no tiene historias pendientes con Ednam o cualquiera de los otros. No, ya me lo figuraba. Tienes que descubrir si solo se trata de malas prácticas en esa comisaría, actos menores de corrupción por los que se pueda amonestar a los agentes, tal vez deshacerse de los peores... aunque, Dios nos asista, más bien parece que el joven Duncannon ya lo ha hecho por ti.

—Como es lógico, Tellman no está contento, precisamente —agregó Pitt—. Podría pensar en un argumento de peso para abordarlo con tanta discreción como sea posible, con una versión aceptable para el público, si estamos seguros de que no hay nada más que lo que Tellman descubrió. Pero si guarda alguna relación con el tiroteo por el que ahorcaron a Lezant, no podremos dejarlo correr. Para empezar, Duncannon reabrirá el caso, hagamos lo que hagamos nosotros a una escala menor.

—¡Si es que es Duncannon! —señaló Narraway—. Lo mejor será hacer averiguaciones sobre Ednam y sus hombres por un lado y sobre Lezant por otro. Junta las investigaciones si es preciso. Supongo que habéis recogido pruebas en el escenario del crimen con un peine de dientes finos.

—Por supuesto. No hay nada concluyente.

—¿Y ese tal Anno Domini? —Narraway sonrió con ironía—. ¿Crees que es Alexander Duncannon?

—Es imposible estar seguro —respondió Pitt—, pero creo que sí, y tengo que investigar su historia sobre Lezant.

—Yo tampoco veo otra salida —dijo Narraway con tristeza—. Pero el coste podría ser alto, y me parece que lo será mucho. Por lo que más quieras, Pitt, ten cuidado. No sabéis hasta dónde llega esto.

Pitt sintió que se le hacía un nudo en el estómago, como un cubito de hielo. Nuevas posibilidades tomaron forma en su imaginación: corrupción más profunda que meramente la de Ednam y sus hombres.

Narraway lo estaba observando con atención.

—Tienes que estar preparado para lo peor. Esto puede llegar muy hondo. Si Alexander realmente cree que su amigo era inocente...

—Lo cree —interrumpió Pitt. Era prácticamente la única cosa de la que estaba seguro. Que estuviera perdiendo la cordura, confundido, cegado por el amor o el odio, embotado por el dolor o el opio que lo mitigaba, con independencia de cómo hubiese empezado, de lo que recordaba o de lo que se había inventado, Alexander ahora creía que Dylan Lezant había sido inocente—. Con razón o sin ella, lo cree —repitió.

—Pues entonces prepárate para lo que eso significa —le advirtió Narraway.

—Es posible que lleve razón —convino Pitt con brusquedad—. ¡Lo sé perfectamente!

—No es solo eso. —La expresión de Narraway era sombría—. Significa que unos policías mintieron bajo juramento para conseguir que declarasen culpable y ahorcaran a Lezant. No se trata solo de un asesinato premeditado y particularmente horrible, es una deformación de la justicia que afecta a todos los habitantes de Inglaterra. La ley es la salvaguarda de todos nosotros, del propio sistema. Quienes atentan contra ella tienen que ser identificados y castigados. Supongo que no tengo que explicarte el meollo de todo esto.

—¡No, en absoluto!

Pitt percibió la aspereza de su propia voz y la lamentó, pero le había molestado que Narraway le hablara como si no lo entendiera.

—El caso Lezant fue hace un par de años —prosiguió Narraway.

Por un instante Pitt pensó que se estaba refiriendo a que entonces el jefe de la Special Branch era el propio Narraway, no Pitt. ¿Acaso suponía alguna diferencia? ¿Estaba diciéndole, indirectamente, que se había enterado de algo al respecto?

—¿La Special Branch estuvo implicada? —preguntó Pitt de pronto. ¿Acaso aquello era más turbio de lo que había pensado? ¿Qué podía concernir a la Special Branch para que Narraway fuese cómplice de tamaño error judicial? ¿Qué podía ser tan importante para pervertir la justicia a fin de ahorcar a un inocente? ¿Quién había sido Dylan Lezant para que hubieran acabado con él de semejante manera?

—¡No, diantre, por supuesto que no! —Narraway lo miraba con incredulidad—. Pero si Alexander Duncannon siempre creyó que Lezant era inocente, tienes que saber por qué, así como a quién consideraba culpable. ¿Tan trastornado está que no tenía más que sus propios sentimientos para pensarlo? Si eso es verdad, ¿por qué su padre no lo encerró? ¿O es que Godfrey no sabe lo que está ocurriendo? ¿Se lo ha explicado Alexander o no? ¿Cuán mala es la relación entre ellos? ¿Y por qué? ¿Qué sabe la madre y qué hizo al respecto, si es que hizo algo?

—Probablemente nada —dijo Pitt a media voz—. Hay que contar con su lealtad hacia su marido, también...

Intentó imaginar el conflicto. ¿Qué habría hecho Charlotte? Sabía la respuesta a eso: se le habría enfrentado con la cuestión y le habría exigido una respuesta; que renunciara al cargo, si era preciso.

¿Y qué habría hecho él? ¿Anteponer su familia a su carrera? Sí. ¿Y si un miembro de su familia, su hijo, hubiese actuado mal? Entonces la respuesta habría tenido que ser diferente. No vendías tu propio honor a ninguna causa, o te quedabas sin nada que dar a nadie. ¿Era eso en lo que estaba pensando Narraway?

De repente un silencio atronador se adueñó de la estancia.

—Piensa bien antes de actuar, Pitt —advirtió Narraway—. Alexander ha tenido dos años en los que intentar que alguien le escuchara. Poner una bomba que mató a tres policías e hirió gravemente a otros dos es el último recurso, incluso para un hombre desesperado que sufre un desequilibrio emocional. Lo conociste y te cayó bien. ¿Estaba loco de atar?

—No... al menos no me lo pareció...

—Le escuchaste. Creíste que era sincero aunque estuviera equivocado —prosiguió Narraway en voz baja—. ¿Con quién más habló que estuviera en posición de ayudarlo, y a quién creyeron? ¿Qué hicieron? No suscitaron escándalo alguno y, desde luego, no detuvieron a Ednam ni a nadie más. ¡Más te vale estar bien seguro de por qué no lo hicieron!

Por un momento Pitt pensó que Narraway quería decir que la acusación era del todo infundada, y que Pitt haría el ridículo. Entonces reparó en la sombría expresión de Narraway y se dio cuenta de que era algo mucho peor que aquello. Quería decir que los cargos eran ciertos, y que alguien se había asegurado de que permanecerán tapados. Alguien muy por encima de Ednam era cómplice de un asesinato atroz, y reaccionaría con contundencia, tal vez con violencia, ante el intento de Pitt de desenmascararlos a todos, desde el agente más novato implicado hasta los rangos superiores, quizá incluso hasta el mismísimo gobierno.

Tragó saliva con dificultad. Tenía la garganta tensa. ¿Qué demonios lo había llevado a aceptar aquel empleo? No era adecuado para desempeñarlo, le faltaba preparación. Las decisiones tenían demasiado alcance y calado. Carecía de la experiencia y los contactos necesarios para salir bien librado. Se había granjeado enemigos que estarían la mar de contentos si le vieran caer en desgracia.

—No puedo dejarlo correr.

En cuanto estas palabras salieron de su boca se dio cuenta de que acababa de hacer exactamente lo que había creído que no haría. Había antepuesto su trabajo a su familia. Si acababan con él, ¿cómo sobrevivirían?

Pero si se echara atrás porque tenía miedo, si fuese cómplice de encubrir la verdad sobre Dylan Lezant, ¿cómo iba a sobrevivir él? Charlotte seguramente le sería leal. El amor sobreviviría, pero el respeto se convertiría en compasión. El equilibrio

de su relación cambiaría por completo. Y se detestaría a sí mismo.

Montó en cólera contra Ednam o quienquiera que fuese el responsable. ¿Cómo osaban crear una corrupción que iba a ahogarlos a todos ellos en su corriente venenosa?

—No puedo dejarlo correr —repitió, pero esta vez con la voz casi estrangulada.

—Me consta —respondió Narraway gentilmente—. Yo tampoco, ahora que estoy enterado. Pero, por Dios, ¡ten cuidado! Averigua cuanto puedas sobre lo que tienes entre manos antes de levantar la tapa, aunque tengas que mentir en cuanto a qué estás investigando y por qué.

Pitt no contestó. La enormidad del asunto lo abrumaba. Era como una oscura tormenta en el horizonte corriendo hacia él. Ya sentía el cosquilleo de las primeras rachas de viento; las primeras agujas de hielo empezaron a escocerle.

Durmió mal a pesar de estar exhausto. Sus sueños estuvieron llenos de callejones oscuros que no llevaban a ninguna parte, puertas cerradas, senderos entre la hierba que se desmenuzaban bajo sus pies.

Le alegró levantarse temprano y tomar un desayuno rápido. La sirvienta que había reemplazado a Gracie, Minnie Maude, ya estaba atareada, sacando las cenizas del horno y apilando más carbón. Se le daba bien el manejo del fogón, y el agua estuvo hirviendo en cuestión de minutos.

Se había acostumbrado a la manera de ser de Pitt y a sus extraños horarios, y le preparó el té y la tostada sin sorprenderse en absoluto. Se ofreció a cocinar algo más consistente, pero Pitt declinó el ofrecimiento. El pan estaba recién hecho y le hizo una tostada crujiente, como a él le gustaban. Había mermelada nueva, agria, realmente fuerte, casi aromática. Era un buen modo de comenzar un día frío y desapacible. Faltaban dos días para Navidad. Ese día se lo tomaría libre. Hacía algún tiempo que había escogido un regalo para Charlotte; una preocupación menos. También había convenido con ella regalar conjuntamente algo especial a Jemima y Daniel. Charlotte compraría, envolvería y repartiría regalos a todas las personas a las que solían hacerles presentes. Aunque tal vez debería recordarle que también comprara algo bonito para Minnie Maude. ¿O ya se le habría ocurrido?

Terminó de desayunar, dio las gracias a Minnie Maude y recogió el abrigo y la bufanda del perchero del recibidor. Salió a la calle y cerró la puerta sin hacer ruido, después se encaró al viento y se echó a caminar hacia Russell Square. Allí tomaría un coche de punto hasta la Oficina de Registros Públicos y empezaría por revisar las actas del juicio de Dylan Lezant. Las leería con detenimiento, tomando nota de quién lo había presidido, quién había llevado la acusación y quién la defensa. También tomaría debida nota de todos los testigos y sus declaraciones. Se plantearía ir en busca de Alexander Duncannon y preguntarle con quién había consultado en su intento para que se le hiciera justicia a Lezant, pero esa decisión la dejaría para más

adelante. Con la Navidad tan cerca, mucha gente ya se había marchado de la ciudad, y nadie estaría para rememorar un caso antiguo que además era desagradable, trágico y que, desde hacía tiempo, se consideraba cerrado.

Ya era media tarde para cuando Pitt hubo leído y anotado todo lo que se había propuesto averiguar. Leer las transcripciones del juicio era una tarea larga y penosa, pero acabó tan absorto en ella que cuando finalmente llegó al final y se levantó, tenía la espalda entumecida. El cuello también le dolía, y se dio cuenta de que tenía la boca tan seca como el polvo que levantaba cuando devolvía los legajos al sitio donde los había encontrado.

—Gracias —dijo al archivero mientras salía.

—No hay de qué, señor —le contestó, empujándose las gafas hasta el puente de la nariz. Le volvieron a resbalar en el acto.

Pitt dio media vuelta.

—Ah... por cierto, ¿sabe si alguien más ha consultado estas actas recientemente?

—No, señor. Y lo sabría. Nadie las ha pedido desde hace casi dos años.

—¿Sabría usted el nombre de quien las hubiese leído? —De repente Pitt deseó que no se supiera que las había consultado, y menos que había tomado notas de las transcripciones—. ¿Quién se las llevó?

—Nada de llevárselas, señor, solo se leen y se devuelven a su sitio. No pueden salir del archivo.

Pitt había mostrado su identificación al solicitarlas. El archivero habría leído su nombre, además de su rango.

—¿Recuerda quién las consultó?

—No, señor. Lo siento.

—Le estaría muy agradecido si también fuese tan olvidadizo con mi nombre, por favor.

—Sí, señor. —El archivero estaba perplejo—. Si es lo que usted quiere...

—Es lo que quiero, señor... —Se esforzó en recordar el nombre que le había dado al llegar— señor Parkins. Gracias.

El archivero palideció, pero no dijo nada más.

Cuando por fin Pitt llegó a Lisson Grove había un mensaje aguardándolo para que fuese a ver al inspector jefe Bradshaw lo antes posible.

—Parecía un poco alterado, señor —le dijo Dawlish con media sonrisa—. Supongo que quiere largarse por Navidad.

Pitt no tuvo que preguntar el motivo.

—Gracias —respondió, por mera urbanidad.

En el coche de punto que lo llevaba de regreso al centro de la ciudad reflexionó qué iba a decirle a Bradshaw. Era a sus hombres a quien Pitt estaba investigando. La cortesía dictaba que debía informarlo sobre sus intenciones, pero al mismo tiempo

sería poco prudente hacerlo. Bradshaw se ofendería y quizá se preocuparía más de lo que demostrase. Que pasara la Navidad tan bien como pudiera en lugar de quedarse allí, sumido en preocupaciones por cosas que no podía cambiar ni poner a resguardo.

Encontró a Bradshaw impaciente, caminando de un lado a otro de la habitación. El fuego era apenas un rescoldo en la chimenea, pero el despacho todavía estaba caldeado y era fácil ignorar la lluvia que salpicaba contra la ventana.

Bradshaw apenas observó las formalidades.

—Gracias por venir —dijo bruscamente—. Qué noche de perros. Antes de marcharme, quiero saber exactamente qué es lo que anda investigando en relación con los agentes que murieron en Lancaster Gate. ¿Cree que los archivos de casos anteriores revelarán algo útil? ¿Como qué, por ejemplo?

Pitt estaba preparado.

—La identidad de Anno Domini, el nombre que usaba su informante, señor. Es posible que esos hombres en concreto estuvieran allí por pura casualidad y no tuvieran nada que ver con el hecho de que los hubiera informado antes, de modo que se lo tomaran en serio...

—¡Hasta ahí hemos llegado todos, Pitt! —dijo Bradshaw con impaciencia—. ¡Para eso no era necesario que pusiera a alguien a investigar los archivos de la comisaría!

Pitt hizo caso omiso de su interrupción.

—También es posible que este informante los escogiera intencionadamente, siendo su blanco desde el principio.

Bradshaw levantó la cabeza de golpe.

—¿Por qué? ¿Qué está insinuando?

—Que tenía cuentas pendientes con uno o con todos ellos, y que el móvil no es la anarquía, sino el deseo de vengarse por algo que ocurrió, o que él cree que ocurrió.

Bradshaw palideció, y de súbito se le vio muy cansado.

—¿Qué le ronda la cabeza? Casi todos los delincuentes se ofenden cuando los detienen. La culpa siempre es de otro, no suya. Un hombre sorprendido robando culpará al hombre que lo arresta, no a sí mismo por cometer el delito. ¿Pasó usted veinte años en la policía con los ojos cerrados y las orejas tapadas?

—No, señor. Pero tampoco tuve que investigar un atentado con bomba y el asesinato de tres agentes, con otros dos gravemente heridos, como venganza.

Bradshaw se sentó pesadamente tras su escritorio. Parecía que lo hubiese dejado aturdido un puñetazo al final de un largo combate. Dejó que Pitt se sentara o permaneciera de pie según quisiera.

Pitt sintió una punzada de lástima por él, pero no podía evitar decirle al menos una parte de la verdad. No hacerlo ahora resultaría insultante. Miró detrás de Bradshaw la fotografía enmarcada de una mujer encantadora y delicada que había en un hueco de la estantería.

Bradshaw se percató en el acto.

—Mi esposa —dijo, como si la explicación fuese necesaria.

—Es guapa —respondió Pitt, con bastante sinceridad.

—Sí... —Había pesar en la voz de Bradshaw—. Esa fotografía la capta a la perfección. Es... es de hace unos años.

¿Había fallecido? Pitt no podía preguntarlo. En cualquier caso resultaría impertinente. Ahora, la víspera de Navidad, sería aún más doloroso.

—No, señor —contestó a la pregunta de antes—. Me consta que los hombres cometen errores, y que los ladronzuelos, los desfalcadores, los hombres que no controlan sus puños ni su temperamento suelen culpar a otros de sus infortunios, ya sea a los policías o a las víctimas a las que agreden y roban. Para empezar, busco algún incidente que relacione a los agentes que fueron a Lancaster Gate.

—¿Qué ha averiguado?

—Fue mi enlace con la policía quien descubrió una serie de errores más abundantes de lo habitual. Casi todos estaban muy bien encubiertos, mayormente por parte de Ednam.

Bradshaw se puso todavía más pálido.

—¿Está muerto, Pitt! ¿Realmente tiene sentido remover esto ahora? No está aquí para defenderse o explicar lo que en verdad sucedió. A su viuda le queda poco más que su profunda pena esta Navidad, que encima pasará sola. ¿Realmente servirá de algo?

—Ya están circulando rumores, señor —señaló Pitt—. En los periódicos, las revistas, las tertulias de los clubs y los bares de toda la ciudad. ¿Es corrupta la policía? ¿Estamos plagados de anarquistas, nihilistas, hombres con bombas acechando para hacernos saltar por los aires cualquier día o cualquier noche? ¿Dónde tendrá lugar la próxima explosión? ¿En una casa, una iglesia, una tienda, un tren? ¿Podrá detenerlos la policía? ¿Puede hacerlo alguien más? ¿O es que la policía forma parte de ello? ¿Acaso cada hombre tiene que velar por...?

—¿De acuerdo! —espetó Bradshaw—. ¡Leo tan bien como usted! Sé lo que dice la opinión pública y lo que publican casi todos los periódicos. Y me consta lo puñeteramente peligroso que es, y que no podemos hacer nada al respecto. Si no vamos con cuidado, tendremos a la mitad de los ciudadanos tomando las armas para hacer cumplir la ley que más les convenga. Será el caos. ¿Se le ha ocurrido pensar que esto podría ser exactamente lo que una potencia extranjera podría desear? ¿O resulta demasiado horrible pensarlo, y por eso intenta conseguir que este asunto parezca atañer a una sola comisaría, para así ponerle punto final?

—¿Está seguro de que es una sola? —replicó Pitt—. Me encantaría pensar que todo fue cosa de Ednam y sus hombres. Pero cerrar los ojos a cualquier otra posibilidad es precisamente lo que permite que sucedan estas cosas.

Bradshaw hizo ademán de ir a levantarse, pero entonces miró el rostro de Pitt, y la rigidez de su cuerpo, listo para refrenarlo por la fuerza, si era necesario. Se dejó caer de nuevo en el asiento.

—Tenemos que poder confiar en la policía —dijo Pitt con suma gravedad—. No solo debemos librarnos de los hombres dudosos, debemos demostrar al público que lo hemos hecho y seguiremos haciéndolo.

—¿Culpando a Ednam de su propia muerte?

—Descubriendo quién es Anno Domini, y si él puso la bomba en la casa de Lancaster Gate, y si lo hizo, por qué.

—¿Tiene la más remota idea de quién es?

—Sí. Y si llevo razón, también sé por qué. Lo siento, señor, pero si es como pienso, esto se va a poner muy feo. Lo único peor sería dejarlo correr. Si llevo razón, el hombre que lo hizo, lo hizo para llamar la atención sobre una injusticia terrible. Si lo abordamos, podremos ponerle fin. Si no, seguirá poniendo bombas hasta que lo hagamos. No voy a ser responsable de eso, y me figuro que usted tampoco tiene ganas de serlo.

Bradshaw suspiró pesadamente.

—Espero que sepa qué demonios está haciendo.

Pitt también lo esperaba. No quería que Bradshaw supiera ni de lejos lo mucho que lo espantaba tener que concluir aquel caso, pero no había escapatoria. En cuanto Alexander Duncannon detonó aquella bomba en Lancaster Gate, el rumbo quedó fijado.

Pitt llegó a casa cansado, mojado y con mucho frío. Tuvo que hacer un esfuerzo para sentarse a la mesa y unirse al parloteo de su familia. El día siguiente era Nochebuena. El otro se reunirían con Emily, Jack y sus hijos.

Daniel puso su cara de exagerada paciencia y se aseguró de que todos se fijaran. Antes de que les hubieran servido el postre, Jemima le había tomado el pelo a propósito de la hermana de un amigo suyo, y Pitt se desconcertó al ver lo vulnerable que era Daniel. Sus hijos se estaban haciendo mayores.

Se fue relajando un poco a medida que la buena cena restableció su sensación de bienestar, y dejó de tener frío. De pronto, por un instante pensó en las viudas de los agentes asesinados en el atentado, y se preguntó si había algo que pudiera aliviar la terrible aflicción que reinaría en su Navidad. Tal vez el único regalo que merecía la pena sería saber que eran inocentes, pero no estaba seguro de poder ofrecérselo.

Los niños estaban arriba, entretenidos con sus cosas, correteando de aquí para allá, y pidiendo de vez en cuando a Charlotte más cintas o más papel. Estaba arriba atendiendo una de estas demandas cuando sonó el timbre. Pitt fue a abrir.

Encontró a Jack Radley en el umbral. Pese a que había venido en un carruaje que aguardaba junto al bordillo, las hombreras de su elegante abrigo estaban empapadas de lluvia.

—Adelante —le invitó Pitt, retirándose para abrir la puerta del todo—. ¿Tu conductor estará bien ahí fuera?

—Le he sugerido que entrara por la cocina. Espero que no te importe —contestó Jack, chorreando sobre la alfombra del recibidor—. Aunque no me quedará mucho rato... espero.

—Mándalo por la puerta de atrás mientras pido a Charlotte que le prepare una taza de té o, mejor aún, de cacao —le ordenó Pitt.

Jack obedeció. Pitt subió la escalera de dos en dos para avisar a Charlotte. Cinco minutos después ya estaba todo listo. Pitt se sentó en su sillón de costumbre mientras que Jack se quedó de pie, de espaldas a la chimenea, para entrar en calor.

—Naturalmente, vendréis a comer el día de Navidad —observó Jack—, pero quería hablar contigo en privado.

—¿Qué ocurre, Jack? —preguntó Pitt, con un escalofrío de aprensión.

Jack encogió un poco los hombros, moviéndolos apenas. Su porte era gallardo, pero en absoluto relajado. Tenía todo el cuerpo tenso como las cuerdas de un violín.

—Puedes parar esta investigación tres días como mínimo, ¿verdad?

Pareció ir a agregar algo más, pero cambió de parecer.

—¿Esto es lo que querías saber? —preguntó Pitt con curiosidad.

Jack por fin lo miró a la cara.

—Sí, así es. Este contrato es mucho más importante de lo que puedo contarte. Vale una suma inmensa de dinero, empleos para más de tres mil hombres, buenos empleos que significarán la renovación de una amplia parte de la industria, y más dentro de pocos años. Maravilloso para importar y exportar a cualquier lugar. Solo pido que detengas esta investigación hasta que esté firmado.

—¿Qué relación tiene con un posible caso de corrupción policial? —preguntó Pitt. Se inclinó hacia delante en el sillón; ya no era posible seguir relajado.

—¡Nada! —Jack avanzó desde la chimenea hasta el centro de la sala, todavía demasiado tenso para sentarse—. Dudo que la corrupción policial venga al caso, pero no estoy seguro. No tengo la menor idea de lo que sucedió, solo sé que Alexander Duncannon es un joven muy trastornado que tiene falsas ilusiones sobre la culpabilidad o la inocencia de su amigo. El miedo a lo que pueda haber hecho está sacando de quicio a Godfrey. Thomas, este contrato ayudará a mejorar las condiciones de vida de miles de personas, sus familias y sus ciudades. No lo pongas en peligro por unos pocos días.

Pitt miró a Jack a la cara, que reflejaba la seriedad con la que lo pedía. Pitt estaba al tanto de la magnitud del contrato, y podía imaginar las esperanzas que estaban depositadas en él. Él mismo había tenido que enfrentarse al desempleo, haciendo pasar frío, miedo y hambre a su familia, e incluso sin casa, cuando lo expulsaron de la policía por una equivocación que no fue directamente culpa suya. El traslado a la Special Branch fue lo que lo salvó.

Jack debió de leerle el pensamiento. Tal vez también lo recordara. Emily sin duda se habría dado cuenta y lo habría entendido.

—Esta injusticia ha aguantado dos años —dijo Jack—. Dejemos que aguarde

hasta Año Nuevo. No vayas despertando fantasmas justo antes de Navidad. Si hay algo que descubrir, seguirá estando ahí dentro de cuatro o cinco días. Ednam, Dios lo asista, no va a hacer más daño.

—Tengo que resolver el caso —le advirtió Pitt—. No va a desaparecer por arte de magia. Es posible que Ednam y sus hombres hayan mandado a un inocente a la horca.

—¿Realmente es probable? —Jack enarcó las cejas—. Alexander es bastante majo, pero, por Dios, Thomas, ¡es adicto al opio! Lo es desde que tuvo ese aciago accidente y se lo administraron para combatir el dolor. Ahora poco puede hacer al respecto, ¡pero hay veces en las que se vuelve completamente loco! Francamente, ve y oye cosas que no existen. Pregunta a cualquier médico: la adicción al opio es terrible. En mi opinión, acabará por matarlo.

Pitt no contestó. ¿En verdad era aquello lo que había detrás de los actos de Alexander? ¿La lealtad ciega de un adicto al opio, la culpa porque escapó empujándolo a intentar excusar a su amigo? No sería difícil creerlo.

—Dylan Lezant estaba en las mismas —prosiguió Jack, percibiendo las dudas de Pitt—. Otro joven adicto sin remedio, hundiéndose cada vez más en una vida de depravación. Godfrey dice que pasó por periodos de delirios y alucinaciones, estando espantosamente enfermo, empapado en sudor. Y después cometía cualquier acto desesperado a fin de conseguir dinero para comprar opio, y entonces, al menos para el observador poco atento, volver a estar perfectamente bien. Me temo que no cuesta mucho creer que si había opio de por medio, y la policía sostiene que interceptó una venta ilegal, es posible que sus ansias lo llevaran a matar si pensaba que iban a negarle su dosis de opio, cosa que lógicamente harían.

Tal como decía Jack, resultaba fácil creerlo. De hecho, tenía más sentido que todo lo demás. ¿Por qué Pitt había escuchado a Alexander con tantas ganas de creerle? ¿Por lástima? ¿Había estado contemplando a un joven que parecía no encajar en ninguna parte, afligido por un dolor físico que no había producido él mismo, aunque eso fuese irrelevante? ¿O era el sufrimiento emocional de Alexander lo que había visto, el trauma de encontrarse entre dos mundos, ninguno de los cuales lo aceptaba? El propio Pitt podría haber acabado en aquella tierra de nadie cuando condenaron a su padre y lo exiliaron a Australia.

La amargura de Pitt podría haberlo consumido en aquella ocasión, y podría haber recurrido al robo y la violencia, creyendo que la justicia no existía. Hubo veces en las que parecía que esto fuese verdad. Lo que salvó el punto de vista de Pitt fue que Arthur Desmond lo hubiese llevado al aula de su propio hijo para estimularlo, para que fuese su amigo y competidor. Por eso había ingresado en la policía: para hacer justicia a otros que habían pasado por lo mismo que su familia.

Sin embargo, creía que el sufrimiento de Alexander era más físico que emocional, al menos al principio.

—Que Alexander esté totalmente engañado sobre lo que realmente ocurrió aquella noche no significa que él no lo crea —señaló Pitt—. Y si lo creyó y sus

protestas nunca se tomaron en serio, al menos en su opinión, podía seguir guardando rencor contra Ednam y sus hombres. Tengo que investigar ese supuesto, Jack. No puedo dejarlo correr.

—Sigue otra vía de investigación, por ahora —arguyó Jack, y vio que Pitt estaba conmovido—. Por favor. Solo por Navidad. El contrato se firmará dentro de pocos días.

Pitt titubeó.

—La construcción de un puerto franco en China valdrá tanto como el rescate de un rey para Gran Bretaña, si nos conceden el usufructo —dijo Jack con apremio—. ¡Esto es lo que hay, Thomas! Moralmente será una reparación a los chinos por las equivocaciones de las guerras del opio, ¡y Dios sabe bien que fueron un craso error! —Prosiguió con más entusiasmo, el rostro encendido—. Por eso Abercorn está dispuesto a trabajar con Godfrey Duncannon a pesar de que lo detesta. No sé el motivo, pero poco importa. Abercorn tiene grandísimos intereses en China, y Godfrey tiene el peso político y diplomático para llevar a cabo esta operación. Por favor... ¡no hagas algo que pueda arruinar a Godfrey, solo por unos días!

—Hasta después de Navidad —concedió Pitt.

—¡Gracias!

Jack le tendió la mano y estrechó la de Pitt con tanta fuerza que por un momento Pitt tuvo que concentrarse para no hacer una mueca de dolor.

Cuando Jack se hubo ido, Charlotte regresó a la sala de estar, habiendo dado al cochero un tazón de té caliente con un chorrito de *whisky* y dos buenas empanadillas de carne.

Miró el semblante de Pitt y se percató al mismo tiempo de su alivio y de un rastro de inquietud.

—¿Y bien? —preguntó.

—¿Emily te ha contado algo sobre ese contrato en el que Jack está trabajando con Godfrey Duncannon?

—Sí —contestó precavida, aguardando a que se explicara—. ¿Por qué? ¿Ha venido por eso?

—Sí. Entiendo que sea muy importante para él, para Gran Bretaña. Pero no puedo desentenderme de todo...

Charlotte lo miró muy seria, pero no preguntó.

—No puedo dejarlo correr —dijo Pitt en voz baja—. Si Alexander es culpable del atentado es porque, en su opinión, la policía estaba corrompida hasta tal punto que mintió deliberadamente y fabricó pruebas. Declararon bajo juramento que Dylan Lezant era culpable de asesinato, ¡enviando a la horca a un hombre inocente! Así pues, ¿de qué es culpable Alexander exactamente? ¿De tomarse la ley por su mano, cuando la ley de su país le había fallado de semejante manera?

Charlotte no respondió, pero la pena que reflejaba su rostro era respuesta suficiente.

—¿Quién más haría algo así, si se demuestra? —prosiguió Pitt—. ¿Quién ayudará a la policía, dándoles simples informaciones? ¿Quién acudirá a ellos cuando tenga problemas o alguien lo agrede? —Negó con la cabeza—. ¿Es una mera acumulación de acontecimientos, una especie de séptima ola? ¿Coincidencia? ¿O hay algún poder en la sombra, anarquista, nihilista o de otro país que intenta derribarnos para hacerse con el poder militar o industrial? Esto es real, Charlotte, y mucho más peligroso que un ataque contra un puesto de avanzada del Imperio, o incluso en el mar. Está en el corazón, como una enfermedad que se extiende, y las enfermedades pueden matar.

—Lo entiendo —dijo Charlotte en voz baja por fin—. Pero ¿no puedes advertir a Jack, por lo menos?

—Sabe que estoy preocupado y por qué —le contestó Pitt—. Lo único que me ha pedido es que aguarde hasta que se haya firmado el contrato. Cuestión de días.

Charlotte sonrió, pero sin dar muestras de verdadero alivio.

—Es tarde. Creo que deberíamos acostarnos. Mañana es Nochebuena y hay mucho que hacer, aunque por Navidad vayamos a casa de Jack y Emily.

Poco antes del amanecer, el ruido de alguien que llamaba con fuerza e insistencia a la puerta despertó a Pitt. Había dormido hasta más tarde de lo que había previsto. Se despertó y levantó, tiritando en el dormitorio que se había enfriado durante la noche.

El ruido de la puerta había cesado. Sin duda había abierto Charlotte. Pitt tuvo tiempo de vestirse deprisa, poniéndose ropa interior de abrigo y pantalones gruesos. Se lavó la cara. No se afeitó. Quería saber quién era y qué había ocurrido. Nadie se atrevería a molestarlo en Nochebuena, a aquellas horas, si no fuese por un asunto grave.

Bajó la escalera deprisa y en calcetines, con el pelo todavía revuelto.

Stoker estaba en el recibidor, los ojos hundidos, la tez blanca. No aguardó a que le preguntaran.

—Ha habido otro atentado con bomba, señor —dijo muy serio—. También cerca de Lancaster Gate. Otra casa vacía. Esta vez no hay heridos, pero se ha armado una buena. Lo último que sé es que el edificio todavía está ardiendo.

Pitt se paró en seco en el penúltimo escalón.

Charlotte también estaba presente en el recibidor.

—Aféitate —dijo en voz muy baja a Pitt—. Serviré al señor Stoker una taza de té. —Se volvió hacia Stoker—. ¿Ha comido algo esta mañana?

—No, señora, pero...

Charlotte no le dejó terminar.

—Le prepararé unas tostadas. Puede comer tranquilamente mientras él termina de arreglarse. Venga conmigo.

Stoker no discutió. Temblaba de frío, y también por la perspectiva de aquella nueva pesadilla. Daba la impresión de llevar horas levantado, aunque su fatiga visible

probablemente se debía al agotamiento causado por demasiadas jornadas largas y noches cortas.

Pitt se afeitó demasiado deprisa y se hizo un corte en el mentón, pero el resultado fue más que correcto. Al cabo de siete minutos entró en la cocina y aceptó la taza de té y la tostada que le ofreció Charlotte. Cinco minutos después llevaba las botas y el abrigo puestos y salía a la calle delante de Stoker, que le pisaba los talones. El coche de punto en el que había llegado Stoker todavía estaba junto al bordillo. Stoker le dio la dirección y se alejaron en el lluvioso y oscuro amanecer.

Capítulo

9

El segundo atentado fue en Craven Hill, una calle a menos de cien metros de Lancaster Gate. Un sol mortecino que atravesaba las nubes mostraba lo que quedaba de la casa, más pequeña que la primera y, al parecer, también deshabitada. La explosión había despertado a los vecinos, que habían avisado a los bomberos. Tuvieron que acudir muy de prisa porque el fuego estaba casi sofocado, aunque el hedor acre a madera chamuscada flotaba denso en el aire y había escombros por todo el jardín y la calzada.

Los dos coches de bomberos estaban en la calle, los caballos inquietos, piafando, sacudiendo la cabeza como si tuvieran ganas de irse. Cada uno tenía a un hombre a su lado que le hablaba dulcemente, consolándolo, alentándolo.

Pitt echó un vistazo a la calle. Se encontraba en un tranquilo barrio residencial, indistinguible de Lancaster Gate excepto porque las casas eran un poco más pequeñas. Mientras observaba, reparó en un par de cortinas que se movieron. Lo habría sorprendido que no fuese así. La gente era curiosa, pero, sobre todo, estaría asustada.

¿Aquel atentado era igual que el anterior? ¿Alexander Duncannon de nuevo? ¿O se equivocaba en eso y, después de todo, era obra de los anarquistas?

Se volvió hacia el jefe de bomberos al ver que se le aproximaba.

—Buenos días, señor —saludó serio el bombero. Era el mismo que la otra vez. Normal, puesto que estaban muy cerca.

—Buenos días —respondió Pitt—. ¿Alguna baja?

—No, gracias a Dios —contestó el bombero—. Según parece nadie ha avisado a la policía. Pero sin duda ha sido una bomba. Una explosión tremenda, según el vecino que nos avisó. Hará cosa de una hora, tal vez un poco más. Todavía era oscuro.

—¿Una sola explosión? —le preguntó Pitt.

—Eso es lo que ha dicho y, por lo que podemos ver, diría que lleva razón. Compruébelo usted mismo.

Pitt siguió al bombero, pisando con cuidado entre los escombros y las vigas caídas, procurando no tocar nada, ni siquiera sin querer. Los bomberos no podían asegurar el lugar sin mover cosas, y él necesitaba verlas antes de que las movieran.

—Ahí es donde estaba la bomba. —El bombero señaló lo que había sido la chimenea de la sala de estar—. La onda expansiva subió por la chimenea, al menos en parte. Se desmoronó, provocando el hundimiento del tejado. Grandes chimeneas apiñadas, son estas casas. El deshollinador podría ir saltando de una a la siguiente.

—¿El mejor sitio para poner la bomba?

Pitt así lo creía, pero deseaba oír la opinión de un profesional.

El bombero frunció el ceño.

—Se necesitaría una mecha muy larga. Nadie querría estar cerca cuando estallara, puesto que todo el maldito techo se puede caer encima... cosa que ha hecho... caer, me refiero. —Negó con la cabeza, mirando fijamente el enorme montón de ladrillos y piedras que llegaba casi hasta el techo. Obviamente, aquella había sido la pared maestra, sostén de la parte central y con el peso de las vigas encima—. Hace falta una buena carga para causar tantos daños.

—¿Cuánta? ¿Cuatro cartuchos?

—Más o menos... pero de primera calidad —convino el bombero. Se volvió para mirar a Pitt—. ¿Sabe a quién está buscando, señor? Por ahora han sido casas vacías, pero eso podría cambiar.

—Lo sé. —Pitt no pretendía ser seco, pero no lo pudo evitar—. ¿Le parece que haya sido el mismo hombre que en Lancaster Gate? Da la impresión de saber dónde ponerla exactamente para lograr el máximo efecto. Y era obvio que esta casa estaba deshabitada... pero no avisó a la policía...

—Lo que me gustaría saber, señor, es que si la vez anterior quería que hubiera policías, ¿qué ha cambiado para que no los haya querido esta vez, eh?

—Ojalá no supiera la respuesta a esa pregunta —le dijo Pitt—, pero creo que sí. Me gustaría echar un vistazo más a fondo. Ver si hay algo más que encontrar.

—Iré con usted.

Fue una afirmación, no un ofrecimiento.

Pitt asintió con la cabeza, agradecido.

—No tengo intención de mover nada.

—¡Más le vale! Pero lo acompaño de todos modos.

Recorrieron con cuidado el resto de la planta baja de la casa. Media escalera había saltado por los aires y la puerta del sótano la bloqueaban escombros que sería peligroso mover.

Fue en la mesa de la antecocina donde Pitt encontró el trozo de tela blanca. Lo recogió con cuidado. Era un pañuelo grande de caballero, de algodón fino y con un bordado en una esquina. Era de primera calidad, de buen gusto y caro. Supo qué iniciales serían antes de verlas: A. D.

—¿Un error, señor? ¿O un mensaje? —preguntó el bombero.

—Un mensaje, diría yo —respondió Pitt—. El último no me lo tomé suficientemente en serio.

El bombero respiró profundamente, contempló a Pitt un momento y cambió de parecer en cuanto a decir lo que tenía en mente.

De nuevo en la calle empezaba a clarear, y una pequeña muchedumbre se había reunido a unos veinte metros de la casa. Mientras Pitt y el bombero salían a la acera un hombre de unos sesenta años se separó de los demás y se dirigió a grandes zancadas hacia Pitt. Era de constitución fuerte y tenía canas en las sienes.

—¿Usted es quien manda aquí, señor? —dijo en un tono teñido de enojo, quizá también de miedo.

—Sí, así es.

—¡Pues no estaría de más que hiciera mejor su trabajo! La gente honesta tiene miedo de irse a la cama en su propia casa. Honestos policías mueren asesinados en acto de servicio, y no hay justicia para ellos ni para sus familias. Sospechamos de cualquiera que vaya solo por la calle de noche, o que lleve un paquete. Hay quien dice que es cosa de los anarquistas, pero otros insinúan que se trata de una venganza por un asunto de corrupción policial...

—¿De dónde ha sacado eso? —interrumpió Pitt.

—De periódicos irresponsables —contestó el hombre, sin retroceder ni un centímetro—. De izquierdas. Locos, algunos de ellos. Pero ¿es verdad? ¿Tenemos policías corruptos?

Pitt pensó aprisa. Aquella pregunta tenía que llegar, pero había esperado que lo hubiese hecho bastante después.

—Hay quien dice que sí, pero solo hay un hombre que lo denuncie. Y sí, podría ser el terrorista, o solo alguien tratando de sacar provecho de una tragedia para hacerse oír —contestó.

—Bien, pues si no hacen algo, algunas personas empezarán a hacerlo por su cuenta —advirtió el hombre—. Y hablo por todos nosotros.

Señaló con el mentón al grupo de curiosos que lo estaban observando.

El bombero también miraba a Pitt, aguardando a que respondiera.

Pitt detestaba aquella situación. Estar a malas con las mismas personas que se suponía que debía proteger equivalía al principio de la anarquía, la pérdida de la confianza, el miedo que sembraba las semillas del caos.

—Es un hombre —dijo en voz alta y clara—. Y voy a ocuparme de él, ahora que tengo pruebas que considero suficientes para acusarlo. Sin ellas no puedo detenerlo.

—Pero... —protestó el hombre.

Pitt lo miró de hito en hito.

—¿Quiere que tenga autoridad para arrestar a cualquiera sin pruebas, señor? ¿Un caballero... tan respetable como usted? A la policía no le consta que haya cometido delito alguno.

—Ah... bueno... ¡haga su trabajo!

El hombre dio media vuelta y se marchó, chapoteando en los charcos de la calzada, y se unió a la muchedumbre que seguía creciendo.

El bombero asintió con la cabeza.

—Eso los contendrá un rato. ¿Es verdad que el hombre a quien persigue es un caballero?

—Sí.

Pitt no quería dar explicaciones.

—De acuerdo, señor. Buena suerte.

Pitt le dio las gracias y se marchó. Tenía frío, estaba mojado y sumido en sus pensamientos. No había manera de eludir la inevitabilidad de que aquello era obra de Alexander Duncannon una vez más, a modo de violento recordatorio de que nadie había comprobado lo que él consideraba corrupción policial, quizá general, más probablemente específica del caso de Dylan Lezant.

¿Debía enviar a Stoker a comprobar si Alexander estaba en su piso? Que estuviera o no, ¿qué iba a demostrar? A no ser que tuviera dinamita en la mesa de la cocina, nada. Y esta segunda explosión daba cuenta del resto de la dinamita que les constaba que habían robado. Sin pruebas, detener a Alexander solo haría más mal que bien. Godfrey Duncannon podría evitar cualquier investigación futura, si así lo deseaba. Y habida cuenta del asunto del contrato, bien podría querer hacerlo. Pitt recordó la promesa que hizo a Jack la noche anterior, pero ahora la situación había cambiado y aquella mañana no podría hacer nada.

Encontró un pequeño café abierto y se sentó con otros trabajadores, quizá rezagados, y se tomó un emparedado de panceta con una taza de té casi hirviendo y demasiado reposado. Su sabor amargo le resultó sorprendentemente agradable. Era anónimo entre el gentío, solo otro hombre cansado y con el pelo mojado, las manos enrojecidas de frío y botas que una vez fueron buenas pero que ahora tenían rozaduras y estaban manchadas de barro. Quizá iba siendo hora de que se regalara un par nuevo. Podía permitírselo. Seguramente, lo que no podía permitirse era no hacerlo. A un hombre se le juzgaba menos por su chaqueta que por su calzado.

Tenía que investigar el caso Lezant y demostrar que la policía estaba en lo cierto y que Alexander Duncannon se equivocaba, o sacar a la luz el asunto, con todas las preguntas y culpas que vendrían después. Habría que llevar a cabo una revisión exhaustiva de un caso antiguo tras otro, todo lo que Ednam hubiese investigado durante los últimos diez años de su carrera, como mínimo.

Tal vez Tellman llevaba razón y, a pesar de las equivocaciones, tanto prácticas como morales, merecían una lealtad que no los inspeccionara demasiado de cerca.

Solo que aquello era inviable, al margen de lo que desearan algunos o de lo que pudieran perdonar. Siempre habría otros Alexander Duncannon, personas que ven una injusticia y no la aceptan, cueste lo que cueste.

Pitt entró directamente al piso porque la puerta no estaba cerrada con llave. Alexander estaba sentado a la mesa de la cocina con aspecto de estar muy enfermo. El sudor relucía en su rostro, estaba pálido y tiritaba como si tuviera una fiebre muy alta. Tenía la camisa empapada.

Vio a Pitt y por un instante sus ojos se llenaron de esperanza, entonces lo reconoció y la esperanza se desvaneció. Se dobló hacia delante con un gemido, abrazándose a sí mismo como si dentro tuviera un dolor casi insoportable.

—Alexander —dijo Pitt amablemente, sentándose en la silla de al lado—. ¿Necesita un médico? ¿Quiere que avise a alguien?

Alexander apretaba los dientes y se movía muy ligeramente, como si fuese a

acunarse, suponiendo que fuese capaz de soportar el daño que le hacían los huesos y los músculos al moverse.

—No... —dijo, sin dejar de apretar los dientes—. No hay nada...

—Tiene que haber algo...

Alexander hizo una mueca.

—Por casualidad no tendrá usted un pedacito de opio, ¿verdad?

La esperanza que reflejó su voz fue mayor por un instante que su sufrimiento.

Pitt procuró recordar si conocía alguien que pudiera suministrarle semejante cosa. ¿El forense de la policía? Quizá llevara en su maletín de primeros auxilios para combatir el dolor. Pero Pitt tendría que explicarle para qué lo quería, ¿y podía hacerlo?

—¿Dónde lo consigue normalmente? —preguntó en cambio.

Alexander lo miró.

—¿Para que pueda detenerlo?

—Para que pueda traerle un poco.

—Y luego detenerlo. No. Ya vendrá. Siempre lo hace. Llegar tarde es solo un recordatorio para que no olvide lo que tendré que pagar si lo denuncio. Un toque de poder verdadero... por si me paso de la raya.

Se levantó, doblado en dos, y trastabilló a través de la habitación hacia el cuarto de baño.

Pitt no podía ayudarlo. Lo menos que podía hacer era respetar su privacidad, suponiendo que a Alexander todavía le importaran esas cosas. Pitt rara vez se ponía violento, pero quienquiera que le hiciera aquello a cualquiera merecía que le dieran una paliza que le doliera tanto o más. En aquel momento, a Pitt le habría gustado hacerlo él mismo.

Se quedó un ratito más, echando un vistazo a la habitación para ver si había algún indicio de que Alexander hubiese estado en la calle poco antes. Tendría que haberse puesto un abrigo grueso para ir a Craven Hill. La noche era gélida. Se levantó y fue hasta el armario que había junto a la puerta. Lo abrió sin hacer ruido. Había un abrigo en el colgador. Tocó las hombreras. La tela todavía estaba húmeda. ¿Había estado en Craven Hill o simplemente buscando más opio? Se inclinó hacia delante y olisqueó, pero no percibió olor alguno. De todos modos, podía haberse marchado antes de la explosión.

¿Debía quedarse por si Alexander se desplomaba y necesitaba su ayuda incluso para regresar a la butaca de su habitación? ¿Se quedaría solo e inconsciente en el suelo del cuarto de baño? ¿O acaso el camello estaba aguardando a que Pitt se marchara antes de aparecer en el piso? Cualquier cosa que lo retrasara, aunque solo fuesen minutos, era prolongar la tortura.

Se iría y después regresaría para asegurarse de que Alexander estaba bien. ¿Tal vez encontraría a un médico discreto y de toda confianza? ¿Acaso existían?

Se levantó y fue hasta la puerta del cuarto de baño justo cuando Alexander la

abrió y salió. Estaba pálido, pero el dolor parecía haberse mitigado un poco.

—Deje que lo lleve a un hospital —pidió Pitt—. Le darán algo de inmediato.

—Una dosis —respondió Alexander—. ¿Y mañana, qué? ¿Y al otro?

Pitt no tenía respuesta.

Lo único que podía hacer era descubrir qué había ocurrido realmente en el caso Lezant.

Pero ¿a quién encontraría que se lo contara, la víspera de Navidad?

—Luego volveré para comprobar que está bien —dijo. ¿Qué valía aquello? ¿Algo?

Alexander sonrió y le dio las gracias.

Pitt bajó por la estrecha escalera y salió de nuevo a la lluvia. Hacía frío, pero el viento había amainado. Tomó un coche de punto hasta la Oficina de Registros Públicos y comprobó los nombres y direcciones actuales de los abogados que habían llevado la acusación de Lezant y los de quienes lo habían defendido. También miró quién fue el juez, y descubrió que se había jubilado y vivía en ultramar.

El abogado que había llevado la acusación era Walter Cornard. No obstante, a Pitt le dijeron, no sin cierta sorpresa por su visita, que el señor Cornard se había marchado de vacaciones por Navidad y que no lo esperaban de vuelta hasta el 27 de diciembre.

Pitt se había presentado simplemente con su nombre y rango. Ahora sostenía con gravedad la mirada sorprendida del pasante.

—De la Special Branch —agregó—. Lamento molestarlo en Navidad, pero ha habido otro atentado con bomba y me temo que el asunto no aguardará hasta que hayamos disfrutado de la cena de Navidad.

El pasante palideció.

—Le aseguro, comandante Pitt, que si tuviéramos algún conocimiento sobre tales asuntos, ya habríamos informado a la policía.

—Tengo que hablar con el señor Cornard con relación a un caso antiguo. Tenga la bondad de darme su dirección, por favor —respondió Pitt—. De inmediato.

El pasante levantó la barbilla bruscamente en un gesto de desafío, pero cumplió.

Una hora después Pitt estaba sentado en la biblioteca más bien fría de casa del señor Walter Cornard, escuchando los ocasionales estallidos de risas que llegaban desde la sala de estar, donde estaba claro que los invitados de la familia lo estaban pasando a lo grande. Había pasado junto al enorme árbol decorado que presidía el recibidor, con muchas guirnaldas y coronas de acebo y hiedra, entretejidas con cintas escarlata. Cuencos de cristal tallado descansaban en las mesas auxiliares, llenos de bombones y frutas confitadas, y unas velas rojas ardían en la repisa de la chimenea.

El fuego de la biblioteca estaba apagado y apenas entraba calor desde el resto de la casa. Saltaba a la vista que aquella sala no estaba previsto usarla aquella noche.

Pitt se levantó y fue de acá para allá para dejar de sentir tanto frío. Esperaba que el camello de opio de Alexander Duncannon hubiese acudido a su piso. Al menos

Alexander tenía suficiente dinero para pagarlo. Probablemente acudiría. Era su negocio.

Este desdichado pensamiento se vio interrumpido cuando Cornard por fin llegó. Tenía el rostro sonrojado de calor. Probablemente había estado disfrutando de las exquisiteces del aperitivo.

No le tendió la mano a Pitt. Su resentimiento ante la intromisión era palpable.

—Pitt, me ha dicho el mayordomo —empezó—. ¿Qué demonios le lleva a entrometerse en la vida de mi familia a estas horas de la Nochebuena? ¡Más vale que lo traiga algo de suma importancia, pues de lo contrario descubriré la razón!

—También yo preferiría estar en casa en con mi familia —contestó Pitt con aspereza—. Y estoy convencido de que el inspector Ednam también lo preferiría, en lugar de estar en su tumba, con su viuda y sus hijos sentados con una corona funeraria en la puerta más que una con lazos rojos.

Cornard cerró de un portazo.

—¿Qué está diciendo? —inquirió—. Mi criado me ha dicho algo acerca de un atentado. No sé nada sobre bombas, anarquistas, traidores ni de nadie más en su... ámbito de trabajo. Le agradecería que se explicara con tanta brevedad como pueda, y que luego se vaya de aquí.

Se quedó de pie, dejando claro que tenía intención de que su conversación fuese en efecto muy breve.

Pitt se sentó en uno de los sillones y levantó la vista hacia Cornard. Antaño lo habría intimidado un hombre como aquel, aunque se las hubiese arreglado para disimularlo, pero esa época ya quedaba muy atrás.

—Seré tan rápido como pueda, señor Cornard. El caso que está en el meollo de mi investigación es el de Dylan Lezant, que fue ahorcado por el asesinato de James Tyndale, hace un par de años. El 9 de agosto, diría yo, fue la fecha de su muerte, si necesita que se lo recuerde.

—No necesito recordatorios —le espetó Cornard—. Fue un caso claro como el agua. Trágico. El joven era adicto al opio, que le había arruinado la vida. Le dañó el cerebro, según parece. Acudió a su cita con un camello en un callejón. La policía lo interceptó. Lezant disparó a Tyndale, al parecer un mero transeúnte, aunque esto está abierto a ser cuestionado. La policía detuvo a Lezant en la propia escena del crimen. Empuñaba una pistola. Podría haber leído todo esto en el archivo de los tribunales, o en los malditos periódicos, ya puestos. ¿Qué demonios hace aquí?

—Sin duda revisaría las pruebas con todo detenimiento —observó Pitt.

—Pues claro que sí. ¿Por qué no va al grano?

—Si la policía detuvo a Lezant a pesar de que iba armado y que, claramente, estaba más que dispuesto a disparar, ¿por qué no detuvieron también al vendedor de esa droga? ¿También iba armado? Los archivos no lo mencionan. Lo busqué expresamente.

—Probablemente, no. ¿Por qué iba a llevar un arma?

—¿Por qué la llevaba Lezant? Cuénteme más acerca de él. ¿Quién era su familia? ¿Cómo se volvió adicto al opio?

—¡No tengo ni idea! —Cornard estaba enojado—. Mi trabajo era acusarlo, no defenderlo. No sé cómo se volvió adicto ni me importa. ¡Y desde luego no sé por qué llevaba un arma, pero no cabe duda de que la llevaba! ¡Quizá tenía intención de robar al camello en lugar de pagarle! —Enarcó las cejas, abriendo mucho los ojos—. Seguramente no es imaginar demasiado...

—Sí que lo es —repuso Pitt—. Disparar al hombre que necesita con tanto desespero parece una estupidez.

—¡Era adicto al opio, por Dios! —dijo Cornard enojado, sonrojándosele más las mejillas—. Lo hizo él. Los policías lo vieron y todos testificaron. Los hechos están más allá de toda duda.

—¿Qué me dice del otro hombre que estaba allí y escapó? ¿Llegó a encontrarlo? Cornard soltó un resoplido de mofa.

—¿Alexander Duncannon? Él mismo se presentó. No hay pruebas de que estuviera allí, y la policía lo niega. —Cornard inspiró profundamente y soltó el aire con un suspiro que indicó que se le estaba agotando la paciencia—. Mire, Pitt, o comoquiera que se llame, fue un caso desdichado. Lo que comenzó como una sucia transacción entre un adicto y su camello acabó siendo una detención policial. Al adicto le entró el pánico y disparó a Tyndale, que en realidad podría ser o no ser el camello en cuestión.

—¿Llevaba opio consigo? —interrumpió Pitt.

—No. Lo más probable es que no se presentara. —Cornard cambió el peso de pie—. Es posible que fuese tan inocente como aparentaba. ¡Por el amor de Dios, hombre, cualquiera puede ser camello de opio! Igual que sus consumidores. ¡Le asombraría saber quiénes lo toman! No respeta rango, fortuna ni profesión. Hay personas que se vuelven adictas tras haberlo tomado una sola vez. Otras lo siguen tomando de vez en cuando a lo largo de toda su vida, y pueden dejarlo cuando quieren. Sabe Dios qué sufrimientos padece la gente para encontrarse con que no pueden soportarlos.

—Tanto del cuerpo como de la mente —convino Pitt—. ¿Qué averiguó acerca de Tyndale? ¿Algún ingreso que no quedara justificado con lo que hiciera para ganarse la vida? ¿A qué se dedicaba? El archivo de los tribunales no lo dice.

Cornard suspiró y se sentó en el sillón más cercano a la chimenea. Sacó una caja de cerillas del cubo para el carbón y encendió el papel, las ramitas y los troncos que había en el hogar. Observó durante un par de minutos mientras las llamas lamían la madera, hasta que estuvo seguro de que iba a prender.

—Era vendedor de libros raros y manuscritos —contestó finalmente—. Sus ingresos eran variables porque también lo eran sus ventas, pero al parecer tenía un don para esas cosas, pues vivía con desahogo y sus archivos estaban en perfecto orden. Tenía un contable excelente, y lo revisamos todo.

—¿De modo que investigó y no encontró pruebas de que comprara o vendiera opio, y tampoco de que traficara con un tercero?

—Ninguna. Que no es lo mismo que decir que no lo hiciera, pero no encontramos prueba alguna que pudiéramos presentar ante un tribunal.

—¿Usted pensaba que era camello? —preguntó Pitt a bocajarro, mirando a Cornard de hito en hito.

—No, la verdad es que no.

—Entonces ¿era un mero transeúnte inocente?

—Eso parece.

—¿Pues por qué le disparó Lezant, en lugar de apuntar al policía que tuviera más cerca? Parece una estupidez.

—¡Por Dios, hombre, yo qué sé! ¿A lo mejor Tyndale vio lo que estaba ocurriendo y se entrometió, pensando que ayudaba? ¿O lo malinterpretó todo, y creyó que los policías eran ladrones que asaltaban a Lezant?

—¿No iban de uniforme? El informe da a entender que sí. De lo contrario, ¿quizá Lezant también los tomó por ladrones? ¿Quizá pensó que tenían intención de robar el opio?

—¡Es poco probable, dado que el camello no apareció! —señaló Cornard.

—¿Salvo que Tyndale fuese el camello, después de todo?

—En tal caso, ¿por qué demonios iba a dispararle Lezant? —dijo Cornard, no sin razón.

—Eso era lo que aseguraba Duncannon —dijo Pitt—. Que Lezant no disparó. Afirma que lo hizo la policía.

—Salta a la vista que esto es ridículo. —Cornard negó con la cabeza—. Para empezar, no iban armados.

—Eso dijeron. Lezant también dijo que no iba armado.

Cornard no dio crédito a sus oídos.

—¿Y piensa que el tribunal tendría que haber aceptado la palabra de un drogadicto que compraba opio ilegalmente antes que la de los policías que lo detuvieron? ¿Qué demonios le pasa, hombre?

—¿O sea que volvemos a la pregunta de por qué Lezant dispararía a Tyndale, un mero transeúnte? A decir de todos era un hombre absolutamente honrado que no tenía nada contra él. Y la policía lo comprobó a conciencia. Vivía en la zona, y la conclusión obvia es que se dirigía a su casa y se tropezó con la redada de la policía para impedir la venta de opio. Solo que la policía no tiene un camello que señalar, Lezant dijo que no había ninguno, la policía niega que Duncannon estuviera allí y Tyndale está muerto.

—¡Menudo desastre! —dijo Cornard irritado, atizando el fuego otra vez—. Nadie niega nada de eso. Pero a Tyndale le dispararon, y a Lezant le quitaron de la mano una pistola del tamaño y calibre correctos, recién disparada. ¿Qué otra prueba hay... razonable?

—No hay mucho donde elegir —admitió Pitt—. Pero la historia de Duncannon es que estaba allí y que a Tyndale le disparó por accidente la policía. Él escapó; Lezant, no. Los policías no tendrían que haber ido armados, y desde luego no iban a reconocer haber disparado a tontas y a locas, dándole a un ciudadano respetable que pasaba por allí. Aunque sacaran la conclusión equivocada de que él era el camello que estaban aguardando.

Cornard estaba cada vez más descontento.

—¿Por qué iban a dispararle en lugar de arrestarlo? —preguntó.

—Porque no era el camello, y quizá se negó a parar. No podía entregar el opio porque no lo tenía. ¿Tal vez discutió con ellos? ¿Los desafió?

—Si un ciudadano se entromete y discute contigo, no lo matas de un tiro. —Cornard dio media vuelta, indignado—. Le das el alto y luego lo arrestas. ¡Por Dios, hombre, verían los uniformes de policía! Si tenía algún negocio lícito allí, lo habría explicado y habría seguido su camino.

—¿Y si los policías no iban de uniforme? —sugirió Pitt—. ¿Y parecían una banda callejera acosando a un hombre, para robarle o algo peor?

Cornard dio un pesado suspiro y movió los hombros, incómodo, como si de pronto la chaqueta no le cayera bien.

—No se planteó tal posibilidad —dijo—. Parecía... parecía que había muy poco que discutir. Y así sigue siendo. No acabo de entender por qué lo está removiendo.

Ahora preguntaba abiertamente, la mirada sombría y curiosa.

Pitt titubeó antes de contestar. ¿Cuánto debía contar a aquel hombre? Cornard había sido franco con él, a pesar de que Pitt lo había importunado en su casa en Nochebuena, interrumpiendo lo que sin lugar a dudas era una celebración familiar. ¿Acaso aún había algo en el caso que lo preocupara? ¿O se trataba de mera cortesía profesional?

—¿Cómo era Lezant? —preguntó Pitt, cayendo en la cuenta de que solo conocía la opinión de Alexander y la de nadie más.

Cornard se desconcertó. Parecía que escarbara en su memoria y que luego buscara palabras. Cuando contestó, lo hizo a disgusto.

—Un joven bastante aceptable. Excesivamente sensible, pero creo que incluso entonces ya sabía que estaba en un callejón sin salida. Era bien parecido, de un modo sosegado. Ojos muy bonitos, el azul más oscuro que haya visto jamás.

—¿Llegó a reconocer su culpabilidad?

—No, nunca. No sé qué le contó a Hayman, que lo defendía, pero hasta el final me insistió en que era inocente. —De repente se le quebró la voz—. ¡Detesto enviar a la horca a un muchacho! ¿Por qué demonios tenía que venir y recordarme todo esto en Nochebuena, precisamente? ¡Y en mi casa!

—Porque el caso no está cerrado —contestó Pitt con franqueza—. Al menos creo que no lo está.

—¡Está muerto y enterrado! —Cornard lo miró fijamente—. ¿Qué relación tiene

con la Special Branch? Quienquiera que hiciera estallar esos edificios no fue Dylan Lezant.

—¿Está seguro de que él mató a Tyndale? Sé lo que dijo el jurado, pero ¿y usted?

—No, no lo estoy. Ahora bien, ¿más allá de toda duda razonable? Tampoco lo sé. ¿Por qué? No era un anarquista. Me cuesta creer que un terrorista loco esté intentando vengarlo, si eso es lo que se figura.

—No creo que sea venganza —dijo Pitt sinceramente—. Creo que es un esfuerzo para obligarnos a reabrir el caso y reanudar la investigación. No por venganza... Para limpiar el nombre de Lezant.

—¿Por parte de quién? No tiene familia. ¿Y por qué ahora? Lleva dos años muerto.

—De Alexander Duncannon. ¿Y si dijo la verdad y estuvo allí?

—¿Y la policía disparó a Tyndale? ¿Por qué? No tiene sentido.

—¿Accidente? ¿Estupidez? ¿Pánico? No lo sé. Pero Duncannon ha intentado durante dos años decir que en esa comisaría en concreto había corrupción, y nadie le ha hecho caso. Ahora se le ha acabado la paciencia. Está enfermo. Tal vez piensa que no le queda mucho tiempo.

Cornard estaba muy pálido.

—¿Y pondrá bombas hasta que alguien le haga caso?

—No ha habido víctimas en el atentado de esta mañana. Pero estábamos empezando a dejar correr el caso, al menos hasta... por un tiempo. Pasados Navidad y Año Nuevo. Ahora no puedo hacerlo, por más que me gustaría.

—Entiendo. —A juzgar por la expresión del rostro de Cornard, realmente lo entendía—. Un embrollo de padre y señor mío. Me parece que Duncannon está loco. Si además está tomando opio, ¿y por qué otro motivo iba a estar presente en esa compra?, le está royendo el cerebro. Me han dicho que puede provocar delirios, alucinaciones. Pobre diablo...

—Sería una explicación conveniente.

—Más vale que vaya a ver a Hayman. No será bien recibido a estas horas, pero no podemos permitir que estallen más bombas. No sabemos quién será el siguiente. Quizá no sea en un edificio vacío.

Pitt no necesitaba que le recordaran aquel extremo. No discutió. Cornard le dio la dirección de Hayman, y él le dio las gracias y se marchó.

La casa no quedaba muy lejos, pero Pitt tardó casi tres cuartos de hora, a través de la lluvia y el tráfico denso, antes de ser admitido a regañadientes en la sala de día de Hayman. Tuvo que aguardar otros diez minutos antes de que Hayman se reuniera con él. Era un hombre esbelto que llevaba una chaqueta de esmoquin de terciopelo azul marino, obviamente relajado después de cenar y empezando a disfrutar de la parte de la velada en la que podía hacer lo que más le apeteciera. Aparentaba tener cincuenta

años largos, y seguramente no tenía hijos que siguieran viviendo en casa.

—¿Qué piensa que puedo hacer por la Special Branch, señor Pitt? —preguntó, frunciendo el ceño, más confundido que molesto. Tenía el rostro enjuto y el pelo de color indefinido le raleaba sobre una frente despejada—. ¡Siéntese, por favor! —agregó, ocupando el sillón verde enfrentado al que estaba más cerca de Pitt. La sala era agradable y el rescoldo del fuego todavía estaba caliente.

Pitt obedeció. La comodidad del sillón hizo que fuese consciente de lo cansado que estaba. Le dolía la espalda y tenía los pies fríos y húmedos.

—¿Recuerda el caso de Dylan Lezant, señor Hayman?

Hayman frunció el ceño.

—Por supuesto. Un asunto lamentable. ¿Por qué le interesa a la Special Branch? Era un joven infeliz, una especie de rebelde contra la sociedad porque no conseguía encajar en ella. Nada inusual tratándose de un joven con mucho tiempo libre y tal vez demasiada imaginación. Pero no era un anarquista de verdad. Deseaba cambios sociales, sin duda, pero lo mismo nos ocurre a muchos. No habría puesto una bomba para propiciarlos. Además, lleva un par de años muerto, pobre diablo.

El interés de Pitt se avivó, lo mismo que su desasosiego. No estaba seguro de lo que quería averiguar, pero le daba miedo descubrir que Alexander llevaba razón y que la policía había actuado tan mal como él creía. Sentado en aquella tranquila sala de día de un hombre de quien nada había sabido hasta entonces, tuvo un escalofrío por lo que aquello significaría. Había entendido la necesidad de Tellman de creer que la policía en general era digna de confianza, pues era la inmensa fuerza del orden que estaba presente en todas las ciudades y pueblos del país, asegurando que bajo la superficie rizada de violencia y deshonestidad había una corriente de decencia que al final siempre prevalecía.

Así lo deseaba él. Tal vez lo deseara todo el mundo. Suponía la diferencia entre la confianza y el miedo. Siempre estaban la medicina, la ley y la iglesia, lugares que deseabas considerar tu «hogar». La profesión médica no tenía todas las soluciones, pero nunca dejaría de buscarlas. La iglesia la dirigían hombres falibles, pero representaba ciertos principios inmutables. Ahora bien, ¿y si la ley carecía de honor?

Hayman lo miraba fijamente, aguardando a que se explicara.

—Los atentados —dijo Pitt sin andarse con rodeos—. Tengo que investigar todas las posibilidades. Una de ellas es que guarden relación con el caso de Dylan Lezant.

Hayman abrió los ojos.

—¿Las bombas de Lancaster Gate? ¿De qué manera?

—¿Usted lo defendió? —preguntó Pitt.

—Con poca eficacia, me temo. Las pruebas eran abrumadoras... quiero decir, que me abrumaron, y creo posible que buena parte de la verdad quedara ofuscada por mentiras en la interpretación de los hechos.

Pitt seguía esperando que le diera un argumento, algo que le permitiera tomar una dirección distinta. Estaba siendo un cobarde. Debía enfrentarse a los hechos y dejar

que estos lo condujeran donde fuere.

—¿Qué pruebas había, señor Hayman? ¿Aparte de los testimonios de los policías? ¿Podían demostrar que Lezant empuñaba el arma, cualquier arma? ¿Tenía antecedentes de actos violentos? ¿Por qué disparó a Tyndale? ¿Alguien llegó a encontrar el opio? ¿O pruebas de que Tyndale fuese el simple transeúnte que aparentaba ser? ¿Es posible que Alexander Duncannon haya estado diciendo la verdad y que estuviera allí y viera a la policía disparar a Tyndale?

Hayman reflexionó un momento, y su rostro perdió toda su luminosidad.

—Duncannon era un mal testigo —dijo finalmente—. No lo llamé al estrado. Estaba más que dispuesto a prestar declaración, pero su padre ejerció toda la presión que pudo para impedirlo. La acusación habría hecho lo posible para desacreditarlo, y lo habría conseguido. Había sufrido un accidente terrible y seguía estando bajo la influencia del opio que le administraron al principio para aliviarle el dolor. Sin duda estará usted familiarizado con la adicción al opio. Lo habrían mostrado como un adicto, a su camello probablemente también, y cuestionado su legalidad. No era su médico; me consta porque lo investigué por mi cuenta.

—¿Quién era? —preguntó Pitt.

El abogado negó con la cabeza.

—Solo sé que no era su médico porque revisé concienzudamente su historial médico. —Adoptó una expresión compasiva—. Alexander quería declarar que fueron juntos a comprar opio a su camello, que no se presentó. La policía, sí. Tyndale pasó por allí por pura casualidad; no era el camello. A un policía le entró el pánico y disparó a lo loco, matando a Tyndale en el acto. Reaccionaron deprisa, arrestaron a Lezant, pero Alexander escapó, presuntamente suponiendo que Lezant le seguía los pasos.

Pitt se dio cuenta una vez más de lo desesperado que era todo aquello. Era exactamente lo mismo que le había contado Alexander. ¡Cosa que, por descontado, no significaba forzosamente que fuese la verdad!

—¿Y Lezant? —preguntó.

—Lezant era mi cliente. Se negó a llamar a Alexander para que testificara. Decía que sería su ruina sin que le sirviera de ayuda. Tuve que reconocer que tenía razón. Habría sido un sacrificio inútil. Pero tanto si hubiese servido de algo como si no, tenía que hacer lo que Lezant deseaba.

—¿Usted le creyó?

Fue una pregunta muy directa, pero Pitt necesitaba una respuesta, aunque solo fuese la creciente sorpresa en la mirada de Hayman, seguida de su incomodidad.

—No lo sé —contestó tras un breve titubeo—. ¿Lo ha investigado *a posteriori*? ¿Lo ha hecho?

Pitt no se había esperado que Hayman lo desafiara.

—Pienso que Alexander lo cree —contestó—. Pero que eso haga que sea verdad es harina de otro costal. ¿Cuán unidos estaban?

Una chispa de humor iluminó el semblante de Hayman, extinguiéndose de inmediato.

—Eran amigos en la aflicción, diría. La desesperada lealtad de dos personas que han entendido su respectivo sufrimiento y tal vez compartido muchas creencias. ¿Amantes, si es lo que quiere decir? No, no lo creo. No serían los primeros que conociera, y me sorprendería mucho. Amor fraternal en la desdicha, sí.

—Perdone que insista. ¿Cree que Lezant era culpable?

—¿De disparar a Tyndale? No, no lo creo.

—Gracias.

—Ojalá hubiese podido salvarlo. Ahora vuelvo la vista atrás y me pregunto si me esforcé lo suficiente.

Se calló de golpe. Había estado a punto de añadir algo más, pero tal vez se dio cuenta de que no serviría de nada.

Pitt se puso de pie.

—Gracias, señor Hayman. Valoro su sinceridad.

Hayman también se levantó.

—No tiene mucho sentido que le desee una feliz Navidad, ¿verdad? No le envidio su trabajo, señor. Tiene entre manos un caso muy peliagudo que no se abrirá ni cerrará fácilmente.

Poco después de medianoche Pitt finalmente llegó a su casa y se metió en la cama. No parecía que fuese la víspera de Navidad, un día de celebración, una nueva esperanza para el mundo; si había que creer a la Iglesia, el alba de una nueva redención.

Tenía que hacer un esfuerzo por su familia, dejando a un lado su estado de ánimo: debía sonreír, ir a la iglesia, dejar que la música, las campanas y el sonido de alegres voces ahogaran todos los demás sonidos. Se lo debía a sus hijos, aunque Charlotte lo conociera lo suficiente para saber lo que sentía en su fuero interno.

Era el día después de Navidad, tradicionalmente conocido como Boxing Day, llamado así por las cajas de dinero u otros regalos que las familias acomodadas daban a su personal, a los tenderos y otros menos afortunados. Pitt no visitó a Tellman y Gracie por esta razón, aunque les llevó una cesta de regalos de parte suya y de Charlotte porque eran viejos amigos. No tenía nada que ver con la posición social. Además, era la oportunidad perfecta para dejar atrás las últimas hilachas de su disputa. Ambos deseaban olvidarla y en eso consistía la Navidad en esencia.

Mientras Gracie les preparaba el té y el rico pastel navideño relleno de fruta, Pitt se sentó en la sala de estar con Tellman. El fuego ardía bien y la habitación estaba decorada con cadenas de papel de vivos colores hechas en casa. Unas velas rojo oscuro titilaban en los extremos de la repisa de la chimenea.

Pitt miró en derredor y sonrió. Cada detalle hablaba no de dinero, sino de esmero.

Los juguetes de una niña estaban en un rincón, como si fuese su parte de la estancia. Había un conejo de peluche, una caja de bloques y una muñeca con un vestido rosa hecho en casa. Pitt estuvo absolutamente convencido de que la niña llevaría un vestido de la misma tela. Años atrás Jemima había recibido el mismo regalo. Recordó a Charlotte cosiéndolo, y el rostro de Jemima cuando abrió el paquete.

Parecía casi una blasfemia forzar una conversación sobre violencia y corrupción. No debería permitírsele importunar un lugar como aquel. Pero esa era su malignidad. Se inmiscuiría en todas partes hasta que le pusieran final.

—En Nochebuena visité a los abogados que llevaron la defensa y la acusación de Lezant —dijo Pitt, y dio un mordisco al pastel. Era delicioso. Habría preferido infinitamente más comérselo sin pensar en nada más. La cocina de Gracie era muy de su gusto, y con los años había mejorado sin cesar.

Tellman fue directo al grano.

—¿Piensan que era inocente?

—De disparar a Tyndale, la defensa pensó que sí. La acusación pensó que Tyndale podría haber sido el camello, aunque no es muy probable. No tenemos más remedio que seguir investigando. Detesto arrastrar el nombre de un muerto por el fango, pero ahora no hay alternativa. Al menos impedirá que Alexander Duncannon siga poniendo bombas.

—¡Está como una cabra! —dijo Tellman con amargura.

—Probablemente. Pero eso no significa que esté equivocado. Si lo está, me quedaré encantado, pero necesito demostrarlo.

Tellman no discutió. Era como si la comodidad y la sensatez de la Navidad le hubieran despojado de la ira que sentía antes.

—¿Por dónde va a comenzar? —preguntó—. Ednam está muerto, y dudo que Yarcombe o Bossiney le digan algo útil. No quieren que los metan en el mismo saco.

—También yo lo dudo —convino Pitt—. Intentaron averiguar cuanto pudieron sobre el pobre Tyndale, en su momento, pero podríamos hacerlo otra vez. Creo que simplemente estaba en el sitio equivocado en el momento equivocado. Pero me gustaría saber quién era el camello y por qué no estaba allí. ¿Qué fue de él? ¿Y por qué iba armado alguno de los policías? ¿Todos llevaban arma? ¿O solo uno? ¿A quién disparó cuando mató a Tyndale? ¿Y por qué? Las únicas personas que había allí eran otros policías, Lezant y Duncannon.

—Dijeron que Duncannon no estaba allí —señaló Tellman.

—La mejor manera de desacreditarlo —contestó Pitt—. Si no estaba presente, su testimonio no vale nada. Cualquier cosa que dijera sería mentira.

Tellman tenía una expresión adusta.

—Es imposible verificarlo. Por descontado, podrían haber disparado a Duncannon para impedir que escapara, y, en cambio, abatieron a Tyndale.

—Hay que ir al lugar de los hechos y ver exactamente desde dónde se dieron los disparos —dijo Pitt, desalentado—. Leer las declaraciones otra vez y hacer que los

demás que estuvieron allí repitan su testimonio. Si en su momento se hizo, no se mencionó en el tribunal.

—Porque todo el mundo daba por sentado que Lezant era culpable —dijo Tellman con dureza. Le costaba pronunciar aquellas palabras—. Por supuesto, podía ser tan absurdo que les trajo sin cuidado —agregó.

Pitt lo miró con frialdad y no añadió más.

Tellman se sonrojó levemente. Estaba incómodo, luchando para aferrarse a sus antiguas certidumbres.

Gracie entró con el té y lo dejó en la mesa. Sin hacer preguntas, sirvió sendas tazas. Posiblemente conocía los gustos de Pitt incluso mejor que los de Tellman.

—Así pues, ¿qué van a hacer? —Miró a uno y a otro—. ¿Van a enterrarlo y dejar que lo envenene todo, o cavarán hasta arrancar las raíces para poder quemarlas? ¿Y a quien siga agarrado a ellas como un loco?

—Vamos a cavar —contestó Tellman antes de que Pitt se tragara el pastel y pudiera hablar.

A Pitt no le resultó tan fácil conversar a solas con Alexander esta vez. Su madre debía de haberlo convencido de que pasara la Navidad en casa, o bien se había encontrado lo bastante en forma para ofrecerle aquello, tal vez el mejor regalo que podía darle.

La niebla se arremolinaba espesa como humo sobre la ciudad, y las farolas, de un amarillo difuso, parecían moverse cuando la brisa enroscaba los vapores en torno a ellas como si fuesen bufandas.

La casa olía a vino caliente con especias, al perfumado follaje de las coronas y al humo de los troncos de manzano, los cigarros y las velas de colores. El árbol de Navidad del recibidor estaba decorado con adornos de cristal que reflejaban el brillo de las arañas en sus lágrimas facetadas.

Pese a las protestas de Godfrey Duncannon, acompañaron a Pitt hasta la sala de día. El fuego ardía con ganas, disipando la melancolía de la noche invernal mientras estuvo sentado a solas con Alexander.

—Seré breve —dijo Pitt en cuanto la puerta se cerró y se quedaron solos—. He leído todas las actas del juicio de Lezant y los informes de la policía. He hablado tanto con Hayman como con Cornard. Hay muchos elementos sin explicación en el relato. Desde luego, existe la posibilidad de que se hayan cometido equivocaciones, y no cabe duda de que se han dicho unas cuantas mentiras. Entiendo por qué quería que lo llamaran al estrado y por qué Lezant no lo permitió. No le habrían creído, de todos modos. Habría conseguido que también lo ahorcaran a usted, sin un motivo real.

Alexander se quedó perplejo.

—¿Yo no disparé a Tyndale!

—Me consta. Pero le dispararon mientras usted estaba cometiendo un delito. Eso lo convierte en culpable aunque no apretara el gatillo.

—¡Tampoco lo hizo Dylan! Fue uno de los policías —dijo Alexander, acaloradamente. Su rostro pálido se sonrojó levemente, y entrelazó las manos sobre una rodilla.

—¿Por qué? ¿Fue un accidente? ¿Le estaba disparando a usted? ¿Por qué disparar, en cualquier caso? ¿Seguro que ninguno de ustedes dos llevaba un arma?

—¡Claro que estoy seguro! —Alexander levantó la voz—. ¿Por qué íbamos a ir armados? ¡Si eres adicto al opio no matas a tu camello, por Dios! ¡Es tu salvavidas! Si muere, te quedas colgado.

El pánico asomó a su voz como si la amenaza se hubiese colado en la habitación.

Pitt refrenó el impulso de creerle porque estaba abrumado. Era la verdad, y no podía negarse a verla.

—¿El camello acudió a la cita?

—No.

—¿No era Tyndale? ¿Está seguro?

Alexander lo miró con incredulidad.

—¡Claro que estoy seguro! No se presentó. Y si lo hizo, vio a los policías y se largó sin que ellos ni nosotros nos diéramos cuenta de que estaba allí.

—¿Quién era?

Algo se cerró dentro de Alexander, un escudo detrás de sus ojos.

—No puedo decírselo.

—¡Querrá decir que no quiere!

—En efecto. No quiero. Sin el opio no soporto el dolor.

Fue la simple afirmación de un hecho con el que tenía que vivir día y noche, cada momento en que estaba consciente, y que se entretejía en sus sueños también.

—¿Cómo supo quiénes eran aquellos policías? —preguntó Pitt—. ¿Cómo estuvo lo bastante seguro para matarlos?

El semblante de Alexander reflejaba su desaliento, tenso por su sufrimiento.

—Testificaron en el juicio, ¿recuerda? Juraron sus nombres y sostuvieron que habían estado allí.

Por supuesto. Y a Alexander no lo llamaron a declarar.

—Encontré un pañuelo suyo en Craven Hill —dijo Pitt—. ¡No más bombas!

Alexander asintió con la cabeza.

Pitt pidió a Alexander que le refiriese los acontecimientos de aquel día una vez más, paso a paso. Así podría comparar su relato con lo que dijeran Yarcombe o Bossiney. Newman, Hobbs, Ednam, Lezant e incluso Tyndale estaban muertos.

Media hora después Godfrey Duncannon entró en la sala. No llamó a la puerta, cosa que, puesto que estaban en su casa, tal vez fuese admisible. En todo caso, Pitt lo encontró una intromisión.

Alexander se puso de pie, su mueca de dolor era casi inevitable.

—El comandante Pitt estaba a punto de irse, padre. —Se volvió hacia Pitt con una repentina sonrisa cordial que por un instante iluminó su rostro y mostró al hombre

que podría haber sido—. Buenas noches, señor.

Capítulo 10

Charlotte puso un plato de gachas de avena delante de Pitt y le pasó el azúcar y la nata, luego le sirvió una segunda taza de té.

—Thomas, creo que como mínimo deberías echar un vistazo al periódico, aunque no lo leas todo. Tal vez alguna de las cartas...

Pitt levantó la vista hacia ella.

—Lo sé —dijo en voz baja—. Hay muchas personas preocupadas no solo por que se descubra al terrorista de Lancaster Gate, sino incluso más por descargar a la policía de esta sospecha y de la vergüenza de la corrupción. Están haciendo mucho daño.

Percibió la tensión de su propia voz, a pesar de que había querido disimularla ante Charlotte.

—No es solo eso —respondió Charlotte, sin alejarse ni siquiera para dejar la tetera o volver a sentarse frente a él—. No lo he mencionado hasta ahora porque esperaba que lo dejara correr, pero cada vez es peor...

—¿A quién te refieres?

—A Josiah Abercorn. Sabía muy poco acerca de él, de modo que pregunté a Emily si era un hombre importante. Lo siento, pero según parece lo es.

Ahora Pitt le prestaba toda su atención.

—Apenas he oído hablar de él, excepto de vez en cuando en reuniones sociales, y tengo entendido que es una especie de filántropo —respondió Pitt—. ¿También alude a la corrupción policial? Supongo que era de esperar.

Estaba harto del tema, y enojado con quienes escribían cartas a los periódicos dando rienda suelta a su indignación, sin tener la menor idea de lo duro que en realidad era el trabajo de la policía. A menudo hablaban como si solo existieran el bien y el mal absolutos, y poco entre medias, mientras que de hecho la inmensa mayoría eran simplemente pobres, pasaban hambre y frío y con demasiada frecuencia estaban desesperados.

Charlotte rellenó su taza y se sentó.

—No, está muy a favor de la policía. Quiere justicia para los que fueron asesinados, que se trate con más respeto a todos los policías. Quiere que se descubra y ahorque al terrorista, y que la Special Branch deje de calumniarlos, aunque sea indirectamente.

—¿Y hace alguna sugerencia práctica sobre cómo deberíamos hacerlo? —dijo Pitt con amargura—. La mayoría deseamos creer que los policías son fuertes, inteligentes y honestos. Son el escudo entre nosotros y la realidad del crimen.

—Por supuesto que dice lo que todo el mundo desea oír —dijo Charlotte con

paciencia—. ¡Tiene ambiciones de meterse en política, sin duda como alto cargo! ¿Qué otra cosa iba decir?

—¿En serio?

Pitt se quedó sorprendido. Tendría que haber recordado el nombre, pero no lograba ubicarlo.

—Aún no ha sido elegido —dijo Charlotte, torciendo la comisura de los labios hacia abajo—, pero aspira a serlo y lo conseguirá.

—No te cae bien —observó Pitt.

Ahora la sorprendida fue Charlotte.

—¡Pues claro que no! Es inteligente, oportunista y te está criticando. Pero no puedes ignorarlo.

Pitt sonrió.

—¿Qué debería hacer? ¿Escribir al *The Times*? ¿Y decir qué? ¿«Lamentablemente los policías son imperfectos, y está empezando a parecer muy posible que tuvieran demasiada prisa por cerrar un caso especialmente desagradable en el que quizá contribuyeron bastante en que se ahorcara a un hombre inocente»? Me gustaría estar seguro antes de decirlo. Me gustaría estar aún más seguro de que hay una respuesta mejor que esa.

—¿Y la hay?

Pitt suspiró.

—No lo creo. Pero no voy a decir nada hasta que lo sepa con seguridad y pueda demostrarlo. ¿Alguien ha contestado a Abercorn?

—A esta carta todavía no. Pero Victor lo hizo ayer. Fue bastante prolijo, la verdad. Explicó por qué los asuntos de la Special Branch son secretos, y cualquiera que lo leyera consideraría que Abercorn estaba siendo irresponsable. Pero la gente tiende a ver lo que quiere. Narraway está apelando a la razón; Abercorn, al pánico. El pánico suele vencer. Lo siento.

Pitt no discutió. Charlotte llevaba razón. Leyó la carta de Abercorn y apreció exactamente lo que estaba haciendo, avivar la indignación y el miedo a la vez. También lo entendió: las personas asustadas actúan. Decir «todo está bajo control, ya me encargo yo» no mitiga la ira o el pesar. Suena a indiferencia por parte de alguien que no está en peligro.

Charlotte lo estaba observando, aguardando su respuesta.

—Es cierto —concedió Pitt—. Nada me gustaría más que librar a la policía de toda sospecha de haber actuado mal en la muerte de Lezant, y de cualquier otra equivocación menor que se salga de las que de vez en cuando se cometen. Pero no puedo.

Charlotte no contestó, como si aguardara a que Pitt se explicara. No había motivos de secretismo para que no lo hiciera. Al fin y al cabo, el público en general ya estaba al corriente del asunto. Era un alivio compartirlo con ella. No fue consciente de cuánto hasta que empezó a contárselo. El té se le enfrió sin que se diera

cuenta.

Cuando hubo terminado, Charlotte estaba triste, su rostro traslucía compasión, y Pitt supo que era por Cecily Duncannon. Charlotte se imaginaba en su lugar, y sus sentimientos reaccionaban deprisa.

—Si no fue Lezant, ¿quién disparó a Tyndale y por qué? —preguntó—. ¿Fue solo por pánico y estupidez? ¿O es posible que tuvieran un motivo?

—Por lo que dice Alexander, probablemente fue Ednam. Pero todos tuvieron que encubrirlo y culpar a Lezant. Solo Yarcombe y Bossiney siguen vivos, ahora.

—Y Lezant está muerto, y Alexander probablemente es un asesino múltiple, al menos ante la ley —agregó Charlotte—. ¿Quién es Tyndale? ¿Podría haber sido el traficante de opio?

Pitt se levantó.

—Me voy a ver a la familia de Tyndale. Supongo que no averiguaré gran cosa, pero debo intentarlo.

Charlotte asintió con la cabeza y le dio un beso en la mejilla antes de que Pitt diera media vuelta para salir al recibidor y de allí a la calle.

Pitt sabía la dirección de Tyndale y tomó un coche de punto en Russell Square, dando las indicaciones pertinentes al cochero. Después se arrellanó en el asiento y consideró qué le diría a la viuda de Tyndale. Había muy poca información sobre ella en las notas del caso original. Tal vez la pobre mujer había estado demasiado impresionada por la repentina y vana pérdida de su marido para poder hablar. Quizá incluso se había desmayado y nadie había intentado interrogarla. Ednam no había dejado su descripción. Pitt se preguntó si no haber hablado antes con ella era un descuido que pudiera revestir importancia.

También pensó en Josiah Abercorn. Si Charlotte estaba en lo cierto y Abercorn andaba buscando el apoyo del público, sin duda lo encontraría con creces. El atentado con bomba había suscitado un trasfondo de miedo. Casi todo el mundo estaba asustado por el espectro de la incertidumbre, los desórdenes y el pánico en las calles. Cada vez había más inmigrantes en Londres, y resultaba fácil identificarlos. Su aspecto era diferente; su lengua, también. Muchos eran pobres y estaban dispuestos a trabajar más duro que otras personas, y por un salario inferior. También comían alimentos diferentes y parecían rendir culto a otros dioses. Eran un blanco fácil para el miedo que se manifestaba en forma de enojo.

¿Acaso Abercorn estaba nutriendo ese miedo, esperando que a cambio le sacaría provecho? Era despreciable, pero desde luego no sería el primero ni el último en utilizarlo para sus propios fines.

Y tal vez también tuviera un miedo bastante sincero a la agitación social que ya estaba despierta e impaciente. Podían seguirse cosas peores: violencia importada de Europa, donde la revolución había sido sofocada, la libertad de expresión restringida y donde había una pobreza y un hacinamiento tan grandes que parecía que te asfixiaran.

Su trabajo en la Special Branch había llevado a Pitt a hablar con un montón de extranjeros, muchos procedentes de Rusia y de sus países fronterizos. La desesperación era patente en sus rostros, en la ropa raída que llevaban, la comida que comían, las curiosas y a veces coloridas frases que utilizaban mientras intentaban acostumbrarse al inglés y a sus excentricidades.

Pensó en la campiña de su juventud, aburrida para algunos, y desprovista de ideas o aventuras. Ahora parecía un lugar que hubiese perdido la paz. El mundo estaba cambiando demasiado deprisa, como un tren lanzado a toda velocidad hacia el horizonte, fuera de control, amenazando con estrellarse.

Llegó a casa de Tyndale, se apeó y pagó al cochero. Se quedó un momento en la acera, echando un vistazo en derredor mientras el coche de punto se alejaba. Era un barrio tranquilo y un poco descuidado. Un millón de personas vivía en casas como aquellas, por fuera casi idénticas, por dentro cada una distinta, con las pertenencias y el recuerdo de una familia, tal vez durante varias generaciones.

Subió a la puerta del número cincuenta y siete y llamó. Al apartarse para no asustar a quien abriera, se fijó en que en varios sitios había que reparar las juntas de los ladrillos. Una laja del tejado estaba suelta, aunque bien alejada de la puerta. Si cayera aterrizaría sin causar daño en el jardín, entre las flores perennes que ahora estaban pulcramente podadas, listas para crecer de nuevo el año siguiente.

La puerta se abrió y una criada se asomó con curiosidad. Era muy joven, no tendría más de quince o dieciséis años. Le recordó a Gracie, cuando él y Charlotte estaban recién casados. Una muchacha era toda la ayuda doméstica que se podían permitir. Se encontró sonriendo al recordarlo.

—¿Sí, señor? ¿Qué se le ofrece? —preguntó.

—Buenos días. Soy el comandante Pitt de la Special Branch. ¿Tendría la bondad de preguntar a la señora Tyndale si puede dedicarme un poco de su tiempo? Es importante.

La muchacha tardó un momento en asimilar lo que le había dicho Pitt, pero tras el asombro inicial asintió con la cabeza, hizo una torpe reverencia y le pidió que entrara. Lo acompañó a una sala de estar donde hacía bastante frío y se marchó enseguida en busca de su patrona.

Pitt miró a su alrededor. Uno podía deducir muchas cosas tanto sobre el pasado como el presente en la sala de estar de una familia o, en casas más acaudaladas, en la sala de día. Por lo general contenían una mezcla de lo que uno deseaba que la gente pensara que formaba parte de la vida familiar cotidiana: los libros, los cuadros, los adornos; y también las cosas que uno tenía en estima aunque en realidad no las encontrara cómodas: sillas de respaldo recto, jarrones regalados por parientes a los que no había que ofender, libros que uno pensaba que debería haber leído pero que nunca leería...

La señora Tyndale entró al cabo de cinco minutos. Era una mujer esbelta con un rostro grave e interesante y con un mechón blanco en la cabellera oscura. Cuando

habló, su voz sonó ronca, y tenía un ligero acento extranjero que Pitt no supo ubicar. Todas sus ideas preconcebidas se fueron al garete en cuanto la vio.

—Buenos días, comandante —se presentó—. Soy Eva Tyndale. ¿Qué puedo hacer por usted?

Pitt contestó con considerable franqueza.

—Perdone que la importune, pero acontecimientos recientes me han obligado a investigar el comportamiento de la policía cuando se produjo la muerte de su marido. Lamento tener que sacar el tema otra vez. Esto debería haberse hecho en su momento, pero no se hizo.

Eva Tyndale enarcó sus finas cejas oscuras.

—¿Acontecimientos recientes?

—La muerte de tres policías y las heridas de otros dos en el atentado con bomba en Lancaster Gate.

—Oh. Claro. —Hizo un leve gesto con la mano, invitándolo a tomar asiento—. No veo cómo puedo ayudarle. He leído lo suficiente al respecto para reparar en que eran los mismos hombres que investigaron el homicidio de mi marido. Había supuesto que era coincidencia. Di por hecho que trabajaban juntos a menudo, y su trabajo es peligroso. Pero ¿en qué atañe la muerte de mi marido a la Special Branch? Lo mató por accidente un joven adicto al opio, que intentaba comprarlo ilegalmente. ¿Por qué se ha implicado la Special Branch en este asunto?

—Porque existe la posibilidad de que los dos incidentes estén relacionados —contestó Pitt con compostura—. Si no en la realidad, en la imaginación de cierto individuo.

—Mi marido estaba allí por pura desgracia.

Se sentó en el sillón de enfrente del de Pitt y cruzó las manos en el regazo, muy blancas sobre el negro de su vestido. No era guapa, pero en su semblante se percibía un carácter que atrajo la atención de Pitt, a quien le resultó agradable. Lamentó tener que preguntarle aquello. Sin duda era doloroso.

—¿No pasaba por ese camino normalmente el señor Tyndale? —preguntó.

—Rara vez. Había regresado a casa y volvió a salir a buscar a nuestro perro, que había desaparecido dando caza a un gato. —Respiró profundamente y se aclaró la voz bastante abiertamente, manteniendo la compostura con dificultad ante el regreso del recuerdo de aquella noche—. Ya no regresó. Pero el perro llegó a casa al cabo de una hora o dos. Tiene algo de absurdo, ¿verdad? La vida puede ser trágica y ridícula al mismo tiempo.

—En efecto. El archivo de la policía dice muy pocas cosas acerca de él... —comenzó.

La amargura le hizo adoptar una expresión adusta por un instante, pero enseguida se dominó.

—Hicieron un montón de preguntas entonces, pero todas encaminadas a descubrir si podía haber sido el traficante de opio al que le habían tendido la trampa para

atraparlo. Al parecer el tipo no se presentó... si es que existía. El joven fue detenido y acusado de matar a mi marido de un tiro. —Estrujó las manos en el regazo con un gesto casi imperceptible—. Lo negó. No supe si creerle o no. No se me ocurre motivo alguno para que disparase a James. O al vendedor de droga, ya puestos. —Esbozó una sonrisa triste—. Me habría parecido mucho más normal que hubiese disparado contra uno de los policías, o incluso a más de uno, para luego escapar. ¿A usted no?

—Sí —reconoció Pitt—. No encontré pruebas, pero bien es cierto que he llegado a la escena del delito con dos años de retraso. Tengo entendido que su marido trataba en libros, señora Tyndale.

—Sí, vendía manuscritos y libros raros —contestó.

Pitt ya había echado un vistazo a la habitación y había visto que lo que antes era un estilo de vida desahogado había sufrido un poco desde la muerte de Tyndale. Había un ligero descuido, evidente en los cojines gastados y sin cambiar, las cortinas minuciosamente zurcidas, la laja suelta del tejado, pintura vieja aquí y allí, una losa agrietada en el jardín... Qué grande puede tejer su tela de araña una tragedia.

—¿El inspector Ednam, o alguno de sus hombres, le preguntaron sobre el negocio de su marido, o sobre sus hábitos de entonces? ¿Algo sobre él?

—¿Insinúa que había algo que ocultar? —dijo la señora Tyndale, sin alterar apenas su expresión. ¿Cuántas veces había esquivado las entrometidas preguntas de los vecinos? ¿Por qué Tyndale, por qué no sus maridos o sus hijos? Resulta más fácil pensar que la desgracia ha sido en cierto modo merecida; así puedes sentirte a salvo.

—No, señora Tyndale. Me pregunto si no lo preguntaron precisamente porque sabían que la muerte de su marido fue completamente al azar, exactamente como ha dicho usted. Hay quien ha sugerido que Lezant le disparó deliberadamente. Pero dado que no lo conocía, parece muy poco probable.

—¿Pues por qué lo hizo?

Por fin su voz dejó traslucir miedo.

—Hay otro joven que afirma que también estuvo allí y que escapó. Sostiene que Lezant no disparó a su marido, sino que lo hizo la policía. No dejó de insistir en ello durante el juicio hasta que le llegó la muerte a Lezant, pero nadie le creyó.

—¿Excepto usted? —preguntó la señora Tyndale, abriendo los ojos asombrada.

—No estoy seguro —admitió Pitt—. Hay preguntas sin responder, cosas que no parecen tener sentido, tal como usted ha señalado.

Eva Tyndale lo miró fijamente y luego apartó los ojos. Pitt vio por un instante el brillo de las lágrimas. Luego ella se movió y las sombras cambiaron.

—Le quedaré muy agradecida si demuestra sin la menor duda que mi marido fue una víctima casual, y nada más. Es lo único que puedo hacer por él ahora.

—¿Alguien ha dado a entender lo contrario, aparte de los policías que ahora están bajo escrutinio?

—Los que quieren proteger a la policía —contestó, sosteniéndole la mirada—. Sobre todo el señor Abercorn, con sus cartas a los periódicos. Entiendo que lo haga.

Todos necesitamos creer que los policías son fuertes, honestos, valientes, todo lo que se interpondrá entre nosotros y la violencia y la oscuridad que tanto tememos, sea real o no. Tenemos miedo de lo que oímos y no podemos ver, de las imágenes de un peligro que no tiene una forma reconocible y que, por consiguiente, nos deja desarmados.

Pitt entendió perfectamente lo que quería decir: inmigrantes, extranjeros, personas cuyas costumbres eran diferentes, personas que no tenían nada y que, por tanto, amenazaban cuanto teníamos.

Habló con ella otros veinte minutos, enterándose de más cosas acerca de Tyndale, y luego se excusó y se marchó. Comprobaría todo lo que le había dicho, pero cuantas más vueltas le daba, menos creía que Tyndale fuese otra cosa que un transeúnte atrapado fatalmente en un desastre ajeno.

Tellman también había leído la carta de Josiah Abercorn a los periódicos, y descubrió que el hombre que había ocupado el puesto de Ednam estaba completamente de acuerdo con ella.

—Menos mal que alguien nos defiende —dijo Pontefract, mientras Tellman cerraba la puerta a sus espaldas y se sentaba al otro lado del escritorio.

Tellman pensó que llegados a aquel punto sería una estupidez no mostrarse de acuerdo.

—Desde luego. —Asintió con la cabeza—. Espero que muy pronto este tipo de defensa deje de ser necesario.

Se había sentido incómodo mientras leía la carta a la hora del desayuno. Emanaba un enojo que daba a entender, sin decirlo a las claras, que cualquier cuestionamiento de la moralidad de la policía era una muestra de simpatía con los anarquistas. Y, sin embargo, lo entendía. También era su reacción instintiva. Le desagradaban los cambios. Los viejos valores eran buenos, conocidos de todos, probados a lo largo de los años. Al final todo se reducía a una cuestión de confianza.

—Hay que conseguir que el público vuelva a estar de nuestra parte —agregó, observando el rostro de Pontefract. Detestaba tener que hacerlo, pero era demasiado buen detective para dar por sentada la inocencia de alguien. Le molestó darse cuenta de que se preguntaba si el propio Pontefract estaría implicado, aunque solo fuese haciendo la vista gorda por miedo a ver algo que preferiría no ver, algo que quizá le exigiría implicarse o denunciar ex profeso un delito de... ¿qué? ¿Soborno? ¿Ocultación de un crimen atroz para luego enviar a un inocente a la horca? ¿Asesinato?

¿Hasta dónde había llegado en aquellas dos semanas para que se le ocurriera semejante pensamiento? Le hizo sentirse frío por dentro, y un poco asqueado.

—Por supuesto —convino Pontefract. Parecía estar sopesando lo que diría a continuación, escrutando el semblante de Tellman. Finalmente tomó una decisión. Se

inclinó un poco sobre el escritorio y bajó la voz—. He revisado con mucho más detenimiento el historial de Ednam en los últimos años. Si quiere que le sea franco, Tellman, he descubierto unas cuantas cosas que son muy inquietantes. Parece que haya sido ciego, tal vez intencionadamente, a unas cuantas cosas... lamentables. En general sin importancia, entiéndame, pero que permiten que se desarrolle una pauta de deshonestidad. Me encargaré de ponerle punto final. Necesitamos disciplina, igual que todo el mundo.

Miró muy fijamente a Tellman, tratando de descifrar la expresión de su rostro.

Tellman fue desagradablemente consciente de ello. Bajo las paliativas palabras, estaba comenzando una batalla. Le estaban diciendo a Tellman que lo dejara correr. ¿Debería hacerlo? ¿Dejar que la situación se arreglara por sí misma? Pero ¿acaso lo haría? ¿No era hacer la vista gorda, como había venido haciendo siempre? Solo que ahora sería peor porque lo sabría.

—Un buen hombre, este Abercorn —prosiguió Pontefract—. Está de nuestra parte. Necesitamos a más como él. Entiende el trabajo. No solo eso, sabe que somos la línea divisoria entre la seguridad y la anarquía. La Special Branch no es la que debe mantener el orden, por más responsabilidad que tenga en temas de seguridad y, me atrevería a decir, un salario mucho más alto; somos nosotros. —Asintió con la cabeza—. Hay que mantener el respeto del público. Me consta que usted lo entiende, siempre lo ha entendido. El hombre de la calle, con una familia que mantener y solo el dinero que gana. Nuestro deber es para con él. Maldito sea Ednam y su laxitud, mentirijillas aquí y allí, meterse en el bolsillo un chelín para hacer la vista gorda. Lo vamos a arreglar.

Se calló y aguardó a que Tellman respondiera.

El silencio devino pesado.

—Me alegra que esté de acuerdo —dijo Tellman por fin—. Tendremos que comenzar por el desastre de esa venta de opio de hace dos años.

Pontefract negó con la cabeza.

—Ah, no. Poco se puede hacer ahora. Los pobres diablos implicados están todos muertos, o como si lo estuvieran. —Se encogió de hombros—. No hay nada que investigar. Nunca sabremos si Tyndale era el camello o no, pero dado que también está muerto, ya es agua pasada. Bien, tenemos el asunto de Trumbell y si perdió los estribos y golpeó... ¿Cómo se llama? ¿Holden? Sí... Holden. Menuda pieza. Creo que merece una buena amonestación, tal vez retenerle una semana de paga, y asunto arreglado. No lo volverá a hacer. Démosle un susto y demostremos que no lo hemos olvidado. ¿Qué le parece? —Sonrió como si Tellman ya hubiese mostrado su acuerdo con él—. Y hay que mantener mejores archivos de todo lo que se tome como prueba. Descuido, no malicia, ¿entiende?

Tellman vio en la sonrisa insulsa del rostro de Pontefract que nada de lo que dijese iba a servir de algo. La defensa estaba preparada y no le iban a permitir atravesarla, no sin dañarse y ganar enemigos.

Pitt había tenido razón. Aquello rezumaba una fealdad que los perjudicaría a todos, de un modo u otro.

Tellman insistió en listar y aclararlo todo, por testarudez más que por creer que pudiera ganar, y para cuando salió para irse a su casa ya era de noche. El viento de levante era cortante. El hielo ya se había endurecido en las aceras y su peso lo hacía crujir cuando pisaba un charco.

De entrada tuvo la firme intención de no contarle nada a Gracie. No obstante, ella también había leído la carta de Abercorn, si bien en un diario vespertino.

—Se equivoca —dijo Gracie desolada cuando hubieron terminado de cenar y Christina ya estaba en la cama. A Tellman le gustaba llegar a casa a tiempo de hablar con su hija. La cría lo miraba con ojos como platos, observando su rostro y tratando de imitarlo, copiando su tono de voz y, desde hacía un tiempo, captando algunas palabras, aunque no las entendiera en absoluto. Para él era un inmenso placer y era bien sabido que en más de una ocasión había ido a despertarla adrede, si llegaba tarde a casa, solo por el gusto de observarla y ver el reconocimiento y la excitación de sus ojos.

Aquella noche no lo había hecho. Estaban saliéndole los dientes y Gracie acababa de serenarla. Ella misma se veía cansada y preocupada. Captaba los estados de ánimo de Tellman como si pudiera leer sus pensamientos escritos en su rostro, o tal vez en la pesadez de sus pasos en el recibidor, el modo en que se sentaba con los pies cerca de la chimenea.

—¿En serio? —Se refería a Abercorn, en respuesta a la observación de Gracie—. Si se corrige, ¿no va siendo hora de perdonar y seguir adelante? A lo mejor Ednam era la única manzana podrida del saco.

—No son manzanas —arguyó Gracie testaruda—. ¡Y lo sabes de sobra! ¿Cuándo los has culpado de algo que tú habías hecho mal? ¡Te pones hecho un basilisco cuando se arrogan el mérito por cosas que han hecho otros!

Era verdad.

—No es lo mismo —comenzó Tellman.

—¿Ah, no? A mí me parece idéntico. ¿Estás diciendo que son como máquinas? Aprietas un botón y ocurre una cosa, aprietas otro y ocurre otra.

—¡No, por supuesto que no! Pero si Ednam era malo, ahora ha muerto. No me gusta Pontefract, tan ufano y... —Se guardó la palabra que iba a añadir. Ponía cuidado en no decir palabrotas delante de ella; la tenía en demasiada estima para hacer algo así—. Pero tiene razón. Tenemos que perdonar en algún momento, y cuanto antes, mejor. Dependemos unos de otros. Confía en tus hombres y ellos confiarán en ti. Las calles pueden ser un sitio muy duro, Gracie.

—Ya lo sé, Samuel —convino Gracie enseguida—. Y no creas que no me preocupo por ti, porque lo hago. Puedes perdonar a alguien que te haya hecho daño a ti. Tienes derecho a hacerlo. Pero alguien que hace daño a otras personas, si representas a la ley, tienes que trazar una línea y decir «Si haces esto, lo pagarás». De

lo contrario, saben que pueden hacer lo que les venga en gana porque tú nunca harás nada al respecto. —Inspiró profundamente—. No tienes derecho a hacer eso, Samuel. Le estarías mintiendo a todo el mundo.

—Pero... —empezó Tellman.

—¡No! —dijo Gracie, acaloradamente—. Si dices a un niño que no, pero lo que haces significa que sí, no sabrá qué quieres decir. Dejará de confiar en ti porque no le estás diciendo la verdad. Y en realidad no lo estarás protegiendo tal como prometiste hacerlo. No lo dirigirás bien. Una cosa puedes tener por segura, Samuel, ¡no vas a enseñar a mi niña de esa manera! Está mal.

Tellman la miró, sentada con la espalda erguida delante de él, el semblante muy serio, los ojos sosteniéndole la mirada sin pestañear.

Por un instante pensó en preguntarle si haría excepciones en ciertos casos, pero sabía que no las haría. Para empezar le pediría que le dijera qué quería decir, y se aferraría a ello.

—¿Tan mal están las cosas? —preguntó Gracie, al ver que no contestaba.

—Eso creo —respondió Tellman sombríamente—. Se han dicho demasiadas mentiras. Tendrían que haber hecho algo al respecto años atrás. Va a ser duro...

Un instante de miedo chispeó en los ojos de Gracie, que apretó los labios.

—Más vale que tengas cuidado, siendo así.

Tellman seguía pensando que la conocía y que ya no lo sorprendería más, pero de nuevo se equivocaba.

—¿Tienes un poco de pastel? —preguntó.

Gracie supo que había ganado y le sonrió, respirando profundamente. No había querido tener razón. Habría sido mucho más fácil decirle que lo dejara correr.

—Sí —dijo con ligereza—. Queda un pedazo. Ahora mismo lo traigo.

Por la mañana Tellman empezó por otros casos posteriores a la muerte de Tyndale, casos en los que había trabajado Ednam, y particularmente aquellos en los que habían participado Newman, Hobbs, Bossiney y Yarcombe. Tenía un testimonio que había sido clave para la condena, y estaba regresando por un callejón hacia su comisaría cuando oyó pasos a sus espaldas, ligeros y rápidos, como si alguien estuviera intentando alcanzarlo. Dio media vuelta y su perseguidor chocó con él, haciéndole perder el equilibrio. Cayó contra una pared y se magulló el hombro.

Se enderezó de inmediato, recuperando su postura y listo para pelear. El hombre se quedó plantado delante de él. Era joven, fuerte y estaba de puntillas como un boxeador.

Aquello pintaba muy mal. Notó el aguijonazo del miedo. Estaban solos. Tellman había aprendido a defenderse. Era enjuto y nervudo, y muy rápido, pero ¿y si aquel tipo llevaba una navaja?

El hombre en cuestión miró a Tellman sin pestañear.

—Perdone, inspector —dijo, esbozando una sonrisa que le torció las comisuras de los labios hacia abajo—. No era mi intención asustarlo. Este no es un barrio muy bueno, que digamos. Quizá no debería ir solo por aquí. Lo acompañaré hasta la calle principal.

Tellman notó el sudor de alivio que le salió de todo el cuerpo. Hizo memoria para recordar dónde había visto a aquel hombre. Su rostro le resultaba vagamente familiar, pero no lograba ubicarlo. Reconoció su entonación, y se le había dirigido por su rango. ¿Lo había arrestado alguna vez? Había desafío y desagrado en sus ojos.

Tellman tragó saliva y respiró con más calma.

—No queda lejos —dijo, rechazando el ofrecimiento. No quería que lo acompañara aquel hombre. Más aún, no podía permitirse que supiera cuánto lo había sobresaltado... no, esa no era toda la verdad. Por un momento había tenido miedo. El corazón todavía le martilleaba en el pecho. Hacía mucho tiempo que no salía de ronda, atento a los peligros que lo rodeaban.

De repente supo quién era: el agente Wayland, uno de los hombres de Whicker.

—No es molestia, señor —dijo Wayland, poniéndose a caminar al lado de Tellman cuando reanudó su camino—. Solo quiero asegurarme de que está bien, señor. Tenemos que cuidar unos de otros, ¿no? Incluso fuera de turno...

—Gracias, agente Wayland.

Tellman forzó la voz para que sonara serena, tranquila. ¿Debía permitir que el agente supiera que había entendido la amenaza implícita? Si no lo hacía, quizá se repetiría, y de manera menos agradable. ¿O eran figuraciones suyas? ¿Se pondría en ridículo, como si tuviera cargos de conciencia?

Caminaron en silencio por la estrecha acera, marcando el paso, hasta que llegaron a la vía principal, donde se detuvieron junto al bordillo.

—Ahora estará a salvo, señor —dijo Wayland, asintiendo con satisfacción—. Buenos días, señor.

—Buenos días, agente —respondió Tellman, y tras observar el tráfico con cuidado, cruzó la calle, todavía inseguro, dándole vueltas en la cabeza. ¿Wayland había hecho aquello movido por la preocupación? ¿O se trataba de una advertencia de lo fácil que habría sido que lo agredieran, incluso que lo asesinaran, sin que nadie se enterase?

El día siguiente tampoco fue un buen día. Continuó revisando archivos, encontrando discrepancias porque ahora que las buscaba, había cifras que no cuadraban, incluso un par de declaraciones que alguien había modificado con sumo cuidado e inteligencia. Se le hizo un nudo en el estómago cuando empezó a apreciar lo profunda que llegaba a ser la corrupción.

Encontró resistencia en todas partes, a veces incluso abierta antipatía. Un agente le llevó una taza de té y lo derramó todo sobre su chaqueta y sus pantalones.

—¡Oh! ¡Cuánto lo siento, señor! —dijo, disimulando apenas su sonrisa.

Estaba caliente, casi lo suficiente para escaldar si Tellman no se hubiese movido

lo bastante deprisa para esquivar la mayor parte.

Hubo risillas burlonas de uno de los otros agentes, convertidas de inmediato en toses, a las que siguieron otras. Los otros dos agentes que estaban en la habitación también se pusieron a toser, como si fuesen un coro.

Tellman procuró quitarle importancia, pero era muy consciente de lo mucho peor que podría haber sido. Estaba mojado de té, y resultaría muy incómodo, por no hablar de embarazoso, cuando se enfriara. Sería evidente, por toda la parte delantera, como si se hubiera meado encima. Más caliente, y quizá le habría arrancado la piel de la barriga. Se obligó a apartar de su mente el recuerdo de la infancia. Una oleada de su antigua impotencia lo embargó al recordar las risas, las burlas. La apartó; prohibida. Era el superior de los cuatro hombres que había en la habitación. Todos fingían ser serviciales y todos sabían que eran culpables de alterar pruebas o de robar dinero, o de hacer la vista gorda a quien lo hiciera.

¿Su propósito de no darse por enterado era una señal de cobardía? Olerían el miedo. Los matones siempre lo hacían. ¿Cuán precipitado sería hacerles saber que lo sabía todo y plantarles cara? Si no lo hacía, ¿les estaría diciendo que no se atrevía?

¿Qué pensaría Gracie de él? ¿Qué prefería hacer? ¿Enfrentarse a ellos y posiblemente ser agredido? ¿O retirarse, y avergonzarse de sí mismo, incapaz de contárselo a Gracie, de hecho mentirle, aunque solo fuese por omisión?

—No se preocupe, agente —dijo—. No tiene importancia. —Miró al agente a los ojos y vio que se ruborizaba un poco—. Da usted la impresión de ser propenso a los descuidos. Aquí hay unos errores muy raros. ¡Y lo más raro de todo es que siempre son por defecto! Nunca sobra dinero. Se ha fijado, ¿verdad?

La mandíbula del agente se endureció, pero sus ojos reflejaron miedo.

—No sé si lo hice yo —contestó—. Pero tras una larga jornada en las calles, estás tan cansado que apenas ves con claridad, y los pies te duelen una barbaridad, es posible que los cálculos no sean perfectos.

Se inclinó hacia delante, un poco demasiado cerca de Tellman.

Tellman no se apartó; permaneció exactamente como estaba.

—¿Alguna vez ha hecho esto, inspector? Me figuro que sí, tiempo atrás, cuando usted era agente, ¿no? Cuando trataba con la gente en lugar de ordenar a otros que lo hagan. Cuando separaba a los que se peleaban en los muelles, o en callejones oscuros donde casi nadie tiene el desatino de meterse. —Carraspeó y prosiguió—: ¿Cuando sabía que sus compañeros le cubrían las espaldas? Cuando se había metido en reyertas y le habían llovido puñetazos, insultos, patadas tras haberlo derribado. ¡Y nunca los delataba porque eran los mismos que acudían a socorrerlo, los que arriesgaban su propio cuello para asegurarse de que estaba bien! —Inhaló siseando—. Y cuando usted cometía un error, limpiaban detrás de usted y mantenían la boca cerrada. Todo eso lo sabe, ¿verdad? ¿O es que lo ha olvidado, ahora que ya no tiene que hacerlo?

Tellman sintió que el frío le calaba hasta los huesos, como si saliera de dentro de

él. De nada serviría decirle algo a aquel hombre, ¿no? Ambos sabían qué había detrás de la disputa. Si esperas lealtad, tienes que brindarla... siempre. No eliges y solo lo haces cuando no te cuesta.

Pero había enojo en el fuero interno de Tellman, también, furia por lo que les estaba ocurriendo por igual a hombres malos y buenos. Sobre todo, para él al menos, suponía la destrucción de un ideal importante. Este había estado en el meollo de su propósito desde que era aquel niño en el patio de recreo, humillado y necesitando algo en lo que creer para seguir adelante. Para levantarse de nuevo cuando caía, cometía errores, estaba demasiado cansado para pensar con claridad.

—Lo entiendo —dijo Tellman en voz baja.

Por un instante hubo dolor en los ojos del agente, pero enseguida lo contuvo.

—Es fácil decirlo... —respondió el agente, forzando las palabras a través de la mandíbula apretada—. ¿Tiene hijos a los que alimentar, inspector?

Tellman tuvo ganas de mentir para proteger a su familia, pero entonces se dio cuenta de lo inútil que sería. Cualquiera podía averiguarlo en un momento. Ahora sí que tenía miedo de verdad.

—Sí, en efecto —contestó, aunque con la voz temblorosa—. ¿Por qué? ¿También les hará daño si no guardo silencio y encubro sus hurtos?

El agente palideció.

—¡Por Dios! ¿Quién se piensa que soy?

Tellman contestó sinceramente. Era demasiado tarde para las mentiras, y nadie lo habría puesto en duda, de todos modos.

—Un hombre que empezó siendo honesto, haciendo un trabajo duro, a veces peligroso, y que cobra demasiado poco pero que se vio obligado a darse cuenta de que dependía de la lealtad de los demás. En su caso ese precio consistió en hacer la vista gorda ante la corrupción... hurtos, mentiras ocasionales, pruebas extraviadas, en ocasiones más violencia de la necesaria. Cada paso conduce al siguiente, hasta que has ido tan lejos que no puedes retroceder. —Miró la expresión dolida del agente—. Ahora dígame que me equivoco —prosiguió—. Dígame que esto es lo que desea. —Detestaba decirlo. Le constaba lo profunda que sería la herida si se lo dijeran a él—. Dígame que así es como quiere que lo vean sus hijos: un hombre que deshonra su trabajo cuando las cosas se ponen feas. Que eso es lo que quiere que hagan ellos también: que engañen cuando vienen mal dadas o surgen demasiados problemas.

El agente tensó sus músculos, estirando la tela de su uniforme, y cerró los puños. Ahora miraba a Tellman con odio en los ojos, por hacérselo ver y llevarlo a despreciarse. Buscó qué decir, pero le faltaron las palabras.

—Usted ha sacado el tema de la familia —agregó Tellman—. ¿Se le ha ocurrido amenazar a la mía porque alguien ha amenazado a la suya?

El agente respiraba pesadamente, debatiéndose en su fuero interno.

Tellman aguardó.

—No —dijo por fin el agente—. No, por supuesto que no. ¿Qué diantre piensa

que somos?

—Hombres pillados —dijo Tellman con gravedad—. Todos pillados.

El agente soltó el aire.

—¿Qué va a hacer, siendo así?

Tellman no se había dado tiempo para pensar. Tenía que contestar de inmediato o parecería débil, incluso estúpido.

—Darle la oportunidad de enmendarse —contestó—. Whicker está enterado, la Special Branch también, de modo que librarse de nosotros solo empeoraría las cosas. Máteme, y lo ahorcarán.

—¡Dios! ¿Qué...?

Se interrumpió. Ni siquiera había imaginado algo semejante, y fue patente en su cara.

Tampoco se le había ocurrido a Tellman al empezar a hablar, pero ahora era demasiado evidente para eludirlo. En cuestión de minutos había pasado de los pequeños hurtos, de la falta de denuncia de incidentes estúpidos para no tener que resolverlos, una acción disciplinaria impuesta a un sargento, una mancha en el historial de un agente, quizá la retención de la paga. Ahora estaban hablando de asesinato y de la horca. ¿Cómo diablos había permitido que aquello llegara tan lejos?

Bradshaw mandó llamar a Pitt otra vez. Eran las cinco de la tarde, hacía rato que había anochecido y la luz de las farolas relucía en la escarcha cuando el coche de punto se detuvo en el otro lado de la calle. Pitt se apeó y pagó la carrera. Cruzó con cuidado la acera cubierta de hielo y subió la escalera. Su aliento era visible en el aire un momento y desaparecía al instante.

Arriba, en su despacho, Bradshaw le estaba aguardando junto a la ventana, mirando las luces de la ciudad, los titilantes reflejos en el río. Se volvió cuando hicieron pasar a Pitt. Estaba pálido, desprovisto no solo de color, sino también de energía.

—Su subordinado Tellman ha estado armando la marimorena —dijo con amargura—. ¿Se ha anticipado a lo que sucederá con lo que está haciendo? ¿Se ha detenido a considerar las consecuencias que tendrá?

—No es mi subordinado, señor —le recordó Pitt—. Pertenece a la policía regular, y detesta lo que está haciendo tanto como cualquiera de nosotros, pero desde el atentado en Lancaster Gate, no hay alternativa.

—¡Claro que hay alternativas! —contestó Bradshaw, aunque en su voz había más desesperación que enojo—. Atrapar a quien lo hizo y poner fin a esta... ¡caza de brujas! Ednam está muerto. Por Dios, no manche lo que queda de su reputación. Por el bien de la policía y el de su familia.

—Esto se va a poner muy feo.

—¿Más feo que policías muertos entre las ruinas de una casa, escombros ardiendo

en la calle y acusaciones de corrupción policial en media ciudad? —inquirió Bradshaw. Había dolor en su voz y en sus ojos, y también otra cosa: una sombra que Pitt pensó que era miedo.

—Sí, señor —dijo Pitt en voz baja—. Las heridas y las muertes son inalterables. Los incendios están apagados y los escombros, recogidos. Las acusaciones solo son palabras, por ahora. Con cuidado, podemos acallarlos sin enjuiciar a nadie.

—¡Tenemos que enjuiciar a quien puso las bombas! —le espetó Bradshaw, que blandió su mano en el aire para dar énfasis a sus palabras, y tal vez porque estaba tan tenso que necesitaba algún gesto violento para liberar aunque solo fuese una parte de la tensión, solo por un momento, antes de que volviera a acumularse.

—Por supuesto —convino Pitt—. Me refería a enjuiciar a policías que han cometido robos, malversación de fondos, perjurio y posiblemente actos de una violencia innecesaria.

Bradshaw cerró los ojos y blasfemó entre dientes.

—¡Me refería a enjuiciar al terrorista, estúpido! —replicó—. ¡No puede enjuiciar a los muertos! Y le juro, Pitt, que se quedará sin trabajo si lo intenta. ¡Yo también tengo amigos en las altas esferas!

Pitt no se molestó por el insulto, ni siquiera por la amenaza. Se daba cuenta de que Bradshaw estaba al límite de su resistencia. Parecía haber un profundo y terrible dolor que trascendía el descubrimiento de la corrupción imperante, uno del que no podía hablar. De todos modos, ¿por qué iba a compartirlo con Pitt? No eran amigos, tan solo conocidos por motivos profesionales, y rara vez se veían.

—Sí, señor —dijo Pitt en voz baja—. Y será público, como todos los casos que llegan a los tribunales, salvo que tengan relación con espionaje o con secretos que no se pueden revelar por razones de estado. Insinuar algo solo empeoraría las cosas y, que nosotros sepamos, es mentira. Eso también saldrá a la luz, con el tiempo.

—¡Claro que será público! —Bradshaw mantenía el control de su voz no sin dificultad—. ¡Hacerlo público es la parte más importante! La gente necesita creer en la policía, en que somos eficientes y poderosos y los protegeremos de los anarquistas, los locos y cualquier forma de violencia. ¿Por qué demonios le estoy explicando todo esto?

Pitt notó que se le tensaban los músculos, pero la intensidad de la emoción de Bradshaw sobrepasaba la suya. Inhaló y espiró lentamente.

—Quien lo hizo tenía un motivo, señor. La segunda bomba, que ha destruido una propiedad pero no ha herido a nadie, deja bastante claro que su intención es llamar la atención sobre algo, y está dispuesto a llegar tan lejos como sea preciso.

—¿Tan lejos como a ser ahorcado? —dijo Bradshaw, sorprendido.

—Sí, señor, eso creo.

Hubo una chispa de esperanza en el rostro del inspector jefe.

—¿Está loco? ¿Lo sabe con seguridad?

—Si es quien creo, es adicto al opio. ¿Sabe algo acerca de la adicción grave al

opio, señor?

El semblante de Bradshaw perdió todo el color hasta quedar ceniciento. Por un momento Pitt pensó que iba a desmayarse. Entonces dio un paso al frente y Bradshaw se irguió y pareció recuperar el dominio de sí mismo.

—¿De qué está hablando? —La voz le titubeó y por un momento alcanzó una nota de falsete. Carraspeó—. ¿Está diciendo que uno o más de nuestros hombres es... adicto... al opio? Dudo mucho que eso pueda ser... cierto.

Pitt se esforzó para mantener el tono impersonal de la conversación, como si no hubiese percibido la emoción de Bradshaw.

—No, señor —dijo con compostura—. Pero pienso que el hombre que puso las bombas puede serlo.

—La adicción al opio no vuelve violentas a las personas, Pitt. No sé de dónde ha sacado semejante idea. Es una tontería, una tontería peligrosa. Hubiese dicho que alguien con su puesto sería menos... ignorante. —Casi escupió la palabra. Acto seguido pareció lamentarlo—. Perdone... Eso ha sido...

—Conozco las causas de la dicción al opio —dijo Pitt enseguida para sacarlo del atolladero—. En muchos casos lo recetan los médicos para el dolor agudo. Hay personas que pueden dejarlo sin demasiados problemas cuando el dolor desaparece. Otras pueden volverse adictas con una sola dosis. Lo he mencionado porque creo que el terrorista puede ser adicto, aunque no por culpa suya.

—¡No vuelve violenta a la gente! —insistió Bradshaw, con el rostro casi exangüe.

A Pitt le daba vueltas la cabeza. Bradshaw hablaba con tanta pasión que tenía que haber alguien a quien amara que hubiese sido adicto, o incluso que todavía lo fuese. ¿Un hijo, tal vez? ¿Estaba tan deteriorado como Alexander Duncannon? Tenía que ser terrible para cualquier padre, pero para uno que estaba en la policía, que sabía lo que en realidad traía aparejado, no con palabras bonitas, sino en la realidad de la carne, el sufrimiento real, las pesadillas y la náusea, los miedos y la desesperación, tenía que ser aún peor, ¡suponiendo que algo pudiera serlo!

¿Qué era lo más amable que podía hacer? ¿Decir que lo entendía? No era así, a lo sumo solo en la imaginación. ¿O fingir que no se había dado cuenta? ¿Concederle una ilusión de privacidad?

Debía contestar.

—No, señor. Veo posible que esto ocurriera porque un amigo suyo fue víctima de la corrupción policial, o eso piensa él. Este amigo, también adicto, fue culpado de un crimen que nuestro hombre está seguro que no cometió. Sin embargo, basándose en testimonios de policías, fue juzgado, condenado y ahorcado. Desde entonces nuestro hombre ha intentado que el caso se volviera a investigar, y nadie le ha hecho caso. Al menos eso es lo que él cree.

Bradshaw volvió a aclararse la garganta, como si no confiara en su voz.

—¿Esto... esto es verdad?

—No lo sé. Es lo que él cree. Y por la determinación que guía sus actos, es todo

lo que necesita.

—¿Y sigue siendo adicto al opio?

—Sí. Lo está matando, cosa que sabe, de modo que tiene muy poco que perder.

—Pobre diablo. ¿Sabe quién es su camello? —preguntó Bradshaw, su voz poco menos que un susurro.

—No. Se niega a decírmelo. No me sorprende. Ese hombre está entre él y el martirio de la abstinencia. Tengo entendido que si se deja de tomar de golpe, en algunos casos puede causar una muerte espantosa.

—En efecto —dijo Bradshaw con la voz ronca—. No podemos esperar eso de él.

Pitt titubeó, buscando algo que decir que no resultara superficial, como si no tuviera cerebro ni corazón. No podía evitar creer que Bradshaw tenía a alguien muy próximo que estaba pasando por aquel infierno particular.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Bradshaw.

—No lo sé —contestó Pitt con cuidado—. Ante todo debo asegurarme de que las cosas son como creo.

—¿Y si lo son?

—Lo arrestaré. Si lo detenemos me encargaré de que el forense le dé el suficiente para que soporte el dolor. No puedo dejarlo libre, pondrá otra bomba. Quiere que reabramos el caso.

—¡Pero si me ha dicho que a su amigo lo ahorcaron!

—Así fue. El único propósito de nuestro hombre es limpiar su nombre.

—¿Quién es?

—Se lo diré, señor, si llevo razón. Hasta entonces debo mantener a sus allegados alejados de cualquier atisbo de escándalo.

El rostro de Bradshaw era gris.

—Por Dios, vaya con cuidado. Los camellos de opio, o de cualquier otra droga, no tienen piedad. Lo matarán, si los amenaza. Lo digo en serio, Pitt. ¡Lo harán!

—Sí, podría ser —convino Pitt.

Bradshaw fue a decir algo más, pero cambió de opinión.

Pitt puso fin a aquella situación tan incómoda excusándose y cerrando la puerta a sus espaldas. Salió agotado por la compasión que lo había embargado por Alexander, por su familia, por Bradshaw, de quien ahora estaba seguro que estaba atrapado en el mismo infierno, incapaz de imaginar cualquier escapatoria que no fuese la muerte.

Mientras bajaba la escalera hacia la calle, fue consciente de que semejante desgracia podía acaecerle a cualquiera. La felicidad era frágil e infinitamente valiosa.

Capítulo

11

Esta vez a Pitt aún le costó más ponerse en contacto con Alexander, pero era imperativo que lo hiciera. No podía posponer mucho más tiempo su detención, y cuando eso ocurriera perdería la oportunidad de interrogarlo y hallar las respuestas a los hechos principales que todavía echaba en falta.

¿De verdad había intentado conseguir una nueva vista del caso Lezant, una y otra vez, y nadie le había hecho caso? ¿Qué había sido un enojo latente desde hacía tiempo que había sido ignorado sistemáticamente, y qué eran simples figuraciones suyas, recreadas después de poner la bomba?

¿Cabía pensar que Alexander hubiese aprovechado el acto violento de otra persona para atraer la atención que antes no había conseguido atraer? Era posible. Pitt necesitaba saberlo. No contaba con que Alexander se lo dijera, pero si quería que le creyeran, quizá podría darle una lista de las personas con las que había hablado, los lugares y fechas, al menos aproximadamente. Entonces Pitt estaría en condiciones de comprobarlos. Compararía una muestra de la letra de Alexander con la de las notas de Anno Domini. Había que demostrarlo todo. En primer lugar, estaba la cuestión de la identidad del camello que no se había presentado en la reunión donde habían disparado a Tyndale. ¿Por qué? ¿Cómo era posible que Ednam no estuviera enterado de la cita acordada? Faltaba algo muy importante.

Más aún, Pitt debía encontrar pruebas de que Alexander realmente había intentado conseguir una revisión del caso de Dylan Lezant, recurriendo a alguien que escuchara su versión de los hechos. Podía empezar a investigar sin saber cuándo, y a quién, pero sin duda le llevaría mucho más tiempo que si Alexander se lo decía.

Y por supuesto había otras cuestiones que tener en cuenta en todo momento. Anteriormente Pitt se había preguntado si todo el asunto del atentado con bomba en Lancaster Gate era solo una cortina para desviar la atención de la Special Branch del verdadero incidente que tendría lugar en alguna otra parte, planeado por anarquistas más inteligentes que aquellos de los que ya tenía constancia la Special Branch. Podría tratarse de cualquier cosa: robo de documentos, un asesinato, espionaje industrial o militar; la lista de posibilidades era larga.

Con todo, creía que Alexander Duncannon padecía un sufrimiento extremo, tanto mental como físico, sabiendo que se aproximaba el final de su vida, y que estaba decidido a limpiar el nombre de su amigo. Y posiblemente más importante para él, tanto si lo sabía como si no, vindicar su huida y su supervivencia, aunque solo fuese temporal. Su nombre estaba limpio de cualquier delito, mientras que a Dylan Lezant lo habían ahorcado por asesinato.

Finalmente Pitt encontró a Alexander hacia las once de la noche, trastabillando por un callejón a unos cien metros de su piso. Había chocado contra una farola y estaba de pie, apoyado en ella, aturdido en su luz fantasmal.

Pitt tenía frío, estaba cansado e irascible. Era la tercera vez que pasaba por allí y había estado a punto de tirar la toalla y marcharse a su casa.

Entonces vio el rostro de Alexander y su enojo se desvaneció. Se acercó y agarró al joven por ambos brazos, como si contara con tener que soportar su peso.

—¡Alexander! —dijo—. ¡Alexander!

Alexander pestañeó y lo miró con dureza antes de reconocerlo.

—Ah. Es usted. ¿Qué quiere ahora?

Su tono de voz no sonó agresivo, solo infinitamente cansado.

—¿Cuándo ha comido por última vez? —le preguntó Pitt.

—Ni idea. ¿Por qué? ¿Acaso importa?

Pitt no lo sabía. La comida poco bien hacía si no podías retenerla en el estómago el tiempo suficiente para digerirla.

—Venga conmigo —dijo con firmeza, como si no fuese a aceptar una negativa—. Al menos entrará en calor. Allí hay un sitio que está abierto toda la noche.

Alexander lo miró de hito en hito.

—¿Qué quiere?

—Detalles. Quiero saber todo lo que hizo para intentar que le hicieran caso y se investigara más a fondo el caso de Dylan Lezant.

—¿Por qué?

Alexander seguía mirándolo fijamente, todavía apoyado en la farola. Pestañeó varias veces, intentando concentrarse.

—Quiero saber quién no le hizo caso —respondió Pitt.

Alexander se encogió de hombros.

—¿A quién le importa a estas alturas?

—A mí.

Alexander se desplomó y Pitt se vio obligado a sostenerlo para que no se deslizara hasta quedar hecho un guiñapo en el suelo. Le costaría mucho volver a levantarlo.

—¡Vamos! —dijo Pitt bruscamente—. Aquí fuera se congelará. Venga a calentarse ahí dentro, y al menos tome una taza de té.

Alexander hizo un esfuerzo y permitió que Pitt lo sostuviera. Posiblemente porque no le quedaban energías para oponer resistencia.

Media hora después ambos habían entrado en calor, envueltos por el agradable parloteo de una cafetería que permanecía abierta toda la noche para los trabajadores. Servían un té muy caliente y recargado con demasiado azúcar. Faltó poco para que Pitt tuviera náuseas, pero Alexander se lo bebió sin dar muestras de notar su sabor. Se comió medio bocadillo de panceta, y pareció sentarle bien.

Miró a Pitt con curiosidad. Retomó el tema de antes.

—¿Por qué quiere saberlo, exactamente? ¿Tiene intención de enjuiciarme? No, claro que no. Busca pruebas, ¿verdad? Así me da un motivo para matar a Ednam y a sus hombres. No me hicieron caso. Y si hubiese encontrado pruebas, me habrían ahorcado a mí, no a Dylan. —Pestañeó, sabiendo que había cometido una equivocación—. No... esto no va así, ¿verdad? Quiero decir cronológicamente. Empecé a intentar que me hicieran caso después de la muerte de Dylan. ¿Es para ahorcarme a mí... por poner la bomba? Quiere darme un motivo. De lo contrario, ¿por qué iba a hacerlo? —Negó muy ligeramente con la cabeza—. No hay pruebas. Nadie me vio, si no ya me habría detenido.

Pitt lo miró a través de la estrecha mesa de madera, iluminada por los candiles puestos en los extremos. Las sombras eran nítidas, resaltando lo consumidas que estaban las facciones de Alexander.

Pitt sonrió.

—En efecto. Pero no es eso lo que quiere, si no, ¿por qué hizo estallar una segunda bomba?

—¿Le consta que lo hice yo? —preguntó Alexander, cuya expresión era indescifrable.

—Por supuesto. Dejó el pañuelo allí para que yo lo encontrara —contestó Pitt—. Pero al margen de lo que usted quiera, yo quiero saber quién mató a Tyndale y por qué. Si fue accidental o deliberado, y si la policía envió a la horca a un hombre a sabiendas de que era inocente.

Alexander hizo una mueca al oír la palabra «horca». En ese momento Pitt tuvo claro que el dolor seguía siendo vivo, profundo, y que con independencia de lo que hubiera hecho, Alexander no pararía hasta sacar a la luz la verdad o hasta que muriera, lo que llegara antes.

Iba a morir. La sombra de la muerte ya le empañaba los ojos. Pitt dejó de tratar de negarlo, y quedó abrumado por el enojo y la compasión. Sabía que haría todo lo que pudiera para que se hiciera justicia mientras Alexander todavía pudiera verlo.

—Hábleme de las personas que vio —le urgió—. O que intentó ver, y hasta dónde llegó con ellas. Si es posible, dígame aproximadamente cuándo.

Alexander asintió con la cabeza, sonriendo, al ver que Pitt sacaba su bloc de notas y lápiz.

Habiendo pasado apenas cinco horas en la cama, el día siguiente Pitt se despertó temprano y, tras una rápida taza de té, inició las visitas a las personas cuyos nombres le había dado Alexander.

La primera era un hombre que se llamaba Lessing, que estaba a cargo de los procedimientos de apelación. Pitt consiguió una cita inmediata debido a su cargo, del que estaba más que dispuesto a sacar el mayor provecho.

—No veo qué relación guarda esto con la seguridad de la nación —dijo Lessing,

irritado—. ¡En esta oficina estamos muy ocupados!

—Pues no perdamos su valioso tiempo con explicaciones sobre por qué no puedo referirle las razones de mi solicitud —respondió Pitt muy serio y en el mismo tono cortante—. ¿Alexander Duncannon, u otra persona, le pidió que investigara más a fondo las circunstancias del caso contra Dylan Lezant?

—Llevará algún tiempo... —comenzó Lessing, frunciendo los labios con fastidio.

Pitt le dio la fecha y la hora aproximada del día en que Alexander le había dicho que había acudido allí.

Lessing lo fulminó con la mirada.

—Parece ser que ya lo sabe —señaló con un toque de sarcasmo.

—Sé lo que se me ha dicho —contestó Pitt—. Espero que usted pueda corroborarlo o desmentirlo. Preferiblemente con documentos, que supongo tendrá en sus archivos.

—No permitimos que tales documentos salgan de esta oficina.

Lessing miró a Pitt con poca paciencia. Contaba con que un hombre con el cargo de Pitt lo sabría sin que tuvieran que decírselo.

—¡Quiero leerlos, no llevármelos! —Pitt lo miró a los ojos sin pestañear—. No perdamos mi tiempo ni el suyo, señor Lessing. ¿Le hicieron la solicitud o no?

—No archivamos todas las solicitudes frívolas que llegan a nuestras puertas... —comenzó Lessing.

Pitt enarcó las cejas.

—La Special Branch no considera que la corrupción policial sea una frivolidad, señor Lessing. Menos aún cuando conlleva homicidio sin premeditación, perjurio y muerte por orden judicial. Y ahora aparece un asesinato múltiple en un atentado con bomba. En realidad, consideramos que es un asunto muy serio.

Lessing estaba pálido y furioso. Lo habían pillado desprevenido mediante lo que a su juicio era un engaño deliberado.

—Conllevó algo más que a un joven bastante histérico que acusaba a agentes de policía de haber matado de un tiro a un transeúnte durante una venta de droga de la que hubo al menos cuatro testigos, y al hombre en cuestión lo había juzgado un tribunal, fue hallado culpable y murió en la horca —dijo de un tirón—. No había nada que investigar. Es más, el joven que presentaba la queja saltaba a la vista que estaba bajo la influencia de alguna droga. Se tambaleaba, arrastraba las palabras al hablar y en ocasiones lo que decía resultaba casi ininteligible. Hablaba del muerto como si fuesen amantes.

Dijo la última palabra con una entonación de evidente repulsa.

—Sé quién era el solicitante. —La voz de Pitt sonaba tensa por su cólera apenas controlada. Su impotencia para aliviar el dolor dominaba su reacción—. Es un joven de muy buena familia; su padre es sumamente respetado. Desgraciadamente el joven sufrió una herida muy grave de la que nunca se recuperará. El dolor extremo puede provocar que el comportamiento de un hombre sea errático. Le recetaron drogas para

hacer que su dolor fuese soportable, al menos buena parte del tiempo. El ahorcado era como un hermano para él, un compañero de penas. Tal vez usted no sepa qué significa eso. Pero es lamentable que lo interprete de esa manera. Dice más sobre usted que sobre esos dos muchachos.

Lessing se puso rojo como un tomate, pero se guardó mucho de perder los estribos con el jefe de la Special Branch. Pitt se dio cuenta sin sorprenderse. Había visto aquella chispa de miedo cuando los hombres miraban a Victor Narraway, pero nunca la había reconocido tan claramente consigo mismo. Resultaba gratificante y también alarmante. Quisiera Dios que nunca se acostumbrara.

—¿Investigó el asunto? —preguntó con una sonrisa que no fue más que un gesto para enseñarle los dientes.

—¡Por supuesto que no! —Lessing intentó resultar desdeñoso y burlón—. El caso ya se había juzgado y sentenciado.

—Pensaba que ese era su trabajo. ¿Siempre decide sin investigar que el veredicto es incuestionable? ¿Siendo así, no acabo de ver el propósito de su existencia!

—¡Claro que no! Pero normalmente lo es. «Doce hombres buenos y leales» suelen acertar en sus decisiones. ¿Siempre cuestiona el veredicto de un jurado? —preguntó, imitando el tono de Pitt con cierta satisfacción.

—Sí, si parece que tiene poco sentido —replicó Pitt.

—Tenía todo el sentido del mundo —le dijo Lessing—. Lezant fue a comprar opio porque era adicto. Tenía intención de reunirse con su camello en un callejón, pero cuando llegó allí encontró a la policía aguardándolo. Le entró el pánico y disparó a los agentes, y desgraciadamente mató a un transeúnte. Aunque quizá el transeúnte en realidad fuese el camello.

—Está difamando a un hombre inocente, señor Lessing —le dijo Pitt con frialdad—. Tyndale fue investigado a fondo, yo he vuelto a hacerlo ahora, y su historial es intachable.

Estaba exagerando un poco, pero aquel hombre lo había enfurecido. No había ni una prueba contra Tyndale, aunque su implicación no era tan imposible como Pitt estaba dando a entender.

—¡De acuerdo! —dijo Lessing igualmente enojado—. De modo que era un mero transeúnte. Tanto más trágico que Lezant le disparase.

—¿Por qué iba a hacerlo? Estaba en la dirección opuesta a la de la policía; de hecho, detrás de Lezant —le dijo Pitt.

Lessing enarcó las cejas de golpe.

—¿En serio? ¿Quién se lo ha dicho?

Pitt no podía desvelar que había sido Alexander.

—Las pruebas —respondió—. Si hubiese leído el informe habría sacado la misma conclusión. El callejón tiene dos entradas, y un pequeño pasaje que lo cruza y que puede usarse como atajo desde la calle principal hasta donde vivía el señor Tyndale. Estaba en ese pasaje, camino de su casa.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió Lessing.

—He estado allí y he comparado el lugar con los dibujos de la policía y sus testimonios —le dijo Pitt—. Si va a ver por sí mismo el lugar donde encontraron el cuerpo de Tyndale y los agujeros de bala en la pared del edificio, comprobará que Tyndale estaba detrás de Lezant, pero en frente de los cuatro policías.

—Cinco —corrigió Lessing.

—Cuatro —repitió Pitt—. Uno de ellos, Bossiney, en realidad no estuvo presente. Se limitó a repetir lo que le contaron.

—¿Está diciendo que cinco policías mintieron y que un adicto al opio histérico, que ni siquiera estaba allí, está diciendo la verdad? ¡Está loco! Debe sufrir algún tipo de...

Miró el rostro de Pitt y se tragó lo que iba a decir.

—Si fuese a la escena del crimen en lugar de leer los relatos de otras personas —le dijo Pitt con mucho cuidado y con una voz mesurada—, vería que lo que dice la policía carece de sentido. Y Alexander Duncannon afirma que estuvo allí. De hecho, llevaba el dinero para comprar el opio.

—¿Eso dijo?

—Sí.

—¡Y por supuesto usted le cree! —Ahora la voz de Lessing volvía a ser burlona—. ¿No peca un poco de... crédulo, señor?

—Bueno, Lezant no lo tenía —señaló Pitt—. Se hizo una lista pormenorizada de sus pertenencias cuando lo arrestaron, allí mismo. El arma, el pañuelo de bolsillo, una libra, diecisiete chelines y seis peniques en monedas. Nada de dinero para comprar opio, y tampoco nada de opio. Si no había nadie más allí, ningún camello, ningún compañero, ¿dónde estaban el dinero o el opio?

—Tyndale...

En cuanto lo dijo, Lessing se dio cuenta de su error.

—¿En serio? —Pitt abrió mucho los ojos para mostrar su asombro—. ¿Tenía el dinero, el opio o ambas cosas? Me pregunto por qué nunca aparecieron. Y la policía se olvidó de mencionarlo. Y a usted no le pareció apropiado investigarlo, según veo.

Lessing estaba que echaba chispas, pero la observación era justa.

—No tengo ni idea. Eso fue hace dos años. De vez en cuando se cometen errores... —protestó.

—¿Con el resultado de ahorcar a un hombre? —Pitt hizo evidente todo su sarcasmo—. Eso es algo más que un «error», señor Lessing. Me parece que debe dar una explicación bastante extensa sobre por qué no lo examinó en su momento.

Los labios de Lessing formaron una línea delgada y dura.

—Bueno, si sus señorías lo solicitan, no dude que haremos lo que podamos —dijo con gravedad—. Entretanto, tengo otras cosas que hacer.

Pitt anotó algo en el pie de la página de su bloc.

—Por supuesto, igual que yo —contestó con una sonrisa forzada—. ¡Y muchas!

Pitt fue a ver a todas las personas que Alexander había enumerado en su intento de conseguir que alguien reconsiderase el caso de Dylan Lezant. Pocas fueron tan hostiles como Lessing, pero al final la pauta era siempre la misma.

—Lo sentí mucho por él —dijo apenado Green, el pasante del bufete del abogado de Lezant—. Parecía un joven respetable, terriblemente afectado por la muerte de su amigo y convencido de que era inocente. —Negó con la cabeza—. Espero que si alguna vez me veo en problemas tendré un amigo tan leal como él. Pero nosotros no podíamos hacer nada. Se ofreció a pagarnos con toda su fortuna, que era bastante considerable. Sin embargo, no había fundamento para una apelación. Ojalá lo hubiese habido. Me habría gustado ayudarlo, simplemente por lo desesperado que estaba.

—¿El caso no se sostenía? —insistió Pitt.

—Moralmente, tal vez —concedió Green—. Pero no legalmente. Una vez que alguien ha sido condenado tiene que haber un error de procedimiento, cosa que no había, o una nueva prueba abrumadora, cosa que tampoco había. Lo siento.

Daba la impresión de llorar la muerte de Lezant. Pitt se preguntó a cuántos parientes desesperados había tenido que dar la espalda, personas que no soportaban creer que uno de los suyos, un marido, un hijo, incluso una esposa, pudiera ser culpable de un crimen tan grave que pagaría con su vida.

Todos los relatos, compasivos o no, tristes o desdeñosos, incluso enojados, cuando se juntaban pintaban el cuadro de un joven solitario, idealista, emotivo, que sufría física y mentalmente, empeñado hasta el agotamiento en el esfuerzo por salvar a su amigo. Y después de la muerte de Lezant, luchaba por salvar al menos su reputación.

Cada nombre y oficina que Alexander le había dado, Pitt lo comprobó y descubrió que en efecto había estado allí y que de una manera u otra lo habían rechazado. Todos se habían mostrado reticentes o incapaces de ayudar. Nadie había recurrido a instancias superiores. Nadie había sentido la necesidad de reconsiderar el asunto o cuestionar el informe de la policía.

¿Tendrían que haber cuestionado más cosas, reexaminado los hechos, interrogado otra vez a los testigos? Lessing, desde luego, sí. Había elegido creer el relato más fácil e ignorar las inconsistencias. En el polo opuesto, Green había lamentado el hecho de no poder hacer nada. Las fisuras legales eran de la policía, posiblemente por la manera de llevar el caso, pero no de la propia ley.

Hacia el final del tercer día Pitt estaba sentado junto al fuego en su sala de estar, sopesando todo lo que sabía. Había empezado en el nivel de los cinco policías: Ednam, Newman, Hobbs, Yarcombe y después Bossiney. Los habían encubierto sus superiores inmediatos, y nadie cuestionó nada.

¿Dónde más estaban ocurriendo tales cosas? Esa era una pregunta que preferiría con mucho no tener que hacer, pero ahora era inevitable.

Estaba pensando en esto cuando llamaron a la puerta de la calle. Dado que Charlotte estaba arriba hablando con Jemima, abrió Pitt y se encontró con Jack

Radley en el umbral. Llevaba un grueso abrigo de invierno y, sin embargo, sus hombros se veían encorvados, estropeando su tan elegante aspecto habitual.

Pitt lo invitó a entrar, le colgó el abrigo en el recibidor y lo hizo pasar a la sala de estar. Le ofreció *whisky* en lugar de té, pero de todos modos declinó el ofrecimiento. Se sentó en el sillón de Charlotte junto al fuego, con los pies arrimados al hogar. Fue directo al motivo de su visita.

—Recordarás que he estado trabajando con Godfrey Duncannon en ese contrato para abrir un puerto franco británico en la costa de China... —empezó.

Pitt asintió con la cabeza, sin interrumpirlo.

Jack sonrió con un humor un tanto sombrío.

—No he olvidado las veces que en el pasado he juzgado mal el carácter de las personas. Solo un tonto tropieza con la misma piedra dos veces, y cuento con que me echarían si lo volviera a hacer. Quizá sea totalmente trivial y me esté alarmando con demasiada facilidad. Supongo que es un defecto tan malo como hacer lo contrario. Si hablo contigo, ¿quedará entre nosotros?

Pitt se dio cuenta de lo tenso que estaba Jack, pues apenas disimulaba su intento de hablar jovialmente.

—Por descontado. Pero si tengo que actuar, no te garantizo que nadie adivine mi fuente. ¿Qué es lo que tanto te inquieta?

—Emily se dio cuenta antes que yo —dijo Jack, casi como si se disculpara—. Tanto Duncannon como Josiah Abercorn muestran mucho interés en que este contrato tenga éxito, por razones diferentes. Para Duncannon sería el logro supremo de su carrera. Para Abercorn, que es como mínimo veinte años más joven, sería una inversión que le supondría una fortuna para el resto de su vida y garantizaría su carrera política, con un buen margen de independencia. Está en el buen camino para conseguir un escaño seguro en el Parlamento.

Pitt se quedó desconcertado.

—No necesitas que Emily te cuente eso. ¿Qué te preocupa?

Jack se miró las manos.

—Antes creía que solo era la diferencia de edad y de origen social. Abercorn no tiene familia digna de mención, excepto su madre, ya fallecida...

—Al grano, Jack —le recordó Pitt.

—Abercorn odia a Duncannon. —Levantó la cabeza de nuevo—. Odiar es una palabra muy extrema, pero lo digo en serio. Primero solo se dio cuenta Emily, pero una vez que me lo dijo, pude comprobarlo en un sinfín de detalles. Parece una nimiedad, pero el caso es que va en aumento. Un tono de voz, una expresión facial cuando supone que nadie lo está viendo, comentarios de doble filo que parecen cortesías hasta que caes en la cuenta del significado alternativo. Al principio pensaba que era poco sofisticado con las palabras, hasta que percibí la mirada de sus ojos, una expresión ligeramente desdeñosa que desaparece en cuanto es consciente de que lo estás mirando. Me consta que parece absurdo, pero Abercorn sabe que me he dado

cuenta y ahora me evita, y pone mucho más cuidado cuando los tres participamos en un mismo debate.

—¿Duncannon es consciente de ello? ¿Siente lo mismo?

Jack sonrió.

—La verdad es que a Godfrey Duncannon le trae sin cuidado lo que los demás piensen de él, siempre y cuando hagan lo que desea. Y Abercorn no cabe duda de que lo está haciendo, al menos por ahora.

—La gente se tiene aversión por toda clase de motivos —señaló Pitt—. ¿Podría ser una deuda? ¿Una mujer? ¿Es posible que Duncannon haya hecho algo tan simple como votar en contra de Abercorn en algún club del que desea o necesita ser socio? Hay quien es muy apasionado en estos asuntos. Son muy importantes para una carrera política o social. Y normalmente ambas van de la mano. No debería ser así, pero así es como son las cosas.

—No es aversión, Thomas —corrigió Jack—. Eso no me importaría. No me fío de Abercorn. Hay malicia en él, un profundo dolor. No puedo dejar de pensar que sabe algo acerca de Duncannon que yo desconozco, y cuando le convenga, lo utilizará. Me encantaría que pudieras decirme con certeza que me equivoco.

—¿Qué te da miedo, Jack? ¿En concreto?

Jack respiró profundamente.

—Que Abercorn sepa algo relacionado con los atentados, y que lo saque a relucir cuando más daño puede hacerle a Duncannon.

—Alexander es culpable —dijo Pitt en voz baja—. Pero creo que eso tú ya lo sabes tan bien como yo. ¿No fue por eso por lo que me pediste que retrasara su detención hasta que el contrato estuviera firmado?

—Sí. Pero mi temor es que se trate de algo más profundo; no estoy seguro de qué. Abercorn defiende a los policías fallecidos como víctimas de la anarquía y el desorden. Llama a vengarse de quienes corren todo tipo de riesgos para atacar a la defensa contra el crimen en la que todo el mundo confiaba. Algunas de sus observaciones más directas llegan a insinuar que no apoyar a las fuerzas del orden equivale a invitar a la anarquía, incluso a prestar apoyo a la revolución.

»En un artículo dice que el deber concreto de la Special Branch es salvaguardar la seguridad de la Corona y de la nación —prosiguió Jack—. Pregunta si os estáis ocupando de los atentados en Lancaster Gate precisamente porque, mediante el ataque a la policía, tanto violentamente con homicidios e insidiosamente hablando de corrupción, hay un fino prólogo velado a una revolución violenta. Lo asemeja a la revolución que casi destruyó Francia en 1789.

—Por el amor de Dios... —empezó Pitt. Pero Jack no se dejó interrumpir.

—El hecho de que estemos al principio del último año de este siglo no ha pasado desapercibido a la mayoría de sus lectores —agregó—. Hay un montón de excéntricos, incluso locos, que predicán el fin del mundo, sin que hombres por lo demás respetables se añadan a la histeria. Sé realista, Thomas. Nadie invierte fortunas si no

espera sacar provecho de la inversión, ya sea más dinero o algún valor de otro tipo. ¿Estás seguro de que Alexander cometió esta atrocidad? ¿Absolutamente seguro... y por su cuenta?

—Sí, lo estoy.

—¿Por qué? ¿Porque es un joven disoluto, adicto al opio? No todos los adictos al opio son violentos. —Jack se inclinó hacia delante y se puso muy serio—. Se descaminó, nadie lo discute, pero es un hombre honesto pese a su excentricidad y a su sufrimiento. Tal vez tenga malas compañías. Godfrey dice que Lezant era un canalla. Habida cuenta de lo que le ocurrió, ese extremo parece indiscutible. Debe de haber perdido la cabeza por culpa del opio, pues, de lo contrario, ¿por qué habría disparado contra un inocente transeúnte?

—¿Eso es lo que dice Godfrey Duncannon? —preguntó Pitt con curiosidad. No había hablado con el padre de Alexander, ni tenía intención de hacerlo, al menos sobre aquel tema. Según Alexander, Godfrey sabía muy poco sobre aquel incidente en concreto y sobre la vida de Alexander en general—. Es más fácil culpar al amigo —convino—. Quizá yo haría lo mismo, si se tratara de mi hijo. Pero no es lo que sostiene el propio Alexander.

Jack negó con la cabeza bruscamente.

—¡Por Dios, Thomas! Es un joven quijotesco, gravemente herido en un accidente y con todo su futuro malogrado por el sufrimiento. Igual que muchos de nosotros, hizo amistades un poco extrañas y desafortunadas. Eso les sucede sobre todo a quienes no tienen que trabajar para ganarse la vida o mantener a una familia. Está solo, marginado del tipo de carrera y entorno social que habría tenido si hubiese sido capaz de seguir los pasos de su padre. Desgraciadamente, halló un muy mal compañero en Lezant.

Había parte de verdad en lo que decía Jack, pero solo un poco, e incluso ese poco era irrelevante ahora.

—Que Lezant fuese culpable o inocente no cambia nada si Alexander puso la bomba en Lancaster Gate —señaló Pitt—. Sí, es joven y quijotesco. Fue leal en exceso. Se niega a creer que Lezant fuese culpable. ¿Has tomado en cuenta la posibilidad de que realmente estuviera allí y viera lo que sucedió? Quizá no se lo esté imaginando. Tal vez sabe que Lezant no era culpable. Siendo así, no tiene nada de quijotesco que quisiera salvarlo. Era simplemente lo más decente que podía hacer.

—Lezant fue juzgado y condenado —arguyó Jack.

—¿Todos los jurados son infalibles?

—¿Piensas que este se equivocó? ¡Vamos, Thomas! ¿Cinco policías, todos mintiendo? ¡Dos adictos al opio, de los cuales uno probablemente ni siquiera estuvo allí! ¿Tú a quién crees?

—Hay corrupción policial, Jack, y es mucho más profunda de lo que pensaba. Dolía tener que decir aquello.

—¿Hasta el punto de matar a un transeúnte y luego atrapar a otro hombre para

ahorcarlo por ello? —dijo Jack, con manifiesta incredulidad.

—Sí, eso parece —respondió Pitt. De pronto lo invadió un cansancio tremendo que lo llenó de pesar—. Es más que eso, Jack, es una creciente falta de honestidad. Esto no ha ocurrido de repente. Los hombres buenos no se vuelven malos de la noche a la mañana. Hubo pequeños hurtos, unos cuantos chelines de aquí o de allí, pruebas perdidas, amenazas a testigos, ausencias sin justificación, hacer la vista gorda cuando les convenía, usar más violencia de la necesaria para detener a alguien o conseguir una declaración. Ninguno de ellos es terrible por separado, pero sumados, lo son. Y, en este caso, se diría que alguien perdió el autocontrol, que le entró pánico y se encontró con que había disparado a Tyndale, un mero transeúnte. La única salida era arrestar a Lezant, ponerle el arma cerca y decir que Tyndale o bien era su camello, o que Lezant creyó que lo era.

—¿Por qué demonios dispararía Lezant contra su camello? —preguntó Jack.

—No lo haría. No lo hizo —convino Pitt.

—¿Dónde estaba Alexander?

—Ambos salieron por piernas, él fue más rápido y escapó. O tal vez Lezant le cubrió la retirada deliberadamente. Así se explicaría con más contundencia por qué Alexander está dispuesto a pagar tan alto precio para limpiar el nombre de Lezant. De acuerdo con mis averiguaciones, intentó hasta la saciedad que absolvieran a Lezant, en su momento. Nadie se creyó que Alexander siquiera hubiese estado allí. —Le desagradaba lo que dijo a continuación, pero aun así lo dijo—. Dudo que el padre de Lezant sea un hombre de renombre. Godfrey Duncannon desde luego lo es. Tal vez nadie quería dejar la culpa en su puerta, si podía encontrarse otra más fácil. Eso bastaría para que Alexander lo odiara.

Una tensión súbita se adueñó del semblante de Jack, que acto seguido hizo un esfuerzo para relajar su expresión.

—No lo sé... —confesó, rezumando convicción por todos los poros.

Pero era demasiado tarde.

—Sí que lo sabes —le dijo Pitt—. He observado el rostro de Alexander cuando se menciona el nombre de su padre. Bien puede sospechar que se libró debido al nombre de su padre, incluso si Godfrey nunca llegó a decirle nada. Si eres lo bastante poderoso, no tienes por qué hacerlo.

El rostro de Jack reflejaba sentimientos encontrados. Una momentánea ternura dio paso al enojo, luego a la culpa. ¿Estaba pensando en su hermana Evangeline, tan parecida a Emily, tan avispada, tan admiradora de su padre? ¿Qué haría Jack para salvarla, si tuviera que hacerlo?

¿Qué haría Pitt para salvar a sus hijos? ¿Cómo puedes saberlo si no te ponen a prueba?

—Lo siento, Jack —dijo Pitt con gravedad—. Si tengo que arrestar a Alexander, lo haré. Quiere un juicio. Está muriendo y lo sabe. Por eso ha hecho todo esto. No es por venganza; ¡es para obligarnos a revisar el caso de Lezant otra vez!

Jack hizo una mueca de compasión, pero no cambió de opinión.

—Lo entiendo, Thomas, pero eso no cambia mi miedo a que Abercorn tenga algo planeado contra Godfrey. Quizá incluso intente implicarlo en los atentados... No sé. Me gustaría decir que Godfrey intentaría salvar a Alexander, pero en el fondo no me lo creo. He intentado averiguar más cosas acerca de Abercorn, pero solo he encontrado a una madre muy trabajadora y a ningún padre aparente. El certificado de nacimiento dice simplemente «fallecido». Diría que es hijo ilegítimo, aunque esto no venga al caso. Según lo poco que he averiguado, su madre era una mujer decente que quizá anticipó su matrimonio y luego tuvo la mala suerte de que su futuro marido muriera poco antes de la boda. ¡No quiero crucificarla por ese motivo, por Dios! La mitad de la aristocracia duerme donde no debería. Y créeme, sé lo que digo. He pasado suficientes fines de semana en casas de campo. Muchos hijos de lores no son quienes piensan que son.

Pitt miró el rostro de Jack, el humor que traslucía, y detrás del encanto, la profunda inquietud, incluso miedo.

—Veré qué puedo descubrir —prometió—. La Special Branch sabe muy poco sobre Abercorn, aparte de lo que es del dominio público. Pero a lo mejor Narraway sabe algo a título personal. Hay muchas cosas que no se ponen por escrito.

Los músculos tensos se relajaron y de pronto Jack se sintió a gusto en su sillón.

—Gracias —suspiró—. No sabes cuánto te lo agradezco. Y si resulta no ser nada, vayan mis disculpas por anticipado.

Pitt correspondió a su sonrisa. No pensaba que fuese a ser «nada».

Pitt se levantó temprano la mañana siguiente, y tomó un desayuno rápido en la cocina mientras Minnie Maude iniciaba las tareas de la jornada. Ya había limpiado las cenizas del fogón, hervido agua para él y preparado las gachas de avena. Ahora estaba alentando el rescoldo para que hiciera prender el carbón nuevo a fin de cocinar para el resto de la familia.

Pitt le dio las gracias y se comió las gachas en un santiamén. Habría preferido con mucho quedarse y comer como era debido, con el resto de la familia. Stoker había pasado toda la noche montando guardia, pero no había garantías de que Alexander permaneciera en casa de sus padres, donde residía aquellos días, después de las ocho o las nueve.

Charlotte estaba en el pie de la escalera, arrebujada con su bata para no coger frío.

—¿Estás seguro de que quieres arrestarlo en casa de sus padres? —preguntó con inquietud—. Tan temprano, su padre estará allí. No te lo pondrá fácil.

—Ya lo sé. —Le acarició el brazo—. Pero al menos estará presente para ofrecer cierto consuelo a su madre. Si aguardo parecerá que lo haya hecho deliberadamente a espaldas de Godfrey. No puedo permitirme dejarlo correr, Charlotte. Es muy probable que haga algo más, y podrían morir más personas.

—Lo sé... Lo sé.

Discutía sin razón, y ambos lo comprendían. Charlotte se resistía a aceptarlo sin más. El silencio quizá implicaría consentimiento.

Pitt le dio un beso y después, sin volver la vista atrás, se puso el abrigo. También una bufanda gruesa, a todas luces nada elegante, pero que era un recuerdo de los viejos tiempos en los que era un simple policía y no tenía que pensar en política más que superficialmente. Se encasquetó el sombrero en un ángulo desenfadado sin querer y salió a la calle.

El tráfico empezaba a ser denso, pero aun así llegó a casa de los Duncannon mucho antes de lo que deseaba. Aunque era una falsa ilusión pensar que en algún momento estarían preparados para la tragedia emocional que estaba a punto de representarse.

Encontró a Stoker cansado y con frío a unos cincuenta metros de la casa, medio escondido detrás de un árbol.

—Todavía no ha salido —dijo en voz baja cuando Pitt se le acercó—. ¿Vamos a detenerlo? ¿Bastará con nosotros dos?

—Sí. Quiere ir a juicio... pobre diablo —respondió Pitt, también en voz baja—. Vamos. Acabemos de una vez.

El mayordomo se mostró perplejo al verlo, sobre todo con Stoker a sus espaldas. Pitt no contaba con encontrar una respuesta violenta, al menos por parte de Alexander, pero sería un idiota si no se preparara para esa posibilidad.

—Buenos días, señor —dijo el mayordomo con fría formalidad. Había sido un lacayo quien abriera la puerta cuando Pitt se presentó allí el día después de Navidad. Pitt no presentaba el aspecto usual de los caballeros que visitaban a Godfrey Duncannon. Su sombrero era demasiado informal; la bufanda, un desastre. ¿Qué clase de hombre se ponía semejante cosa? No se fijó en el hermoso y costoso calzado de Pitt, unas botas que eran un lujo que se permitía desde que le habían regalado el primer par. Un policía pasa de pie demasiado tiempo para maltratar sus pies.

—Buenos días —respondió Pitt. Dejó su tarjeta en la bandeja de plata que sostenía el mayordomo. Ponía su rango impreso en una letra discreta pero perfectamente legible—. Requiero ver al señor Godfrey Duncannon y al señor Alexander por un asunto que no puede esperar. Si tiene la bondad de presentarles mi tarjeta... Aguardaré en la sala de día. El sargento Stoker aguardará en el recibidor.

El mayordomo pestañeó. Saltaba a la vista que quería discutir, pero se lo pensó mejor. Abrió la puerta del todo, franqueándoles la entrada. La casa era antigua y se notaba que no se habían escatimado dinero ni dedicación para mantenerla. En otra ocasión Pitt habría admirado la balaustrada de caoba tallada y los retratos de las paredes. En aquel momento solo pensaba en lo que se avecinaba.

Le hicieron pasar a la sala de día, que estaba fría porque el fuego apenas había prendido. Los paneles de madera oscura y los muebles tapizados de verde acusaban la sensación de frío. Estaban a principios del año nuevo, y la alegría de la Navidad ya se

había desvanecido.

Pitt aguardó de pie mientras transcurrían los minutos. ¿Acaso Duncannon ya sabía por qué estaba allí? Seguro que sí. Una huida sería una indigna admisión de culpabilidad. Los periódicos exagerarían el asunto. Aquella era la manera más discreta de hacerlo.

Finalmente Godfrey Duncannon entró y cerró la puerta a sus espaldas. Se encaró ceñudo a Pitt, con la tez pálida, el abundante cabello inmaculado pero sin vida.

—Me han dicho que quería verme, comandante Pitt —dijo, mirando a Pitt a los ojos sin pestañear—. Debe tratarse de algo muy urgente para que venga a interrumpir el desayuno. Más vale que me cuente qué desea.

¿Era posible que realmente no lo supiera? ¿O lo sabía y estaba interpretando la farsa hasta el final?

—Me consta que es temprano —respondió Pitt—. Me había planteado aguardar hasta más entrada la mañana, pero me ha parecido mejor hacerlo mientras usted estuviera en casa, de modo que pudiera ofrecer consuelo a su esposa y decidir en privado qué pasos desea dar.

—¿A propósito de qué, por el amor de Dios? ¡Desembuche, hombre!

—He venido a detener a Alexander por el atentado en Lancaster Gate, cuyas consecuencias fueron tres agentes de policía muertos y otros dos gravemente heridos.

Duncannon lo miraba fijamente. Permanecía absolutamente inmóvil, y el último vestigio de color desapareció de su piel. En ese momento Pitt tuvo la disparatada idea de que en realidad nunca se había planteado aquella posibilidad. ¿Se había negado a reconocerla? ¿O imaginaba que nadie acusaría a Alexander?

—¡Esto... es... absurdo! —dijo por fin—. ¿Por qué demonios iba a hacer algo tan espantoso mi hijo? —Le temblaba la voz—. ¡Es una idea descabellada! ¿Se trata de un ardid político para impedir que el contrato prospere? ¿Es eso lo que persigue? ¿Quién está detrás?

Pitt sintió vergüenza ajena. Se estaba poniendo en ridículo.

—Espero muy en serio que el contrato prospere, señor —dijo con gravedad—. Pero tanto si es así como si no, no puedo posponer más la detención de su hijo por el atentado en Lancaster Gate.

—¿Por qué demonios haría algo semejante? ¡Está haciendo el ridículo! —insistió Duncannon una vez más.

—Para llamar la atención sobre la corrupción policial de la única manera que sabe hacerlo —contestó Pitt—. Hasta ahora, nadie le ha hecho caso...

—¡Por Dios! —La ira de Duncannon por fin explotó—. ¡Es adicto al opio! ¡Vive enajenado en su mundo de hadas! Es incapaz de enfrentarse a que su amigo, ¿cómo se llamaba?, Lezant, fuese culpable. No soporta pensarlo. Necesita reposo en alguna clase de hospital.

—Esa habría sido una idea excelente hace unos meses —convino Pitt—. Ahora es demasiado tarde para...

—Tiene los hechos tergiversados —le interrumpió Duncannon—. Acepta la respuesta más fácil. Es a los anarquistas a quienes tendría que haber encontrado, maldita sea. La ciudad está llena de ellos.

Se volvió hacia la puerta.

—¡Señor! Tengo intención de arrestarlo. Podemos hacerlo con discreción o puede usted convertirlo en un incidente, y entonces me verá obligado a utilizar la fuerza. Dudo que sea lo que usted desea, tanto por su hijo como por su esposa.

Duncannon enarcó las cejas de golpe.

—¿Me está amenazando, señor?

Pitt detestaba lo que estaba haciendo. Se imaginaba cómo se sentiría si alguien fuese a su casa a detener a Daniel. Pero no se dejaría embaucar.

—Si quiere verlo así, pues sí, señor, así es. La ley se aplica a su familia igual que a la de cualquier otro hombre. Le brindo la cortesía de hacer esto en privado, y en su presencia. Podría haber aguardado tranquilamente a que Alexander hubiese salido, y arrestarlo en la calle.

—¡Es usted una vergüenza para el cuerpo que representa, señor! —Duncannon escupió estas palabras, pero agarró el picaporte y abrió la puerta de par en par. Dio media vuelta y miró a Pitt con desdén—. Pues entonces más vale que venga a detener a mi hijo en el comedor, donde él y su madre están desayunando. Confío en que no espere que le ofrezca un té.

Pitt no contestó. Siguió a Duncannon a través del recibidor, asintiendo a Stoker al pasar, y entró en el comedor.

Cecily Duncannon estaba sentada en un extremo de la mesa, con Alexander a su lado. Estaba demacrado y muy pálido, pero se volvió hacia Pitt sin sorprenderse. Si tenía miedo, ahora que el momento había llegado, no lo demostró. Se levantó de su silla despacio, se tambaleó un instante y enseguida se enderezó.

—Me figuro que por fin ha venido a por mí —le dijo a Pitt—. Le agradezco que lo haya hecho aquí, y no en un lugar más cómodo para usted. Así todos lo sabremos a la vez. Tal vez no sea más fácil, aunque dudo que algo pueda hacerlo fácil, pero al menos es discreto. Mi padre puede fingir que la suya solo era una visita social... un poco temprana.

Se esforzó en sonreír.

—No vas a irte con ellos, Alexander —dijo Duncannon con firmeza—. Nos pondremos en contacto con Studdert, y luego nos presentaremos cuando nos venga bien.

Alexander miró más allá de su padre, hacia Pitt.

—Studdert es el abogado de la familia. No quiero consultar con él. El señor Pitt y yo ya nos hemos entendido. Gracias, padre, pero me ocuparé de mis propios asuntos.

Se alejó de la mesa justo al mismo tiempo en que Cecily se levantaba. No parecía estar confundida, solo infinitamente triste. En ese momento Pitt estuvo seguro de que ella ya sabía cómo tendría que acabar aquello. Es más, había estado aguardando el

desenlace.

—Haz lo que tengas que hacer, Alex —dijo con dulzura—, pero que sepas que hagas lo que hagas, te quiero.

Por un momento Alexander se tambaleó y Pitt tuvo miedo de que fuera a desmoronarse. Entonces se enderezó, pero no se fio de su propia voz. Tocó a su madre, acariciándole la mejilla con un dedo, y se volvió hacia Pitt.

—Cuando quiera.

—¡Ni hablar! —interrumpió Duncannon—. Harás lo que te digo, Alexander. No estás en condiciones de representarte a ti mismo. —Señaló hacia Pitt sin mirarlo—. Este hombre está intentando decir que eres culpable del asesinato de tres policías. ¡Por Dios! ¿No entiendes que si te hallan culpable te ahorcarán?

Casi se atragantó al pronunciar la última palabra, le costaba respirar.

Alexander enarcó sus delicadas cejas negras.

—¿Quieres decir como ahorcaron a Dylan? Sí, padre, lo sé. Tal vez sepa más al respecto que tú. Me aseguraron que en realidad cuando llegas tan lejos como para tener la soga en el cuello, es bastante rápido. La única diferencia es que Dylan era inocente. Yo no.

—¿Cómo te atreves a decir esto delante de tu madre? —preguntó Duncannon, furibundo.

Pitt ya había presenciado situaciones como aquella. La ira era menos dolorosa que el miedo, y resultaba mucho más fácil dejarse llevar por ella.

Por un instante el rostro de Alexander fue de puro desdén.

—¿Piensas que debería protegerla? ¿De qué? ¿De la realidad? Ella siempre se ha enfrentado a la realidad, padre. Eres tú quien no lo hace. Ella sabía que la espalda nunca se me curaría. Nunca lo dijo, pero lo sabía. Sabía que llegaría un momento en que no soportaría el dolor y que volvería a tomar opio. Vendió sus diamantes para comprármelo. Me creyó cuando le dije que Dylan era inocente. Ahora no puedes protegerla de la verdad, y ¡creo que nunca lo has hecho!

Sin aguardar a la reacción de su padre, se alejó de la mesa y se dirigió hacia donde estaba Pitt. Le tendió las manos, con las palmas bocarriba, las muñecas asomando de los puños de su camisa blanca.

—No será necesario —le dijo Pitt—. Pero fuera hace bastante frío. Creo que debería pedir a su mayordomo que le traiga el abrigo.

Alexander intentó esbozar una sonrisa.

—«Si hay que hacerlo, hagámoslo deprisa» —citó, y después caminó junto a Pitt hacia el recibidor. Ni una sola vez volvió la vista atrás.

Era última hora de la tarde y el día ya se apresuraba hacia el ocaso cuando Pitt recibió aviso de ir al despacho de Bradshaw. Las farolas eran una cadena curvada de luces a lo largo de la orilla del río y el viento de levante soplaba con fuerza.

—¿A qué demonios está jugando? —inquirió Bradshaw en cuanto Pitt cerró la puerta del despacho—. Suelte a Duncannon de inmediato. Si tiene que decir algo a la prensa, y evítelo si puede, diga que le estaba ayudando con relación a un caso antiguo. Que supongan lo que quieran. Pensaba que habría tenido el sentido común suficiente para darse cuenta de que no podía arrestarlo hasta que este... este maldito contrato se haya firmado. Es fácil que solo sea cuestión de días. ¿Qué lo ha llevado a hacerlo hoy? ¡Y en casa de su padre, por Dios!

Pitt estaba cansado y tenía frío, había aborrecido detener a Alexander. El joven había confiado en él, tal vez por motivos equivocados. Alexander quería que se hiciera justicia, y bien podría no tener ni idea de lo que iba a costarle. Pitt ni siquiera estaba seguro de que estuviera totalmente en sus cabales. Tal vez el dolor, el opio y el pesar por el amigo que en su mente había dejado en la estacada lo habían desequilibrado.

—Precisamente por las razones que usted ha mencionado —contestó, obviando la cortesía de llamarlo «señor». Sus rangos eran prácticamente iguales, por más extraordinario que le pareciera a Pitt—. Fui a su domicilio con absoluta discreción y sus padres estaban presentes para que no tuvieran que ser informados *a posteriori*.

—¿De qué se le acusa? —preguntó Bradshaw.

—Asesinato. Hay tres policías muertos.

Bradshaw se sentó muy despacio. Se le veía exhausto, como si se enfrentara a la derrota después de una larga batalla.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué no ha podido aguardar?

Fue un lamento desesperado, no una acusación.

—Porque estaba pidiendo a gritos que lo arrestaran —respondió Pitt, sentándose al otro lado del escritorio—. Hizo estallar la segunda bomba porque no prestamos suficiente atención al caso Lezant después de la primera. No podía permitirme dejarlo libre para que lo hiciera otra vez.

—¿Tan seguro está, Pitt?

—Sí, lo estoy. Me dejó un pañuelo con su monograma en Craven Hill.

Bradshaw apoyó los codos en la mesa y la cabeza en las manos.

—¡Dios mío! Aun así, va a tener que soltarlo.

—¿Por qué? Es culpable y no lo niega. Se ha negado a que lo represente el abogado de su padre.

—Ha perdido la cabeza. —Bradshaw bajó la voz todavía más—. La adicción al opio provoca demencia en las últimas fases. Es... una muerte muy lenta y espantosa.

Pitt percibió el sufrimiento que transmitía la voz de Bradshaw; reparó en lo encorvada que tenía la espalda. Estaba hablando de un dolor terrible que él mismo estaba soportando. Pitt se dio cuenta tan claramente como era consciente de la silenciosa habitación que lo rodeaba, la luz de las lámparas y el viento repiqueteando en las ventanas.

Dirigió la mirada a la fotografía que había en la librería detrás de Bradshaw, la de

su encantadora esposa, radiante de felicidad. Sería cruel, inexcusable, preguntar si era la adicta a la que aludía tácitamente. ¿Seguía viva? ¿Se estaba desintegrando delante de él, igual que Alexander Duncannon? ¿También había padecido una atormentadora enfermedad de la que no había más escapatoria que la muerte?

—Señor —comenzó Pitt, casi con ternura—, tengo que detenerlo. Si no, pondrá otra bomba en cualquier parte y es posible que muera más gente. La última vez tuvimos suerte. Lo hizo bien y destruyó un edificio vacío.

Bradshaw levantó la cabeza y miró a Pitt de hito en hito.

Pitt no añadió más.

Bradshaw se pasó una mano por el pelo.

—Creía que iba a decir que Josiah Abercorn nos estaba crucificando en los periódicos y que teníamos que hacer algo al respecto.

—¡Maldito Abercorn! —exclamó Pitt, pero sabía que lo que había dicho Bradshaw era verdad. Cada día se publicaban más cartas, más artículos de personas que estaban de acuerdo con él. Defendían a la policía, a los buenos y honrados hombres que arriesgaban su vida a diario para proteger a los ciudadanos de la violencia y el dolor del crimen—. Ahora en los periódicos hay quienes se preguntan por qué no estamos haciendo algo. ¡Alentados por Abercorn, seguro!

Pitt no solía decir palabrotas, pero ahora tenía ganas de hacerlo; solo que rendirse a la furia era justo la reacción con la que contaban los hombres como Abercorn. Era una admisión de derrota.

—La elección para escaños vacantes será pronto, ¿verdad? —dijo Pitt amargamente.

Bradshaw lo miró.

—Diría que es obvio, ¿no? Hay veces en las que odio a los políticos, sean lores o comunes.

—«Una plaga en ambas casas» —respondió Pitt, con cierta sorna—. ¿Todavía quiere que libere a Duncannon?

Bradshaw habló en voz muy baja y apartó la vista, como si le arrancaran las palabras con un sacacorchos. Evitó cruzar su mirada con la de Pitt.

—Sí. Por ahora. Pero manténgalo vigilado. Por lo que más quiera, no permita que haga estallar otra bomba.

Bradshaw se levantó, moviéndose con pesadez, como si le doliera todo el cuerpo.

—¿Había corrupción policial? —preguntó.

—Sí, señor. Ednam y sus hombres más inmediatos, como mínimo. Probablemente, más —respondió Pitt.

Bradshaw hizo una mueca como si hubiese sentido una repentina punzada de dolor, y se le arrasaron los ojos en lágrimas.

—De todos modos, suelte a Alexander.

Pitt cumplió con la palabra dada a Jack. Fue directo del despacho de Bradshaw a casa de Vespasia y Narraway. Se planteó hablar a solas con Narraway, pero enseguida se dio cuenta de que era una tontería. Vespasia bien podría estar al corriente de más rumores que él sobre Josiah Abercorn, desde luego de más cotilleos sobre su vida personal, los cuales con frecuencia suponían el primer paso hacia la verdad, por más desagradable que fuese.

Se sentó junto al fuego en la gran sala de estar de Vespasia.

—Sumamente ambicioso —contestó Narraway a las preguntas de Pitt—. Y no le gusta deber nada a nadie, de modo que si ha aceptado favores, y pocas personas alcanzan altos cargos sin ellos, los pagará tan pronto como pueda.

—¿A Godfrey Duncannon? —preguntó Pitt.

—Lo dudo. Nunca he sabido que Godfrey actuara excepto en su propio interés.

—No te cae bien —observó Pitt, y vio sonreír a Vespasia.

—No mucho —reconoció Narraway—. Pero es excepcionalmente competente, y no sé de nada que lo desacredite. Es solo... escalofriante.

—Invulnerable —dijo Vespasia a media voz.

Tanto Pitt como Narraway la miraron con curiosidad.

—No te gustan los hombres invulnerables —le dijo a Narraway.

Una sombra cruzó el semblante de Narraway, una herida pasajera.

—¿Siempre tengo que tener el poder? —preguntó en voz muy baja.

Vespasia le alcanzó un brazo y apoyó su delicada mano.

—En absoluto, querido. No es la debilidad de Abercorn lo que necesitas; es la humildad que trae aparejada, y la comprensión del prójimo. Sin tales cosas no nos es útil a ninguno de nosotros, en última instancia, y menos que a nadie a él.

Narraway puso su mano sobre la de ella y guardó silencio.

Pitt fue consciente de que acababa de presenciar un momento muy íntimo, mezcla de dolor y alegría. Nunca había imaginado semejante vulnerabilidad en Narraway, como tampoco que fuese tan humano, después de todo.

Vespasia volvió a mirar a Pitt.

—Sabrás que Godfrey se casó con Cecily por su dinero. Tenía un montón, y él lo ha multiplicado varias veces.

—¿Estás segura?

—De ambos aspectos. Totalmente segura. El aumento de la fortuna de Cecily, ahora suya, es de sobra conocido, aunque puedes comprobarlo fácilmente, si quieres.

—No... Godfrey se casó con Cecily por su dinero. ¿Tiene algo que ver con Abercorn?

La sonrisa de Vespasia fue triste en extremo.

—Por supuesto que sí, Thomas. Fue a la madre de Abercorn a quien Godfrey Duncannon dejó plantada para hacerlo.

Pitt y Narraway se quedaron mirándola fijamente, sin decir palabra.

Capítulo 12

Tellman abrazó a su hija estrechándola tanto que la niña se rio y acabó soltando un chillido de protesta. La soltó a regañadientes. Para él Christina seguía siendo una especie de milagro, y su risa lo conmovía tanto que hasta le daba un poco de vergüenza.

Le hizo cosquillitas y muecas solo para oírla reír otra vez. Besó a Gracie con delicadeza y entreteniéndose más que desde hacía algún tiempo, y luego salió por la puerta principal y enfiló la calle abajo sin volverse a mirarlas. Tal vez ya no estuvieran asomadas a la ventana, pero si daba media vuelta y las veía recordaría todas las cosas que más le importaban, y quizá perdería su determinación a seguir la historia de Ednam hasta el final.

Alguien estaba protegiendo a Ednam, alguien mucho más poderoso que él. Tenía que existir un motivo. Debía pensar con más claridad, imaginar todas las posibilidades, incluso aquellas que más le dolían moral o emocionalmente.

Si Lezant fuese inocente, ¿qué cosas cabía deducir? Era lo que Pitt pensaba, y por eso habían discutido. Tellman se había negado a seguir aquel hilo de pensamiento por temor a donde lo conduciría. Había llegado la hora de enfrentarse a la verdad.

Cruzó la calle y siguió caminando por la acera helada, con el cuello levantado para resguardarse del frío, aunque iba tan sumido en sus pensamientos que apenas era consciente de él.

¿Por qué llevaría Lezant una pistola? Compraba opio asiduamente. Era un acuerdo que tanto él como el camello necesitaban. Ninguno de los dos lo haría peligrar. Tellman deseaba que la policía hubiese detenido al camello. Había un montón de informes de Ednam donde ponía que lo estaba intentando en su momento, pero quienquiera que fuese había sido demasiado cuidadoso y demasiado listo para ellos.

¿O acaso Ednam no lo había intentado en absoluto porque no tenía necesidad de hacerlo? ¿Era posible que lo supiera? La idea resultaba repugnante. Tellman se devanó los sesos buscando un motivo por el que no pudiera ser cierto. No encontró ninguno.

Si proteger al vendedor de opio era la verdadera corrupción de Ednam, se explicaría por qué nunca lo había encontrado; por qué, de hecho, el vendedor no se había presentado en el lugar acordado aquel aciago día. ¡Ednam le había advertido antes de tender la emboscada!

Ahora bien, ¿por qué iba armado Ednam o alguno de sus hombres? ¿A quién tenían intención de disparar? Al camello, no. Por consiguiente, solo podían ser

Alexander o Lezant. ¿O temían que apareciera una tercera persona y confundieron a Tyndale con ella?

Ni Lezant ni el camello habrían querido una confrontación. De haberse enterado, simplemente habrían cambiado de lugar, o aguardado a un momento mejor, incluso a otro día.

Ednam no deseaba capturarlos, pero ¿y sus otros hombres, Hobbs o Newman tal vez? Matarlo sería la solución final, arrestarlos y conseguir información hubiese sido mucho mejor. ¿De dónde había sacado Ednam el arma? Ninguna fuente oficial admitía habérsela entregado. Y si realmente estaba a sueldo del camello, no podía permitirse correr riesgos llevando un arma consigo.

Tellman aborrecía la mera idea, pero encajaba con todos los hechos que conocía.
¡Maldito Ednam!

Lo primero que había que hacer era comprobar con más detenimiento el registro exacto del arma; todavía mejor, encontrarla entre las pruebas del caso. Sería necesaria una descripción exacta, su fabricante, calibre y demás. Así se podrían revisar todos los archivos para ver si esa arma había estado en posesión de la policía como prueba. Las armas eran poco frecuentes en la ciudad, particularmente las pistolas. Las escopetas eran bastante comunes en el campo. La mayoría de los granjeros tenía como mínimo una, y normalmente varias.

Whicker lo recibió en la comisaría un tanto irritado.

—¿Qué quiere ahora? —dijo, levantando la vista hacia Tellman, que estaba de pie delante de él. Tenía mala cara y la palidez propia de un hombre que ha dormido poco y se ha afeitado con más prisa que cuidado.

—Tengo que ver el arma que utilizó Lezant para disparar a Tyndale —respondió Tellman.

Whicker montó en cólera al instante.

—¿Para qué? —inquirió—. Menuda pérdida de tiempo. ¿No tiene algo mejor que hacer? ¿Qué me dice de encontrar al puñetero demente que mató a tres de nuestros mejores agentes? ¿O acaso es demasiado para usted?

—Quiero hacer algo más que atraparlo —contestó Tellman adustamente, aguantándose el mal genio no sin esfuerzo—. Me gustaría asegurarme de que no quepa duda de que lo hizo. Quiero una clara serie de pruebas encadenadas desde el principio al final. ¿No es lo que usted quiere?

Whicker se desconcertó. Obviamente no había esperado una respuesta completa y ligeramente agresiva. Lo pilló desprevenido.

—Gracias —dijo Tellman, como si Whicker se hubiese mostrado de acuerdo. Lo había hecho hábilmente, pero no le sirvió de consuelo. No le gustaba estar a malas con otro hombre del cuerpo. Deberían estar en el mismo bando.

El sargento que atendía en el depósito de pruebas le complicó la vida. No le gustaba que los agentes de otras comisarías reexaminaran casos antiguos. Si Tellman no hubiese ostentado un rango superior, habría cuestionado para qué la quería. De

hecho, se movió con innecesaria deliberación mientras Tellman pasaba su peso de un pie al otro y finalmente se puso a andar de un lado para otro. Tardó media hora de reloj para informarlo de que al parecer se había extraviado. Fue incapaz de decir cuándo o quién, y sonrió a Tellman como si eso fuese un logro.

Tellman se dio cuenta de que iba a perder los estribos. Si lo hacía, equivaldría a conceder la victoria al sargento.

—Pues tendré que conformarme con mi segunda opción —dijo con compostura—. Revise sus archivos y dígame cuándo entró por primera vez, quién la entregó y con relación a qué crimen.

—No sé si podré hacerlo, señor. Me llevará mucho tiempo. Tengo otras cosas que hacer.

Miró a Tellman, sonriendo de manera insulsa.

—¡Pues más le valdrá arrodillarse y rezar para que no aparezca en otro crimen, sargento! —le espetó Tellman—. Puesto que estaba bajo su custodia, será el primero en nuestra lista de sospechosos.

La sangre se retiró del rostro del sargento como el reflujo de la bajamar.

—¡Las cosas se pierden! ¡La gente se las lleva y no las devuelve!

—No se la entregaría usted mismo a alguien, ¿verdad? ¿Para venderla, tal vez? —sugirió Tellman.

—¡Por supuesto que no! —Un brillo de sudor cubrió la piel del sargento—. ¡No puede decir eso!

—Pues muéstreme los archivos —insistió Tellman—. A no ser que alguien le haya dicho que no lo haga. ¿Quién podría ser? Ednam está muerto. ¿Quién más necesita encubrirlo?

El sargento respiró entrecortadamente.

—Veré qué tenemos.

Antes de que Tellman tuviera que seguir discutiendo, el sargento dio la espalda al mostrador en el que habían estado hablando y desapareció en otra habitación.

Tellman aguardó un cuarto de hora hasta que el sargento regresó con dos grandes libros de inventarios en los brazos. Los dejó encima del mostrador.

—Aquí tiene, señor. Lo encontrará todo en las fechas correctas.

Estaba claro que no iba a ayudarlo más, de modo que Tellman los tomó y se puso a revisarlos él mismo. Sabía la fecha de la muerte de Tyndale y, por tanto, la referencia no fue difícil de encontrar. El arma estaba registrada con una exacta descripción de su marca y modelo, calibre y el hecho de que estaba sin balas cuando la recuperaron los agentes.

Tellman anotó los detalles y después comenzó a retroceder en el inventario en busca de un arma que hubiese sido tomada como prueba y retenida por cualquier lapso de tiempo. Era una tarea tediosa y que llevaba tiempo porque el libro estaba lleno de objetos de todo tipo. No obstante, aunque había un gran número de armas, en su mayoría navajas o porras de diversas clases, las armas de fuego eran relativamente

pocas.

Tardó casi dos horas en encontrar otra arma exactamente igual a la que Lezant presuntamente había usado, el mismo modelo y el mismo calibre, solo que estaba cargada del todo. Las balas las había sacado el sargento cuando la almacenó.

—¿Se acuerda de esta? —le preguntó Tellman.

—No, señor. Es posible que no estuviera de turno —dijo a modo de excusa.

—Esta firma de aquí parece suya —señaló Tellman—. Se diría que es su letra y su nombre.

El rostro del sargento fue todo un poema de inexpresiva insolencia. Si intentó disimularla de alguna manera, no lo consiguió.

—¡Me ha preguntado si me acordaba y le he dicho que no! Debería dejar en paz ese asunto, señor Tellman. ¡Usted es uno de los nuestros, o al menos lo era! No debería hacer esto. Un día de estos va a necesitar que alguien olvide algo o, para empezar, que haga la vista gorda. Y se encontrará con que no será así. Quienes no dan un poco de cancha a un compañero, cuando necesiten cierto margen de maniobra nadie estará dispuesto a arriesgar el cuello.

Tellman sintió frío y una tremenda vulnerabilidad. Al hablar lo hizo con la voz ronca.

—¿Qué me está pidiendo que olvide, sargento? ¿Que un arma y sus balas desaparecieron del almacén para después aparecer en un asesinato cometido por Dylan Lezant? ¿Y que nadie sabe cómo salió de aquí para acabar en sus manos?

—Equivocarse es humano. —Miró a Tellman con una expresión de enojo contenido—. Y han muerto cinco hombres, o poco les falta —prosiguió—. ¿Le gustaría tener la cara tan quemada que ni su propia madre lo reconociera? ¿O perder un brazo? —Miró a Tellman de arriba abajo—. ¿Todavía encuentra que ese uniforme le sienta bien, señor? ¿Todavía cree que tiene derecho a llevarlo?

A Tellman le temblaban las manos.

—Sí, sargento, así es. Ednam murió, y nadie va a arriesgar su cuello para encubrirle a usted.

Empujó los libros de inventarios al otro lado del mostrador, dio media vuelta y se marchó.

En la calle caía una ligera nevada y hacía un frío pelón, más del que Tellman recordaba que hiciera cuando había llegado.

El siguiente paso a dar era seguir el rastro de la información relativa a la compra de droga. ¿Cómo se había enterado Ednam del lugar, el momento y las personas que estarían implicadas? Para llevarse a los otros agentes con él, necesitaba una historia para dar cuenta de cómo había conseguido la información.

Sus indagaciones al final lo condujeron a un tal sargento Busby quien, bajo considerable presión, admitió que había debido un favor durante bastante tiempo a Bossiney; un error pasado por alto. Le había referido a Bossiney información sobre una venta de droga inminente, pero quizá este olvidó trasladársela a sus superiores.

¿Tal vez la información se había perdido de un modo u otro? Ya no estaba seguro del todo de dónde había salido.

Tellman no lo presionó más. Había mentiras dentro de mentiras. ¿Qué había ocurrido con los informes escritos? Nadie lo sabía. ¿Tal vez con la prisa y la impresión al ver que Lezant disparaba contra ellos, y que admitiera haber matado al pobre Tyndale, las cosas se habían extraviado? Busby retó a Tellman a demostrar lo contrario.

A última hora de la tarde, cuando había dejado de nevar y soplaba un viento gélido y cortante de levante, Tellman hizo lo que más lo amedrentaba de cuanto debía hacer. Fue a ver a Bossiney a su casa.

En el hospital le dijeron que le habían dado el alta, pero que su estado todavía era muy grave.

Pasaría mucho tiempo antes de que pudiera volver a trabajar, suponiendo que ese día llegara. Incluso entonces, solo podría realizar algún tipo de tarea administrativa donde el público no le viera la cara.

Tellman lo encontró sentado junto al fuego, vestido con un camisón y una chaqueta gruesa para mantenerse caliente. Aun así estaba rígido, como agarrotado por un frío que nadie más podía sentir en la sofocante habitación. La esposa de Bossiney, menuda y de aspecto frágil, los dejó a solas en cuanto su marido le dirigió un gesto de asentimiento para que así lo hiciera.

Tellman ocupó el otro sillón y se obligó a mirar el rostro de Bossiney. Lo tenía lleno de cicatrices espantosas y todavía inflamado, tanto así que el ojo derecho era casi invisible. ¿Cómo podía Tellman causarle más sufrimiento haciéndole preguntas sobre sus equivocaciones del pasado? Todo aquel asunto estaba impregnado de dolor. Newman y Hobbs estaban muertos, y ahora Ednam también. Y, por supuesto, Tyndale y Lezant. Nada de lo que alguien dijera iba a cambiar eso.

Más aún, Alexander Duncannon estaba destinado a morir ocurriera lo que ocurriese. Si no lo ahorcaban, el opio lo mataría, solo que más despacio. ¿Tan importante era la verdad? Causaría un dolor profundo e interminable, con independencia de sus actos.

—¿Qué quiere? —preguntó Bossiney.

Tellman inhaló profundamente y soltó el aire despacio. El corazón le martilleaba en el pecho como si hubiese estado corriendo.

—La venta de droga que salió mal. —Carraspeó—. Cuando dispararon a Tyndale...

Bossiney lo miró fijamente con el ojo sano. Su rostro estaba tan desfigurado que resultaba imposible descifrar su expresión.

Tellman comenzó de nuevo.

—El traficante que no se presentó. ¿Llegaron a atraparlo?

—No —contestó Bossiney—. ¿Por qué le interesa ahora?

Parte de su boca era una cicatriz, pero eso no le impedía hablar con claridad.

Tellman escogió sus palabras con cuidado.

—No es que me interese, solo que me pregunto quién les pasó la información que puso en marcha la operación.

—No lo sé —respondió Bossiney—. Le diría que preguntara a Ednam, pero está muerto, ¿verdad?

Hubo algo en su respuesta, no en las palabras, sino un cambio en la tensión de su cuerpo, incluso en su rostro deforme, que hizo que Tellman creyera que estaba mintiendo, si no del todo al menos en parte.

—Sí que lo sabe —dijo Tellman—. Nadie monta una operación con cinco hombres como aquella a no ser que haya información bastante fiable al respecto. No era solo una venta callejera. ¡Cinco agentes! ¡Y armados! —Estaba corriendo un riesgo y lo sabía. Detestaba hacerlo. ¡Aquellos eran sus propios hombres, no el enemigo! Amigos; más aún, aliados—. Ustedes esperaban algo peligroso.

Bossiney permanecía inmóvil salvo por su mano izquierda, que estrujó el tejido grueso de su chaqueta.

—No íbamos armados. Lezant tenía la pistola. Él disparó a Tyndale.

Lo dijo como si lo recitara de memoria, sin titubeos, sin siquiera emoción alguna. Parecía cansado de repetirlo. ¿Significaba que era mentira? ¿O simplemente que ya le traía sin cuidado? Tal vez la marea de violencia y tragedia había ahogado tales cosas en él.

Siendo así, ¿estaría dispuesto a decir la verdad por fin?

Tellman se sentía brutal. Estaba atacando a un hombre derrotado. ¿Tan importante era la verdad?

Sí, lo era.

—Tal como ha dicho, Ednam está muerto —dijo Tellman con compostura—. No puede seguir protegiéndole. Solo quedan Yarcombe y usted.

—Pues entonces poco importa, ¿no? —dijo Bossiney con amargura—. Déjelo correr. Que descanse en paz.

—¿A quién? ¿A Ednam? ¿Fue él quien disparó a Tyndale?

Se hizo un silencio absoluto salvo por el de las brasas asentándose en el hogar. ¿Quién pagaría el carbón, la comida, cualquier cosa, si despedían deshonorosamente a Bossiney de la policía?

—No me importa si fue usted —dijo Tellman sin reflexionar—. Tengo que saber la verdad para atrapar a Alexander Duncannon. Sigue jurando que Lezant era inocente. ¡Por eso hizo estallar la casa! ¿Acaso se equivoca? ¿Quizá no puso la bomba él, después de todo?

Bossiney parpadeó con el ojo sano.

Tellman aguardó.

—No sé de dónde salió el chivatazo —dijo Bossiney al fin—. A mí me lo contó

Busby, pero... pero después me aseguró que era falso. Nunca se lo dije a Ednam. Lo olvidé, hasta que fue demasiado tarde, y entonces decidí callar. Teníamos un montón de casos difíciles en aquel entonces.

—De modo que Ednam cogió el arma... —dijo Tellman en voz baja, como si lo supiera.

—Sí...

—¿Y disparó a Tyndale?

—Pensamos que era el traficante...

Bossiney debió de darse cuenta de lo fútil que parecía ahora.

—Y entonces hizo que pareciera que le había disparado Lezant —concluyó Tellman.

—¿De todos modos eran drogadictos! ¡Los dos! —protestó Bossiney.

—¿En serio? —El corazón de Tellman latía tan fuerte que casi le faltaba el aire—. ¿Está seguro?

—¡Claro que estoy seguro! Estaban pálidos, sudorosos, tiritaban, parecían salidos de una pesadilla. Los dos.

—¿Duncannon y Lezant?

Tellman se aguantó la respiración.

—Sí...

Entonces Bossiney se dio cuenta de lo que había dicho. Habían estado lo bastante cerca para ver sus rostros y reconocer a Alexander, ¡de quien decían que no había estado allí! Tuvo la sensación de desmoronarse por dentro y de encogerse como si de repente se hubiese convertido en un anciano menudo, despojado de una parte de su ser.

—Duncannon escapó y ustedes pusieron el arma en la mano de Lezant. ¿Cómo lo hicieron? ¿Lo noquearon y luego la pusieron a su lado y juraron que era suya?

Bossiney no contestó, pero tampoco lo negó.

—Y dejaron que lo ahorcaran. —Fue una afirmación. Apenas quedaban preguntas por hacer, pero Tellman tenía que hacerlas—. ¿Por qué? —dijo—. Sabían que era inocente.

Bossiney respiró lentamente, tanto rato que Tellman pensó que no iba a contestar.

¿Tenía Gracie la menor idea de lo que había pedido a Tellman que hiciera?

Bossiney lo observaba. Tenía el rostro cuajado de cicatrices, la piel de un rojo púrpura, la boca torcida en una comisura. Era imposible interpretarlo.

Tellman montó en cólera, no contra Bossiney, que Dios sabía que había pagado un precio inimaginable, sino contra Ednam, que lo había puesto en aquella situación, y contra todo el sistema que había conspirado para permitir que la podredumbre alcanzara cotas tan altas.

—Quise desentenderme —dijo Bossiney por fin—. Ednam dijo que era lo correcto, y le creí porque quise. Ir contra él me habría marginado del resto de los compañeros. Me habría quedado solo. No habría durado mucho. ¿Sabe lo que se

siente ahí fuera con todo el mundo en tu contra? ¿Y mi familia? ¿Quién cuidaría de ellos si yo faltara?

Tellman guardó silencio. Aborrecía cuanto Bossiney estaba diciendo, igual que todo lo que no había hecho cuando debió. Y, sin embargo, estaba abrumado por la lástima que le inspiraba.

—No se figura el poder que tenía —prosiguió Bossiney—. Conocía a personas que estaban muy por encima de nosotros. Imposible ganar. Mejor te aferras a lo que tienes y no miras lo que no quieres ver.

¿Era eso lo que había hecho el propio Tellman? Le gustaría pensar que no, pero sería mentira. Había cosas que sin duda había visto, o medio visto, y se había negado a reconocer lo que significaban. Había hecho la vista gorda, llamándola «compasión», cuando tal vez «cobardía» habría sido un nombre más ajustado a la realidad.

No era solo el castigo o la exclusión lo que temía, era la verdad de la debilidad, un lapsus de cualquiera. Sobre todo era no formar parte del grupo, de los hombres en los que había creído. Era la rotura de sus ilusiones lo que dolía en lo más hondo. El reflejo de lo que había querido ver como algo perfecto hasta que alguien arrojó una piedra al agua, rompiéndolo en mil pedazos.

Se levantó. ¿Qué podía decirle a Bossiney? Había pagado más que suficiente. Tellman no se vio con ánimo de empeorar más su situación.

—Encontraré pruebas sin molestarlo —le dijo, sabiendo cuánto podría lamentar tales palabras, pero ahora tenía que decirlas—. Sé dónde buscar.

Bossiney no contestó. El ojo sano se le arrasó en lágrimas.

Tellman dio media vuelta. Salió de la habitación, cerró la puerta y se encontró de nuevo en la calle. Debía descubrir quién había protegido a Ednam y por qué. ¿Había chantajeado a alguien? ¿O esa persona estuvo utilizando a Ednam, pagándole y protegiéndolo?

—Lo único que pedimos es que lo demores —dijo Jack, un tanto desesperado. Era última hora de la tarde del día siguiente y estaban en el despacho de Pitt. Fuera la niebla ensombrecía la calle como una manta, envolviéndolo todo en una oscuridad que amortiguaba incluso el ruido seco de los cascos de los caballos sobre la calzada.

—No puedo —le dijo Pitt—. Tengo que acusar a Alexander. De lo contrario no puedo retenerlo.

—Pues ponlo bajo la custodia de su padre —protestó Jack—. Por Dios, Thomas, ¿crees que no lo mantendrá a salvo? Lo encerrará en su habitación, si es lo que quieres.

—Lo que quiero es encerrarlo en la sala de un hospital —dijo Pitt de manera cortante—, con un médico que le administre alguna clase de tratamiento. Está hecho una piltrafa.

—Pues déjale estar en casa. —El rostro de Jack se iluminó como si por fin hubiesen alcanzado un punto de encuentro—. Ya casi hemos terminado con el contrato. ¡Los chinos ya no tienen nada que objetar!

Pitt se esforzó para no perder la paciencia. Aquello era lo que Bradshaw le había pedido que hiciera, pero la gravedad del caso sobrepasaba con creces la conveniencia política o diplomática.

—No puedo soltarlo, Jack. Mató a tres policías y me ha dicho a la cara que si no lo juzgo por los dos atentados, volverá a poner bombas.

Jack estaba exasperado. Abrió las manos en un gesto de futilidad.

—¡Te está manipulando, Thomas!

—Por supuesto que sí. —Pitt levantó la voz—. Nos está manipulando a todos. Dios sabe bien que nosotros lo hemos hecho con él.

—Lo hizo la ley, quizá. —Jack se sonrojó—. No su familia y, desde luego, tampoco el gobierno.

Pitt enarcó las cejas.

—¿Crees que ve alguna diferencia entre el gobierno, la ley y su familia? ¡No seas tan ingenuo!

Jack hizo una mueca.

Antes de que Pitt pudiera formular una respuesta más amable, una que explicara la decepción de otra esperanza capital que se hacía añicos por causa de una vulnerabilidad personal, fue interrumpido. Llamaron con fuerza a la puerta y, sin aguardar el permiso pertinente, Stoker entró en el despacho.

—Señor. —Apenas inclinó la cabeza para saludar a Jack—. Acabo de recibir un mensaje. El inspector Tellman ha ido tras algunos de los polis corruptos a solas, y está en apuros.

Pitt se paralizó. Por un momento fue como si sus músculos se negaran a obedecer. Después se obligó a levantarse.

—¿Dónde? —inquirió—. ¿Dónde está?

—Me han dicho que en Taylor's Alley —contestó Stoker. Estaba muy pálido y tenía un tic nervioso en una sien—. Tengo un coche de punto esperando, señor. Solo he venido a buscarlo porque usted sabe en qué andaba metido. Ha alborotado el avispero.

Pitt deseó saber cómo, pero no había tiempo para preguntas. Se volvió hacia Jack.

—Lo siento, pero esto no puede aguardar.

No sabía si Jack entendía exactamente lo que quería decir, pero tendría que componérselas.

El semblante de Jack era adusto. Echó un vistazo a Stoker y luego miró a Pitt.

—Voy con vosotros...

—Ni hablar —interrumpió Pitt—. Puede ser muy peligroso.

Tal vez le debía algún tipo de explicación, unas pocas palabras al menos. Habló mientras iba hasta un pesado armario. Sacó un llavero del bolsillo, abrió la puerta y

después la caja fuerte que había dentro.

—Tellman ha estado acorralando a policías corruptos —dijo a Jack—. En su último mensaje decía tener pruebas y una admisión de que Lezant era inocente. Existe toda una red de deudas y favores, mentiras.

—Voy con vosotros —repitió Jack.

—Pitt sacó un revólver de la caja fuerte y la cerró. También cerró el armario.

Jack no se movió. A la luz de las lámparas de gas parecía mayor, con las sienes más canosas de lo que recordaba Pitt. Las arrugas de su rostro se veían más profundas.

Pitt no estaba de humor para otra batalla, y tampoco había tiempo. Tellman podía estar en graves apuros. Era posible que ya estuvieran llegando tarde.

Stoker alargó el brazo, la luz brilló en el cañón del arma que le ofrecía a Jack.

Jack la cogió sin siquiera echar un vistazo a Pitt. La manejó con soltura, como si ya hubiese usado un arma semejante.

—Tengo otra. —Stoker miró un instante a Pitt—. Deberíamos irnos, señor.

Jack se metió la pistola en un bolsillo y salió por la puerta pisándole los talones a Stoker.

El coche de punto aguardaba en el bordillo, los caballos estaban inquietos por el fuerte viento gélido.

—Taylor's Alley —dijo Stoker al conductor. Subió deprisa, y Jack y Pitt detrás de él.

Arrancaron a un paso rápido, la repentina sacudida casi los tiró de los asientos y los devolvió a su sitio. Circularon en un tenso silencio.

Tellman había dicho a Pitt que Duncannon al parecer decía la verdad en lo relativo al asesinato de Tyndale. Lezant era inocente, y eso significaba que Ednam y sus hombres habían mentido, cuidadosa y deliberadamente, para hacer que lo ahorcaran y así salvar el pellejo. Lo que aconteciera después podía adivinarse. El alcance de la red de mentiras era otra cuestión. Igual que lo que había sido del traficante de opio que no había acudido a la cita. ¿Una tragedia fruto de errores o un acto deliberado? Nadie había mencionado nunca al traficante, y nada de lo que había dicho Pitt había convencido a Alexander Duncannon para que revelara su nombre.

Pasaban volando ante farolas borrosas en la niebla. Habían salido de las calles principales, manteniendo la velocidad incluso en tramos prácticamente a oscuras. La niebla los dejaba ciegos, como si de repente estuvieran en una ciudad desconocida. Las distancias se distorsionaban. Parecía que Edgware Road quedara a kilómetros. Nada acababa de estar en el lugar donde pensabas que estaba. La estación de Praed Street apareció y desapareció en un instante. Incluso los sonidos perdían nitidez y hacían eco como si las paredes de niebla fuesen macizas. El viaje era repetitivo y carente de sentido como una pesadilla.

Pitt notó que el miedo le tensaba los músculos. ¿Encontrarían a Tellman todavía con vida?

El coche dobló una esquina un poco deprisa, lanzándolos hacia un lado. Cuando se hubieron enderezado doblaron otra esquina, más despacio esta vez, y se detuvieron.

Pitt saltó el primero. A través de la penumbra vio la entrada a una estrecha abertura y, justo debajo de la farola, el nombre «Taylor's Alley». Había un hombre acurrucado en un umbral, apoyado contra la puerta. Parecía estar ebrio o dormido.

Stoker estaba al lado de Pitt. Apenas soplabla un hálito de brisa, pegajosa y fría, y la niebla se movía con lentitud.

—¡Que no se vaya el cochero! —ordenó Pitt.

—Aguardará —le aseguró Stoker—. Todavía no le he pagado.

Pitt empuñó el revólver dentro del bolsillo y avanzó sin hacer ruido en el desgastado adoquinado. Aguzó el oído, pero solo alcanzó a oír el ligero goteo del agua de los aleros. El hombre del umbral cambió de postura y levantó la cabeza. Era un desconocido.

¿Dónde estaba Tellman? ¿Solo encontrarían cuerpos, heridos o muertos, en el callejón? No, eso era absurdo. Aquel hombre no estaría durmiendo en el umbral si hubiese habido un enfrentamiento. ¿Tal vez no estaba dormido, sino solo borracho?

Habían llegado demasiado pronto. O se habían equivocado. La información era incorrecta. Pitt miró a Stoker de reojo.

Stoker levantó la vista hacia la placa, ahora detrás de ellos, y antes de que Pitt pudiera impedirlo dobló la esquina. Dio media vuelta y regresó al cabo de apenas dos segundos.

—No es aquí —dijo con la voz tomada—. ¡No hay nadie!

Stoker se echó a correr, llegó junto al coche de punto y agarró las colas del abrigo del conductor para requerir su atención.

—¿Hay otro Taylor's Alley? —preguntó mientras Pitt y Jack subían al coche.

—Hay uno a kilómetro y medio —contestó el conductor.

—¡Pues pitando para allá! —le ordenó Stoker—. ¡Tan rápido como pueda!

Refunfuñando, el cochero obedeció. Arrancaron de nuevo con una sacudida y siguieron por calles secundarias, evitando el tráfico principal. Pitt estaba completamente perdido. Dieron bandazos y se deslizaron como una anguila borracha por un atajo tras otro hasta que volvieron a detenerse, y esta vez no había equivocación posible. El ruido de los disparos se oía claramente incluso antes de que sus pies tocaran los adoquines.

Stoker lanzó un puñado de monedas al cochero y luego siguió a Pitt y a Jack.

Sonó otro disparo, después un chasquido y un silbido cuando la bala chocó contra una piedra, rebotó y se perdió.

La niebla se cerraba en torno a ellos, amortiguando los sonidos. Según lo que Pitt oyó, los disparos procedían de la otra punta del callejón, dirigidos hacia ellos. Ahora el silencio era pesado. Aguzó el oído y oyó pasos cortos y resbaladizos, una voz y luego nada.

Jack estaba a su lado, arma en mano. Stoker a unos pocos metros, en el otro lado del callejón y avanzando hacia la esquina desde donde podría asomarse al otro callejón y ver qué estaba ocurriendo.

—¡Tellman! —gritó Pitt, y acto seguido avanzó unos metros.

Resonó un disparo, la bala rebotó en la pared, justo donde un instante antes había estado Pitt.

Se oyó un grito a lo lejos; después, silencio.

La niebla se movía con la brisa, cambiando la forma de las cosas.

De repente se oyó otro grito, seguido de unas pisadas sordas. Alguien soltó una palabrota y se produjeron más disparos, después un grito como si al menos una bala hubiese encontrado carne. Más gritos. Voces que Pitt no conocía.

Stoker se había perdido de vista, ya dentro del callejón.

Pitt se asomó a la esquina. Vio una figura tumbada contra un umbral frente a él, un poco inclinado como para protegerse un brazo. Con el otro empuñaba un arma. Era de estatura mediana y delgado, igual que Tellman, pero tenía el rostro vuelto, de modo que Pitt no podía estar seguro.

En las sombras más densas de delante de Pitt alguien levantó un brazo y, acto seguido, mientras disparaba a la figura que estaba cerca de Pitt, otro hombre se agachó y corrió hacia él, disparando sin tregua hasta que estuvo casi delante del umbral de enfrente. Era grueso, corpulento.

Desde el otro lado del callejón, Stoker le disparó y lo abatió en el acto.

La niebla escampó un momento, cuatro figuras aparecieron en la otra punta del callejón y se dispararon unos cuantos tiros más. Una bala dio contra la pared junto a Pitt y lanzó esquirlas que le escocieron en la mejilla.

Pitt disparó a su vez. Ahora estaba casi seguro de que era Tellman quien se resguardaba en el umbral, sosteniéndose apenas, como si lo hubieran herido.

Los hombres de la otra punta del callejón avanzaban poco a poco. No había más resguardo que los pequeños huecos de los portales, de apenas dos palmos de profundidad.

Stoker pegó otros dos tiros, que fueron contestados de inmediato.

Cuatro hombres. ¿Nada más? ¿Podía haber un quinto, o incluso un sexto, rodeándolos por detrás?

—¡Cubrámonos las espaldas! —gritó Pitt para advertir a Jack y a Stoker—. Quizá haya otros detrás de nosotros.

Jack renegó, con la voz un poco aguda como si tuviera la garganta medio cerrada, pero se volvió a mirar. Lo hizo justo a tiempo. Embistió el hombro de Pitt para apartarlo bruscamente hacia la derecha, casi perdiendo el equilibrio, mientras otra descarga cerrada de disparos resonó, prácticamente rodeándolos. Una bala desgarró una manga del abrigo de Pitt.

Jack soltó un grito agudo y lo sofocó al instante. Se le aceleró la respiración, que devino jadeante un momento, y luego se recuperó.

—¿Te han dado? —preguntó Pitt, con el corazón palpitando.

—No es nada —contestó Jack—. Solo el brazo.

Levantó su arma y disparó tres veces. Se oyó un lamento cuando el hombre que estaba detrás de ellos trastabilló y se desplomó.

Delante se oyó un bramido de ira y tres hombres de la otra punta del callejón cargaron contra ellos.

Pitt les disparó hasta que se le vació el revólver. A su derecha parecía que hubiera balas por doquier. Tellman se desmoronó y se deslizó apoyado en la jamba de la puerta hasta quedar hecho un guiñapo en el suelo.

Pitt recargó y avanzó, disparando a los hombres que tenía delante. Apuntaba a sus cuerpos; no había elección. Solo podía pensar en Tellman, herido, tal vez desangrándose. Entre ellos tres seguramente solo les quedaban unas pocas balas. Cada una debía contar.

Uno de los hombres que arremetía contra ellos trastabilló y cayó de bruces al suelo; su arma repiqueteó sobre los adoquines.

Los otros siguieron disparando, lo mismo que Jack y Stoker.

Otro hombre cayó. Su uniforme de policía fue visible por un instante. ¿Dónde demonios habían llegado para estar matándose a tiros en un callejón lleno de niebla?

Entonces otro pensamiento se abrió paso hasta el entendimiento de Pitt. ¡Si alguien había oído los disparos y avisado a la policía, verían a Pitt, a Stoker y a Jack con ropa de paisano, disparando contra policías uniformados! Tellman llevaba uniforme, pero ¿quién podía decir que no le habían disparado también? ¡Tellman no, si estaba muerto! ¿Eso era lo que le había ocurrido a Lezant? ¿Quién estaba en condiciones de decir qué había ocurrido y quién había disparado a quién? ¡Solo los supervivientes!

Pitt levantó el revólver y disparó directo al hombre que tenía enfrente. Era como si volviera a ser un muchacho, en la finca, cazando faisanes. Apuntabas para conseguir un tiro limpio. Apretó el gatillo. Las armas cortas tenían poca puntería, no como los rifles. Pero estaban uno cerca del otro, solo a unos cuantos metros.

El hombre se desplomó.

Uno de ellos gritó:

—¡No disparen! ¡Me rindo!

Y acto seguido su pistola repiqueteaba en el suelo.

El otro titubeó.

Un disparo crepitó a un metro de él.

—¡Me rindo! —gritó, un sonido agudo en la oscura niebla. Entonces su arma también cayó al suelo.

Jack siguió empuñando la pistola con la mano buena mientras Stoker esposaba a ambos hombres con sus propias esposas.

Pitt corrió junto a Tellman. Estaba acurrucado pero aún respiraba, aunque tenía el rostro transido de dolor y parecía tener mucha sangre en los brazos y el pecho.

—Resista —dijo Pitt con tanta delicadeza como le permitió su entrecortada respiración—. Déjeme ver.

Tellman se relajó un poco, permitiendo que Pitt examinara sus heridas, pero el miedo no abandonó su rostro.

Se oyeron gritos a sus espaldas, y un chacoloteo de cascos de caballo en el adoquinado.

Stoker estaba gritando, pero Pitt no entendía lo que decía.

Alguien se aproximó a él.

—Déjeme ver —dijo con firmeza—. Tengo que llevarlo a un hospital. —Apoyó la mano en el hombro de Pitt—. Ha hecho cuanto ha podido. Soy médico. ¡Déjeme ver!

Fue llegando más gente, otros policías. Los disparos se habían oído y alguien había dado aviso.

Jack estaba al lado de Pitt. A la luz de la farola de gas su rostro se veía pálido. Tenía sangre en la manga y el abrigo destrozado, pero parecía aliviado, casi contento.

Dos hombres levantaron a Tellman. Pitt los siguió hasta un coche de punto y luego regresó para ayudar a Stoker a dar explicaciones al sargento que al parecer estaba al mando.

—Special Branch —dijo simplemente—. Siento todo esto. Tiene que ver con el atentado en Lancaster Gate...

—Sí, señor. Buen trabajo, pues. Ahora suba al coche y vayamos al hospital.

Pitt no contestó. No podía decir algo que resultara adecuado, y el brazo le quemaba como el infierno donde la bala le había desgarrado la piel. No era nada, siquiera una herida decente. Lo único que importaba era: ¿sobreviviría Tellman?

Capítulo 13

Era mucho después de la medianoche cuando Pitt finalmente se fue a la cama. Había habido cuatro policías acorralando y atacando a Tellman, todos ellos de la antigua comisaría de Ednam. Tres habían muerto, y el cuarto tenía un pronóstico muy grave.

Pitt estaba muy dolorido en la parte donde la bala había penetrado en la carne del brazo, y en el hospital le pusieron puntos de sutura y se lo vendaron. Le constaba que seguramente el dolor empeoraría antes de mejorar. Su única preocupación había sido Tellman, que por suerte no se había desangrado. Jack también precisó puntos y un vendaje, y se había marchado a casa con cierto dolor.

Gracie se había presentado en el hospital muy pálida y aferrándose al control de sí misma con una desesperación que no lograba disimular. Charlotte había ido a hacerle compañía, y regresaría cuando considerase que Gracie estaba en condiciones de quedarse sola. Pitt la echaba en falta, pero ni por un instante cuestionó la decisión; tampoco era que Charlotte le hubiese pedido permiso. Le había informado, dando por sentado que a él le parecería tan bien como a ella.

Aun así, se sentía solo y dolorido cuando concilió un sueño agitado.

Despertó varias veces durante la noche, recobrando la conciencia de súbito como si lo hubiese despertado un golpe ruidoso. Pero la casa estaba en silencio.

Finalmente se levantó casi a las nueve de una mañana gris. La cabeza le retumbaba y tenía el brazo entumecido y ardiendo. Tardó un momento en recordar por qué, y entonces, al ver el espacio vacío a su lado en la cama y el vendaje blanco, recordó.

Sin lavarse ni afeitarse, se puso la bata y bajó a llamar por teléfono. Llamó al hospital y, en cuanto tuvo conexión, se interesó por Tellman. Le dijeron que padecía dolores agudos y que estaba muy debilitado por la pérdida de sangre, pero que contaban con que, con un poco de tiempo, se restableciera por completo.

Era cuanto necesitaba saber. Tellman se recobraría. No le había dado esa impresión la noche antes.

En la cocina Daniel y Jemima estaban sentados a la mesa y ambos se levantaron en cuanto Pitt entró.

—¿Estás bien, papá? —preguntó Jemima, angustiada—. Tienes un aspecto...

—... Espantoso —concluyó Daniel por ella.

Pitt les dio las gracias irónicamente y les aseguró que se encontraba bien. Minnie Maude vino de la antecocina, lo miró de la cabeza a los pies y decidió que necesitaba reposo y un buen desayuno. Llevaba razón, y por una vez Pitt no discutió. Escribió

una nota y se la dio a Daniel, con dinero para un coche de punto, y le dijo que se la llevara a Charlotte para que se asegurase de que Gracie hubiese telefonado al hospital y le hubiesen dicho que Tellman progresaba bien.

Sería una larga y tediosa mañana, con mucho trabajo administrativo para emitir informes exactos de lo que había sucedido en el callejón, antes de que el Home Secretary, o cualquier otro, los pidiera o informase a los periódicos. Minnie Maude estaba en lo cierto: necesitaba un buen desayuno.

Después de cenar, cuando Pitt estaba pensando en irse a la cama, recibió visita de Narraway. Entró en la sala de estar, siguiendo indicaciones de Minnie Maude, y miró atribulado a Pitt de arriba abajo.

—Duele, ¿verdad? —dijo, pero era imposible juzgar por su expresión si lo hacía con lástima o si era una mera observación—. Tardará un rato en curarse —agregó—. Gracias a Dios, el pobre Tellman sobrevivirá.

Se sentó en el sillón de Charlotte y cruzó las piernas.

—Si te apetece un *whisky*, está allí —dijo Pitt, señalando la licorera.

—Todavía no, gracias —respondió Narraway.

A Pitt le cayó el alma a los pies. Dedujo del semblante de Narraway que le traía malas noticias.

—¿Qué ocurre?

Quería recibir un golpe rápido, no prolongar la tensión, por más bienintencionado que fuese el gesto.

—Alexander Duncannon irá a juicio —contestó Narraway.

—Ya lo sé —dijo Pitt, cortante—. No has venido hasta aquí con todo el barro y el hielo que hay en la calle para decirme algo que todos sabemos. ¿Cuál es el motivo real de tu visita?

—Abercorn tiene formación en enjuiciamiento criminal, ¿lo sabías?

—No. —Pitt se sorprendió—. ¿Qué importa? Me consta que está detrás de muchas de las diatribas que encienden los ánimos para que se haga justicia a la policía. Ha estado actuando sin parar de cara a la galería desde el primer atentado con bomba. Supuse que lo hacía por intereses políticos. Proporcionará toda la ayuda que pueda a la acusación. Ya contaba con ello, ¿tú no? —Miró a Narraway más detenidamente—. Godfrey Duncannon puede permitirse los mejores abogados del país. Y al margen de lo que sienta por su hijo, por su propio bien pagará para que lo defiendan. Desde un punto de vista político, apenas puede hacer otra cosa.

—Cierto —convino Narraway—. Probablemente con una defensa que alegue demencia, debido a la adicción al opio.

—Es lo más predecible —respondió Pitt, preocupado. Suponía un desdichado final para el valiente y desesperado intento de Alexander por limpiar el nombre de Lezant y que se le hiciera justicia. No le bastarían las muertes de Ednam, Hobbs y

Newman. Eso no era más que pura venganza.

Narraway lo estaba observando, como si pudiera ver detrás de sus ojos.

—A Alexander no le gustará la idea —dijo Pitt en voz alta—. Pero si va a ser defendido como demente, su abogado no le permitirá testificar, y aunque lo hiciera, su testimonio pesaría muy poco.

Se sentía irrazonablemente derrotado. Deseaba decir más, poner palabras a su sentido de la injusticia en nombre de Alexander, como si él mismo hubiese salido perjudicado por la mala acción. Habían ahorcado a un hombre inocente deliberadamente, y el único amigo que lo sabía había sido vencido por el sistema y su propia y terrible fragilidad.

Compadeció a Abercorn, por pena en lo relativo a su madre y el trato que le había dispensado Godfrey Duncannon, pero también sintió un irracional desagrado. Daría lo mejor de sí mismo para que el abogado que Godfrey eligiera hiciese inverosímil la súplica por demencia. No podía culparlo por ello. Alexander era el hijo legítimo que debería haber sido Abercorn. Pero aunque tuviera éxito, Alexander se salvaría de la saga, pero tendría una muerte desdichada en un manicomio, solo, con dolores y vencido.

Pitt estaba exhausto y se sentía derrotado. Le dolían los músculos, incluso los huesos. Cualquier cosa que dijera parecería un lamento de su propio fracaso; a decir verdad, de su propia vulnerabilidad.

Narraway lo observaba, sus ojos eran casi negros en las sombras de la lámpara de gas, su rostro traslucía compasión y enojo.

—Abercorn llevará la acusación en persona —dijo Narraway en voz baja.

—¿Qué?

Pitt pensó que lo había oído mal. La mente le estaba haciendo jugarretas.

Narraway sonrió tristemente.

—Por eso he mencionado que Abercorn ha mantenido vigente su título de penalista. Nunca se sabe cuándo puede resultar útil.

Pitt renegó con más rabia de la que había sentido en mucho tiempo. Se sorprendió al constatar lo profundo que era su enojo, además de inútil.

—Yo he hecho lo mismo —dijo Narraway, como si eso también le sorprendiera.

Pitt se obligó a concentrarse.

—¿Qué has hecho?

—Pagar mis cuotas y conservar mi derecho a ejercer la abogacía —contestó Narraway amablemente—. Siempre es bueno tenerlo.

Pitt se quedó estupefacto.

—No sabía que hubieras...

Dejó la frase sin terminar. Por supuesto que no lo sabía. Había montones de cosas que desconocía acerca de Narraway, de hecho casi toda su vida. Sabía que de joven había luchado en el ejército de la India en tiempos del Motín. Después debió de regresar a Inglaterra para estudiar en la universidad. El derecho era una disciplina

compleja, pero ¿tal vez los dos estaban alineados en cierta manera?

—¿Qué relación guarda esto con Abercorn o con su caso? —preguntó, sintiéndose estúpidamente confundido.

—Si Abercorn lleva la acusación de Alexander Duncannon, si consigo su aprobación yo lo defenderé —contestó Narraway.

Pitt no salía de su asombro. Sin duda no lo había entendido bien.

—¿Por qué? ¿Qué puedes hacer que el mejor abogado que pueda pagar su padre no vaya a hacer, y hacerlo mejor?

—Gracias por la descortesía —dijo Narraway con una chispa de humor—. Pero si mi plan da resultado, podré desenmascarar a los policías corruptos y suplicar una salida piadosa para Alexander, en un hospital y no en un manicomio.

—¿Y si no?

Pitt no se permitía abrigar esperanzas.

—Pues probablemente lo ahorcarán —respondió Narraway, con la voz tensa—. Que a fin de cuentas quizá sea más compasivo que encerrarlo en un manicomio.

—Con un veredicto de culpabilidad —dijo Pitt con amargura.

—En cualquier caso el veredicto será de culpabilidad —le dijo Narraway en voz muy baja—. Es lo que quiere, ¿no?

Pitt se mostró de acuerdo en silencio, con un mínimo gesto de asentimiento, poco más que una expresión de sus ojos.

Narraway se levantó y fue en busca de la licorera. Sirvió *whisky* para los dos, regresó a su asiento y siguió explicando su plan.

Jack Radley había pasado dos días en cama. Le habían puesto puntos de sutura y vendado la herida, y parecía, estar recuperándose con tan solo unas décimas de fiebre, aunque con mucho dolor. Todavía estaba demasiado afectado por el incidente para no estar dispuesto a quedarse en casa, la mayor parte del tiempo junto al fuego en la sala de estar, envuelto en una gruesa bata que llevaba sobre el camisón. El esfuerzo de vestirse como era debido le causaba un dolor considerable, pues le daba tirones a la herida. Estaba anquilosado, y la cicatriz todavía sangraba lo suficiente para que fuese consciente de que debía mantenerla vendada.

Dejó que Emily lo ayudara, y se alegró de contar con sus atenciones. De vez en cuando se sorprendía al encontrarse un poco mareado.

Normalmente había gozado de excelente salud. No estaba acostumbrado a estar tan abatido, o tan discapacitado para no poder dedicarse a sus asuntos habituales. Era una idea que daba que pensar. Volvió la mente hacia Alexander Duncannon, que padecía dolores constantemente y sabía que siempre sería así. ¿Cómo lo soportaba?

Pensar en Alexander lo obligó inevitablemente a pensar también en Godfrey.

Miró a través de la estancia cálida y alumbrada por el fuego hacia donde Emily estaba sentada en su sillón mientras él reposaba tendido en el sofá, con los pies en

alto. La luz era suave en el rostro de Emily; amable con las pocas arrugas de inquietud que apenas eran visibles en su tez clara. Sus cabellos parecían casi de oro. A Jack siempre le había gustado el modo en que se rizaban.

Lo que realmente deseaba saber Emily era si el tiroteo iba a afectar a su carrera, pero no quería comprometerse diciéndolo en voz alta. El dinero no era lo importante. Tenía el suficiente para que ambos pudieran mantener el estilo de vida que desearan. Lo que importaba era lo que la pérdida de su puesto haría a su autoestima, su vanidad.

¿Acaso era importante? ¿Comparado con el pesar al que se enfrentarían los Duncannon? No mucho. Emily y los niños estaban a salvo. Jack también, en lo esencial. El desgarró del brazo le dolía, pero se curaría. No quedaría tullido. De él dependía el permitir que la herida a su vanidad lo dejara impedido.

¿Qué herida exactamente? Había obedecido las instrucciones que le habían dado a propósito del contrato. Había sido leal a Godfrey Duncannon, cuestión más de principios que de sentimientos. No era particularmente de su agrado, pero eso era irrelevante. Había descubierto en él a un hombre más frío de lo que fingía ser. Ni el humor ni el sufrimiento parecían retener su atención mucho tiempo, o siquiera desviar su energía de su tarea. Era indefectiblemente cortés, pero nunca se disculpaba. Expresaba su agradecimiento, pero fríamente, con más satisfacción que placer.

Jack también había descubierto poco a poco que Godfrey era más ambicioso de lo que aparentaba a primera vista. Ahora bien, muchos miembros del gobierno eran así. Mostrarse afable formaba parte del trabajo. Todavía era más importante ser tan duro y resistente como el acero bajo el barniz de la cortesía. E inteligente; uno siempre debía ser inteligente.

Entonces emergió el pensamiento que había permanecido en un rincón de su mente durante semanas: ¿el propio Jack tenía el trabajo idóneo? Fue la primera vez que se permitió formular aquella duda con palabras. Antaño había creído que era la respuesta a lo que haría con su vida, su encanto, su criterio y su desenvoltura con la gente, y con el grado de ocio y capacidad de elegir que la riqueza le otorgaba.

En tanto que parlamentario se ganaría el respeto de Emily y la aceptación pública como hombre de cierta determinación.

El fuego crujió y se hundió un poco. Debería tocar la campanilla para que el lacayo fuese a buscar más leña.

Emily lo estaba observando. ¿Tenía idea de lo que le estaba pasando por la cabeza?

—Mañana iré a visitar a Cecily —dijo con una sonrisa compungida—. Me figuro que muchas de sus amigas no lo harán. Espero que no te importe. —Fue una pregunta velada, pero Jack tenía la convicción absoluta de que, ahora que se encontraba mejor, iría allí donde decidiera.

—¿Acaso podría convencerte de lo contrario? —preguntó, sonriente.

—Solo si me das una razón tan sólida que no pueda discutir. ¿Prefieres que no vaya?

—No. Creo que debes ir. Dime, Emily... ¿te cae bien Godfrey?

Emily se levantó, fue hasta la campanilla y tiró del cordón. En cuanto vino el lacayo le pidió más leña y tal vez un poco de carbón, también. Hacía una noche gélida. El lacayo obedeció, llevándose consigo el cubo para el carbón.

—¿Y bien? —insistió Jack en cuanto la puerta se cerró.

—¿Perdona? —preguntó Emily inocentemente.

—¿Te cae bien Godfrey Duncannon? —repitió Jack.

—No mucho —admitió Emily.

—¿Por qué? Me gustaría saberlo.

—No tengo una respuesta sensata. Pienso que es... frío.

—Eso es una respuesta sensata. ¿Cecily lo ama?

Emily se encogió de hombros. Siempre lo hacía con suma elegancia.

—No lo sé. Creo que tiempo atrás sí.

No agregó más, pero Jack tuvo claro que Emily pensaba que eso podía ocurrirle a cualquiera, y que probablemente le ocurría a demasiada gente. Ese peligro también los había rozado a ellos pocos meses antes: el distanciarse, el dar por sentado, los pequeños defectos que cobraban importancia, la pérdida del buen humor, las protestas recordadas más que olvidadas.

Había sido Cecily Duncannon quien había aportado el dinero al matrimonio. Tal vez ninguno de los dos lo había olvidado.

¿Olvidaba Jack que se encontraba en una situación similar? Cuando lo recordaba, tenía una sensación de obligación, la necesidad de estar a la altura de las circunstancias. ¿Sentía Godfrey lo mismo? ¿O el dinero había sido en gran medida la razón de que se casara, más que el amor?

¿Se había preguntado Emily alguna vez hasta qué punto el dinero había sido la razón de Jack, y el amor, puro teatro bien interpretado? ¡No lo era! Pero ¿se aseguraba lo suficiente de que ella lo supiera?

—Deberías ir a verla —dijo—. Por favor, hazlo. Y busca la manera de decirle cuánto siento todo este desaguado.

—Gracias. —De pronto sonrió a Jack—. No quería discutir contigo por esto.

—Pero ¿lo habrías hecho? —dijo Jack, sonriendo para despojar a las palabras de toda picazón.

Emily sonrió con más dulzura todavía.

—Sí.

No le había preguntado cómo afectaría a su futuro el caso que se iba a enjuiciar. Podría conllevar otro fracaso, vinculando su nombre al de un hombre más importante que había llegado a una crisis espectacular en su carrera, si bien no por culpa suya. ¿Era mala suerte? ¿O un juicio erróneo de Jack? ¿Debería empezar a pensar en otra carrera para la que estuviera mejor dotado? Por ahora, no diría nada. Correspondió a

la sonrisa de Emily y procuró ponerse en una postura más cómoda. Tenía suerte de estar tan poco herido. Podrían haberlo matado fácilmente en aquel callejón. Si el disparo hubiese dado solo unos centímetros más a la derecha... Iba siendo hora de pensar en cosas más serias.

Emily fue a casa de los Duncannon con bastante recelo. No sabía si Cecily la recibiría o no. Llevaba consigo una nota para dejarle si le negaban la entrada. Había tan poco que decir que resultaba ridículo, pero la amistad requería que no tomara la escapatoria fácil de alegar que no sabía qué decir. Había toda suerte de tragedias para las que no existían palabras apropiadas, pero, a pesar de todo, uno no dejaba solas a las personas.

La mañana era fría y soplaban un cortante viento de levante. Atravesaba los abrigos de lana e incluso los cuellos de piel, como si viniera directamente del mar del Norte, cosa que probablemente era así. Sintió un gran alivio cuando la puerta se abrió. Un mayordomo inexpresivo tardó un momento en reconocerla, y entonces abrió la puerta de par en par y se hizo a un lado, invitándola a entrar.

—La señora Duncannon está en la sala de día, señora —dijo con gravedad. La palidez de su rostro daba a entender que sabía que estaban al borde de una tragedia—. Si me disculpa un momento, iré a ver si está lo bastante bien para recibirla.

Sin aguardar la respuesta de Emily, cruzó el amplio vestíbulo a paso vivo hasta una de las puertas. Momentos después regresó para acompañar a Emily a la sala de día, donde la aguardaba Cecily Duncannon.

—Emily. Qué amable de su... —comenzó Cecily, y entonces balbució y se quedó callada. Se la veía devastada, tanto física como emocionalmente. Toda su antigua vitalidad había desaparecido. Tal vez habíase tratado de energía nerviosa, de todos modos, que le daba las fuerzas necesarias para mantener los sufrimientos de la realidad fuera de su alcance. Emily no lo había entendido en su momento, pero ahora le parecía evidente. Aquel día, u otro semejante, siempre iba a llegar. Cuánta valentía debió de costarle aprovechar el tiempo anterior y vivirlo con plenitud. Si se tratase de Edward, el hijo de Emily, ¿habría hallado fuerzas para hacerlo?

¿Qué demonios había que pudiera decir sin que pareciera trivial, pura cháchara para llenar sus propios silencios?

Fue al encuentro de Cecily y le tomó ambas manos, sosteniéndolas con ternura, como si también ellas fuesen a magullarse con un mero contacto.

—Si prefiere tener intimidad, le ruego que me lo haga saber. No finja por nadie —dijo amablemente—. Pero si desea no estar sola, me quedará tanto rato como guste.

Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Cecily, y pestañear de nada le sirvió, no logró disimular. Respiró entrecortadamente, aguardó un instante y luego se sintió lo bastante compuesta para hablar.

—Gracias. Creo... creo que prefiero que se quede un ratito. Nuestro abogado, *sir*

Robert Cardew, está en el estudio con Godfrey. No sé qué harán, pero Godfrey dice que *sir* Robert es el mejor de los mejores, no solo elocuente, y por supuesto brillante con la ley, sino sensato. Sabrá lo que será mejor para Alexander a largo plazo.

Emily, alarmada, tuvo un escalofrío de terror. No había largo plazo que valiera para Alexander. ¿Acaso Cecily no lo sabía? ¡Tenía que saberlo! Emily lo había visto en su semblante, en sus ojos cuando lo había mirado en momentos de descuido. El conocimiento estaba allí, en su mirada, y desaparecía al instante, dominado por los buenos modales y el sentido del deber.

Quizá Godfrey en realidad se refería al largo plazo para él mismo. ¿Era una idea indigna? Si fuese Edward quien estuviera en tales apuros, ¿pensaría Emily en Jack a largo plazo? ¿Y en Evangeline, inocente heredera del estigma que sin duda se atribuiría a la familia? ¿Quién se casaría con ella? ¿Qué futuro le aguardaría?

—Por supuesto —dijo en voz baja—. Deben aceptar el consejo que les parezca más prudente.

En ese momento se abrió la puerta y Godfrey Duncannon entró, seguido de cerca por un hombre de aspecto similar. No era tan alto, pero tenía una abundante mata de pelo canoso perfectamente cortada y su atuendo era impecable. Ambos se detuvieron al ver a Emily.

Una chispa de ira cruzó el semblante de Godfrey, que enseguida disimuló.

—Buenos días, señora Radley —dijo con fría formalidad. Presentó a *sir* Robert Cardew, explicando que Emily era una amiga de Cecily que sin duda había ido a expresar sus condolencias y estaba a punto de marcharse.

—Estoy seguro de que apreciará que le estamos agradecidos por su preocupación, pero tenemos asuntos familiares urgentes que comentar. —Se volvió hacia Cecily y la sombra del fastidio reapareció en su expresión. O tal vez fuese un disfraz para el miedo. Los hombres como él nunca admitían tener miedo; no se lo podían permitir. Los enemigos y los rivales percibían el miedo y lo utilizaban a su conveniencia. Emily sintió una breve pero intensa lástima por él. Tal vez Cecily estaba demasiado dolida para ser de ayuda, para brindarle su apoyo en aquella desgracia. ¡Además Alexander era su único hijo!

Se tragó la respuesta que tenía en la punta de la lengua.

—Por supuesto —convino, y entonces se volvió hacia Cecily—. Si hay algo que pueda hacer, hágamelo saber, por favor. Tal vez haya cartas que escribir, recados que desee hacer o simplemente ir a donde sea acompañada.

—Gracias —dijo Cecily enseguida—, pero no es preciso que se marche ahora. Apenas acaba de llegar...

—¡Cecily!

La aspereza de la voz de Godfrey fue inconfundible.

Cecily le sostuvo la mirada, con terror en los ojos.

Fue Cardew quien intervino.

—Señora Duncannon, hemos comentado la situación a fondo y alcanzado el que

puedo asegurarle que será el mejor plan de acción. Hay una muy alta probabilidad de que logremos demostrar más allá de toda duda razonable que Alexander no es plenamente responsable de sus actos. Si tenemos éxito, lo internarán en un manicomio seguro donde recibirá tratamiento y, si a su marido le parece sensato, podrá visitarlo de vez en cuando. —Le sonrió, pero pareció que lo hiciera más por amabilidad que para animarla—. Haré todo lo que pueda para que esa sea la naturaleza del juicio. Le aconsejo que considere dejar que su marido asista a la vista en su lugar. De seguro que la afligiría.

Cecily lo miró fijamente con manifiesta tranquilidad.

—Agradezco su preocupación, *sir* Robert, pero asistiré. Me imagino que la señora Radley me acompañará para asegurarse de que no llamo la atención desmayándome en un momento inoportuno.

Estaba lo bastante cerca de Emily para tocarle ligeramente el brazo, y para que Emily respondiera a su contacto.

Cardew se quedó perplejo y, acto seguido, incómodo. Echó un vistazo a Godfrey.

—Ya veremos —dijo Godfrey con firmeza—. Muchísimas gracias.

Alcanzó la campanilla para que el mayordomo acudiera y acompañara a Cardew a la salida.

En cuanto se hubo ido, Godfrey miró a Emily.

—Nos disculpará.

Fue una orden rayana en la brusquedad.

—Por supuesto. —Emily era reacia a marcharse. Por el modo en que Cecily le asía el brazo sabía que no deseaba que se fuese, pero ante tan claro rechazo difícilmente se podía quedar.

La tensión la rompió el regreso del mayordomo, a todas luces incómodo. Vaciló torpemente.

—La señora Radley se va —le dijo Godfrey.

—Señor, ha llegado lord Narraway e insiste en hablar con usted. Se... se ha encontrado con *sir* Robert Cardew en la puerta.

—¡Por Dios bendito! ¿Qué quiere? —espetó Godfrey. Estaba exasperado, pero le constaba que no podía ofender a Narraway, que había sido, hasta hacía poco, jefe de la Special Branch. Narraway tenía conocimientos enciclopédicos sobre un sinfín de hombres y sus secretos, y ahora era una figura de incommensurable importancia en la Cámara de los Lores; incommensurable literalmente, porque nadie sabía con certeza qué secretos guardaba exactamente, aunque algunos de ellos se consideraban muy oscuros.

—Hablar con usted, señor —contestó el mayordomo, descontento.

Godfrey se puso derecho y reflexionó un momento sin mirar a Emily ni a su esposa.

—Hágalo pasar —dijo con aspereza.

Cecily se desconcertó, pero Emily supo, en un instante de lucidez absoluta, que

Godfrey suponía que Narraway no diría nada de carácter personal estando las dos mujeres presentes. Emily tuvo el claro presentimiento de que se equivocaba.

Narraway entró. Igual que Cardew, iba impecablemente vestido, si bien era más esbelto y unos pocos centímetros más bajo. Sin embargo, emanaba tal aire de confianza, de energía controlada, que su presencia dominaba en la sala.

—Buenos días —saludó con suma cortesía, incluyendo a ambas mujeres en su mirada—. Mis disculpas por presentarme sin aviso previo. Seguro que mi visita es inconveniente, pero es necesaria. Sin duda *sir* Robert Cardew les ha comunicado que Josiah Abercorn llevará la acusación en la vista preliminar del juicio a su hijo.

—Por supuesto —le espetó Godfrey—. Me figuro que no ha venido hasta aquí para decirme algo tan... tan obvio y que le atañe tan poco.

Su actitud era gélida y poco educada.

Cecily se quedó de piedra, agarrando el brazo de Emily como si buscara un apoyo físico.

—Claro que no —convino Narraway—. De lo que no estará enterado, puesto que se ha acordado esta mañana, es que voy a representar al señor Alexander Duncannon...

—¡No, señor, de ninguna manera! —Godfrey estaba furioso—. ¡Me importa un bledo quién es usted o quién fue! He contratado a *sir* Robert Cardew para que defienda a mi hijo. No hay nada más que decir. Buenos días.

Narraway enarcó ligeramente las cejas.

—Es a su hijo a quien van a juzgar, señor Duncannon. Es mayor de edad y puede contratar a quien decida que lo represente. Me ha elegido a mí.

Godfrey estaba blanco hasta los labios.

—Como bien sabe, no está bien de la cabeza. No está capacitado para elegir quién lo va a representar. Usted ni siquiera es abogado. ¿Cómo se atreve a presentarse de esta manera? ¡Es despreciable! ¡Salga de mi casa, señor, si no quiere que haga que lo echen!

Por un instante Emily temió que la pasión, el miedo y la ira fueran a degenerar en violencia.

Narraway sonrió, aunque tal vez solo llegó a mostrar los dientes.

—Estoy tan licenciado para ejercer la abogacía como el señor Abercorn. Pero usted debe hacer lo que considera más apropiado, señor Duncannon. Se lo comunico por pura cortesía. Es una suerte que la señora Radley sea testigo de ello, aunque por supuesto ya he presentado los documentos necesarios.

—¡No le pagaré ni un penique! —respondió Godfrey de mal talante—. La señora Radley también es testigo de eso. Puede pasar a visitar a quien guste. Solo conseguirá ponerse en ridículo. No acierto a imaginar qué espera ganar con esto, pero le prometo que no recibirá nada.

—No requiero cobrar, señor Duncannon. No todo se hace por dinero, al menos no todos lo hacemos. Yo no lo hago por eso y no le pediré nada en absoluto. Estoy

defendiendo a Alexander, con su propio consentimiento, porque creo que puedo conseguir que se haga cierta justicia que *sir* Robert Cardew no puede lograr. No necesito que usted me autorice. Se lo cuento porque tiene derecho a saberlo, no a interferir. Buenos días, señor. Señora Duncannon. Emily, tal vez sea un buen momento para marcharse.

Inclinó ligeramente la cabeza hacia Cecily, dio media vuelta y salió al recibidor.

Godfrey soltó una palabrota que normalmente no habría usado delante de unas señoras.

Cecily permaneció muda.

Emily le estrechó el brazo con dulzura, luego también dio media vuelta y salió detrás de Narraway.

Lo alcanzó en el umbral de la puerta principal, donde había titubeado, al parecer aguardándola. Emily no perdió el tiempo con lindezas. El viento era gélido y los carruajes de ambos aguardaban junto al bordillo; los caballos estaban inquietos.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió Emily. Un año antes había estado demasiado intimidada para ser tan abrupta, pero desde que se había casado con Vespasia, que era tía abuela de Emily por su matrimonio con su primer marido, había descubierto, para su mayor agrado, un lado mucho más humano y vulnerable en Narraway—. ¿Realmente puedes ayudar a Alexander?

—Nadie puede ayudarlo —dijo él con sorprendente ternura—. No vivirá mucho más tiempo. Pero creo que puedo hacer lo que desea, y salvar su reputación como hombre cuerdo y leal a su amigo, que era inocente del crimen por el que fue ahorcado. Así Alexander no habrá dado su vida en balde.

Emily asintió con la cabeza, la emoción la abrumaba.

—Por favor, si puedo ayudar, házmelo saber.

—Puedes brindar tu apoyo a Cecily Duncannon —respondió Narraway—. Será duro para ella, y dudo que su marido le ofrezca mucho consuelo.

El contrato no se había firmado y tal vez nunca llegara a firmarse. Ninguno de ellos podía hacer algo al respecto, y se encontró con que no le importaba lo suficiente para insistir en el tema. Debía ganarse o perderse por sus propios méritos.

—Por supuesto —convino Emily.

Narraway sonrió y aguardó un momento hasta que su cochero acudió a ayudarla. Después se dirigió con brío a su propio carruaje y montó en él.

El juicio de Alexander Duncannon comenzó entrada la mañana del lunes 3 de enero de 1899. Se le acusaba del asesinato de tres policías y del intento de homicidio de otros dos que resultaron malheridos. Se nombró a todos ellos.

Charlotte estaba sentada en la sala del juzgado junto a Vespasia. Emily estaba con Cecily Duncannon, tal como había prometido que haría. Godfrey podía ser llamado a testificar y, muy contra su voluntad, no podía estar presente. Seguía estando

furiosamente enojado con Narraway, pero había agotado las vías para objetar a que representara a Alexander y no podía hacer nada más a ese respecto.

Pitt no pudo estar presente porque, naturalmente, era el testigo principal de la acusación. Tampoco tenía otra opción.

Jack estaba cerca de Charlotte, al otro lado de Vespasia. Todos guardaban silencio, no porque fuese apropiado o por buenos modales, sino porque ya no quedaba nada que decir.

Se llevaron a cabo los preliminares. Parecieron prolongarse siglos hasta que finalmente Abercorn llamó a su primer testigo. Lo hizo con tremenda gravedad, asegurándose de que todos los ojos de la sala miraran a Bossiney mientras caminaba despacio, con ayuda del ujier, hasta el estrado. Subió los peldaños de uno en uno, levantando el pie izquierdo al peldaño siguiente, luego el otro, agarrado a la barandilla.

Por fin llegó arriba y se volvió hacia el tribunal. Se oyeron gritos sordos entre el jurado y en la abarrotada galería para el público.

A Charlotte se le hizo un nudo en el estómago y se puso a sudar por todo el cuerpo al ver su rostro desfigurado, las cicatrices todavía rojas, retorcidas y horribles.

Incluso el juez, lord Justice Bonnington, estaba pálido.

Abercorn dio un paso adelante y levantó la vista hacia el estrado como si estuviese sobrecogido. Escuchó mientras Bossiney juraba decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, y daba su nombre y rango en la policía.

Charlotte echó un vistazo a Vespasia. ¿Qué podía hacer Narraway, o cualquier otro, contra aquel horror? Nadie olvidaría aquello.

—Aguarda —susurró Vespasia—. Todavía queda mucho para el final, querida.

No miraba a Narraway, en la mesa de la defensa, solo a Abercorn plantado en medio del tribunal, como un gladiador en la arena.

—Agente Bossiney, todos podemos ver las terribles quemaduras que han desfigurado su rostro irreparablemente. ¿Qué otras partes de su cuerpo cubren?

El juez frunció el ceño, pero no interrumpió.

Si Narraway se indignó ante tan extraordinario comienzo, no lo reflejó en su serena y grave expresión.

—Todo el costado derecho, señor —contestó Bossiney—. Hasta la rodilla.

—Me imagino que el dolor fue indescriptible —observó Abercorn.

—Sí, señor —convino Bossiney.

El juez miró a Narraway para ver si objetaba. El comentario de Abercorn no había sido una pregunta, pero Narraway no protestó.

—¿Tenía alguna marca o desfiguración antes de la explosión y el incendio en Lancaster Gate?

—No, señor —contestó Bossiney.

—¿Cómo fue a parar allí? —prosiguió Abercorn, con voz suave y cortés, como si fuese posible que alguien presente en la sala todavía no lo supiera.

—Estaba de servicio. Había llegado información a comisaría sobre una importante venta de opio, señor. Queríamos atrapar a los traficantes.

—Entendido —respondió Abercorn—. ¿De dónde procedía esa información? ¿Supongo que de una fuente que consideraban fiable?

—Sí, señor. Esa fuente de información ha sido exacta en varias ocasiones anteriores.

—¿Con relación a la venta ilegal de opio? —preguntó Abercorn, pronunciando la última palabra con cuidado, de modo que nadie se la perdiera.

—Sí, señor —convino Bossiney.

—¿Sabían el nombre de este informante?

—No, señor. Firmaba sus cartas con las iniciales A. D. —Como sin querer, Bossiney levantó la vista hacia el banquillo donde estaba sentado Alexander Duncannon.

—¿La misma persona cada vez? —preguntó Abercorn, reforzando la impresión causada.

—Eso parecía, señor.

Vespasia se movió un poquitín en su asiento. Charlotte supo por qué. Bossiney estaba contestando a cada pregunta con cuidado, tal como Abercorn le había indicado, sin exagerar ni una sola vez. Sería muy difícil pillarlo desprevenido. Se preguntó cómo pensaba Narraway que iba a hacerlo. Debía de hacer décadas que no actuaba como defensor en un juicio. ¿Sabía realmente lo que estaba haciendo? Charlotte miró a Vespasia a los ojos. Vespasia percibió su inquietud en el acto y la reflejó por un instante en su expresión, antes de sustituirla cuidadosamente por una mirada de confianza absoluta. Pero a Charlotte le constaba que era una máscara, y que esta escondía su miedo.

—¿Cuántos de ustedes fueron a la casa de Lancaster Gate? —prosiguió Abercorn.

—Cinco, señor.

—¿Quiénes eran?

—El inspector Ednam, el sargento Hobbs, el sargento Newman, el agente Yarcombe y yo —contestó Bossiney.

—El sargento Newman y el sargento Hobbs murieron *in situ*, y el inspector Ednam falleció después a consecuencia de sus heridas, ¿correcto?

Ahora Abercorn se mostraba muy serio. Su voz era grave y estaba muy tieso, casi en posición de firmes. Podría haber estado en el funeral de los policías.

En la sala nadie se movía.

La expresión de Bossiney era indescifrable debido al deterioro de su rostro, pero su voz estuvo cargada de sentimiento.

—Sí, señor.

—¿Podría describir cómo era la casa cuando llegaron, agente, tan bien como pueda?

Bossiney lo hizo, dando bastantes detalles. Una vez más Charlotte tuvo la clara

impresión de que le habían dicho exactamente cuanto debía decir; lo suficiente para que sonara real y el jurado se lo pudiera imaginar, oler la rancidez del aire, oír el silencio, pero no lo suficiente para perder su atención. Le daba miedo que Abercorn fuese tan hábil, que controlara tanto la situación. Fue la primera vez que ella recordara dudar de la destreza de Narraway. Resultaba muy perturbador. No se había dado cuenta de cuánto había creído en él hasta que esa creencia se rompió.

—Gracias —dijo Abercorn, que asintió con la cabeza.

Narraway no dijo nada en absoluto. Ni siquiera se movió en su asiento.

Charlotte tenía todo el cuerpo tenso, las manos entrelazadas en el regazo.

—¿Qué sucedió, según recuerda? —instó Abercorn.

Bossiney describió la sacudida de la explosión, el ruido ensordecedor, la violencia, la confusión y, sobre todo, el dolor insoportable, luego nada, solo oscuridad. Usó palabras sencillas; ninguna que no fuese parte de su vocabulario habitual. Nada de lo que dijo pareció preparado o ensayado.

El horror de la descripción de Bossiney llenaba la sala. En la galería una mujer lloraba. Emily estaba sentada cerca de Cecily Duncannon, sosteniéndola como si se estuviera ahogando.

Charlotte no podía siquiera imaginar lo que debía de estar sintiendo. Tenía ganas de chillar a Narraway que comenzara con sus preguntas, y que no los dejara allí sentados imaginando la pesadilla. Pero, por supuesto, eso era exactamente lo que estaba haciendo. Para eso se había orquestado todo aquello: para alimentar el horror, el miedo a que pudiera ocurrirle lo mismo a cualquiera de los presentes; para sugerir que mientras personas como Alexander gozaran de libertad, nadie estaría a salvo.

Fue el juez quien rompió el silencio.

—¿Tiene algo más que preguntar al testigo, señor Abercorn?

—No, señoría —respondió Abercorn en voz baja—. Pienso que ya le hemos pedido suficiente.

Caminó despacio hasta su sitio y se sentó.

—¿Señor Narraway? —preguntó el juez, y acto seguido se corrigió—. Ruego me disculpe, lord Narraway.

Narraway se puso de pie.

—No, gracias, señoría. Creo que el agente Bossiney nos ha contado todo lo que le consta que es relevante.

Se sentó de nuevo.

El juez lo miró desconcertado. Abercorn estaba confundido, sin saber si sentirse triunfante o alarmado.

El juez levantó la sesión para ir a almorzar.

Charlotte, Vespasia y Jack recorrieron la corta distancia hasta la taberna más cercana en busca de una buena comida caliente. Lo hicieron en silencio, abrigados contra el viento. Vespasia no mencionó si había estado en un establecimiento semejante antes, pero solo miró en derredor una única vez. Todos ellos tenían en

mente cosas que pesaban más que la cháchara de los demás parroquianos, muchos de los cuales también habían ido desde los tribunales y oficinas de la zona.

Hablaron brevemente sobre Tellman y su lenta pero constante recuperación. Vespasia preguntó en concreto acerca de Gracie, y Charlotte sonrió por primera vez ese día al referir cómo Gracie ejercía un control absoluto sobre Tellman, que por una vez hacía exactamente lo que ella le decía.

—¿Tal vez por fin se ha dado cuenta de lo mucho que lo ama? —sugirió Vespasia.

—Creo que sí —convino Charlotte—. Y se está permitiendo admitir que su familia es lo que más le importa del mundo.

Vespasia correspondió a su sonrisa y siguió dando cuenta de un tipo de comida al que no estaba en absoluto acostumbrada.

Abercorn abrió la sesión de la tarde llamando al agente Yarcombe. Estaba más recuperado que Bossiney, pero todavía caminaba un poco desequilibrado por haber perdido más de medio brazo. También relató cómo los habían atraído a la casa de Lancaster Gate, que estaban preparados para enfrentarse a una importante transacción de droga, confiando en que el informante que antes había sido tan fiable lo sería otra vez.

Describió la casa de manera muy semejante a como lo había hecho Bossiney, pero poniendo cuidado en emplear palabras diferentes, como si no hubiesen comparado sus respectivas notas ni los hubieran preparado para el interrogatorio. Una vez más bastó para dar la sensación de que conocía el lugar, pero no se empantanó en detalles, de modo que ninguno de ellos pudiera contradecirse.

Habló de la explosión con bastante aflicción, tanto por sus colegas fallecidos como por el dolor lacerante que había sentido. Cuando Abercorn le preguntó, ensalzó a Ednam.

—Sí, señor, era un buen hombre. Hacía años que lo conocía. Muy valiente, era. Muy justo. Fue terrible que muriera por culpa de sus heridas. Ojo, con los dolores, hubo días en que deseé haber muerto.

Un audible murmullo de compasión recorrió la galería. Charlotte vio que uno de los jurados refunfuñaba y luego levantaba la vista hacia Alexander, que estaba pálido y rígido. Pero el dolor no le era desconocido. Había vivido con él desde que sufrió el accidente, y así sería hasta el fin de sus días, pero por supuesto el jurado no lo sabía y, además, ¿acaso era relevante? Narraway no había alegado demencia en defensa de Alexander. ¿Por qué no? Si hablaba de los padecimientos de Alexander, ¿seguramente el opio que le habían recetado, y al que se volvió adicto, podría haberlo hecho enloquecer? Y la locura era casi la única defensa para aquello.

Charlotte se preguntó qué demonios estaba haciendo Narraway y si Pitt tenía idea de lo mal que estaba yendo el juicio. Difícilmente podría ir a peor.

Pero cuando Yarcombe llegó al final de su declaración, y Narraway podría haber hecho algo, de nuevo declinó interrogarlo.

La oleada de asombro que barrió la sala estuvo teñida de enojo, incluso desdén.

Y el desdén estaba pintado claramente en el agresivo semblante de Abercorn. Miró una vez hacia donde estaba sentada Cecily Duncannon y sus ojos ya reflejaron su sensación de victoria.

Charlotte deseó poder lastimarlo de algún modo, agarrar un arma y golpearlo tan fuerte que todo su placer se desvaneciera para siempre. Le constaba que era ridículo y pueril pensar en eso. En realidad no era él quien tenía la culpa. Solo estaba haciendo lo que se suponía que debía hacer. Pero lo detestaba por cómo disfrutaba haciéndolo. ¡Y disfrutaba mucho! Mirándolo fijamente, reparando en el brillo de su tez, estuvo convencida de ello. Aquella era una victoria contra Godfrey Duncannon, pues Alexander era su hijo y poseía lo que tendría que haber sido de Abercorn. Godfrey había abandonado a la madre de Abercorn por Cecily, dejándola sola ante el sufrimiento de un parto difícil sin nadie que la mantuviera. ¡Ahí era donde había comenzado el opio!

Abercorn no podía hacer otra cosa más que continuar. Si Narraway había esperado socavar su confianza comportándose de manera tan inusual, no estaba teniendo éxito.

Abercorn llamó al jefe de la brigada de bomberos que apagó el incendio posterior a la explosión. Su relato fue exacto, desgarrador, pero con detalles de experto que mantuvieron la atención de todos los presentes en la sala. Había una horrible fascinación en el poder del fuego para causar destrucción. Allí, a salvo en la sala del juzgado, el miedo daba pie a la excitación.

Abercorn dio las gracias al bombero y se volvió hacia Narraway.

Narraway se puso de pie.

—Gracias, señoría —dijo al juez—. No se me ocurre algo que este testigo haya obviado, como tampoco que pueda interpretarse de manera distinta a como lo ha hecho.

—¿No tiene nada que preguntar? —dijo el juez con incredulidad.

—Nada, señoría, gracias.

Los jurados se miraron entre sí perplejos, incluso desconcertados. Se oyeron murmullos.

Charlotte se volvió hacia Vespasia y en el acto deseó no haberlo hecho. La preocupación que traslucían sus ojos era inequívoca. Charlotte alargó el brazo, posó la mano delicadamente sobre la de Vespasia y notó cómo reaccionaba tensando los dedos.

Abercorn pasó el resto de la tarde y la primera parte de la mañana siguiente llamando a un testigo experto tras otro. Los más conmovedores fueron los médicos, incluso el que describió el dolor de quienes habían sobrevivido. El forense describió las causas de la muerte de Newman y Hobbs. También declaró que las heridas de

Ednam habían sido la causa principal de su muerte, aunque se produjera un poco más tarde.

Una vez más, Narraway no tuvo nada que decir.

—Seguramente, lord Narraway, su actitud tiene algún propósito —dijo el juez, completamente exasperado—. ¡Apenas puede decirse que esté defendiendo a su cliente! ¿Espera que el proceso se declare nulo por contener vicios de procedimiento, señor? No puede alegar incompetencia. Es perfectamente capaz de armar algún tipo de defensa, pues de lo contrario no le habría permitido asumirla. ¿Desea que lo sustituyan?

—No, gracias, señoría —dijo Narraway un poco envarado, como si le doliera el cuello y tuviera la garganta seca—. Hasta ahora no he interrogado a los testigos porque no creo que su testimonio sea erróneo o incompleto. Haré preguntas más tarde. No creo que redunde en el interés de mi cliente hacer perder el tiempo al tribunal con asuntos que no están en duda.

—Muy bien. Pero más vale que comience pronto, o me verá obligado a buscar un asesoramiento más... competente para el señor Duncannon.

—Estoy comprometido, señoría —dijo Narraway en un arranque de pasión—. ¡Créame, lo digo en serio!

Charlotte estrechó con más fuerza la mano de Vespasia y vio que los ojos se le arrasaban en lágrimas.

Pitt sabía que era inevitable que lo llamara como testigo principal contra Alexander Duncannon. Había pasado largos ratos con Narraway y estaba al tanto de lo que tenía planeado, así como de las probabilidades de éxito y de los riesgos. No se sorprendió cuando Abercorn lo invitó a mantener una conversación antes de enviarlo al estrado, el día después de que concluyera con el otro testigo experto.

A las siete de la mañana, muy a su pesar, Pitt estaba desayunando con Abercorn en su casa. Era una casa grande y elegante cercana a Woburn Square. El barrio era excelente, tranquilo, exclusivo y adinerado, pero lo había sido el tiempo suficiente para que no resultara llamativo.

Abercorn era de buen comer. En el aparador había fuentes de plata con huevos revueltos, salchichas, panceta, setas, riñones picantes y arenques ahumados si los hubiese deseado. Había tostadas recién hechas, mantequilla y varios tipos de mermelada. Elegantes jarras de plata contenían té y agua caliente, a juego con las vinagreras de plata y los cuchillos, tenedores y servilleteros marcados con un monograma.

Abercorn iba vestido con un traje obviamente hecho a medida y de una calidad que Pitt habría considerado extravagante para sí mismo, con una familia que mantener, pero aun así lo admiró. Se preguntó por qué Abercorn no se había casado, o si tal vez lo había hecho y alguna clase de tragedia lo había despojado de su esposa

y de la posibilidad de tener hijos. Tal vez había sido demasiado doloroso para que tuviera deseos de casarse otra vez. Aquel hombre no le caía bien, pero aun así Pitt sentía un poco de lástima por él.

En una breve visita a su estudio la última vez que estuvo allí, a principios de la preparación, se había fijado en un retrato de una mujer de avanzada edad, vestida a la moda de unos treinta años antes. Y a pesar de los estragos causados por el dolor, sus rasgos presentaban un notable parecido con los de Abercorn. Pitt supuso que era su madre.

—Lamento haberle citado tan temprano —dijo Abercorn tan pronto les sirvieron la comida y empezaron a comer—. Pero esto es crucial. Creo que ya tenemos al jurado de nuestra parte. Hasta ahora todo ha salido a pedir de boca.

Pitt lo sabía por Charlotte, pero no tenía intención de mencionarlo.

Abercorn engulló otro buen bocado de riñones picantes. Se los había servido en su plato; una abundante ración. Al parecer era uno de sus manjares predilectos y tenía intención de satisfacer su apetito. Pitt se preguntó cuánto tiempo llevaba siendo tan rico. Había algo en él, casi indefinible, una fruición, que hizo pensar a Pitt que no había nacido en semejante abundancia. Bastaba ver cómo seguía disfrutando.

—Narraway no ha hecho absolutamente nada —prosiguió Abercorn—. Al principio pensé que sería un adversario peligroso, pero cuanto más lo observo, más estoy empezando a creer que no está en su elemento. No sé por qué aceptó el caso...

Titubeó, observando a Pitt con detenimiento.

Pitt no respondió. Se quedó aguardando como si esperase que Abercorn se explicara.

—¿Usted le conoce! —dijo Abercorn con impaciencia—. ¿Realmente es tan vano, un tigre de papel?

Pitt era consciente de que debía medir su respuesta con exactitud, no solo en la elección de sus palabras, sino en la expresión concreta con la que las dijera.

—Ha cometido equivocaciones —empezó—. Errores de juicio. Aunque eso le ocurre a cualquiera. A veces no son las equivocaciones, sino la manera en que te recuperas lo que conlleva la diferencia entre el éxito y el fracaso.

—No pienso darle la oportunidad de recuperarse —dijo Abercorn lacónicamente—. Por ahora no ha dicho nada. ¿Por qué supone usted que calla?

Pitt sonrió para despojar a su respuesta de cualquier insinuación de sarcasmo.

—Seguramente usted no ha cometido equivocaciones de las que él pudiera aprovecharse. Las pruebas del crimen en sí parecen muy claras. He procurado que fueran irrefutables.

—Desde luego, lo ha conseguido —convino Abercorn—, pero esperaba que él dijera algo. —Frunció el ceño—. ¿Cuánto hace que no ejercía la abogacía?

—No sabía que lo había hecho hasta que me lo dijo hace un par de semanas —admitió Pitt—. Y no se lo pregunté. Deduje que fue hace mucho tiempo.

—Yo investigué —dijo Abercorn, asintiendo con la cabeza—. No hallé rastro de

que hubiese comparecido alguna vez ante un tribunal. Pero está debidamente cualificado. ¿Por qué demonios quiere defender a Duncannon? ¿Lo sabe usted?

Fue la primera pregunta a la que Pitt tuvo que responder mintiendo. No le gustaba hacerlo, pero no tenía elección.

—Me figuro que podría tener algo que ver con Godfrey Duncannon y ese gran contrato del que se ocupa actualmente. El gobierno muestra mucho interés en que se consiga con éxito.

Una sombra cruzó el semblante de Abercorn y desapareció de inmediato.

—Estoy de acuerdo en que el momento es muy inoportuno, y me desagrada hacer el trabajo de la oposición. Pero la agresión a nuestras fuerzas policiales es todavía más grave. Son nuestra primera defensa contra la anarquía y el caos absoluto del desorden civil, incluso contra la perspectiva de una auténtica revolución.

»Los desórdenes afectan a Europa entera y dentro de diez o quince años, como máximo, nos veremos sumidos en el caos si no asumimos cierto control. El socialismo triunfa en Rusia, Alemania, Francia. Los Balcanes están al borde de la guerra. ¿Quién va a aferrarse al orden, si no lo hacemos nosotros?

Pitt no contestó. Todo lo que había dicho Abercorn era verdad.

—No debemos, no podemos dejar en la estacada a quienes confían en nosotros —prosiguió Abercorn—. Hay tres hombres muertos y dos espantosamente heridos. Bossiney fue un buen testigo. Su desfiguración causó una impresión duradera en el jurado. Tendrán pesadillas durante mucho tiempo. Yo tendré ese rostro en mis sueños durante años.

Hizo una mueca, por un instante sin intentar disimular su emoción.

Pitt sintió una breve pero estrecha afinidad con él. Bossiney cargaría con aquello el resto de su vida. Con independencia de lo que hubiese hecho como cómplice de Ednam, era un castigo monstruoso. Pero eso no justificaba el crimen ni que ahorcaran a Lezant, como tampoco aliviaba el sufrimiento de Alexander.

—¿Qué quería comentar conmigo? —preguntó Pitt.

Abercorn devolvió su atención al presente.

—Ah... sí. Meros detalles. Tal vez de actitud más que de los hechos en sí. —Miró muy serio a Pitt—. Sé exactamente qué voy a preguntarle. Usted es mi testigo principal, más allá de los hechos que ya se han establecido. Narraway tiene que repreguntarle o no habrá hecho nada en absoluto. Quiero asegurarme de que no pueda ponerle nervioso. Sin duda le conoce bien. Fue su superior durante varios años.

Dejó el comentario en el aire, obligando a Pitt a responder.

—Me parece que sé a qué se refiere —dijo Pitt lentamente—. Pero si usted habla claro, no caben malas interpretaciones. Ya hemos revisado las pruebas. Contestaré a sus preguntas con precisión.

—Y brevedad —agregó Abercorn, que todavía miraba a Pitt con detenimiento—. No añada cosas que no le haya preguntado.

En otra ocasión Pitt habría sonreído. Había testificado muchas más veces de las

que Abercorn había estado ante un tribunal. Pero en todo aquello no había nada que fuese fácil, decisivo o que pudiera darse por hecho.

—No lo haré —prometió. Debía poner cuidado. Abercorn no le gustaba y, sin embargo, su desagrado carecía de fundamento y probablemente era injusto. Su lealtad a Narraway era profunda, y su lealtad a lo que consideraba correcto, todavía más. Sabía con toda exactitud qué se proponía hacer Narraway; al menos eso creía. Narraway había tenido el atino de no contárselo explícitamente.

Abercorn lo miraba fijamente, sopesando, midiendo y juzgando. Pitt percibió su capacidad y su aguda comprensión de los demás, rasgos que lo habían sacado de la oscuridad, incluso de la pobreza, hasta llevarlo a un lugar en el que era rico y ampliamente respetado. Casi con toda certeza estaba llamado a subir el siguiente peldaño de la escalera hacia una carrera política de cierta categoría. Su poderío superaba incluso el de Godfrey Duncannon. Y no dejaba de haber un cierto parecido físico entre ambos.

Si ganaba aquel caso se consideraría una victoria en la cruzada por el hombre común, el policía de ronda que protegía los hogares de la gente, las familias, incluso sus vidas contra el crimen y el desorden. Un puesto en el Parlamento, aun en el gobierno, no era inverosímil que para Josiah Abercorn se convirtiera en un trampolín para acceder a un cargo gubernamental; incluso, con el tiempo, a un ministerio como el Home Office, con todo su poder para cambiar la ley y la vida de la nación. Sería estúpido tomarlo a la ligera.

¿Acaso algo de aquello guardaba relación con el éxito o el fracaso de Godfrey Duncannon con el contrato? Pitt no veía cuál. La tragedia de Alexander había comenzado con su accidente, una caída de caballo en la que el animal lo aplastó. No había sido culpa de nadie y había ocurrido años antes.

Pitt por fin había aprendido a no llenar los silencios de los demás con palabras que después habría preferido no pronunciar. Se tomó el desayuno sin disfrutarlo.

—Seguro que Narraway tiene un plan —dijo Abercorn al cabo—. Usted ya le conoce. ¡Más aún, él le conoce a usted! ¿Intentará hacerle tropezar? ¿Qué se imagina que puede hacer para que Godfrey Duncannon le haya permitido representar a su familia? ¡Tengo la sensación de que hay algo que no sé! ¿Qué es, Pitt?

Pitt se quedó perplejo.

—¿Qué lo lleva a pensar eso? —dijo para ganar tiempo y estudiar el rostro de Abercorn, la tensión de su cuerpo mientras sondeaba los pensamientos de Pitt. ¿Por eso había convocado aquella reunión?

—¿Hasta qué punto conoce usted a Duncannon? —preguntó Pitt. Era una idea que se le acababa de ocurrir, y probablemente era irrelevante.

La expresión de Abercorn fue extraordinaria: una amalgama de un humor terrible, amargo y profundo, una satisfacción como si probara un manjar delicado, decidido a no tragárselo, mezclado con un dolor que resultaba casi abrumador.

¿O acaso Pitt estaba dejándose llevar por el cansancio, por su impotencia para

hacer algo por Alexander aparte de darle margen para guiar su destrucción hacia un fin que era importante para él? Al peso de la aflicción de Pitt por la corrupción de hombres en quienes había confiado se sumaron la decepción de Tellman y la opulencia de aquella habitación con sus cortinas de terciopelo y su fuego rugiendo en el hogar.

Inhaló profundamente, como si no hubiera suficiente aire en todo aquel espacio, aunque la estancia tenía doce metros de longitud.

—¿Duncannon? —dijo Abercorn con las cejas arqueadas—. Nuestros caminos se han cruzado en varias ocasiones. ¿Por qué lo pregunta?

Pitt se encogió de hombros, consciente de que estaban jugando a un juego muy complicado y carente de reglas.

—Para averiguar qué podría ser lo que no sabemos —contestó.

—¿Por qué Duncannon permitió que Narraway se ocupara de esto?

Abercorn se quedó con el tenedor en alto, el siguiente bocado por una vez ignorado.

—¿Quizá fue decisión de Alexander? —sugirió Pitt, a sabiendas de que así era.

—¿Por qué? Cardew iba a ser el abogado de Godfrey. Habría sido excelente. Como mínimo habría presentado batalla.

—Pero ¿habría ganado? —preguntó Pitt.

Abercorn frunció los labios, dubitativo.

—Alegando demencia, tal vez. Narraway ni siquiera lo ha planteado. Dios sabe por qué. Es lo único que le queda.

—¿A lo mejor piensa que no daría resultado?

—¡Nada dará resultado! —dijo Abercorn en un repentino arranque de emoción. Su manaza agarraba el tenedor con fuerza, tenía el rostro colorado—. ¡Es culpable!

—Sí, lo es —convino Pitt. Sentía como si la habitación lo sofocara. Pensó en Alexander doblado en dos por el dolor, con el rostro perlado y la camisa empapada de sudor. Deseaba justicia para Lezant. Moriría por conseguirla. De todos modos iba a morir. El opio se encargaría de eso.

¿Podría Narraway dar lugar a esa justicia?

Había algo que Pitt había pasado por alto, alguna conexión. Se devanaba los sesos, pero las piezas seguían sin encajar, al menos no del todo.

Capítulo 14

Cuando se reanudó el juicio, Pitt se dirigió al estrado de inmediato. Subió los peldaños, se puso de cara al tribunal y juró su nombre, rango y ocupación. Era consciente de la presencia de Alexander en el banquillo, blanco como la nieve e inmóvil. Le constaba que Cecily estaría en las primeras filas de la galería, con Emily a su lado, en algún lugar donde Alexander pudiera verla. Godfrey no estaría en la sala. Abercorn lo había retenido como testigo de reserva.

Pitt miró a Charlotte una sola vez; estaba sentada con Vespasia. Después puso toda su concentración en Abercorn mientras este se apartaba de su mesa y comenzaba lo que tenía intención que fuese la piedra angular de la acusación.

—Señoría —Abercorn se dirigió al juez—. No preguntaré al comandante Pitt más que lo necesario acerca de la espantosa carnicería que vio cuando llegó a Lancaster Gate la noche del atentado con bomba. Las dos víctimas que sobrevivieron a esa atrocidad ya nos han contado con toda exactitud lo que ocurrió. Nada podría ser más inmediato o preciso que sus respetivos relatos. Hemos oído a los bomberos, a los enfermeros de la ambulancia y a los médicos del hospital. No necesitamos contar de nuevo el horror y el sufrimiento.

Hizo un gesto hacia Pitt, en el estrado.

—Lo que pediré que les diga el comandante Pitt es cómo investigó el crimen, cómo reunió todas las pruebas y sacó la inevitable conclusión de que Alexander Duncannon fue responsable del atentado. Él, y solo él, fue quien lo cometió. No tengo la menor duda de que sus señorías llegarán a la misma conclusión.

Hizo una ligera reverencia, un minúsculo gesto de cortesía, y después levantó la vista para mirar directamente a Pitt.

—Esto debe haber sido extraordinariamente penoso para usted, comandante —comenzó, con la voz rebosante de compasión—. Habrá visto usted muchos desastres, muchos crímenes, ¡pero estos hombres cuyos cuerpos destrozados encontró eran agentes de policía! Hombres exactamente iguales que usted hace tan solo unos pocos años.

Pitt pensó en el cuerpo encorvado de Newman, vencido. Podía oler la carne chamuscada como si hubiesen transcurrido momentos desde que había explotado la bomba. Tenía la garganta tan tensa que le costaba trabajo hablar. La pregunta había aparecido sin previo aviso, y tuvo claro que Abercorn lo había hecho adrede. Una representación brillante. Apreció el ardid, pero a él lo odió en el mismo momento. Quisiera Dios que a Narraway se le diera tan bien cuando le tocara el turno.

—Sí —convino Pitt.

—¿Conocía a alguna de las víctimas? —preguntó Abercorn.

Se hizo el silencio en la sala. Todo el mundo permanecía inmóvil. Pitt era consciente de que los miembros del jurado en pleno lo estaban observando minuciosamente, embelesados, cuando él apenas había comenzado. Aborrecía aquella situación. Ahora todo dependía de él.

—Sí, conocía los nombres de todos ellos y personalmente a Newman y a Hobbs —contestó.

—Tuvo que ser espantoso para usted. —Abercorn se detuvo un momento, dejando que las imágenes se grabaran en la mente de todos. No se entretuvo lo suficiente para que Narraway objetara que aquello no era una pregunta—. Después de haber visto los cuerpos —prosiguió—, y de asegurarse de que se había trasladado a los supervivientes al hospital, y de que el incendio estaba apagado y la estructura del edificio, o lo que quedaba de ella, no presentaba peligro para entrar, ¿qué fue lo que hizo?

—Buscar transeúntes, posibles testigos —contestó Pitt—. Desgraciadamente nos enteramos de muy pocas cosas útiles. También hicimos cuanto pudimos por recuperar los restos de la bomba y calcular, partiendo de las ruinas, dónde la habían puesto exactamente.

—¿Por qué? ¿Qué diferencia podía suponer? —preguntó Abercorn con fingido interés. No estaba siguiendo el guion que había comentado con Pitt. Quizá no quería que pareciera ensayado.

—Cuanto más sabes sobre una explosión, más probable es que seas capaz de deducir los ingredientes de una bomba, la cantidad de dinamita utilizada, la carcasa, cómo fue detonada.

—¿De qué sirve saberlo?

—No hay muchos proveedores de dinamita.

Pitt pasó a explicar los distintos tipos de bomba, cómo se construían y utilizaban. Abercorn no lo interrumpió, y tampoco lo hizo Narraway. El público de la galería veía el desarrollo de un drama, tanto si entendían o no a dónde conducía.

Abercorn asintió con la cabeza.

—El origen de esta dinamita, comandante; ¿logró seguirle el rastro, en esta ocasión?

—Sí...

—¿Un lote de dinamita es distinto de otro? —interrumpió Abercorn.

—No puede asegurarse, una vez que ha explotado. Pero está estrictamente controlada —explicó Pitt—. Nadie puede impedir robos ocasionales, sobre todo en canteras donde se usa con frecuencia. No es tanto que se siga el rastro de la dinamita como el de los hombres que la roban, la venden o la compran. Por lo común, son reconocibles.

—¿Y la Special Branch sabe quién trafica con dinamita?

—Sí.

No añadió más. A cuántos traficantes no conocían era una mera cuestión de cálculo. Abercorn había insistido en que su declaración fuese simple. Complicarla confundiría al jurado.

Tampoco era que Pitt tuviera que explicar eso.

Abercorn se alejó dos o tres pasos del lugar donde había comenzado.

—¿Y siguió el rastro del ladrón, el vendedor y el comprador de esta dinamita en concreto?

—Sí. —Poniendo cuidado en dar solo detalles sencillos, Pitt relató cómo habían seguido el rastro de la dinamita desde la cantera de donde la habían robado hasta el ladrón, sus contactos entre los anarquistas, llegando finalmente a Alexander Duncannon. Nadie le interrumpió. Narraway estaba como paralizado. Pitt se guardó de mirarlo, excepto momentáneamente con el rabillo del ojo. Sabía que Vespasia estaba al lado de Charlotte, pero no se atrevió a imaginar siquiera lo que estaría sintiendo.

—Y le condujo hasta Alexander Duncannon —repitió Abercorn, incapaz de disimular la victoria en su tono de voz.

—Sí —convino Pitt.

El juez se inclinó hacia delante.

—Lord Narraway, ¿no tiene nada que decir? Entiende que está autorizado a protestar, ¿verdad?

—Sí, señoría. —Narraway se puso de pie por una cuestión de cortesía—. Por ahora no he oído nada a lo que objetar. Todo me parece muy claro y sincero. Tendré unas cuantas preguntas para el comandante Pitt, si hay algo que no haya cubierto cuando termine su testimonio.

Sonó educado, incluso tranquilo, como si no entendiera lo que estaba ocurriendo.

Abercorn no estaba tan cómodo como antes. Reanudó sus preguntas tras dar unos pasos con algo menos de elegancia hasta regresar a su posición inicial, delante del estrado.

—¿Interrogó al acusado acerca de la bomba, la explosión, el incendio, las muertes y heridas atroces, comandante Pitt? ¿Negó ser el responsable?

—Sí, lo interrogué, y no lo negó —contestó Pitt.

—Así pues, ¿lo arrestó?

—No en ese momento. Busqué más pruebas.

Abercorn enarcó las cejas de repente.

—¿Por qué?

—Estaba enfermo y pensé que tal vez inestable —respondió Pitt—. Quería estar perfectamente seguro, con independencia de lo que él dijera, de que realmente era el culpable. —Tomó aire—. Y de sus conexiones con posibles anarquistas. Al fin y al cabo, la dinamita se la compró a un anarquista.

—¿Enfermo? —preguntó Abercorn—. ¿Quiere decir demente?

Narraway se movió en su asiento.

El juez se inclinó hacia delante.

El jurado, como un solo hombre, miraba fijamente a Pitt.

Narraway permaneció callado.

En la galería, alguien tosió y se atragantó.

—¡Comandante! —dijo Abercorn, levantando la voz.

—No soy médico y, por tanto, no sé contestar a eso —dijo Pitt, midiendo con cuidado sus palabras—. Pero a mí no me lo pareció, ni entonces ni después.

Abercorn sonrió.

—Entendido. Gracias. —Se volvió, como si fuese a regresar a su asiento. De pronto dio media vuelta y se encaró de nuevo a Pitt—. ¿Y podemos suponer que encontró todas las pruebas que quería?

—Sí.

—¿Y conexiones con los anarquistas?

—No, señor, aparte de la compra de la dinamita.

—Pero Alexander llevaba un estilo de vida un tanto disoluto... ¿tanto que tenía contacto con anarquistas, pues de lo contrario no habría sabido dónde comprar la dinamita? —insistió Abercorn. Apenas fue una pregunta, más bien una conclusión.

—Eso parece indiscutible —convino Pitt.

—Gracias, señor. Nos ha sido de gran ayuda. —La sonrisa de Abercorn fue la de un tiburón que acabara de comer muy bien—. Su testigo, lord Narraway.

Narraway se puso de pie y caminó garboso hasta el centro del entarimado, delante del estrado.

—Gracias, señor Abercorn. Comandante Pitt, su testimonio ha sido encomiablemente claro y conciso. Sin embargo, hay algunos puntos que me gustaría repasar, y tal vez aclararlos todavía un poco más.

Pitt aguardó.

El silencio que reinaba en la sala era tal que uno casi se imaginaba el crujido de las ballenas al respirar las mujeres, o la rozadura de una suela de botín contra el suelo cuando un pie se desplazaba un centímetro.

Narraway habló en voz baja, como si toda la emoción estuviera anudada en su fuero interno.

—Su testimonio en cuanto a la explosión en la casa de Lancaster Gate ha sido sumamente claro, así como el de las atroces heridas que sufrieron los cinco policías que acudieron al lugar de los hechos atraídos por una venta de opio que, según parece, nunca tuvo lugar. Porque no se llevó a cabo, ¿verdad?

—No, señor.

—Pero ¿usted lo investigó? ¿Intentó descubrir si alguna vez había existido una información auténtica?

Abercorn se puso de pie.

—Señoría, sin duda lord Narraway tiene claro que nunca hubo intención de efectuar esa venta. ¡Fue un amago, un anzuelo para llevar a la policía a Lancaster

Gate!

El juez lo miró con una expresión de impaciencia.

—Pienso que, como hemos oído tan poco a lord Narraway, tal como usted se ha encargado de señalar repetidas veces, deberíamos permitirle exponer lo que tenga que decir. —Se volvió hacia Narraway—. Por favor, continúe, y si tiene un argumento que venga al caso, permítanos oírlo.

—Sí, señoría. —Narraway miró a Pitt otra vez—. ¿Investigó a esa persona conocida como A. D., y su información, comandante?

—Sí, señor. Parece ser que había pasado información relacionada con ventas de opio como mínimo en tres ocasiones anteriores, y en las tres su información demostró ser correcta.

—¿Qué relevancia tiene eso con este caso? —preguntó Narraway inocentemente.

—En su momento no supe apreciar cuánta —admitió Pitt—. Era una comprobación rutinaria. Pero enseguida se me ocurrió que, dado que la información anterior había tenido como consecuencia la detención de varios traficantes, la policía contaría con que esa vez también fuese cierta y enviaría a un nutrido destacamento de hombres, igual que en las ocasiones anteriores.

—Parece razonable —convino Narraway.

Abercorn se revolvió inquieto en su asiento, como si fuese a levantarse y luego hubiese cambiado de parecer.

—¿Y fueron los mismos hombres? —preguntó Narraway a Pitt.

—Probablemente. No sería difícil establecerlo...

Esta vez Abercorn se levantó de inmediato.

—Señoría, objeto enérgicamente la suposición del comandante Pitt. Parece que esté dando a entender que los agentes muertos y heridos eran en cierto modo responsables de su destino. ¡Esto es más que atroz! Es inexcusable.

—¿En serio? —El juez se mostró sorprendido—. Lo único que he entendido de la pregunta es que podían haber sido un objetivo, la causa de lo cual podría haber sido cualquier cosa, aunque lo más probable a mi entender es la venganza, posiblemente por alguno de sus éxitos anteriores. Tengo entendido que eran buenos en su trabajo, ¿cierto?

—Sí, señoría, pero...

—Su objeción ha sido oída y rechazada, señor Abercorn. Le ruego que continúe, lord Narraway. Su argumento está claro.

—Gracias, señoría. —El rostro de Narraway era casi inexpresivo, lo único visible era que estaba concentrado. Volvió a mirar a Pitt—. ¿De modo que estas investigaciones que mi distinguido colega le ha hecho referir al tribunal lo llevaron a sacar la conclusión de que los agentes, tanto los muertos como los heridos, fueron atraídos deliberadamente a la casa de Lancaster Gate donde se hizo detonar la bomba?

—Sí, señor —convino Pitt.

—¿Y descubrió los materiales que se habían utilizado en la bomba?

—Sí, señor.

Una vez más Abercorn estaba de pie.

—Señoría, me alegra ahorrar tiempo a este tribunal, estipulando todas las pruebas dadas en calidad de testigo mío para la acusación. El comandante Pitt de la Special Branch es un funcionario que lord Narraway conoce muy bien, y cuando se jubiló recomendó personalmente a Pitt para ocupar su puesto. ¿Acaso ahora sugiere que el comandante Pitt quizá sea incompetente o deshonesto?

Se oyó un susurro de movimiento en la galería y varios murmullos de sorpresa y disenso.

El juez miró a Narraway de manera inquisitiva.

Un parpadeo de aprensión ensombreció el rostro de Narraway un instante, y acto seguido lo desterró.

—En absoluto, señoría —dijo al juez—. Pero tal como se espera de cualquier testigo, solo ha contestado a las preguntas que le han hecho. Me gustaría explicar un poco más, con el permiso del tribunal. Hasta ahora no he desperdiciado el tiempo del tribunal, señoría...

—En efecto, ya va siendo hora de que haga suyo una parte del mismo —convino el juez—. Pero le ruego que se asegure de que sea relevante. No use nuestro tiempo solo para que parezca que el señor Duncannon tiene una defensa adecuada.

Su tono fue cortante, un recordatorio de su autoridad.

Narraway asintió con un gesto y continuó dirigiéndose a Pitt.

—¿Ha dicho a mi distinguido colega, el señor Abercorn, que siguió todas las vías de investigación que se le abrieron con relación al origen de la dinamita utilizada en la bomba, y también del dispositivo empleado para detonarla?

—Sí, señor.

—¿E interrogó a los anarquistas que ustedes conocen?

—Sí, señor.

—¿Descubrió algo, cualquier atisbo de una prueba que indicara que estaban implicados o que podían haberlo estado?

—No, señor, nada en absoluto.

Un suspiro recorrió la sala.

Abercorn sonrió y se recostó en su silla, como si el peligro hubiese pasado.

—¿Se vio conducido, hecho tras hecho, todos comprobados, a sacar la conclusión de que el terrorista era Alexander Duncannon? —prosiguió Narraway.

—Sí, señor, así fue.

De pronto la atmósfera de la sala era electrizante. Se oyeron gritos ahogados. Por un momento Abercorn dio la impresión de no dar crédito a sus oídos.

El jurado miraba fijamente a Pitt, luego a Narraway, luego de nuevo a Pitt.

El juez estaba perplejo y descontento. Fue evidente que Narraway le daba vergüenza ajena.

Pitt no se atrevió a mirar a Charlotte, menos aún a Vespasia.

—¿Quedó satisfecho con las pruebas contra él?

Narraway sonrió, pareciendo engañosamente inocente.

El juez frunció el ceño, aguardando la respuesta.

Pitt titubeó.

—¿Comandante? —le instó Narraway—. ¿Había algo cuestionable en las pruebas?

—No. El inspector jefe Bradshaw me pidió que no prosiguiera con el caso contra Alexander Duncannon —respondió Pitt. Había esperado evitar tener que decir aquello. Estaba convencido de que Bradshaw lo había hecho porque su esposa también era adicta al opio para aliviar el dolor, y temía que el enjuiciamiento de Alexander pudiera sacarlo a relucir. Tal vez tenían el mismo camello, y Alexander se vería presionado para que revelara su identidad, y así también cortarían el suministro a la esposa de Bradshaw. ¡Los traficantes tenían el arma perfecta para chantajear al inspector jefe! Para Bradshaw podía ser secundario que su carrera se fuese al garete. Se enfrentaría a la vergüenza, pero no a la ruina económica. Disponía de considerables medios propios. Pitt creía que en verdad temía por su esposa. Por primera vez desde que había subido al estrado, Pitt estuvo muy preocupado por lo desconocido.

—¿Le dijo por qué? —preguntó Narraway.

—Se trataba de un asunto político del que tengo conocimiento pero preferiría no comentarlo —respondió Pitt. No era la verdad, pero confió en que Narraway lo dejara correr. El peligro era que Abercorn supiera la verdad y que aprovechara la ocasión para desacreditar tanto a Narraway como a Pitt. Notó el sudor del miedo haciéndole cosquillas en la piel para acto seguido enfriarse.

—Entendido. —Narraway encogió un poco los hombros y pareció que descartara el tema. Dio unos cuantos pasos hacia su sitio y de pronto se volvió—. Desde que sospeché por primera vez que Alexander Duncannon era el autor del atentado que mató a tres policías, ¿el señor Duncannon hizo algo más, que usted sepa, comandante Pitt?

Pitt tragó saliva. Por fin estaban llegando al terreno más peligroso. Todo dependía de aquello.

—Sí. Hizo estallar otra bomba en la zona de Lancaster Gate, pero esta vez no hubo heridos.

Narraway fingió sorpresa.

—¿Las pruebas contra él eran concluyentes? ¿Está completamente seguro?

Abercorn se recostó en su asiento y sonrió. Pensó que sabía lo que Narraway estaba intentando hacer y que estaba condenado al fracaso. Pitt evitaría aquella trampa. No podía culpar a nadie más para así suscitar una duda razonable en cuanto a la culpabilidad de Alexander.

Había una tensión palpable en la sala del tribunal. Varios miembros del jurado

cruzaron miradas y un par incluso susurraron comentarios al oído.

El juez parecía aún más preocupado. Aguardó la respuesta de Pitt.

—Había muy pocas pruebas concluyentes —contestó Pitt—. No toda la dinamita se utilizó en la primera explosión; al menos, eso parecía.

—¿Eso parecía? —dijo Narraway al instante—. Eso apenas es una prueba, comandante Pitt. Sin embargo, dice que Alexander Duncannon era culpable. Le ruego que se explique.

Pitt se enfrentó a miradas acusadoras. Aquel era el momento. ¿Debía mencionar el pañuelo bordado con las iniciales? Para él constituía una prueba, tal como había querido Alexander, pero ¿lo era para la ley?

—Lo admitió delante de mí —dijo Pitt simplemente.

Narraway abrió los ojos como platos.

—Se lo preguntó y él lo admitió —repitió—. ¿Espera que nos lo creamos?

De nuevo rumor de movimiento, susurros y bisbiseos apresurados.

—¡Silencio! —ordenó el juez tajantemente.

—Espero que usted lo crea, señoría. —Pitt miró de hito en hito a Narraway—. Creo que su cliente le habrá dicho lo mismo. Tanto si el tribunal lo cree como si no, yo no lo sé y no puedo hacer nada al respecto.

El juez se inclinó tan hacia delante como pudo sobre su magnífico banco.

—Lord Narraway, ¿está completamente seguro de lo que está haciendo? Ya le he dicho antes que, por más extraordinario que sea su comportamiento, se ha tomado muchas molestias para asegurarse de que este tribunal considere que es competente para defender a su cliente. Acepté sus garantías y sus cualificaciones. ¡No pienso declarar nulo el proceso por sus... excentricidades! ¿Me he expresado con claridad?

Narraway estaba agarrotado, la tensión que sentía era como una carga eléctrica en el aire.

—Sí, señoría. Lo entiendo perfectamente. No tengo la menor intención de pedirle que anule el juicio por vicios de procedimiento sobre semejante fundamento... o cualquier otro.

—Pues proceda.

—Gracias, señoría. —Narraway dio un par de pasos hacia el estrado—. Comandante Pitt, ¿puede explicar esta... extraordinaria declaración? Mi cliente me ha dado permiso para que le haga esta pregunta. No será motivo de un alegato por su parte.

Pitt respiró profundamente una vez y luego otra. Notaba el corazón palpitándole en el pecho. Todo dependía de él, ahora. Nadie más podía ayudar ni hallar alguna clase de justicia o incluso de misericordia.

—Ya había admitido haber puesto la primera bomba, la que mató a tres policías y dejó gravemente heridos a otros dos...

Se oyeron gritos ahogados por doquier.

Godfrey Duncannon estaba en la galería, aparentemente liberado de toda

posibilidad de ser llamado al estrado. Se puso de pie, protestando, pero su voz quedó ahogada en el barullo.

—¡Orden en la sala! —gritó furiosamente el juez—. Lord Narraway, por el amor de Dios, controle a su testigo o me verá obligado a llamar a alguien que lo sustituya. ¡Esto es absurdo!

La ola de ruido remitió.

Narraway estaba muy pálido.

—Con el debido respeto, señoría, estoy actuando en lo que mi cliente considera su interés.

—No le ha hecho alegar demencia —le recordó el juez.

Abercorn sonreía abiertamente.

—No, señoría —convino Narraway—. No pienso que el señor Duncannon sea demente según la definición de la ley.

—No sé a qué está jugando, caballero, pero termine de una vez —dijo el juez, con poca energía.

Narraway levantó la vista hacia Pitt.

—¿Admitió haber puesto la bomba en la casa de Lancaster Gate, la primera?

—Sí.

—¿Le preguntó por qué había hecho algo tan... monstruoso?

—Por supuesto que sí. Y la segunda también.

—¿Y su respuesta?

Abercorn se puso de pie de un salto. De pronto estaba muy pálido, como si por fin hubiese visto la sombra en el horizonte.

—¡Señoría, esto se ha convertido en una farsa! No podemos dar al acusado una plataforma para que airee sus estrafalarias opiniones políticas.

—Síntese, señor Abercorn —ordenó el juez—. El comandante Pitt está respondiendo a una pregunta perfectamente razonable. Usted no ha presentado un motivo para este acto abominable. Es procedente que su defensa lo presente, por más destructivo que pueda resultarle. Soy incapaz de imaginar algo que pueda justificarlo. ¿Usted sí?

—¡En absoluto, señoría!

—Bien. Pues síntese y calle, de modo que podamos acabar con esto cuanto antes. ¿Narraway?

—Sí, señoría. Por favor, continúe, comandante Pitt.

—Sí, se lo pregunté —contestó Pitt. Era sumamente consciente de que quizá solo tendría una oportunidad para decir lo que debía decir. Abercorn haría todo lo posible para impedirselo. Un patinazo y le harían callar.

—¿Y qué respondió?

—Al principio pensé que era una venganza —comenzó Pitt. Agarró la barandilla que tenía delante, consciente de que los nudillos se le ponían blancos, pero le ayudó a mantenerse firme—. Quedó muy malherido a consecuencia de un accidente

montando a caballo y su médico le administró opio, a fin de aliviar sus atroces dolores. —Elegió deliberadamente la misma palabra que había usado Narraway—. Se volvió adicto, tal como me temo que sucede a menudo, sobre todo cuando el dolor en cuestión será de por vida.

Abercorn se movía inquieto, pero el juez lo fulminó con la mirada y se calmó.

Pitt prosiguió sin más demora.

—Hace poco más de dos años él y un amigo íntimo, compañero de penas y también adicto al opio para el dolor, organizaron un encuentro para comprar unas dosis extra. Cuando llegaron al lugar acordado, se encontraron con una emboscada de la policía. Cinco agentes: Ednam, Newman, Hobbs, Bossiney y Yarcombe. El traficante de drogas no estaba allí. La situación degeneró en una breve batalla de fatales consecuencias. Un transeúnte, James Tyndale, ciudadano absolutamente inocente, murió de un disparo. Alexander Duncannon me dijo que había disparado uno de los policías. Alexander escapó. Su compañero, Dylan Lezant, que lo seguía de cerca, corrió peor suerte. La policía lo derribó y de un golpe quedó inconsciente.

—La verdad —comenzó Abercorn—, esto es...

—¡Cállese! —ordenó el juez—. Continúe, comandante Pitt.

—Gracias, señoría —respondió Pitt—. El informe de la policía sobre el incidente decía que Lezant era culpable del asesinato de Tyndale. Fue juzgado y, sobre la base del testimonio de los agentes, fue hallado culpable y ahorcado. Alexander sostenía que era inocente. Ni él ni Lezant llevaban armas de ningún tipo. No las necesitaban. Lo último que un hombre enganchado al opio es probable que haga es pelearse con quien le suministra el único alivio que conoce para su sufrimiento.

—¿Y usted se creyó este... cuento? —preguntó Narraway.

—Al principio, no —respondió Pitt—. Y el policía en quien más confiaba, el inspector Samuel Tellman, investigó bastante a fondo. Fue muy perturbador. Yo estuve en la policía durante muchos años, y el inspector Tellman sigue perteneciendo al cuerpo. Pero ambos descubrimos que la versión de Duncannon era en esencia verdad. Además, el inspector Tellman fue agredido por su participación en la investigación, ¡y le dispararon! Todavía se está recuperando de sus heridas.

Abercorn estaba de pie y gritaba.

—¡Señoría, este testimonio es de oídas! Pitt trabajaba con Tellman. Esto es...

El juez levantó la mano y Abercorn se contuvo con dificultad y mal disimulada ira.

—¿Es de oídas, comandante Pitt? —preguntó el juez.

—No, señoría. Me informó de la pelea uno de mis hombres y acudí al lugar de los hechos de inmediato. Me llevé al diputado Jack Radley conmigo, porque en ese momento estaba de visita en mi despacho. Cuando llegamos, el inspector Tellman estaba arrinconado en un callejón por varios policías armados y se estaba produciendo un buen tiroteo. Conseguimos rescatarlo, y durante la refriega el señor Radley resultó herido en un brazo. No obstante, estoy convencido de que testificaría

sobre esta cuestión si usted deseara llamarlo.

El juez negó con la cabeza, con los labios fruncidos.

—No será necesario. Me preocupa mucho más su relato del enfrentamiento de hace dos años en el que mataron a James Tyndale. Si lo que dice es verdad, tuvo lugar un homicidio judicial deliberado de un hombre posiblemente culpable de ser adicto al opio, pero desde luego no de asesinato. Esto exigirá una investigación extremadamente seria. Es posible que un hombre inocente haya muerto en la horca por el perjurio y la corrupción de ciertos policías.

—Sí, señoría, eso es lo que creo —convino Pitt—. No tengo la menor duda de que es lo que cree Alexander Duncannon, y que deseaba ser juzgado por este tribunal a fin de exponerlo.

Abercorn no pudo seguir callado más tiempo. Comenzó a hablar mientras aún se estaba levantando.

—¡Esto son estupideces, señoría! Nadie en su sano juicio se lo creería. ¿Por qué no protestó ante el tribunal durante el juicio de Lezant? ¿Por qué no fue llamado como testigo para defenderlo? La respuesta es evidente. Participó en el crimen, al menos como cómplice. ¿Cómo puede dar crédito a todo esto?

Pitt contestó antes de que el juez tuviera tiempo de pronunciarse, o Narraway de preguntar.

—No fue llamado a testificar en el juicio —contestó, dirigiéndose a Abercorn directamente como si no hubiera nadie más en la inmensa sala—. Él quería dar testimonio, pero no se lo permitieron. Lezant rehusó, a fin de protegerlo, y la acusación no lo necesitaba. Me lo refirió su abogado. Y además intentó presentar el asunto a la policía en varias ocasiones, pero nunca le hicieron caso.

—¡Es un drogadicto, por Dios! —replicó Abercorn casi a gritos—. ¿Alguna vez ha visto dónde vive? ¿Lo que hace? ¿Los callejones empapados de ginebra en los que duerme cuando está tan ido que es incapaz de encontrar su casa? ¿Los borrachos y drogadictos dementes con los que trata?

—Sí, lo he visto. —Pitt volvió a levantar la voz—. Pero mucho más importante que eso, y mucho más relevante, es que he seguido el curso de la investigación sobre la muerte de Tyndale. He visto cómo mintieron los policías, influidos principalmente por el inspector Ednam. He seguido los hechos, y lo que cuentan no cuadra con las pruebas; ¡la de Alexander, sí! Intentó una y otra vez que alguien le hiciera caso, y se parapetaron tras un muro de mentiras o silencio para encubrir el desastroso error que cometieron al disparar a Tyndale cuando les entró el pánico porque pensaron que era el traficante. ¡No lo era! Solo era un transeúnte inocente, nada más. El traficante no llegó a aparecer y no lo atraparon.

Abercorn estaba pálido, el brillo del sudor le cubría la tez.

—¡Nada de esto, aun suponiendo que fuese verdad, excusa lo que Duncannon les hizo a estos cinco policías!

—Por supuesto que no —convino Narraway—. Él lo sabe perfectamente, y está

dispuesto a pagar con lo que le queda de vida. Ha mantenido la palabra dada a su amigo, y a su propio honor. No podemos resucitar a los muertos, pero Dylan Lezant será perdonado. ¡Qué expresión tan ridícula! Le perdonaremos que lo colgamos del cuello hasta que murió, ¡por el perjurio y la corrupción de cinco policías! Tres de los cuales también están muertos y los otros dos, castigados de un modo aún más terrible.

»El propio Alexander ha estado padeciendo dolores corporales insoportables desde que tuvo el accidente, y morirá pronto, bien al final de una soga o en prisión. Salvo si su señoría ve apropiado internarlo en un hospital donde al menos puedan aliviarle parte de su sufrimiento. —El semblante de Narraway reflejaba una profunda compasión y su voz era casi un susurro—. No estoy seguro de que eso sea justicia, pero es lo mejor que nos queda.

En la sala se hizo un silencio fruto de la impresión, la aflicción y tal vez el miedo.

Fue Pitt, recordando algo de pocos momentos antes, y luego otras cosas más anteriores, quien habló entonces.

—Señoría, ¿me concede permiso para hacer una pregunta al señor Abercorn, y si no, para hablar con lord Narraway para que pueda hacerlo él?

—Siempre y cuando sea breve e importante para este trágico asunto —respondió el juez.

—Gracias. —Pitt se volvió hacia Abercorn—. Señor, ha dicho que Alexander Duncannon llevaba una vida depravada en callejones empapados de ginebra, medio enloquecido por la droga, mugriento y desesperado. Si cito sus palabras desordenadas, me disculpo.

—¿Acaso las cuestiona? —preguntó Abercorn, desafiante.

—No. No, en absoluto. La adicción al opio es algo terrible. Lo que quería preguntarle es por qué lo sabía usted.

Abercorn se quedó paralizado un instante casi tan breve que pasó desapercibido. Entonces soltó el aire lentamente.

—He tenido ocasión de observar a adictos al opio de vez en cuando, incluso de hacer lo que he podido para ayudarlos. —Su expresión traslucía sentimientos encontrados, ira y lástima y un profundo dolor—. He aprendido que es inútil... —se interrumpió, abrumado momentáneamente por la pena.

A Pitt le habría gustado concederle la dignidad del silencio, pero nunca volvería a tener una oportunidad semejante y tenía que aprovecharla. Otras palabras acudieron a su memoria, así como el momento en que reparó en el parecido entre Abercorn y Godfrey Duncannon, y luego algo que había dicho Bradshaw.

—Su madre —dijo Pitt—. Falleció a causa de su adicción al opio. Usted fue testigo de niño y no la pudo ayudar.

Abercorn echó la cabeza para atrás y fulminó a Pitt con un odio inflamado por la desazón y la humillación.

—¡No fue culpa suya! —exclamó, casi atragantándose—. La sedujeron con una promesa de matrimonio. Le mintieron y la traicionaron por una mujer con mucho más

dinero. La abandonaron estando embarazada y deshonorada. ¡Tuvo un parto difícil y el dolor nunca remitió! La vi morir centímetro a centímetro. ¿Qué habría hecho usted?

—Probablemente lo mismo —admitió Pitt—. Y también habría odiado a mi padre. Pero, por Dios, no la habría tomado con su hijo, su medio hermano.

Se oyeron gritos ahogados. Nadie se movía.

—Usted sabía que Alexander era adicto porque usted le proporcionaba el opio, tal como hacía también con la esposa de Bradshaw, y sabe Dios con cuántos más. Le hacía chantaje para que no lo desenmascarase. ¿En qué medida se sirvió de Ednam para que hiciera el trabajo sucio? De joven aprendió a encontrar opio para su madre —prosiguió Pitt. Tenía que hacerlo ahora. Nunca habría otra oportunidad. Aun así, el juez podía hacerle callar en cualquier momento—. Cada vez dosis más altas. ¿Realmente lo odiaba tanto porque era el hijo legítimo de Godfrey, el heredero de lo que debería haber sido suyo?

Ahora la gente se movía por doquier. Godfrey Duncannon estaba de pie, con el rostro rojo de ira pero sin saber qué hacer. A su lado Cecily lo miraba fijamente como si en realidad nunca lo hubiese visto, al menos no claramente, no de esa manera.

Entonces Cecily apartó la vista y Emily la abrazó, dejando que ocultara su rostro.

Charlotte también estaba de pie, agarrando la mano de Jack, sin permitirle que interrumpiera a Emily en aquel momento tan espantoso.

Abercorn estaba aturdido. Por fin lo entendió todo. El edificio de sus sueños se desplomó en torno a él y quedó hecho escombros en el suelo, y supo quién lo había hecho, y cómo, y que nada podía hacer él.

Fue Vespasia, haciendo caso omiso de los demás, quien cruzó con elegancia el entarimado hasta Narraway, señalando que el juicio había terminado.

—Has estado genial, querido —dijo en voz baja pero lo bastante clara para que quienes estuvieran cerca pudieran oírlo—. Con la ayuda de Thomas, creo que has conseguido toda la justicia posible. —Levantó la vista hacia el juez—. Me atrevería a decir que su señoría aceptará tu sugerencia de ingresar a Alexander en un hospital donde viva el tiempo que le quede. ¿No es así, Algernon?

El juez se sonrojó levemente e hizo lo posible por no perder la compostura.

—Puede retirarse, comandante Pitt —dijo con la voz un poco ronca—. Espero no volver a verlo en mi tribunal. Ha convertido este juicio en un auténtico caos.

—Sí, señoría —convino Pitt humildemente, aunque sonriendo pese a la pena que lo desgarraba.

—Aunque supongo que lo ha hecho bastante bien —agregó el juez.

Pitt inclinó la cabeza en señal de reconocimiento y después bajó del estrado y fue al encuentro de Charlotte.

Charlotte le tomó la mano.

—Más que bien —dijo en voz baja—. Espléndidamente.



Anne Perry es autora de dos aclamadas series de novelas de misterio ambientadas en la Inglaterra victoriana: la de William Monk, que incluye títulos como *Justicia ciega* y *Sangre en el Támesis*, y las protagonizadas por Charlotte y Thomas Pitt, entre ellas *Muerte en Blackheath* y *Un misterio en Toledo*. También es autora de una serie de cinco novelas sobre la Primera Guerra Mundial, así como de la novela histórica *El brillo de la seda*.

Vive entre Escocia y Los Ángeles.